

neo 

i Eh, soy LES!



Andrea Smith

*i Eh, soy
Les!*

ANDREA SMITH

**Plataforma
Editorial**
neo 

Cuando te mandan un verano entero a casa de tu padre, lejos de tus amigos, con su mujer y tus horribles hermanastros, sabes que tu vida no podría ir peor. Leslie Sullivan detesta a los horrigemes, pero eso no quita que uno de ellos le diese su primer beso, y que ahora el otro vaya a ser su profesor particular de matemáticas.

Leslie debe sobrevivir al verano como sea. Por ello, ha preparado una lista de reglas que tiene que cumplir para evitar un desastre monumental. Pero ¿qué pasará cuando, contra todo pronóstico, rompa la más importante de ellas: no enamorarse? Parece que, en efecto, su vida sí puede empeorar. "Yo soy Les, y estas son mis reglas."

Andrea Smith

iEh, soy Les!



Primera edición en esta colección: febrero de 2018
© Andrea Herrero, 2018
© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2018
© de las ilustraciones, Judit Mallof, 2018

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª —08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com info@plataformaeditorial.com

Depósito legal: B. 1.2822018

ISBN: 9788417114619

IBIC: YF

Printed in Spain — Impreso en España

Diseño y realización de cubierta:

Ariadna Oliver

Fotocomposición: Grafime

Impresión: Liberdúplex

Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*.



A todas aquellas personas que creyeron en mí,
incluso cuando yo misma no lo hacía.



1. Ser feliz.
2. No preocuparse de lo que digan los demás, NUNCA.
3. Vivir al máximo.
4. Mirar al mundo siempre con una sonrisa.
5. Volver loco a papá.
6. No hacer caso a las estupideces de los *horrigemes*.
7. No hacerme muy amiga de los *horrigemes*.
8. No dejar que los *horrigemes* o papá estropeen mi verano.
9. Recordar que todos los chicos son idiotas, sin excepción.
10. No enamorarme.

Capítulo 1

Para contar esta historia tengo que empezar desde el principio. Era un día soleado hace dieciséis años cuando una mujer daba a luz...

Está bien, era solo una broma para establecer contacto. Pero la verdad es que sí tengo que empezar por el inicio, por el día en que todo comenzó o, como yo prefiero llamarlo, el día en que mi vida fue destruida...

No me tachéis de dramática, me viene de familia.

—¿No estáis contentos? ¡Por fin se acaban las clases! Tres largos meses para hacer lo que queremos. Sin deberes, sin madrugar...

Gruñí mientras Alan decía todo aquello. Era la última hora de clase del último día antes de las vacaciones, y estábamos sentados formando un círculo con nuestras sillas para poder vernos las caras mientras Rudolf, el viejo profesor de historia y también nuestro tutor, ponía en orden las actas de las notas.

En realidad no se llamaba Rudolf, pero como su nariz gigante se volvía roja con el frío del invierno, resultaba una copia exacta del famoso reno en versión humana.

—Mis padres están empeñados en llevarme de excursión por todo el país —refunfuñó Nat arrugando la nariz en un gesto de repugnancia—. Además, pretenden que deje el teléfono móvil en casa. ¡Quieren acabar conmigo!

Oh, sus problemas no eran nada comparados con los míos. Claro que, en aquel momento, poco sabía yo de lo que me deparaba el futuro. Lo único que tenía claro en aquellos momentos era que no quería recibir las notas.

Una mano se posó sobre mi hombro al tiempo que el brazo rodeaba mi cuello y me lanzaba contra un duro pecho.

—Lo siento por vosotros, chicos, pero yo emplearé las vacaciones en jugar al fútbol, que tengo que entrenar. —Jordán sonrió mostrando sus dientes blancos y luego me miró expectante—. ¿Tú que harás, Les?

Me encogí de hombros, logrando a duras penas separarme de él. Jordán y yo habíamos tenido algo, y cualquiera que nos viese diría que seguíamos teniéndolo, pero no era así. Ahora técnicamente éramos amigos, pero donde fuego hubo cenizas quedan, y pertenecer al mismo grupo de amigos no hacía las cosas más fáciles. Además, él era un imbécil.

—Supongo que mi madre querrá hacer algo para que Tom, Kenzie y yo nos conozcamos mejor.

Una respuesta simple y escueta, como a mí me gustan.

No iba a contestarles algo como quedarme encerrada en mi habitación haciendo ejercicios de matemáticas como si no hubiese un mañana, principalmente porque aún no sabía mis notas y si existía alguien allí arriba que estuviese viéndome y me quisiera, todavía tenía oportunidad de aprobar. Además, tampoco era una mentira. Mi madre y Bigotudo Tom se habían casado el mes pasado y, aprovechando que Kenzie, mi hermana, iba a pasar unos días en casa, lo más seguro era que todos comenzásemos a conocernos mejor.

Jordán trató de acercarme de nuevo a él.

—¿Sabes? Siempre puedes pasarte por mi casa. Mi madre preguntó...

Pero no terminé de escuchar qué preguntó su madre porque la campana que anunciaba el final del año escolar interrumpió nuestra charla. El revuelo fue instantáneo. Algunos alumnos gritaron y lanzaron papeles al aire como en las películas mientras otros zarandeaban las mochilas ya cerradas y aplaudían... No me habría sorprendido que alguno se hubiera puesto a cantar, pero no llegó a tanto.

—No olvidéis recoger vuestras notas antes de salir.

Por supuesto, Rudolf siempre recordándome lo desdichada que podía ser mi vida.

Me retrasé a propósito al guardar los libros en la mochila. Despedí a mis amigos y a algún que otro compañero con la mano a medida que se iban. De este modo, para el momento en que estuve lista tan solo quedaban un par de alumnos rezagados.

—Bueno, allá vamos —susurré para mí misma, tratando de ganar valentía.

Me colgué la mochila al hombro, puse mi viejo *skate* bajo el brazo y caminé a paso de caracol hacia la mesa del profesor, donde solo quedaba un sobre blanco y cerrado: mis notas. Rudolf ni siquiera me miró cuando agarré el papel. ¿Cómo se suponía que deduciría lo que había en el sobre si no me daba ni una pista con su expresión?

Maldición, no podía esperar más. La paciencia nunca ha sido uno de mis rasgos característicos. Sin esperar a salir del aula rasgué el sobre y saqué las calificaciones como si fuese papel hirviendo en mis manos. Crucé los dedos y miré.

Ahí estaba, resplandeciendo en color rojo negativo, un gran y sangrante cuatro.

—Mierda —solté, incapaz de contenerme.

Mis dedos se clavaron en el papel arrugándolo por los bordes. Había suspendido matemáticas. No me lo podía creer. Tantos malditos esfuerzos para nada.

—Tal vez en la recuperación le vaya mejor, señorita Sullivan.

Alcé los ojos rabiosos hacia Rudolf. El muy imbécil probablemente estaba disfrutando con mi humillación. En la recuperación, por supuesto. Porque pasarme un verano entero estudiando matemáticas siempre estuvo en mi lista de planes para las vacaciones. Encabezándola, por supuesto.

—Que tengas un buen verano —le gruñí, volviendo e guardar el acta en el sobre y caminando cabreada hacia la salida.

No contento, Rudolf tuvo más que añadir.

—No me tutee, señorita Sullivan. Aquí hablamos con respeto.

Apreté los dientes y continué con mi camino, sin volverme hacia él. Cuando finalmente estuve fuera del edificio lancé la mochila y el *skate* al

suelo y solté un grito de rabia.

—¡Que te den! —exclamé finalmente, aunque nadie me oyese.

Había guardado las notas en la mochila y regresaba patinando hacia casa cuando mi teléfono sonó en el bolsillo de la cazadora. Reconocí el tono al instante: era Kenzie, mi hermana mayor. Mi pecho se estremeció. ¿Se habría enterado ya de mi suspenso? Ni siquiera se lo había dicho a mamá. ¿Tendría telepatía? Pero si tenía que escoger una persona a la cual enfrentarme primero para discutir sobre mi castigo, prefería que fuese ella por delante de todos.

—Hola, Kenz —respondí al descolgar la llamada—. Supongo que me llamas para...

Sin embargo, no me dio tiempo a terminar la frase. Un sollozo desde el otro lado de la línea me interrumpió.

—Lo hemos dejado. El se va a ir a ese trabajo en Italia y lo hemos dejado. Oh, vaya...

Reduje la velocidad para poder concentrarme mejor en la conversación. Aquella era una revelación tan importante como inesperada.

—Lo siento, Mackenzie. Nunca pensé que lo aceptaría. De verdad, estabais tan bien juntos...

La escuché hipar y continuar sollozando. Sonaba tremendamente mal. Apostaba mi *skate* a que en aquellos momentos había terminado con todo el chocolate de su despensa.

—Yo también. Incluso habíamos hablado de vivir juntos, y ahora... ¿Cómo puede irse sabiendo que yo me quedo aquí?

Mi hermana pasaba rápido de la fase de autocompasión a la de insultar a su ex, y esa última era exactamente la que mejor se me daba. Cuando Jordán y yo lo dejamos, a pesar de seguir siendo amigos, descargué toda mi ira creando una diana con su cara en el centro a la que tiraba dardos. Lo habría matado varias veces de haber sido real y, la verdad, en aquellos momentos no me habría importado.

—Siempre te dije que era un poco estirado. ¿Recuerdas cuando se puso traje para venir a mi cumpleaños?

Ella rio, y eso estuvo mejor, aunque sonó amortiguado por las lágrimas. Estaba segura de que recordaba a la perfección a Henry con su traje oscuro lleno de tarta de chocolate blanco.

La verdad es que mi hermana, para lo sosa que era, había tenido una vida amorosa bastante envidiable. En su último año de instituto fue pretendida por dos chicos, ambos guapísimos. Llegó a salir con uno de ellos, pero lo dejaron cuando empezaron la universidad por la distancia. Ella misma lo dijo: «Nadie termina casándose con su pareja del instituto». Sinceramente, creo que solo trataba de consolarse a sí misma.

Sin embargo, siempre pensé que Henry sería el definitivo. Parecían estar a gusto juntos, y él no fue un novio de instituto, sino de universidad.

Para el momento en el que llegué a nuestro barrio, Kenzie ya estaba más relajada y yo sentía que podía colgar la llamada sin preocuparme de que intentara ahogarse en un barril lleno de chocolate.

—Cuando vengas a casa veremos todos los capítulos de las últimas temporadas de *Friends* y nos hartaremos a helado. Ya verás cómo te olvidas de él enseguida.

El que la otra línea quedase en silencio no me gustó nada.

—¿Kenzie?

Que continuase con más silencio tampoco fue una buena señal.

—En realidad, Les... No iré a casa estas vacaciones.

Pisé mal y me caí del *skate*. Di unas cuantas zancadas dentro del jardín de los vecinos y me quedé ahí parada, recuperándome de la noticia. Tenía que estar tomándome el pelo.

—¿Perdón?

—No te enfades, por favor. Ya sé que lo prometí, pero sabes que sigo sin trabajo y Melanie se ha ofrecido a hablar con Jack. Puede que me encuentre algún puesto en Nueva York, en la nueva sede de la empresa.

¡No podía hacerme eso!

—Kenzie, dime que es una broma...

La puerta de la casa de los vecinos, cuyo césped estaba pisando, se abrió. Si iban a echarme, tendrían que pelear primero, tenía un asunto de máxima importancia entre manos.

—Entiéndelo, Les. Necesito el trabajo, especialmente ahora, para no pensar en... él.

Sentí la rabia creciendo dentro de mí. Quizás fuese por la ilusión de ver a mi hermana después de tanto tiempo rompiéndose en pedazos.

—¡Era un maldito imbécil, Mackenzie! Lo dejasteis, ¿y qué? ¡Millones de parejas rompen cada día!

El silencio se volvió intenso en la otra línea y supe que había metido la pata cuando la llamada se cortó y solo escuché un repetido pitido desde el otro lado. Genial, ahora mi hermana estaba cabreada conmigo.

Alguien me tocó el hombro para llamar mi atención.

—¿Qué? —me volví enfadada y gritando.

Un chico pelirrojo levantó las cejas y dio un paso hacia atrás. En la mano llevaba mi *skate* manchado de barro húmedo. Debía de haberse hundido en la tierra cuando tropecé.

—¿Un mal día, Leslie?

Tomé el *skate* y fulminé con la mirada a James, uno de los exnovios de mi hermana. A pesar de ser cinco años mayor que yo, no podía negarle la buena apariencia física, pero tampoco lo idiota que era. El y Mackenzie fueron tal para cual.

—Te he dicho miles de veces que es Les, idiota, no Leslie.

Una sonrisa petulante se extendió por su rostro. Comprendía perfectamente por qué sacaba de quicio a Kenzie.

—Lo que tú quieras, Leslie.

Bufé y me giré, dándole la espalda. Nadie podía discutir con James Smith estando de mal humor y salir ganando.

—Oye, ¡espera!

Me volví todavía más cabreada hacia él. ¿Ahora qué demonios quería?

—¿Qué, qué, qué? —le espeté, observando cómo arrugaba la nariz y se revolvía el cabello con la mano.

—Esto... Tú... ¿Estabas hablando con tu hermana?

Cielos, lo que me faltaba, una conversación sobre la parejita feliz que ya no lo era. Ni siquiera sé por qué James y Kenzie rompieron. Eran muy empalagosos.

—¿Sabes, pelirrojo? Si tantas ganas tienes de saber de ella... ¡Llámala!

Y dicho eso, le di la espalda y continué mi camino. Odiaba tener que ser la que dijese las cosas a la cara. Bueno... Lo cierto es que no lo odiaba, más bien me encantaba.

Atravesé su jardín, no sin olvidarme de clavar con fuerza los pies en el

césped. Cuando llegué a casa cerré de un portazo. No tenía humor de decirle nada a mi madre sobre el suspenso en matemáticas, pero cuanto más lo retrasara, peor sería. A juzgar por lo mal que me estaba yendo el día, me esperaba cualquier tipo de castigo, incluyendo la despedida de mi teléfono móvil. Sin embargo, nada de eso ocurrió. Llamé a mamá y a Tom a gritos, pero nadie contestó.

Me habían dejado sola. Lo único que encontré fue una nota en la cocina. Lo que leí no me gustó nada.

Hemos salido a hacer unas compras. Como llegan las vacaciones, Tom y yo hemos decidido hacer un viaje por toda Europa este verano. ¿No es fantástico? Kenzie no podrá venir, creo que ha encontrado trabajo, pero hablé con tu padre y está encantado de que pases con él las vacaciones. ¿No es genial? Hablaremos de todo cuando llegue a casa.

P. D. Hay comida en la nevera.

Mi madre se había vuelto loca. Ni siquiera había terminado de asimilar lo que estaba escrito en la nota cuando la cabeza empezó a darme vueltas y más vueltas. Tuve que arrastrar una silla y sentarme. Un verano entero con mi padre. En su casa. Con su nueva familia. Su mujer Anna Banana. Y sus hijos. Los *horigemes*.

Blake.

Hunter.

Mierda.

Capítulo 2

—Ya verás, Leslie. Te va a encantar cómo Anna ha reformado la habitación para ti. Hay cortinas nuevas, escritorio y una cama enorme. Los gemelos también están encantados de que vengas a pasar estos meses con nosotros. ¡Será divertido!

Resistí la tentación de golpearme la cabeza repetidas veces contra el cristal de la ventanilla del coche mientras escuchaba a mi padre repetir aquellas frases por enésima vez en el viaje. ¿O tal vez debería estampar su cabeza?

Sí, divertidísimo. Seguro.

¿En qué clase de dimensión alternativa vivía mi padre cuando decía aquello? Nunca me había gustado pasar tiempo con Anna y los *horrigemes*. La última vez que los había visto a todos juntos en persona fue dos años atrás, en su boda. Desde entonces las veces que papá venía a vernos a Kenzie y a mí nos llevaba de acampada o de vacaciones, pero no a su casa.

¿Y esa mentira de que los gemelos —perdón, *horrigemes*— estaban encantados de pasar todo el verano conmigo? Hunter y Blake me odiaban de la misma forma en que yo los odiaba a ellos. Quizá más a Hunter. Blake, al enterarse de la noticia de nuestro genial y nuevo verano, me permitió el lujo de ser sarcástica, me había escrito después de un año sin hablar. Me dijo que tenía ganas de verme. Al menos trató de ser simpático, hay que darle un punto por ello. Sin embargo, cualquier persona que lo conociese bien sabría que era igual de idiota que su gemelo.

Además, estaba el hecho de que tiempo atrás, cuando tenía doce años, uno de ellos me había dado mi primer beso. ¡Fue la debilidad del momento! Él se había portado bien conmigo porque era mi cumpleaños y yo fui muy tonta de dejar que me diese un beso como regalo. Después de eso, ambos, los dos hermanos, volvieron a ser tan gilipollas conmigo como de costumbre.

Pero había aprendido de mis errores y eso no volvería a pasar. Nadie se burlaba de Leslie Sullivan. Ahora tenía dieciséis, más experiencia en el mercado masculino y cero ganas de verle la cara a ninguno de ellos, por mucho que Blake mintiese escribiendo que tenía ganas de verme. Por desgracia, nada dependía de mí.

Mi padre se metió en el aparcamiento del edificio para dejar el coche. Mientras yo vivía con mi madre en las afueras, en una bonita casa con jardín, él y su familia estaban atascados en medio de una ciudad, con su tráfico, sus días grises y con poco espacio vital para cada uno.

Para ser una ciudad donde habitan tantas personas desconocidas, él no tardó en encontrarse con un vecino nada más bajarnos del coche. Comenzaron a hablar sobre el ascensor estropeado, la típica conversación aburrida que no me apetecía escuchar. Además, odiaba estar en un aparcamiento subterráneo. Su oscuridad, humedad y olor a gasolina me mareaban.

Ve subiendo esa caja —me dijo mi padre al notar mi expresión de cansancio—. Acuérdate, es el sexto piso.

Contuve una maldición y tomé una de las cajas que había traído. Al mudarme por tres largos meses necesitaba llevar bastante ropa, pero también los libros y apuntes de matemáticas que «debía» estudiar durante las vacaciones. Plan perfecto, ¿eh?

Avancé tambaleándome por todo el aparcamiento hasta el portal. La caja de cartón era demasiado grande y pesada para el poco contenido que transportaba, que en su mayoría era ropa. Apenas me dejaba ver lo que tenía delante. Cuando llegué a la puerta del ascensor, me encontré con el primer contratiempo.

—¿Averiado? —gemí audiblemente, sintiendo el mundo derrumbándose sobre mí.

O tal vez fuese la caja pesando cada vez más y más. ¡Tenía que subir hasta un sexto piso! ¡Cómo puede estar averiado un ascensor en un edificio que

tiene tantas plantas?

Muy a mi pesar, comencé a subir lentamente los escalones. A cada paso que daba, más se quejaban mis piernas. ¿Por qué no podría teletransportarme al sexto piso como hacía Harry Potter? Siempre supe que mi lechuga se perdió por el camino, dejándome atrapada en esta asquerosa vida de *muggle*...

Estaba ascendiendo con lentitud, escalón a escalón, sin ser capaz de ver lo que había enfrente, cuando algo chocó contra mí. O quizás yo choqué contra algo. Qué más da, la cuestión es que perdí el equilibrio y todo mi cuerpo se inclinó hacia atrás. Unas manos tomaron la caja que yo estaba sujetando, con lo que pude estabilizarme.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Los ojos grises de un chico de mi edad me miraron con preocupación desde el otro lado de la caja. Tomada por sorpresa, me sobresalté y solté la caja. La persona del otro lado la sujetó, logrando que no se cayera, aunque yo no tuve la misma suerte. Tropecé hacia atrás y acabé agarrándome a la barandilla para no perderme escaleras abajo. La voz volvió a dirigirse hacia mí, de nuevo con la misma pregunta.

—¿Estás bien?

Parpadeé mirando hacia el final de la escalera y luego de vuelta al chico que tenía delante, que ya me miraba con cierta aprensión. Tragué saliva sin poder evitar radiografiarlo con la mirada. No me culpéis, el chico merecía una atenta mirada, ya me entendéis.

Vaqueros oscuros, camisa blanca que se ajustaba al contorno de los brazos, labios gruesos, cabello castaño rizado... Y eso sin olvidar aquellos ojos grises, un color que me encantaba, pero que rara vez encontraba.

El chico se movió, incómodo, balanceando la caja en sus brazos. Reaccioné rápidamente y me alejé de la barandilla para tomarla de vuelta.

—Lo siento, me asustaste.

¿Te asustó alguien que evitó que te matases escaleras abajo? Venga, Leslie, ¿quién pensabas que era? ¿Voldemort?

—No pasa nada —sonrió el desconocido, todavía sin soltar la caja mientras yo tiraba de ella hacia mí—. ¿Subes?

—Al sexto, sí —respondí.

—Déjame ayudarte, entonces.

Todavía desubicada, dejé que aquel desconocido tomara la caja en sus manos y comenzara a subir la escalera.

Tenía que admitir que un poco de ayuda no me vendría nada mal.

—Oye, espera —le dije mientras intentaba no perderlo. No sé quién eres y estás llevando mis cosas. ¿Y si eres alguna clase de psicópata?

El chico giró el rostro hacia mí y me sonrió de una forma infantil y aniñada que liquidó de mi cabeza cualquier idea extraña.

—Supongo que soy tu vecino del sexto piso —se presentó sin dejar de avanzar—. Harry Sanders.

—Yo soy Leslie, pero prefiero que me llamen Les, si no te importa.

—Les —repitió lentamente con voz ronca, aunque tal vez fuese para tomar aire entre escalón y escalón—. Es un nombre bonito.

Continuamos subiendo más escalones hasta que finalmente llegamos al sexto piso. Harry me devolvió la caja. Su respiración estaba agitada por el esfuerzo físico. La mía también.

—Vivo ahí —dijo señalando la puerta de enfrente al piso de mi padre—. Si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme.

—¿Por qué iba a necesitar algo? —repuse enarcando una ceja.

Harry rio de nuevo y sus ojos se achicaron.

—Jamás te he visto por aquí, quizá solo estás de paso, pero, en cualquier caso, eres nueva. Por lo tanto, tal vez necesites conocer a gente...

Me había pillado. La respuesta debió de reflejarse en mi rostro, porque él se limitó a guiñarme un ojo y despedirse con la mano antes de trotar de nuevo escaleras abajo. Observé cómo sus rizos rebotaban a cada paso que daba. Para ser el primer posible amigo que hacía durante estas vacaciones, no estaba del todo mal. Había estado antes en aquel piso, pero nunca el tiempo suficiente como para conocer a gente. Ni siquiera a los vecinos.

Dejé la caja en suelo y volví los ojos hacia la puerta cerrada. Sexto derecha. De vuelta al mundo real, me tocaba enfrentar de pleno mi pesadilla de verano. No iba a esperar a que mi padre terminase la conversación y subiese los seis pisos hasta donde yo estaba. Hice de tripas corazón y pulsé el botón del timbre. Después esperé hasta que la puerta se abrió. Contuve la respiración cuando eso sucedió.

Unos ojos oscuros me observaron desde unos centímetros más arriba.

Estaban coronados de pestañas largas y espesas, tal como los recordaba, igual que su cabello negro y despeinado. Inconscientemente, mis propios ojos bajaron a su nariz, a la forma generosa de sus labios, a los músculos flexionados en sus hombros, recreando una pose chulesca y prepotente, mientras se apoyaba en el marco de la puerta con descaro.

Regresé mis ojos de vuelta a los suyos tan rápido como fui consciente de lo que estaba haciendo. ¿Qué pasa contigo, Les? Vale, el chico ha cambiado mucho desde la última vez que lo viste, hace ya dos años, pero eso no significa que debas babear delante de su asquerosa, digo hermosa, cara. Espera, hermosa no. No lo diré de un *horrigeme*. Jamás.

Lamentablemente, mi intrépida e infortunada acción fue captada por su perversa mente, y cuando nuestros ojos volvieron a coincidir, una sonrisa burlona se deslizó en sus labios.

Maldije, pero entonces él comenzó a hacer lo mismo que yo había hecho previamente. Su mirada abandonó lentamente mis ojos azules, tal vez demasiado despacio. Continuó deleitándose en mis labios, sin sentir ninguna clase de vergüenza. Claro que él nunca tuvo de eso. Apreté los dientes cuando sus ojos se posaron en mi camiseta de tirantes blanca, lamiendo cada curva de mi cuerpo hasta llegar a mis piernas. Carraspeé de forma forzada y sus ojos volvieron de nuevo a los míos. La sonrisa creció prepotente en su cara de idiota mientras sus labios formaban las primeras palabras de bienvenida.

—Leslie...

Podría haber pasado todo el tiempo del mundo, pero sabía perfectamente quién era: Hunter.

—Es Les, idiota —dije, y me agaché a recoger la caja del suelo para poder entrar en casa.

Hunter se hizo a un lado cuando atravesé la entrada furiosa. Mantenía su sonrisa y yo solo quería partirle la cara. Tal vez lo hiciera.

—Ha pasado mucho tiempo —comentó mientras cerraba la puerta.

—No el suficiente.

Él volvió a reír. Odiaba que lo hiciera. Odiaba ser la razón que le causase felicidad. Odiaba cualquier cosa que tuviera que ver con él riéndose de mí.

—Quizá te alegre saber que Blake no está en casa —murmuró, siguiéndome por el pasillo, camino a mi nueva habitación, aquella donde mi

hermana y yo nos quedábamos cuando íbamos de visita—. Pero volverá esta noche.

—Genial.

Por alguna razón había esperado encontrarme con Blake antes que con Hunter. De los dos, él era el más soportable. De todos modos, ¿dónde estaba Anna Banana? ¿Y mi padre? ¿Para tanto daba una simple conversación? Hunter caminaba detrás de mí como un perrito faldero.

—Aunque quizás habrías preferido que hubiese sido él quien te recibiera, ¿me equivoco? Ya sabes, para recordar viejos tiempos.

Sentí cómo se me erizaban la piel de la nuca y de los brazos. Hunter no estaba sacando el tema. Hunter no estaba sacando el maldito tema. Me giré hacia él para enfrentarme, con la caja al frente como si fuera un escudo protector de hermanastros idiotas. Esta chocó contra su abdomen y lo obligó a retroceder un paso. Incluso así lo hizo elegantemente. ¡Dios, cómo lo odiaba!

—Mira, Hunter, tú y yo vamos a dejar unas cosas claras, ¿vale?

Alzó las cejas mirándome desde sus quince centímetros de altura extra. Me sentí un poco amedrentada. Era de las más altas de mi clase, no estaba acostumbrada a que los chicos fuesen más altos que yo. Incluso Jordán me sacaba tan solo un par de dedos.

—He venido aquí por obligación. Preferiría estar en cualquier otro sitio antes que aquí. Agradecería que trataras de ignorarme tanto como lo voy a hacer yo contigo. Y con Blake.

Añadí eso último como golpe de gracia. No quería saber nada de ninguno de los dos gemelos. Hunter cruzó los brazos sobre el pecho, desprendiendo ese aire de prepotencia que tanto detestaba.

—Eso complica un poco las cosas.

Fue mi turno de levantar las cejas, extrañada. ¿Qué demonios se iba a complicar?

—Según tengo entendido, suspendiste matemáticas. —Oh, las noticias volaban—. Y resulta que yo entré en la universidad gracias a mis notas en matemáticas.

Di un paso hacia atrás inconscientemente. No me gustaba cómo sonaba eso. La sonrisa de Hunter se hizo más notable. Le divertía burlarse de mí. Él también dio un paso, siguiendo el camino que yo estaba trazando dentro de la

habitación. Posó las manos en la caja y tiró de ella. Sentí cómo me arrebatava mi escudo.

Sin embargo, lo único que se limitó a hacer fue dejar la caja en una esquina, cerca de una mesita de noche y un escritorio nuevo. Eché un rápido vistazo a la habitación por encima de mi hombro. Tal como mi padre había dicho, la había reformado. Las dos camas habían sido sustituidas por una grande y blanca, y los adornos de las paredes recordaban más a un cuarto de adolescente que a uno de invitados. Aquel gesto de hacerme sentir bienvenida me enterneció un poco.

Cuando volví la vista hacia delante solté una sonora exhalación. Hunter me sonrió, con su cuerpo invadiendo mi espacio vital. Me vi obligada a alzar el rostro para poder mirarlo a la cara. Era consciente de que su intención era ponerme nerviosa.

Respira, Les. No quieres darle una patada en sus partes nobles. Eso es solo tu imaginación. Pero ¡claro que quería!

—Así que tu padre y yo hemos estado hablando — continuó diciendo mientras yo no hacía más que sentirme acorralada—. Y, claro, me ha pedido que sea tu profesor particular.

—¡No!

La negación salió más como un ruego desesperado que como una orden, que era lo que yo quería. Aquello no podía ser cierto, Hunter Harries no iba a darme clases particulares a mí. No lo permitiría. Antes prefería volver a suspender matemáticas.

—La decisión está tomada, dulzura —susurró, acercándose más a mí.

¿Dulzura? Di un traspié hacia atrás, cambiando el rumbo y haciendo que mi espalda chocase contra la pared. El horror se apoderó de mí cuando la mano de Hunter se posó al lado de mi cabeza, flanqueándome la retaguardia derecha.

—¿Qué estás haciendo?

Mis ojos claros se clavaron en los suyos, oscuros. Noté mis piernas vacilar y traté de mantenerlas firmes. No iba a dejar que mis rodillas flaqueasen y me dejaran en evidencia ante él. Eso jamás podía ocurrir.

Entonces acarició un mechón de mi cabello, enredándolo de forma juguetona en sus dedos y tirando de él hacia abajo con delicadeza.

—¿Sabes? —comentó de pronto, volviendo sus ojos hacia los míos—. Siempre me ha parecido mal que fuese mi hermano quien se llevase un beso tuyo.

¿Qué narices le pasaba? ¿A qué venía eso? ¿Dónde diablos estaban su madre y mi padre? ¿Por qué tenía que pasar por eso nada más llegar? Esas y mil preguntas más continuaron pasando por mi cabeza mientras Hunter me acorralaba más y más.

Su rostro se acercó unos centímetros al mío, demasiado cerca para mi gusto y para el gusto de cualquier persona que estuviera frente a Hunter. Sus dedos abandonaron el mechón de mi pelo para dirigirse a mi cara. Pasó el pulgar por la comisura derecha de mi labio inferior y comenzó a seguir su forma con él.

—Quizás haya que solucionarlo —susurró.

Y en ese momento su dedo abandonó mis labios para ser reemplazado por los suyos. Pero también en ese momento mi pierna se elevó hacia arriba, entre las suyas, haciendo diana. Inmediatamente Hunter se apartó violentamente mientras se retorció de dolor. Esta vez fui yo quien sonrió burlona. Me moví con arrogancia fuera de su alcance y lo miré echarse al suelo con un gemido de dolor.

Nadie se mete con Leslie Sullivan sin pagar las consecuencias. Nadie.

—¿Por qué has hecho eso? —gritó, con las manos posadas en la entrepierna, como si eso fuese a mitigar el dolor.

—¿Por qué hiciste tú eso? —repliqué con voz cortante.

Un golpe seco en la puerta de la entrada interrumpió esa encantadora situación. Hunter se revolvió en el suelo, levantándose a duras penas mientras se escuchaban pasos y el sonido de ruedas arrastradas por el suelo que se acercaban a nosotros. Hunter se quedó a unos metros de mí, apoyado en el armario, con una mano todavía protegiéndose y los labios apretados. Gracias, karma.

Mi padre entró en el cuarto con una sonrisa generosa, ajeno a lo que acababa de pasar entre nosotros.

—¡Hay que ver cuántos trastos llevas aquí! —Comentó arrastrando una maleta y balanceándose con una mochila al hombro—. ¿De verdad necesitabas tantas cosas para tres meses?

No contesté. Tenía los ojos fijos en Hunter, quien lentamente había adoptado una postura que nada tenía que ver con la de un guerrero derribado. Sus ojos brillaron en mi dirección, y en ellos vi prometida la venganza.

—Estaba hablando con Les —comentó el maldito cretino. Se acercó a mi padre como si nada hubiese pasado entre nosotros—. Dice que está encantada de que sea su profesor particular.

Sí, claro. ¿Y eso desde cuándo?

—Yo no dije nada —salté a la defensiva y crucé los brazos con fuerza sobre el pecho—. Antes prefiero perderme en mitad de un bosque con alimañas durante días.

Durante unos segundos mi padre me miró como si en vez de su hija fuese la loca de enfrente. Luego estalló en carcajadas.

—¡Leslie y sus bromas! —Se rio y dejó la mochila sobre la cama—. Como aquella vez, cuando dijo que había destilado alcohol en casa.

—Pero yo... —comencé a decir. Él me obvió completamente.

—¡Hunter será un fantástico profesor! —continuó, totalmente ajeno a las miradas asesinas que enviaba a su hijastro. Se dirigió a él con una gran sonrisa—. Además, a ti te vendrá muy bien el dinero extra de las clases para ahorrar para la universidad.

¡Encima eso! ¡No solo iba a disfrutar fastidiándome, sino que además iba a cobrar por ello! Maldito imbécil...

—Te dejaremos tranquila para que te instales, Leslie.

—Mi padre interrumpió el maratón de insultos mentales que iba a comenzar, caminando hacia la puerta con cara de felicidad—. Si necesitas cualquier cosa, estaré en el salón.

Hunter lo siguió, no sin antes girarse hacia mí para mirarme con su estúpida sonrisa burlona. La venganza...

—Eso, Leslie. Si necesitas algo...

No terminó la frase porque fui lo suficientemente rápida para reaccionar y hacer un amago de lanzarle una de mis zapatillas. Se rio, me guiñó un ojo y se fue. Nada más cerrar la puerta comencé a soltar una sarta de maldiciones contra él.

¡El muy payaso solo estaba riéndose de mí! Pero él parecía que no había captado el mensaje: nadie se ríe de Leslie Sullivan sin atenerse a las

consecuencias. Hunter Harries acababa de declararme la guerra y yo estaba dispuesta a presentar batalla.

Capítulo 3

El baño estaba lleno de vaho cuando salí de la bañera. Después de vaciar la maleta y ordenar todas mis cosas en aquella nueva habitación me sentía tan cansada que solo me apetecía darme un buen baño. También era una manera de no tener que soportar a Hunter y a mi padre por un tiempo. El primero porque no dejaba de intentar molestarme, el segundo porque me molestaba sin pretenderlo.

Limpié el espejo del baño con la toalla, dejando que mi reflejo apareciera en él. Sonreí cuando me vi reflejada, con el cabello rubio más oscuro a causa del agua y la piel enrojecida por el agua caliente. Inconscientemente, me llevé dos dedos a la boca y rocé las comisuras tal como Hunter había hecho. De repente sentí un estremecimiento.

Fruncí el ceño y aparté rápidamente la mano. ¿Qué me estaba pasando? Hunter es Hunter, un niño inmaduro al que le encantaba reírse de mí. No podía dejar que una broma como aquella me afectase tanto, menos aún si le había declarado la guerra, aunque eso solo lo supiese yo.

Leslie, tonta, estás perdiendo facultades. Recuerda, regla número nueve: todos los chicos son idiotas. No puedes dejar que una acción arrogante como la de Hunter te domine. Estás por encima de ello.

Terminé de vestirme con las mallas de verano floreadas y una camiseta lisa y salí del baño. El cambio de temperatura me refrescó e hizo que sintiera cierto aturdimiento. Estaba a punto de dar un traspie cuando alguien se interpuso en mi camino.

—¿Estás bien? —me preguntó con preocupación la figura que tenía enfrente.

—Perfectamente, solo algo mareada —respondí finalmente, recuperándome del mareo. ¡Ante mí tenía a Blake!

—Me alegro de verte, Les.

Lo observé con cierta discreción: sus pestañas oscuras se curvaban como las de su hermano, el pelo negro y revuelto, los ojos marrones penetrantes... Físicamente eran como dos gotas de agua. Quizá Blake tenía el rostro más delgado, como suele pasar con los gemelos que son segundos en nacer, pero no había mucho más que los diferenciara. Incluso su estilo de vestir era prácticamente idéntico.

—Yo también me alegro de verte —repuse tras lo que me parecieron unos largos minutos de silencio—. Hacía mucho tiempo...

—Dos años...

Me sonreía y no pude evitar devolverle la sonrisa. A pesar del parecido, Blake siempre tuvo ese aire de dulzura que le faltaba a su hermano, aquella forma de mirar a los demás que lo hacía... más humano.

Hunter, en cambio, miraba con prepotencia, como si fuese mejor que tú, más importante, y por ello pudiese manejarte a su antojo. Por el contrario, Blake era relajado, más dulce, y eso me gustaba. Eso fue lo que logró que le diera mi primer beso. Eso y que se pasase toda una larga cena de cumpleaños defendiéndome de los insultos y jugarretas de su gemelo. ¡Y yo me había olvidado de todo eso!

Unos pasos resonaron al final del pasillo, acercándose a nosotros. La piel de la nuca se me erizó al sentir su presencia.

—Qué bonito reencuentro, ¿verdad?

Entrecerré los párpados hacia Hunter, mirándolo como si fuera una fiera a punto de atacar. ¿Era algo malo querer agarrarlo con fuerza y lanzarlo contra la pared?

Hunter se colocó hombro con hombro con su hermano.

—¿Has visto cuánto ha cambiado nuestra hermanita en estos últimos años? —preguntó como si fuese un padre orgulloso. Quise vomitar.

Mientras Blake parecía haber madurado en esos últimos años, al menos a simple vista, Hunter seguía siendo el niño idiota que siempre se metía

conmigo cuando éramos más pequeños.

—No soy tu hermanita, imbécil —dije mientras notaba cómo la rabia se apoderaba de mi estómago.

Una insoportable sonrisa burlona comenzó a dibujarse en sus labios. Apreté los puños. Contrólate, Les. El solo trata de provocarte. Lo peor es que lo está consiguiendo. Eres mejor que eso.

—No puedes cambiar los hechos, dulzura —continuó hablando mientras yo pensaba en las múltiples y originales formas de estampar mi puño en su cara —. Nuestros padres están casados, por lo tanto, eres mi hermanita pequeña.

Estaba a punto de contestar una barbaridad cuando Blake me interrumpió.

—La palabra técnica es hermanastra. No hay sangre de por medio que os una. Ni siquiera habéis vivido juntos.

Alcé los ojos agradecida hacia Blake. Aquello era cierto. Jamás podría sentirme como una hermana con ninguno de ellos dos. Ya tenía una y se llamaba Mackenzie. Los sentimientos negativos en mi interior crecieron al recordar nuestra última llamada telefónica. Estúpida Mackenzie...

Me volví con rabia renovada hacia Hunter.

—Además, si soy tu hermanita —dije remarcando aquella palabra de forma sarcástica—, ¿por qué intentaste besarme antes?

La pregunta terminó de salir con algo de veneno en mi voz. El me miró como si no supiera de qué estaba hablando.

—¿En serio, Hunter? —exclamó Blake con tono de sorpresa.

Miró a su hermano con desaprobación, como si no terminara de creer que su gemelo hubiese hecho algo así. Lejos de responder, Hunter se rio. ¡Qué manía de sonreír cada vez que me ponía nerviosa!

Blake intervino al ver que el ambiente se volvía tenso. Dio un paso discreto para colocarse en medio y abrió los brazos en son de paz.

—Venga, tengamos un primer día pacífico, ya habrá tiempo para que os peleéis durante el resto del verano —Sentenció Blake. Qué bien nos conocía —. Además, mamá está emocionada por hacer una cena perfecta para Les.

—Sí, siempre quiso una hija —murmuró Hunter con cierta desaprobación.

Así que Anna Banana quería impresionarme. Tomé una profunda respiración y alejé la mirada de Hunter y Blake para tratar de tranquilizarme y, como mínimo, sobrevivir a ese primer día.

Anna Banana quería una hija. Perfecto, pero yo no necesitaba otra madre.

—Leslie, ¡qué mayor estás! ¡Y qué alta!

Me quedé quieta mientras dejaba que Anna Banana me abrazara con fuerza y me rodeara con los brazos. El perfume que usaba me asfixiaba y tuve que aguantar las ganas de toser. Cuando finalmente me liberó, tomó mi rostro entre las manos y lo miró como si fuese una niña encantadora.

¿Quién me obligó a meterme en aquella casa?

Podía admitir que Anna era agradable, y se conservaba bastante bien. Mi padre y ella parecían felices juntos, pero me dolía que no estuviese así con mi madre. No recuerdo mucho de mis padres como pareja porque era muy pequeña, pero Kenzie me dijo que nunca se llevaron bien, siempre discutían. Tal vez era por tener esos recuerdos que ella sí soportaba a Anna e incluso preguntaba por ella a nuestro padre. En cambio, siempre pensé que mi vida habría sido mucho más sencilla si Anna y sus hijos no se hubiesen metido en ella.

—Déjala, mamá, ¿no ves la cara que está poniendo?

Anna me soltó sin borrar la sonrisa y cambió su mirada de mi rostro ceñudo al de Blake. Este me guiñó un ojo cuando suspiré de alivio al notar que mis mejillas se habían liberado de sus tentáculos.

—Estoy tan contenta de que hayas venido...

Me abstuve de decir nada mientras me sentaba a la mesa al lado de mi padre, en la silla que él había sacado para mí. Hunter ayudó a su madre a colocar un plato de ensalada y otro de carne sobre la mesa mientras Blake me servía un poco de agua y me guiñaba un ojo para darme ánimos. Miré la comida sin poder evitar recordar las cenas a base de *pizza* y hamburguesas de pollo que Kenzie y yo solíamos encargarnos cuando ambas estábamos en casa. Siempre me quejé de lo mala que era la comida rápida, pero lo cierto es que ahora la echaba de menos. O tal vez fuese solo la compañía lo que añoraba.

Venga, Les, estás empezando a ponerte nostálgica. No lo hagas.

—¿Cómo está tu hermana, Leslie? —preguntó de pronto Anna Banana. Tomó mi plato y me sirvió unas cuantas hojas de lechuga y tomate.

Oh, genial.

—Prefiero Les, si no te importa —la corregí sin poder evitarlo. Solo mi hermana y pocas personas más me llamaban Leslie—. Creo que ha encontrado trabajo en Nueva York.

—¡Qué suerte! Con lo joven que es, seguro que consigue triunfar pronto.

Lejos de notar mi incomodidad, Anna continuó hablando. No sabía qué hacer para conseguir que se callara. Últimamente tenía los nervios a flor de piel.

La conversación fue evolucionando poco a poco a lo largo de la comida. Dejamos el tema de Kenzie y Nueva York y al final comenzaron a hablar de otros aspectos de su vida cotidiana que yo prácticamente desconocía. Era extraño estar sentada a aquella mesa y comer con una familia que no sentía, en modo alguno, como propia. Todos charlaban animadamente, conversaban sobre amigos, primos, vacaciones que habían hecho juntos... Y aunque Blake hacía esfuerzos por meterme en la conversación, de alguna forma todo aquello me hacía sentir excluida. Ellos encajaban perfectamente, pero yo no. Incluso los gemelos parecían estar más a gusto charlando con mi padre de lo que yo lo estaría nunca, y eso me incomodaba.

Dejé que la nostalgia me gobernara, lo que hizo que sintiera un nudo en el estómago y se me pasara el hambre. Estaba a punto de levantarme de la mesa cuando Anna Banana volvió a centrar su atención en mí.

—Bueno, Les, casi no nos has contado nada sobre tu vida. Dime, ¿tienes novio?

¿Acaso había alguna pregunta más típica que esa?

Dejé con demasiada fuerza el tenedor sobre el plato. Hunter, que estaba frente a mí, elevó sus ojos oscuros hacia los míos, sobresaltado. Aparté la mirada rápidamente, antes de que estableciéramos contacto visual.

—No me gustan los novios, soy demasiado joven para atarme —resolví con rapidez, cuadrando la espalda en la silla.

Anna sonrió y me dio la razón. Diablos, ¿acaso esa mujer no sabía hacer otra cosa más que sonreír? Igual que Hunter.

—Una chica tan guapa como tú... Debes de tener muchísimos chicos pretendiéndote.

¿Pretendiéndome? ¿Desde cuándo se seguía usando esa palabra? Además, ¿y por qué no chicas?

—¿Qué hay de ese tal Jordán? —preguntó Blake—. Hablaste mucho de él en la boda.

Disimuladamente, le propiné una patada floja por debajo de la mesa. Mi

padre se atragantó con un trozo de carne y tuvo que beber grandes cantidades de agua para pasarlo. Hunter no pudo contenerse y soltó una carcajada ante las palabras de su hermano. Ya sabía yo que era mucho pedir que al menos uno de los dos no fuese un imbécil total.

—La boda fue hace dos años —contesté con fingida simpatía, casi arrogante—. De todos modos, jamás me verás colgada por un chico, sois todos unos idiotas.

Y dicho eso lancé otra patada hacia delante, dando de pleno en la espinilla de Hunter, quien soltó un aullido de dolor. Eso le pasaba por reírse de mí.

—Chicos, no os peleéis —nos regañó Anna, todavía sin perder su maldita sonrisa—. ¿Entonces no hay novio?

Negué y suspiré profundamente. Prefería cuando no me hacían caso.

—Ni uno solo a la vista.

Intenté volver a comer, pero estaba en proceso de masticar cuando mi padre habló.

—Oye, Les, en cuanto a las matemáticas... —Oh, Dios mío, no—. Hunter y yo hemos hablado y ambos coincidimos en que lo mejor sería establecer un horario.

Tragué tan rápido como pude sin ahogarme y luego lo miré a los ojos, desafiante.

—Te equivocas, lo mejor es que Hunter no me dé clases de matemáticas.

Observé por el rabillo del ojo cómo Hunter se inclinaba hacia delante, posaba los codos en la mesa y me miraba con una sonrisa burlona.

—De hecho, Les, he estado repasando el temario que entra para tu nivel y... creo que deberíamos empezar mañana mismo.

Preparando el asalto en tres, dos, uno...

—O podrías meterte el tenedor por el culo.

¡Tenía que decirlo!

—¡Leslie! —gritaron mi padre y Anna al unísono.

Hunter y Blake estallaron a reír sin poder contenerse mientras los dos adultos me miraban como si no pudiesen creer que aquellas palabras hubiesen salido de mi boca. Bueno, pues ya podían empezar a acostumbrarse.

—Estoy harta de que penséis que me hace gracia tener que recibir clases de matemáticas del *horrigeme* más idiota —les solté, ya sin poder

contenerme.

Mi padre posó las manos sobre el regazo y respiró profundamente, como si intentase relajarse.

Leslie, Hunter solo quiere ayudarte. No está bien que lo insultes.

Al diablo con que no estaba bien. Apreté los puños tratando de calmar mi ira.

—No sé si no os habéis dado cuenta, pero yo nunca quise venir aquí. Acaba de empezar el verano y ya me estáis bombardeando con las malditas matemáticas. ¡Como si no supiera perfectamente que suspendí! Me han alejado de mis amigos, no conozco a nadie con quien salir, ¿y además pretendes que sea amable? Lo siento, pero creo que te has equivocado de hija.

Viendo cómo la conversación comenzaba a derivar en pelea, Anna decidió intervenir. Se puso de pie dando palmadas al aire, como si eso fuese a amainar los ánimos, y acto seguido comenzó a recoger con exacerbada urgencia los platos de la mesa, a pesar de que Blake y mi padre no habían terminado de cenar.

—¿Sabes, Les? Blake y Hunter podrían ayudarte en eso de salir. Podrían presentarte a sus amigos, ¿verdad, chicos?

Cerré los ojos, dejándome caer sobre el respaldo de la silla. Esa no era precisamente mi idea: los amigos de tus enemigos nunca son tus amigos.

—De hecho, esta semana hay una fiesta —continuó Anna, tomando los vasos y llevándolos al lavavajillas—. ¿Por qué no vas con ellos?

Rápidamente los gemelos, ambos, saltaron a la defensiva.

—No, eso jamás pasará —se negó Hunter.

—No, no creo que esté preparada aún —sentenció Blake.

—Estoy con Blake, es muy joven para fiestas —decretó mi padre.

Anna se giró hacia los chicos con los brazos en jarras sobre las caderas. Todo atisbo de sonrisa había desaparecido. Incluso yo me sorprendí.

—¡Solo tiene un año menos que vosotros! ¿Qué pasa? ¿Es porque es una chica? —Los gemelos y mi padre se miraron sabiendo que se encontraban entre la espada y la pared.

Así que los *horrígenes* no querían que fuese a esa fiesta... Perfecto. Leslie Sullivan, ya tienes un primer plan para tu verano. Y más te vale lograr que ninguno pueda olvidarse de ello...

Capítulo 4

Es curioso el proceso que hace nuestra mente desde que nos metemos en la cama hasta que conseguimos dormirnos. Es como el caer de una pluma: suave, ligero, lento, agradable... Ojalá pudiese decir lo mismo de la forma en la que desperté la primera mañana en mi nueva habitación.

Soñaba que me encontraba en casa, cuatro años atrás, sentada en el sofá del salón con mi madre y mi hermana. Kenzie había invitado a su novio y los cuatro veíamos la televisión y reíamos juntos de los chistes malos del presentador. Entonces todo comenzó a desaparecer: mi madre, Kenzie, James, el salón...

Salí de la neblina del sueño sin saber muy bien qué pasaba, solo que aquello no me gustaba. Y de repente noté que algo me hacía cosquillas en la nariz.

Me llevé una mano hacia el rostro y traté de apartar lo que fuese que me estaba molestando, deseando volver de nuevo a aquel sueño, a ese lugar donde sí me sentía como en casa.

De nuevo algo volvió a posarse en mi nariz, molestándome con su constante hormigueo. Más despierta y más molesta guie mi mano con fuerza a la cara. Unos dedos se quedaron atrapados entre los míos. ¿Qué demonios?

Abrí los ojos sin poder permanecer más tiempo en la duermevela y, acto seguido, solté un sonoro chillido. Dos ojos oscuros, coronados de pestañas largas y rizadas, me miraban a un palmo de la cara.

—Chillas como una chica.

Hunter se apartó de mí riendo y soltó el mechón de mi cabello con el que me había estado haciendo cosquillas. Después se liberó de mi mano. Rápidamente, me incorporé y me senté en la cama.

—Porque soy una chica, imbécil —prácticamente le escupí, comenzando definitivamente a despertar—. Pero, oye, también pego como una chica. ¿Quieres saber cómo de fuerte es eso?

Su sonrisa se ensanchó al tiempo que Blake entraba corriendo en la habitación, probablemente atraído por mi chillido, pensando que se trataba de una damisela en apuros. Frenó en el marco de la puerta y nos miró con cautela. Pronto aprendería que yo no necesitaba ser salvada de nada por nadie.

—¿Qué ha pasado?

Hunter estaba sentado a los pies de la cama, con su odiosa pose de prepotencia al estilo «soy el líder del mundo». Yo me encontraba sentada y apoyada en el cabecero de la cama, tapándome con las sábanas hasta los hombros. No usaba sujetador para dormir y, aunque llevase puesta la camiseta del pijama, me sentía desnuda sin él.

—El idiota de tu hermano se ha colado en mi cuarto y me ha asustado —contesté sin poder apartar los ojos de Hunter.

—Solo venía a despertarte —se defendió este, encogiéndose de hombros como si todo fuese una broma sin importancia—. Si queremos empezar las clases de matemáticas, es mejor que lo hagamos desde el primer día.

Resistí la tentación de tirarle la almohada a la cabeza.

—¿Qué parte de «no vas a darme clases de matemáticas» no has entendido?

Detesté cada segundo en el que su sonrisa creció y su cuerpo se inclinó por encima de la cama hacia el mío. En el momento en el que contestó, una de sus manos estaba al lado de mi cadera y su rostro a quince centímetros del mío.

—Esa parte en la que te niegas.

Apreté con más fuerza las sábanas contra el pecho. No me gustaba sentirme intimidada, pero lo cierto es que la situación me obligaba. Hunter estaba jugando sucio. No estábamos en igualdad de condiciones, ya que él se encontraba completamente despierto y perfectamente vestido.

—Chicos, las vacaciones acaban de comenzar, no empecéis ya con las peleas.

Ambos nos volvimos hacia Blake, que continuaba apoyado en el marco de la puerta, observando como un espectador paciente. La voz de la serenidad.

Con toda la fuerza que pude emplear, posé las manos sobre los hombros de Hunter y lo empujé lejos de mí. Me sorprendió notar que eran más amplios y firmes de lo que parecían a simple vista. Lo cierto es que no hubiese podido apartarlo de mí de no ser porque él cedió y acabó por levantarse de la cama.

—Te dejaré el día de hoy por ser el primero —dijo finalmente. Me miraba como si fuese un profesor paciente—. Pero la semana que viene empezaremos con las clases sin falta.

Antes me tiraba por la ventana de la habitación.

—Pienso clavarte el lápiz en el ojo —susurré lo suficientemente alto para que él me escuchase.

Se paró en seco y se volvió con su clásica prepotencia.

—¿Sí? —preguntó acercándose de nuevo, hasta que su nariz chocó contra la mía—. Entonces tal vez tenga que atarte las manos para que te estés quietecita. ¿Qué te parece, pequeña?

¿Eso era una insinuación? Bien, no pensaba rebajarme tanto como para contestarla.

Aparté la mirada sin poder controlar el calor que me coloreaba las mejillas. ¿A qué venía eso de llamarme pequeña? Anna lo había dicho el día anterior en la cena, solo era un año más pequeña que ellos.

—Hunter, déjala —interrumpió Blake, quien se había movido hacia su hermano y tiraba de él lejos de mí.

—Nos vemos luego, Les.

Lo miré agradecida. Él también podía ser un imbécil cuando se lo proponía, como ayer en la cena al decir aquello sobre Jordán, pero al menos sabía dónde estaban los límites. Esa era una de las razones por las que siempre lo preferí a su hermano.

Me sentí mucho más tranquila una vez que los dos chicos dejaron mi habitación. Sabía que mi padre y Anna estaban trabajando. Eso significaba que me encontraba sola en casa con ellos dos, y acababa de comprobar que ni siquiera mi cuarto era territorio seguro. De haber estado algún adulto en casa era improbable que Hunter me hubiese despertado de aquella forma.

Sentí un escalofrío al recordarlo, que sacudí rápidamente batiendo los

hombros. Era un escalofrío de asco, estaba completamente segura de ello.

Decidida a que mi día mejorase, me dispuse a olvidarme de los gemelos con una larga ducha. Primero eché un vistazo al teléfono.

NAT: Segundo día con la familia de tu padre. ¿Alguna anécdota que contar? ¿Ya has conseguido sacarlo de quicio o necesitas ayuda?

Natalie había convencido a sus padres para que la dejaran llevarse su teléfono al viaje. Fueron muchos ruegos, pero, según ella, había merecido la pena. Rápidamente tecleé una respuesta.

LES: ¿Me crees si te digo que uno de los imbéciles de mis hermanastros intentó besarme? Y esta mañana estaba en mi cuarto cuando me desperté. Sacar de quicio a mi padre no sé, pero saldré de aquí con una orden de alejamiento. ¿Qué tal tu viaje?

Su respuesta no se hizo esperar.

NAT: ¡Qué más da el viaje! ¿Qué *horrigeme* te ha besado esta vez?

Apreté los labios para no sonreír, porque el tema de conversación no se lo merecía. Nat era una de mis mejores amigas. Le había contado el motivo de mi viaje y lo mucho que odiaba a los gemelos. También le había hablado del beso con Blake años atrás.

Le contesté con un texto muy largo. Traté de contar lo máximo posible en el mínimo número de palabras, matizando siempre lo mucho que odiaba a Hunter. Acababa de darle a enviar cuando me llegó un nuevo mensaje. Estaba vez no era Nat. Era Jordán.

JORDAN: ¿Qué tal te están sentando las vacaciones, rubia?

Sabía que no era nada más que un sencillo mensaje entre dos amigos, igual que había sucedido con Nat. Para un extraterrestre ajeno a las normas de comportamiento social no habría diferencia. Para alguien que no conociera nuestra historia, tampoco. Para mí, ese mensaje hacía que mi mal humor reapareciese. Técnicamente éramos amigos, pero tenía la amarga sensación de que Jordán sabía que, en el fondo, yo seguía sintiendo algo por él y se aprovechaba de ello.

Contesté rápidamente con un escueto «genial», para no darle pie a que siguiera la conversación, y corrí a la ducha sin esperar respuesta. Me recreé en el vapor y en la sensación de la presión del agua contra la piel más tiempo del que mi madre y sus facturas me permitirían en casa, pero al salir había

conseguido apartar a Jordán de mi cabeza lo suficiente como para afrontar el resto del día con mejor humor. O al menos intentarlo.

Todavía no había desayunado y me rugía el estómago de hambre. El piso estaba tan silencioso que por un momento llegué a pensar que me había quedado completamente sola. Mi gozo cayó en un pozo cuando al entrar en la cocina encontré a Blake mordisqueando una galleta de chocolate. Al verme sonrió y me saludó con la mano. Al menos él era el hermano simpático. Además, me había ayudado a quitarme a Hunter de encima esa misma mañana. Era mi oportunidad para agradecerse.

—Es mi deber como su hermano —dijo simplemente, invitándome a tomar una de las galletas—. Por cierto, ayer en la cena no pude evitar fijarme en que nos llamaste *horrigemes*. Pensé que Kenzie y tú ya no usabais ese mote.

Lo miré sonriendo. *Horrigemes* era la combinación de la palabra *horrible* y *gemelos*. Jamás podría dejar ese mote, era perfecto para ellos.

—Alégrate, al menos ya no te tengo en el teléfono como «Mr. Petulante».

Blake rio y negó con la cabeza, recordando viejos tiempos. Yo también lo hice. No siempre me arrepentía de haber compartido con él mi primer beso. Aunque tenía su lado idiota, no lo sacaba a relucir tanto como Hunter.

—Siempre fuiste muy ocurrente —rememoró con los ojos en el techo.

—Es parte de mi encanto.

Le guiñé un ojo sin pararme a pensar en lo que estaba haciendo. Di un salto para sentarme sobre la encimera y lo observé. Recordé la conversación del día anterior en la cena.

—Así que esa fiesta...

Blake me interrumpió rápidamente, sin darme tiempo a terminar la frase.

—No vas a ir, Les. Esas fiestas tienden a descontrolarse y tú eres nueva en la ciudad. Por una vez, Hunter, tu padre y yo estamos de acuerdo en algo.

Agarré una de las manzanas que había sobre la encimera y me mordí el interior de las mejillas para no contestarle de forma inadecuada. Nat siempre me reñía por tener un temperamento demasiado explosivo. Decía que ella me conocía y lo aceptaba, que me quería tal como era, pero que también debería intentar ser más calmada con los demás, y aunque Blake era una de esas personas que podría merecerse una Leslie Sullivan más calmada, no soportaba a la gente que sentía la necesidad de proteger a los demás sin que nadie lo

pidiera.

—Por favor, Blake, no me subestimes. Estoy segura de haber estado en situaciones más peligrosas que una fiesta de adolescentes.

Para mi sorpresa, él rio. Lo miré pasearse por la cocina para tirar el envase de galletas de chocolate vacío a la basura y rehacer el camino de vuelta, esta vez en mi dirección. Se apoyó en la mesa frente a mí y no pude evitar pensar en lo parecidos y a la vez tan diferentes que eran los dos hermanos.

—Eso es lo que temo —comentó mientras cruzaba los brazos sobre el pecho—. Si fueses a esa fiesta, el peligro real sería para los invitados.

Esta vez fui yo quien sonrió. Sabía que Blake solo bromeaba, pero tenía algo de razón. Es como cuando Jordán y yo destilamos alcohol en mi casa y terminamos por quemar las cortinas del baño. Todo había comenzado con una quedada de amigos normal hasta que yo propuse la idea.

—Tu madre dijo que era una buena idea —continué pinchándolo—. Solo tengo un año menos que vosotros, no me pasará nada.

Blake suspiró. Claramente no le gustaba mantener aquella conversación.

—Lamento informarte de que te equivocas. Primero de todo, tienes un año y medio menos que nosotros. Segundo, eres nueva en la ciudad, tú misma lo dijiste. No conoces a nadie, no sabrías a quien acudir si algo te pasara. No, no me mires así, sé que no nos llamarías ni a mí ni a Hunter.

No iba a darme por vencida tan fácilmente.

—Seguro que entre todas las personas de la fiesta alguien podría ayudarme —contraataqué, segura de mí misma—. En caso de que me pasara algo, claro.

—Lo dudo casi todo el mundo termina borracho en las fiestas de Daniel Hayland. Una vez Kara y yo tuvimos que llevar a Hunter a rastras hasta un taxi. No nos veíamos capaces de cargar con él en el metro.

Mientras Blake se reía de su propio recuerdo, yo mordisqueé la piel de la manzana con los dientes delanteros mientras gritaba «¡bingo!» en mi cabeza. La fiesta se celebraba en casa de un tal Daniel Hayland. Ya tenía un nombre y, con suerte, eso bastaría para encontrar el lugar. Había engañado a Blake Harries y este ni siquiera se había dado cuenta.

Me bajé de la encimera con la manzana en la mano. Sonreí a Blake al pasar por su lado.

—No pienses que te vas a librar tan fácilmente de mí, Mr. Petulante.

Él negó con la cabeza pero sonrió.

—Nunca podría pensar eso, Les. Y ahora en serio, si te apetece salir a dar una vuelta, o conocer gente, cuenta conmigo. Podría presentarte a mis amigos. Pero no en esa fiesta.

Parecía sincero. Asentí con una sonrisa antes de dejarlo solo en la cocina, buscando más comida. Caminé hasta el cuarto y me dejé caer en la cama cuando llegué. Iba a ir a esa fiesta como fuese. No podían pretender tenerme encerrada en casa un viernes por la noche, en verano, a mis dieciséis años. Ante todo tenía un plan y alguien que tal vez pudiese llevarme a esa fiesta.

Leslie Sullivan, es hora de que vayas a saludar a tu guapo vecino. Que, por cierto, ¿cómo se llamaba?

Capítulo 5

Me aburría. Era un hecho. Me aburría tanto que la idea de ponerme a estudiar matemáticas por mi cuenta estaba empezando a parecerme un plan magnífico. ¡Hasta ese nivel llegaba mi aburrimiento!

Estaba tirada en el salón, con el teléfono en la mano, los restos del bocadillo que me había preparado para comer en un plato en el suelo y el televisor encendido. No daban nada en ningún canal, ya había visto todas las fotos de mis amigos en Instagram y usado cada filtro nuevo de Snapchat. Hunter había salido y Blake estaba con dolor de estómago en su habitación. Por lo visto, se había comido todos los paquetes de galletas de chocolate de la despensa y ahora pagaba las consecuencias.

—Me aburro —me quejé dando cabezazos contra el respaldo del sofá.

Esas no tendrían que ser mis vacaciones. No podía pasarme los días soleados metida en ese piso, mirando a la nada y deseando que llegara la noche para poder dormir y que así el día pasase más rápido. Esa no era ni la vida ni el verano que quería. Y cuando algo no sale como a ti te gusta, no puedes simplemente rendirte. ¡Hay que remediarlo!

Salté del sofá con energías renovadas, tirando la lata de refresco vacía al suelo. Lo recogí todo, me vestí para salir y me despedí de Blake antes de salir del piso.

—Siento no poder salir contigo a enseñarte la ciudad —dijo con tristeza. Estaba tumbado en su cama, con muy mala cara—. Prometo compensártelo.

—Llévame a la fiesta —probé, pero él frunció el ceño. Sonreí y sacudí la

mano como forma de despedida—. Nos vemos, Blake.

Todavía quedaban unas cuantas horas del día que aprovechar y me negaba a que fueran desperdiciadas en aquel sofá. Caminé cinco pasos y toqué el timbre de la puerta de enfrente. Al cabo de unos segundos abrieron.

—¿En qué puedo ayudarte?

Una mujer de mediana edad me miraba desde detrás de la puerta. Tenía el cabello castaño liso y unos ojos azules expresivos que me observaban con precaución.

—Buenas tardes —comencé el saludo, siempre con educación—, ¿está Barrie en casa?

Parpadeó como si no me comprendiera.

—¿Barrie?

Está bien, tal vez no me comprendiera.

—Sí, ya sabe. Un chico más o menos así de alto, de ojos grises y pelo rizado.

Su rostro se volvió pensativo y pequeñas arrugas aparecieron en su frente. Tras unos largos segundos de valioso tiempo, contestó con suma lentitud:

—Creo que te refieres a mi hijo..., Harry.

Me llevé la mano a la cara. ¡Ese era su nombre!

—¡Qué tonta! —exclamé, dejando a la mujer más atónita todavía—. Entonces, ¿está Harry?

La puerta comenzó a cerrarse muy despacio, apenas unas milésimas de centímetro. Me moví rápidamente dando un paso hacia delante, impidiendo que se rompiera el contacto visual.

—¿Quién lo busca?

Esa era una respuesta fácil.

—Les, dígale que soy Les.

Me lanzó otra mirada dubitativa y finalmente asintió. Me dejó esperando en el rellano mientras regresaba al interior de la casa. Escuché voces llamando a Harry, alguna que otra frase sin importancia, pasos y, finalmente, la puerta se abrió de nuevo. Una cabeza llena de rizos castaños apareció ante mí. La mirada de sus ojos verdes era de sorpresa.

—¿Leslie?

Oh, qué irritante.

—Les. Es Les. ¿Cuántas veces tengo que repetir a la gente que me gusta que me llamen Les?

Llevé las manos a las caderas, acentuando mi enfado, pero él no hizo caso.

—Cuando mi madre me dijo tu nombre no creí que de verdad fueses tú — comentó con una sonrisa simpática, recostándose sobre el marco de la puerta —. ¿Cómo es que me has llamado?

—¿Estás ocupado? pregunté en lugar de responder.

Supe por su expresión que esa no era la respuesta que él esperaba. Su mirada se volvió cautelosa, recordándome a la de su madre.

—No realmente, ¿por qué?

Sonreí de oreja a oreja. Di un paso hacia él y posé una mano sobre su hombro.

—¿Te apetecería dar una vuelta? No he estado mucho tiempo en la ciudad. He pensado que, como eres de aquí, podrías enseñármela.

Eso lo hizo retroceder.

—¿Yo?

—Dijiste que te llamase si necesitaba algo. ¿O me equivoco?

Entrecerró los ojos. Me miró a través de las pestañas, como si intentara entrar dentro de mi cabeza y analizar lo que estaba pasando por mi cerebro.

—Lo dije, pero...

—Sin excusas —lo interrumpí, mostrándole la palma de mi mano frente a su cara—. Tú te ofreciste, ahora yo te necesito.

Me observó en silencio, pensativo.

—Te das cuenta de que apenas nos conocemos de un solo día, ¿verdad?

—Ya, bueno —contesté, encogiéndome de hombros—. Pero has dicho que no tienes nada que hacer.

Frunció el ceño ante mi respuesta, pero estaba sonriendo. Eso era una buena señal. Sabía que no debía fiarme de desconocidos, pero este chico me caía bien y no parecía peligroso. Tenía la idea de que si iba por la vida desconfiando de todo el mundo, jamás conseguiría hacer amigos. Además, solo era una vuelta por la ciudad. Si intentaba cualquier cosa, podría salir corriendo o, en la peor situación, defenderme a puñetazos y llamar la atención.

De acuerdo —accedió finalmente, con cierto toque de diversión en la voz —. Dame unos segundos para que avise a mi madre...

Esperé frente a la puerta entrecerrada de su casa durante unos minutos. Mientras aguardaba escuché claramente cómo hablaba con su madre. No quería ser cotilla, pero esa mujer gritaba bastante, especialmente para recordarle la hora a la que debía regresar a casa.

Cuando salió llevaba puesta una chaqueta que, a mi parecer, sobraba. Y si en la calle hacía tanto calor como en casa, también le sobraría la camisa.

—Bueno, ¿dónde te apetece ir? —preguntó mientras bajábamos la escalera.

Por supuesto, todavía no habían arreglado el ascensor y, francamente, no sabía a qué esperaban. Parte de mis pertenencias todavía seguían en el coche de mi padre. Había decidido subir solo lo estrictamente necesario para ir tirando hasta que pudiésemos usar el ascensor. Sí, eso incluía mis apuntes de matemáticas que, más que apuntes, eran garabatos. Con sinceridad, cada vez que pensaba en ello se me revolvía el estómago.

Salté los tres últimos escalones e hice un fuerte ruido cuando mis pies tocaron el suelo. Luego me volví hacia a Harry.

—¿Donde haya helado! —pedí, remangándome las mangas de la blusa.

Harry asintió pensativo. Segundos después, una sonrisa genial se extendió por su rostro.

—Conozco el sitio perfecto —me aseguró.

—Genial, ¡porque me muero de calor!

Cuando salimos del portal me morí aún más de calor. Dentro gozábamos de cierta frescura, pero en la calle era terrible. Al menos la mayoría de la ropa que había traído conmigo eran pantalones cortos.

Quince minutos después descubrí el sitio perfecto al que se refería Harry. Era una pequeña cafetería a unos cuantos bloques del nuestro. Pensé que iríamos en metro, pero no hizo falta. Solo había montado una vez antes, cuando estuve de visita en esta misma ciudad. Y como no había allí donde vivía me llamaba mucho la atención. Siempre había querido vivir en una gran ciudad.

Aproveché el camino para descubrir nuevos lugares de la ciudad. Un coche casi me atropella cuando fui a cruzar un paso de cebra en rojo. Estaba distraída mirando escaparates. Ni siquiera Harry se enteró. Afortunadamente, la conductora sí se dio cuenta, porque frenó a tiempo. Acto seguido me regaló un sonoro y largo pitido.

Cuando llegamos, todas las mesas de la terraza estaban ocupadas, por lo que tuvimos que sentarnos en el interior del local. No era demasiado grande, pero su decoración de colores azules y vividos lo valía todo. Había un cactus en el centro de cada mesa y otros más decorando el resto del local. Me hizo preguntarme si los dueños tendrían una extraña obsesión por ese tipo de plantas o si simplemente era el hecho de que no necesitaban demasiado cuidado para sobrevivir.

—Una vez se me murió un cactus —le comenté a Harry después de que el camarero hubiese tomado nuestro pedido—. Quizás esa fuese la verdadera razón por la que mi madre nunca me dejó tener un perro...

Siempre le había echado la culpa a Kenzie, pero lo cierto era que yo nunca había sido muy responsable. A la vista estaba, pues al principio del curso me había prometido a mí misma estudiar un mínimo de quince minutos diarios de matemáticas y nunca lo cumplí. Por eso había suspendido. A veces le daba vueltas a la cabeza y sospechaba que era demasiado tonta como para acabar el instituto. Ese pensamiento siempre me hacía sentir mal.

—Oye, Leslie... —comenzó a decir Harry.

—Les —interrumpí inmediatamente—. No me gusta que me llamen por mi nombre completo.

Asintió, pero sabía que, como todas las personas, no le daba demasiada importancia. En algún momento volvería a llamarme Leslie y yo lo corregiría otra vez. No me gustaba mi nombre completo, especialmente porque quienes más lo usaban eran los profesores o mi madre para reñirme.

—Sí, perdona —continuó él—. Me estaba preguntando, si no es entrometerme mucho, ¿cómo es que te has mudado aquí?

—No me he mudado aquí —aclaré con rapidez, porque la simple idea de mudarme me provocaba escalofríos—. He venido a pasar el verano con mi padre y su familia.

Harry frunció el ceño. Me recordó a mi hermana. Ella me reñía cada vez que me refería a papá, Anna y los gemelos de esa forma. Me decía que también eran nuestra familia. No entendía por qué. Al principio ella también los llamaba así. Además, las familias tienen más trato y, exceptuando a mi padre, yo apenas hablaba con el resto.

—Entonces, Hunter y Blake...

—Son mis hermanastros —concluí—. Y Anna mi madrastra. Y si también quieres saberlo, estoy obligada a pasar el verano con ellos porque mi madre y su marido se han ido de luna de miel y la estúpida de mi hermana ha encontrado trabajo en Nueva York.

A medida que hablaba me daba cuenta de lo mala persona que parecía al decir aquello. Estaba enfadada. De hecho, lo que estaba era bastante defraudada. Tenía unas altas expectativas para aquel verano. Quería disfrutar de la compañía de mi hermana, a la que apenas veía desde que se había ido de casa al empezar la universidad, pero en su lugar fui enviada con mi padre.

En cierto modo me sentía como un incordio, un animal con el que no sabían qué hacer durante las vacaciones y que se pasaban como una pelota de un lado a otro. Mi madre y Tom ni siquiera pensaron en llevarme con ellos, aunque fuese por unos días, y mi padre y Anna estaban demasiado ocupados con sus trabajos como para darse cuenta de que estaba ahí.

Harry me hizo volver en mí cuando habló de nuevo.

—Lo siento, no quise molestarte preguntando —comenzó a decir—.Yo...

Sacudí la cabeza, tanto para interrumpirlo como para lanzar al espacio aquellos sentimientos de tristeza que amenazaban con adherirse a mí.

—No pasa nada, no tengo nada que ocultar —añadí, y abrí los brazos como para mostrar que no tenía ningún as en la manga—. Además, tú tampoco me conoces de nada a mí, ¿podría ser una pirada!

El camarero llegó en ese momento con un bol de helado de chocolate con virutas de colores. Mi humor mejoró repentinamente. También cambiamos el tema de la conversación. Harry me habló un poco de él y de su vida para dejar de ser un poco menos extraño y que ambos nos cerciorásemos de que ninguno de los dos era un pirado.

Entre otras cosas me enteré de que vivía solo con su madre y que a él tampoco le caían muy bien los gemelos. Había intentado hablar con ellos hacía muchos años, cuando se mudaron al piso de enfrente, pero le dieron la impresión de ser unos niñatos egocéntricos. No iba muy desencaminado.

—No te rías, tú también me pareciste bastante egocéntrica —dijo, cortándome la risa y señalándome con la cucharilla de su helado—. De hecho, todavía me lo sigues pareciendo un poco.

Abrí la boca, ofendida, y agarré una servilleta de papel que había

estrujado hasta convertirla en una pequeña bola. Se la lancé a la cara, pero se apartó a tiempo.

—Fallaste —se burló.

Sin embargo, ya no le estaba haciendo mucho caso. Cuando apartó la cabeza, a través de las cristalerías de la cafetería, me había parecido ver a Hunter caminando por la calle con una chica pelirroja. Sin embargo, al volver a mirar, ya no estaba.

—¿Qué estás mirando? —preguntó confuso Harry.

Se giró y siguió la dirección de mis ojos. Parpadeé varias veces y dejé de buscar a Hunter entre el gentío. Probablemente me había confundido y, aunque no fuese así, ¿qué importaba?

—Nada —aseguré, inclinándome sobre la mesa—. Oye, ¿a qué sabe tu helado?

Clavé la cuchara en su helado, de fresa, justo antes de que se lanzara sobre el bol para defender su comida. Tarde.



Después del helado fuimos a dar un paseo más largo por la ciudad. Harry me enseñó sus tiendas favoritas, todas de videojuegos, y cumplimos con mi ansiado sueño de montar en metro. A pesar de vivir el uno frente al otro, intercambiamos números antes de despedirnos en el portal. Me había caído muy bien, y esperaba haberle causado la misma impresión. Cuando entré en casa, mi padre y Anna ya habían llegado de trabajar.

Cerré con cuidado de no dar un portazo. Escuchaba voces procedentes de la cocina, al final del pasillo, y la luz también estaba encendida. Había música. Me acerqué movida por pura curiosidad, y encontré a mi padre y a Anna riéndose mientras se besaban y preparaban la cena juntos. Quería dejar de mirarlos, pero por alguna razón mis ojos querían torturarse a sí mismos. El gesto de asco que apareció en mi cara fue involuntario, una mera reacción instintiva.

Se separaron entre más risas y llegaron a verme antes de que pudiera alejarme de la cocina de la misma forma en la que había aparecido. Anna fue

la primera en notar mi presencia y, con ello, delatarme.

—¡Leslie! —exclamó, como siempre olvidando que no me gustaba que me llamasen por mi nombre completo—. Nos preguntábamos dónde estabas.

Su tono era agradable. No tenía la suficiente confianza conmigo como para reñirme por haberme ido sin decirles nada. Mi padre, por otro lado, sí la tenía.

—Te he llamado y enviado mensajes, ¿por qué no has respondido?

No me gustó la forma en la que me habló. Había visto sus mensajes tarde, cuando ya estaba volviendo a casa, y simplemente preferí ignorarlos.

—No los había visto —respondí escuetamente.

—Al menos podrías habernos avisado de que salías —continuó atacando—. Tampoco deberías ir por ahí sola; la ciudad puede ser peligrosa.

Crucé los brazos sobre el pecho. Me esperaba una pequeña riña por haberlo preocupado, como hacían mamá y Tom cuando desaparecía toda la tarde y no daba señales de vida, pero no que me lo dijera con aquel tono. También podía deberse a que no estaba acostumbrada a que fuese precisamente él quien me riñese.

—Se lo dije a Blake —les recordé—. Además, no me he ido sola, he estado con Harry.

—¿Harry?

—Sí, Harry —repetí con exasperación—. El chico que vive en el piso de enfrente.

El contenido de la olla que se estaba calentando en el fuego comenzó a hervir, y todos nos volvimos hacia ella. Pequeñas burbujas de tomate casero explotaron y lo mancharon todo. Anna se acercó corriendo a controlar la situación.

—Parece un chico majo —dijo mientras bajaba el fuego—. Tiene la misma edad que los gemelos, ¿no?

Asentí y la expresión de mi padre se endureció.

—Entonces es mayor que tú.

Anna y yo suspiramos al mismo tiempo.

—Solo un año mayor —me quejé. No me parecía que la diferencia fuese para tanto.

—Año y medio —me recordó.

No quería seguir con esa conversación, en la que mi padre intentaba imponerse sobre mí, aunque tuviese ya dieciséis años y capacidad para tomar mis propias decisiones, mientras Anna Banana intentaba hacer esfuerzos sobrehumanos por caerme bien.

—Lo que sea, no me apetece escucharte —le dije con tono cortante.

Sabía que estaba siendo borde y que no debería hablarle así. Mi madre me hubiese quitado el teléfono móvil por millonésima vez en mi vida de haberle hablado así, pero no me importaba. Él tampoco había sido muy respetuoso conmigo, y el respeto es algo que se gana, no viene solo.

—La cena estará lista enseguida —escuché decir a Anna mientras me daba la vuelta para alejarme de la cocina—. Estamos haciendo lasaña.

Frené y retrocedí lo justo para que mi cabeza apareciese por el hueco de la puerta. Me percaté de que se había manchado el delantal con salsa de tomate.

—No te esfuerces, no tengo hambre —dije, y después me alejé sin esperar a que ninguno de los dos me contestara.

Empecé a caminar por el pasillo con las luces apagadas hacia mi habitación cuando una figura emergió de la penumbra y me agarró del brazo. Me sobresalté, pero rápidamente me di cuenta de que se trataba de Hunter.

—¿Qué haces? —me quejé, tirando para soltarme.

La tenue luz que nos alumbraba procedía de la cocina, desde donde llegaban murmullos ininteligibles. Era suficiente para que los ojos de Hunter se camuflasen en la penumbra, dejando solo un pequeño brillo en ellos.

Se inclinó sobre mí. Cuando iba a pedirle que se alejara me di cuenta de que lo hacía para poder hablarme en susurros y que yo fuese capaz de escucharlo.

—Deja de actuar así, Les.

Fruncí el ceño. No entendía a qué se refería. Además, él no era quien para quejarse por mi comportamiento cuando esa misma mañana había actuado como un maníaco en mi cuarto.

—¿Así cómo? —pregunté.

El rostro de Hunter se cernió unos centímetros más sobre el mío. Cuando habló, su aliento me llegó a la punta de la nariz.

—Te he escuchado ahora, en la cocina, hablando con mi madre y con tu padre. También ayer en la cena. Entiendo que no quieras pasar el verano aquí,

pero eso no te da derecho a comportarte como una idiota con los demás, mucho menos con mi madre.

¿Cómo se atrevía? A él no lo habían obligado a nada. No lo habían hecho viajar sin tener en cuenta su opinión en lo más mínimo. Él estaba en su casa. Lo máximo de lo que podía quejarse era de mi presencia, y ya. Él no estaba rodeado de extraños, estaba en familia.

—Tú no entiendes nada —dije con los dientes apretados, intentando no alzar la voz.

—Te equivocas, entiendo que eres una niña caprichosa a la que si las cosas no le salen como quiere tiene que andar fastidiando a los demás. Pero esa mujer a la que estás tratando con desdén es mi madre, por lo que te recomiendo que dejes de lado por unos segundos tu actitud infantil y madures lo suficiente como para tratar con respeto a las personas que te rodean.

Respeto. Ahí estaba esa palabra. El, que jamás lo había tenido conmigo. Las voces de la cocina continuaban llegando a nosotros, gastadas por la distancia y las paredes que nos separaban.

—¡Vete a paseo! —contesté con lentitud, masticando cada palabra.

Alcé la cabeza, demostrándole que no iba a conseguir lo que quería. No me amedrentaría ante él porque no le tenía miedo, y porque no se lo merecía.

—Me iré donde me dé la gana, pero tú madura.

Era consciente del sonido de mi respiración mientras nos mirábamos fijamente. Tenía ganas de empujarlo contra la pared y clavarle los dedos en los ojos. Hunter y yo siempre nos habíamos peleado, cada vez que nos veíamos, desde que tenía memoria. Blake y él fueron quienes comenzaron con todo, tirándome de las coletas cuando era pequeña o decapitando a mis muñecos. Sin embargo, nunca había sido como en este momento. Hunter nunca me había hablado tan enfadado, como si quisiera darme una lección.

—¿Qué está pasando?

Ambos pegamos un pequeño respingo, separándonos instantáneamente al escuchar la voz de Blake.

—¿Hunter? preguntó a su hermano, y cuando este no contestó, se volvió hacia mí—. ¿Les?

Lancé una mirada fugaz a Hunter. Su mandíbula estaba apretada, marcando su rostro y haciéndolo parecer más duro.

—Nada —mentí—. No pasa absolutamente nada.

Blake no parecía del todo convencido, pero me daba igual. Terminé por irme a mi cuarto antes de que alguien más apareciese para amargarme las últimas horas que quedaban. Lo único bueno que había tenido mi día, el helado con Harry, ya no conseguía equilibrar la balanza. Estaba claro que mi verano en aquella ciudad iba a apestar.

Capítulo 6

Al día siguiente, cuando me levanté para desayunar, Hunter y Blake estaban comiendo sentados a la mesa de la cocina. No estaba demasiado hambrienta porque la noche anterior Blake había tenido el detalle de traerme unas galletas para que cenara algo. Me preguntó cómo había ido mi excursión a la ciudad y, por alguna razón, no le hablé de Harry.

Me quedé parada unos segundos en el marco de la puerta. Después de la pequeña pelea en el pasillo no había conseguido conciliar bien el sueño. Seguía recordando las palabras de Hunter y el tono de enfado real en su voz.

Decidí que no era solo porque él nunca me había hablado así, sino que nadie en realidad lo había hecho nunca. No estaba acostumbrada porque allá donde iba intentaba hacerme respetar, y no iba a dejar que Hunter consiguiera amedrentarme con una sola pelea. Tenía que demostrar que estaba por encima de él, aunque fuese para no terminar de dañar mi orgullo. Por eso tomé aire profundamente y me animé a entrar en la cocina.

—Ryder nos estará esperando en el metro —decía Blake, con la boca llena de cereales—. ¿Kara irá también?

Hunter asintió. Él tenía una taza con café custodiada entre sus manos.

Sí, una amiga va a acercarla. Creo que era Lana o...

La voz de Hunter se apagó cuando se percató de mi presencia. Estaba avanzando con cautela hacia el interior de la cocina porque, por mucho que hubiese tomado la resolución de no amedrentarme, inconscientemente no tenía ganas de un enfrentamiento.

—¿Qué tal, Les? —me saludó, mirándome con una sonrisa de suficiencia que hizo de mi estómago un nudo—. ¿Te has levantado con ganas de estudiar matemáticas?

Parpadeé con confusión. De todas las posibles reacciones, mi mente ni siquiera se había planteado que saliera con el tema de las clases particulares. De hecho, esperaba un nuevo ataque como el de la noche anterior.

Afortunadamente, mis reflejos despertaron lo bastante rápido como para darle una buena contestación.

Exactamente con las mismas de clavarte ese lápiz en el ojo.

Me puse de puntillas para tomar una taza y poder prepararme mi café. Por el rabillo del ojo vi a Hunter reírse suavemente, se estiró en el respaldo de la silla y dejó la taza para cruzar los brazos sobre el pecho.

—Eso es un sí. Qué, ¿cuándo empezamos?

Se estaba burlando de mí. Me miraba a través de sus pestañas con una tranquilidad abrumadora, como si dominase no solo esta, sino cualquier situación al cien por cien. Seguía siendo el mismo idiota relajado de siempre. Era como si la pelea del día anterior no hubiese existido, como si no me hubiese hablado con aquel tono de enfado que lograba hacerme estremecer. Dejé con fuerza la taza sobre la encimera y me volví hacia él el tiempo suficiente para poder decirle con toda la rabia:

—¡Olvídame!

—Chicos... —protestó Blake.

Mientras me servía una buena cantidad de café escuché a Hunter reírse. Ojalá se atragantara con su lengua y no tuviese que volver a escucharlo. Lamentablemente no fue así, porque dijo:

—Tan guapa y tan inmadura.

Agarré con fuerza el asa de la taza de desayuno. Blake riñó a su hermano, pero yo no pensaba rebajarme a continuar con aquella absurda discusión. No quería que me amargara el día de nuevo. En su lugar, decidí ignorarlo lo mejor que pude y me fui de la cocina con mi café. Desayunaría sola en mi habitación, pero al menos no tendría que soportar a idiotas. Además, después de haber escuchado parte de su conversación inicial, se me había ocurrido una idea para asistir a la famosa fiesta.

Tomé mi teléfono móvil y envié un mensaje a Harry.

LES: ¿Tienes planes para esta noche?

Hunter no me quería allí, y esa era una razón de peso para asistir.



Harry y yo nos reunimos alrededor de las seis de la tarde. Nos quedamos en la entrada de su piso, escuchando atentamente si alguien salía del mío y echando una ojeada de vez en cuando por la mirilla. No sabía a qué hora irían los gemelos a la fiesta, pero no creía que tardaran mucho más en marcharse.

—¿Estás segura de que esta es una buena idea? —Preguntó Harry por décima vez, apoyándose contra la pared—. Podemos hacer otras cosas divertidas en lugar de ir a la fiesta.

—Completamente segura. No pueden tardar mucho en salir...

Y mientras decía aquello, con el ojo derecho puesto en la mirilla, la puerta del piso de enfrente se abrió. Me aparté después de ver a los gemelos.

—¡Ya han salido! —dije, intentando controlar mi voz para que no pudieran escucharme—. ¿Listo?

Harry suspiró, pero no se retiró del plan. Íbamos a seguirlos hasta el metro, ya que esa mañana los había escuchado decir que así irían a la fiesta. Nos subiríamos en la misma línea, observándolos desde la distancia para no ser descubiertos, y nos bajaríamos en la misma parada que ellos. Lo cierto era que Harry podría haber dicho que no desde el inicio y entonces habría ido yo sola, pero no lo hizo. Eso significaba que la idea también le gustaba.

Ambos llevábamos ropa oscura. No sabía si él, al igual que yo, lo había hecho a propósito para pasar lo más inadvertido posible. Esperamos unos segundos más, los suficientes para que Hunter y Blake bajasen un par de pisos y no nos escuchasen salir, pero también lo justo para no perderlos de vista. Después, intentando hacer el mínimo ruido posible, comenzamos a poner en marcha el plan.

Ir tras ellos a través de la ciudad hasta la boca de metro más cercana fue bastante sencillo. Ni siquiera miraron hacia atrás en ningún momento, probablemente porque no se esperaban que nadie fuese a seguirlos. El problema llegó a la hora de no perderlos de vista en el metro. Todavía no era

hora punta, pero hicieron transbordo en una parada para cambiar de línea y entre la gente saliendo y entrando, más el hecho de que estábamos en otro vagón para que no nos viesan, la tarea de seguirlos se hizo más complicada.

Sin embargo, cuarenta minutos de insufrible camino más tarde, los cuatro nos bajamos en la misma parada. Tuve que pararme detrás de una columna y obligar a Harry a hacer lo mismo cuando a Blake se le cayó el *ticket* del metro y se agachó, girándose hacia atrás y casi atrapándonos. Por culpa de esa maniobra me llevé por delante a una chica que me lanzó una mirada cargada de enfado.

Después de esa última hazaña los perdimos de forma definitiva, ya que al salir de la boca de metro no los vimos por ninguna parte. Estábamos a las afueras de la ciudad, así que decidimos caminar por los barrios residenciales hasta que, tras veinte minutos y varias quejas de Harry por habernos perdido, algo llamó nuestra atención.

La luz del sol ya comenzaba a desaparecer y a través de las ventanas de una casa se podía apreciar que todas las luces estaban encendidas. También salía música muy alta, lo que más nos llamó la atención. Me extrañaba que ningún vecino hubiese llamado a la policía, porque había incluso perros ladrando, asustados por el ruido. A medida que nos acercábamos, la música crecía y se veía con más claridad las personas que había en el jardín.

—Esto da un poco de asco, ¿no crees? —comentó Harry mientras esquivaba en el camino de la entrada a un chico vomitando.

Estaba de acuerdo con él, en especial por las parejas dándose el lote en público, apoyadas en la fachada de la pared o perdiéndose en la oscuridad, hacia los matorrales. Sin embargo, podía decir que había estado en fiestas peores. Una vez Nat y yo nos colamos en una de los de último curso, de la cual nos fuimos justo cinco minutos antes de que la policía llegase con la sirena sonando a todo volumen.

—Venga, vamos a intentar pasarlo bien.

Durante el trayecto hacia la fiesta se me había pasado repetidas veces por la cabeza que podría tratarse de una reunión en la que el anfitrión conociese a todos los invitados y, por lo tanto, nos echaría de allí. Sin embargo, nada más abrir la puerta fue obvio que eso no pasaría.

Para empezar, había más gente que espacio por ocupar. No sabía quién era

Daniel Hayland, pero ese chico necesitaba con desesperación que alguien le diese una lección sobre el número de personas que caben en un metro cuadrado. Nos costó bastante trabajo abrirnos camino entre la gente sudada, que bailaba y bebía. Una chica chocó contra mí, y de lo bebida que iba derramó parte de su bebida en la manga de su camisa. Ni siquiera se dio cuenta. También estaban fumando, lo sabía por el olor a tabaco y a lo que no era tabaco. El suelo estaba pegajoso y notaba la suela de mis zapatillas adherirse a él.

—¿Y si vamos a por algo de beber? —le propuse a Harry, volviendo la cabeza hacia él y gritándole por encima del sonido de la música.

Asintió, pero por la expresión que puso no parecía muy convencido de nada, ni siquiera de haber venido a la fiesta conmigo. Por mi parte, yo miraba hacia todos lados constantemente en busca de un rostro conocido.

Quería ver la cara de los gemelos al descubrir que habíamos llegado a la fiesta. Y mi deseo no tardó en cumplirse.

A base de codazos y empujones conseguimos llegar a la cocina, donde estaba la bebida y también la comida, mayoritariamente desperdiciada, en el suelo. Había mucha menos gente que en la sala principal. Los que entraban agarraban una lata de cerveza o se servían un vaso nuevo de bebida y regresaban hacia el bullicio. Al final daba igual donde vivieses, las fiestas tenían el mismo funcionamiento en todos lados.

Fue allí donde nos encontramos con los *horrígenes*. O, más bien, fueron ellos los que se encontraron con nosotros. Estaban sentados sobre unos taburetes, charlando con una chica pelirroja y un chico rubio, cuando me vieron. Dos pares de ojos oscuros me miraron con una mezcla de sorpresa e indignación. Blake fue el primero en saltar de su asiento y acercarse velozmente hacia nosotros. Hunter llegó tan solo segundos después.

—¿Qué haces aquí?

Me observaron como si no pudiesen creer que fuera yo. Bueno, chicos, ¡sorpresa!

—Les, ¿qué narices haces aquí? —repitió Hunter después de llevarse a los labios un vaso de plástico con cerveza.

—Se suponía que ibas a quedarte en casa —añadió Blake, y sus ojos pasaron de mí hacia Harry.

Noté a mi amigo dar un paso hacia atrás. No podía ser que se sintiese intimidado por esos dos idiotas. Eché una mejor ojeada a la cocina. Desde sus asientos, los dos amigos de los gemelos nos observaban con curiosidad.

—¡Leslie! —se impacientó Hunter, situándose más cerca de mí—. ¡Te estamos hablando!

—Ya, me di cuenta. Y yo no os estaba haciendo caso.

Blake se llevó una mano a la frente, restregándola en su cara con desesperación. El chico tenía menos aguante que su hermano. Aun así, ambos se estaban molestando, y eso me provocaba una gran satisfacción. El hecho de que no me quisieran allí, no solo porque mi presencia los molestase, sino porque consideraban que tan solo por ser un año menor que ellos no me estaba permitido, hacía que mis ganas de querer demostrarles lo contrario crecieran.

—Les, por favor, tienes que volver a casa —dijo con la voz más pausada y controlada que tenía.

Arrugué la nariz. Esa idea no estaba en mi plan, por el momento.

—¿Por qué? —pregunté alzando la barbilla para poder mirarlos mejor—. Tengo dieciséis, no soy una niña y vosotros no sois mis protectores hermanos mayores. Puedo quedarme si quiero.

Blake volvió a negar mientras su hermano posaba una mano sobre mi hombro. Resistí el impulso de apartarla de encima como quien quita a un bicho molesto. Sus ojos oscuros buscaron los míos, clavándose en ellos con intensidad.

—¿A qué has venido?

No podía decirles que, principalmente, a molestarlos. Eso sería admitir que les daba más importancia de la que en realidad quería demostrar. Darme cuenta de que eso era cierto fue igual que recibir un jarro de agua fría sobre la cabeza.

—Tenía sed —respondí apartando la mirada—. ¿Este es tu vaso?

Sin esperar a que contestara, tomé la bebida que él había dejado en la encimera segundos antes y procedí a llevármela a los labios. Hunter me lo arrebató antes de que pudiese llegar a saborear la cerveza. Se apartó de mí llevándose el vaso consigo.

—¡Es cerveza!

Entrecerré los ojos y bufé. Como si no la hubiese probado antes. Los dos

gemelos eran un poco exagerados.

—Oh, cerveza —repetí de forma dramática—. Por favor, Hunter, ni que fuera a emborracharme con un sorbo.

Me di cuenta de que estaba a punto de contestarme con algo que seguramente no quería escuchar cuando Blake se interpuso entre nosotros. Haciendo acopio de su paciencia, posó ambas manos sobre mis hombros y me miró fijamente.

—Les, tienes que irte a casa. Ya.

Harry me agarró del brazo y tiró de mí hacia atrás, con él. Mi enfado crecía.

—¡No me da la gana! —Les grité a ambos mientras me sacudía del agarre de Harry—. He venido aquí con Barrie, sin vosotros, y me iré de aquí con él. No sois nadie para decirme lo que debo hacer y lo que no.

Ambos miraron directamente a mi amigo. La cara de Blake se volvió roja mientras sus ojos se abrían con sorpresa. Hunter alzó las cejas y por un momento pensé que se echaría a reír.

—Les, vámonos... —escuché que decía mi amigo.

—Deberías hacerle caso —dijo Hunter, cruzándose de brazos—. Y, por cierto, creo que se llama Harry, no Barrie.

Di un paso hacia el frente, colocándome más cerca de ellos. —¡Haré lo que quiera!

Hunter me miró con unos aires de suficiencia que me hizo querer vomitar.

—¿Sabe tu padre que estás aquí?

Eso era juego sucio. Por supuesto que no lo sabía, y tampoco tenía intención de que se enterase, pero si esas eran las consecuencias, me enfrentaría a ellas sin problemas. Cualquier castigo que pudiera echarme no superaría la duración de un verano.

—No es de tu incumbencia —le reproché, pero tomé la iniciativa de alejarme de ellos. Volví junto a Harry y tomé su mano—. No os preocupéis por mí, como podéis ver, he venido con un amigo.

Levanté nuestras manos unidas hacia arriba, esperando que Harry no me soltara, y luego tiré de nosotros en dirección contraria a la cocina.

—¡Les! —escuché que me llamaba Blake—. ¡Oye, Les!

No me di la vuelta y tiré de Harry todavía más lejos de ellos. Volvimos al

salón lleno de gente y allí solté la mano de Harry. La música sonaba todavía más alta. Él se inclinó para poder hablarme. Estaba sonriendo.

—Así que ahora somos amigos, ¿eh?

—Sí, ¿por qué no? —pregunté encogiéndome de hombros.

Su sonrisa se amplió y echó la cabeza hacia atrás al soltar una corta carcajada.

—Tienes razón, ¿por qué no?

Estuvimos hablando un largo rato y traté de no pensar en los gemelos y lo idiotas que eran. También hicimos un intento de bailar, pero con tantas personas era imposible hacerlo sin llevarse varios codazos o sin que te quemaran la ropa con un cigarrillo.

Al cabo de un largo rato, abandoné a Harry durante unos minutos para ir al servicio. De paso, él iba a aprovechar para tomar aire. Decía estar bastante agobiado y lo comprendía perfectamente. Lo cierto era que estaba comenzando a aburrirme. Había apagado el teléfono móvil para no recibir llamadas de mi padre y dejar que se desesperara hasta que regresara a casa.

Me encontraba sorteando la basura del piso de arriba, donde había encontrado el primer baño libre, e intentando rehacer mi camino para regresar en busca de Harry cuando una puerta se abrió de repente y de ella salió una chica rubia. Nos miramos por unos largos segundos, yo perpleja por cómo me sonreía, como si fuese el premio gordo de la lotería.

—¿Quieres jugar a algo? —preguntó de pronto.

—No creo que me guste cómo suena eso... —empecé a contestar, pero ella igualmente me agarró del brazo y tiró de mí hacia dentro de la habitación.

¿Qué demonios...?

Traté de tirar de mi brazo para que me soltara y le pedí que me soltase. Aquella chica era diminuta, pero tenía una fuerza descomunal. Apenas pude pasear la vista por el resto de la oscura habitación mientras trataba de soltarme de ella. Había un grupo de unas cinco personas sentadas en círculo, todas mirándome con curiosidad. Reconocí a los amigos de los gemelos entre ellas.

¿Me estaban arrastrando a un club privado de fumadores de opio?

—Oye, Katy... —comenzó a decir la amiga pelirroja de los chicos, pero no pude escuchar más porque entonces la chica rubia me lanzó dentro de un

enorme armario empotrado en la pared, cerrando la puerta antes de decir:

—¡Siete minutos en el paraíso! ¡Haced que sea digno de recordar!

¿¡Siete minutos en el qué!?

Recordaba perfectamente haber jugado a ese juego un par de años atrás, en una fiesta de cumpleaños con mis amigos. Ahí fue cuando empecé a salir con Jordán. Nos encerraron en un armario a oscuras para que hiciéramos... cosas... durante siete minutos exactos, lo que básicamente se tradujo en enrollarnos.

Eso no iba suceder en aquellos momentos. Sin embargo, la puerta se cerró sin dejarme ver quién más estaba encerrado conmigo en el armario, pero la presencia de una persona del sexo masculino era innegable. Intenté golpear la puerta y abrirla, pero la habían trancado. Desde fuera nos llegaron sonidos de silbidos y risas. Estaban locos. Toda la gente en esa maldita fiesta estaba loca.

Me volví feroz en la oscuridad hacia mi acompañante, probablemente otro loco más.

—Te lo advierto, si te atreves a tocarme un pelo, te arrepentirás.

Una risa ronca y suave fue la respuesta.

La piel de mis brazos se erizó. Maldita sea, conocía esa risa.

—Menos lobos, Caperucita.

Mira por dónde, ya tenía otro apodo nuevo.

Capítulo 7

Lejos de hacerme caso, como era de esperar, él dio un paso en mi dirección, dentro del armario. Estiré los brazos hacia el frente por si avanzaba más, con intención de frenarlo.

—Dije manos quietas, Hunter.

Su risa ronca llegó a mí como toda respuesta. Todavía estaba bastante lejos, o al menos lo suficiente como para no poder darle una patada. No iba a dejar que se acercase más.

—En realidad lo que dijiste fue que me arrepentiría si te tocaba —contraatacó Hunter, y avanzó un poco más, hasta que mis palmas abiertas tocaron su pecho—, lo que me obliga a señalar... que eres tú quien me está tocando.

Bufé en la oscuridad del armario. Ahora que mis ojos comenzaban a acostumbrarse a la tenue luz que se filtraba por las rendijas de la puerta, era capaz de visualizar su silueta y la forma revuelta de su pelo castaño. Llevábamos encerrados en aquel armario al menos un minuto.

—¿Que sigas tocándome significa que yo puedo tocarte a ti sin temer las consecuencias?

—¡No! —le grité frunciendo el ceño y curvé los dedos sobre la tela de su camisa. Si tenía en cuenta que me había intentado besar el primer día nada más llegar, no había razones para confiar en él.

Cada vez veía mejor, y pude apreciar cómo los ojos de Hunter se entrecerraban en mi dirección, pensativos. Luego habló.

—No lo veo justo. Tú puedes tocarme pero yo a ti no.

—Así es la vida —dije a la vez que chasqueé, impaciente.

Lo que mis pensamientos querían decir en realidad era que no me fiaba de retirar el escudo protector que brindaban mis brazos estirados. ¿Cuándo abrirían la maldita puerta del maldito armario? ¡Maldita sea!

La sonrisa de Hunter creció. Dios, realmente conseguía sacarme de quicio.

—Si prometo que no voy a tocarte, ¿dejarás de tocarme tú a mí?

Apreté los dientes con tanta fuerza que creí romperme las muelas.

—Tus promesas no valen nada —escupí, totalmente en mi postura terca.

—Esa boca, niñita... —comenzó a regañarme, pero lo callé empujándolo lejos de mí y con ello apartando las manos de su pecho.

Me dolían los brazos de tenerlos erguidos.

—No me vas a tocar ni un solo centímetro.

Sus ojos brillaron en mi dirección.

—No lo haré.

Respiré pesadamente mientras cerraba los ojos y apoyaba mi cuerpo contra la pared del armario. Llevábamos dos minutos ahí dentro. Cinco más, solo trescientos segundos más compartiendo el mismo aire con Hunter y por fin sería libre. Eso si no me volvía loca antes, claro.

—¿Pensando en mí, Caperucita?

Abrí los ojos sobresaltada y me encontré con la mirada oscura de Hunter demasiado cerca de la mía. El aire se escapó de mis pulmones por la sorpresa. Mi cabeza chocó con fuerza contra la pared del armario al intentar retroceder.

¿Cuándo se había movido tan cerca de mí?

—¿Qué estás haciendo? —pregunté en su lugar, tratando de mantener un tono lo más calmado que pude.

Una sonrisa burlona fue su respuesta.

—Dijiste que no ibas a tocarme —escupí mientras toda la largura de mi cuerpo se apoyaba en la pared del armario.

—Creí que mis promesas no valían nada para ti —contraatacó sin perder su desquiciante sonrisa.

La mano de Hunter voló cerca de mi hombro y se paró en el armario. Flexionó el brazo, como si quisiera dejarme atrapada entre su cuerpo y la pared.

—De todos modos, no te estoy tocando. No te toco si tú no me tocas, ¿recuerdas? —continuó, el aire de sus palabras chocando contra mi rostro—. Solo te estoy... acechando.

Acechando. ¿Ahora se creía un cazador? Porque habría que redefinir quién era el cazador y quién el animal indefenso, entonces.

—Apártate de mí, Hunter —dije con firmeza, mirándolo fijamente a los ojos, tan negros que envolvían toda la oscuridad a nuestro alrededor.

No podía apartarlo porque entonces lo estaría tocando, y si lo tocaba, el pacto se rompería y él podría tocarme también.

Acercó una mano a mi cara, parándose a pocos centímetros de mi piel. Sus dedos comenzaron a trazar el contorno de mi rostro sin juntar nuestra piel. Mi barbilla, la curva de mis mejillas, la largura de mi ceja derecha, la caída de mi nariz...

Abrumada por la oscuridad, cerré los ojos durante unos breves segundos, demasiado fugaces, conteniendo el aliento mientras notaba el roce de su pulgar pasando lentamente sobre mis labios, pero sin llegar a tocarme. Casi pude notarlo reír por mi reacción.

Estaba muy equivocado si pensaba que me había ganado. Abrí los ojos de golpe, fulminándolo con la mirada y dejando mi expresión seria mientras el pecho me latía como un caballo al galope.

—La necesidad de estamparte un puñetazo en la cara es demasiado intensa como para resistirla, deberías saberlo.

Sin apartar sus ojos de los míos, alejó la mano para inclinar el rostro más cerca. Puede que no me estuviese tocando, puede que hubiese centímetros de distancia entre nosotros, pero sentía la intimidad de sus acciones inmensamente más fuerte que el tacto.

Las palabras de Hunter volvieron a dar en mi rostro.

—La necesidad de parar el golpe y besarte también lo es. —Se tomó unos segundos estudiando mi reacción antes de añadir con voz ronca y baja—: Deberías saberlo.

No estaba equivocada, Hunter estaba igual de loco que los demás. Me atrevía a decir que su locura era incluso más grande. Nunca nos habíamos llevado bien. Siempre fue igual de arrogante y altivo, intentando molestarme constantemente, nunca había llegado al punto de ese año.

¿A qué venían esas insinuaciones? Intuía que ni él ni su hermano me querían ese verano en su casa, pero había otras formas diferentes de tratarme, y mucho más respetuosas: por ejemplo, pasando de mí. Solo que Hunter desconocía el significado de la palabra respeto.

De pronto se apartó, alejándose de mí. En ese momento fui consciente de cómo había estado conteniendo la respiración.

—Tienes razón en lo que dijiste antes —dijo de forma tranquila, como si nada hubiese pasado segundos antes.

No iba a ser yo quien perdiese la compostura.

—Lo sé —asentí, alejándome del armario y adoptando una postura relajada—. Pero, para especificar, ¿en qué exactamente?

Su mirada me evaluó en la oscuridad de arriba abajo, pasando por mis piernas y terminando de vuelta en mis ojos. Me sentí demasiado expuesta.

—Ya no eres una niña pequeña, Caperucita, aunque a veces te comportes como tal.

Sus palabras provocaron que un alarmante calor creciera en mi interior, pero conocía a Hunter y también el juego en el que pretendía involucrarme. No iba a dejar que eso sucediera. Decidida a que mi cerebro mandase sobre mi cuerpo, intenté cambiar de tema.

—¿A qué viene lo de llamarme pequeña? ¿Y Caperucita? Tengo nombre, ¿sabes?

Una sonrisa petulante volvió a su rostro, que esta vez parecía divertido.

—Sí, eso tengo entendido.

—Estás todo el rato llamándome por un millón de apodos, ¿no puedes dejarlo? Me mareas.

La distancia que se había establecido entre los dos desapareció en el momento en el que Hunter volvió a acortarla. Aquel juego comenzaba a cargarse de una tensión sexual electrizante que le hacía más difícil a mi cerebro la tarea de llevar el mando.

—No hasta que encuentre uno adecuado para ti.

Me mantuve impassible en mi sitio, negándome a retroceder. No iba a dejar que él volviese a llevar la voz cantante. Yo era capaz de manejar mis propias situaciones comprometidas.

—Lo hay, es Les, y me gusta.

—No.

Alcé las cejas medio molesta medio incrédula.

—¿No? ¿Por qué demonios no? Todo el mundo me llama Les.

El cuerpo de Hunter se aproximó hasta el mío lo suficiente para estar pegados sin tocarnos. En la oscuridad su mirada vibraba con intensidad.

—Exacto, todos te llaman así.

—¿Por qué haces esto, Hunter? —salté a la defensiva, sacudiendo de la cabeza cualquier pensamiento loco sobre Hunter antes de que pudiera hacer mella para siempre y desarrollar una enfermedad incurable en mi interior—. ¿Eres un mujeriego? Soy tu hermana.

—Hermanastra —me corrigió, igual que había hecho yo anteriormente—. Hay una gran diferencia.

Me miraba profundamente. Cerca, pero sin tocarme. Notaba que la piel me hormigueaba. Los labios de Hunter estaban entreabiertos. Mi cerebro luchaba por mantener el control de la situación.

—Da igual, tu comportamiento es idiota. Nuestros padres están casados, y lo poco que me conoces es de insultarnos mutuamente. ¿Por qué intentas ligar conmigo?

Ladeó el rostro fingiendo pensar.

—¿Intento ligar contigo?

No puedes pegarle, Les. No puedes pegarle, recuerda.

—No juegues al despiste conmigo, idiota. Lo estás haciendo ahora mismo. Además, lo primero que hiciste en cuanto llegué fue intentar besarme.

Pensé que un toque de atención sobre su comportamiento impetuoso haría que parase, pero no fue así. Los labios de Hunter se juntaron para formar una sonrisa.

—¿Y?

—Me sacas de quicio —afirmé.

—Lo sé.

Estaba empezando a frustrarme. No manejaba bien las situaciones cargadas de tensión, como esta, sin importar de qué tipo fuese.

—¿No te entiendo! ¿Qué demonios es lo que quieres?

Pero justo cuando parecía que iba a conseguir sacarle una respuesta, la puerta del armario se abrió, cegándome con la luz de la habitación. Pude

apreciar que alguien había encendido las luces mientras unas manos me sacaban con gentileza.

—¿Qué pasa aquí? —reconocí la voz de Blake como la persona que me estaba sacando del armario antes de que mis ojos se acostumbrasen de nuevo a la luz—, ¡Ella es Les, nuestra hermana! Menos mal que Kara me ha avisado...

—Hermanastra —corregí, y supe que Hunter sonreía sin tener que mirarlo—. Deberías saber que hice todo lo posible para que este atentado contra mi persona no ocurriese, pero nadie me ayudó.

La chica rubia que me había metido dentro del armario se acercó con timidez hacia nosotros, seguida de uno de los chicos rubios del grupo de fumadores de opio. De acuerdo, tal vez no fuesen fumadores de opio, pero cada uno imagina lo que quiere.

—Lo siento, no lo sabía —se disculpó, pareciendo en ese momento más joven de la edad que seguramente tendría.

Hunter se posicionó al lado de su hermano, luciendo como si nada malo o indecoroso hubiese pasado dentro del armario. Me volví hacia Blake.

—Además, tú hermano, aquí presente, ha intentado propasarse conmigo.

—¡Leslie! —gritó abriendo los ojos desmesuradamente—. ¡Eso es una acusación muy grave!

—¿Leslie? —repetí indignada—. ¿Por qué «Leslie» y no «Hunter»? ¿No has oído lo que te he dicho?

Blake se llevó entonces las manos a la cabeza y resopló con frustración. Vaya, con qué facilidad perdía los nervios el chico.

—Además —repitió Hunter, imitando el tono que empleé en la acusación y mirándome socarronamente—, yo no te he tocado.

—Imbécil.

Entonces la puerta de la habitación se abrió de un fuerte golpe. Los ojos del chico que se asomó por ella se pasearon por todos los ocupantes hasta que encontraron los míos. Harry suspiró tranquilo una vez que me vio. Me sentí culpable, lo había abandonado minutos antes con la excusa de buscar el baño y no había vuelto a saber de mí.

—Un vecino ha llamado a la policía —explicó sin rodeos mientras entraba en la habitación, dirigiéndose hacia los demás presentes—. Tenemos que salir de aquí.

El revuelo fue instantáneo. La gente comenzó a salir corriendo de la habitación, en estampida, hasta que solo quedamos unos pocos.

—¿Ya se acabó la fiesta? —pregunté, pero nadie me escuchó—. ¿Alguna idea de qué hacer?

La mirada de todos se dirigió hacia el chico rubio que estaba al lado de Kara cuando contestó, como si fuese la única solución:

—¿Qué os parece empezar por correr?

Y, efectivamente, tan solo cinco segundos después, todos comenzaron a correr. Harry atrapó mi mano y bajamos en tropel por la escalera junto con el resto del grupo. Al llegar abajo descubrimos que la mayoría ya se había ido, pero eso no fue lo más preocupante. A través de las ventanas se colaba una luz azulada e intermitente que no habíamos visto desde arriba: la policía ya estaba aquí.

Capítulo 8

Los faros del coche de la policía iluminaban el interior del recientemente abandonado salón, filtrándose a través de las cortinas de tela de la ventana. Harry tiró de nuestras manos unidas y corrimos detrás de Hunter, Blake y todos los demás. Pocas personas más quedaban en la casa aparte de nosotros.

Un fuerte golpe en la puerta hizo que nos sobresaltáramos.

—¡Somos la policía, abridnos!

Todos nos quedamos quietos en el centro de la cocina, paralizados en medio de nuestra huida. Tanto nerviosismo a mi alrededor, junto con el calor que hacía, me estaba dando mucha sed. Solté mi mano de la de Harry para servirme un poco de cerveza mientras ellos intercambiaban inservibles miradas de circunstancias.

—Tenemos que salir de aquí —sentenció Hunter.

Me di cuenta de cómo se acercaba a la chica pelirroja. Había algo protector en su actitud que no le había visto usar con nadie. Sentí un pequeño nudo en el estómago.

—Nos separaremos, no podrán atraparnos a todos —comentó el rubio como única solución posible.

—Así comienzan las películas de miedo —murmuré.

Hunter reparó en ese momento en mí y en el vaso de cerveza camino a mi boca. Lo interceptó sin decir palabra antes de que pudiese quejarme. Lo fulminé con la mirada. ¿Qué demonios le pasaba? Solamente era una cerveza y me la había servido yo misma.

—Estoy de acuerdo con Ryder —corroboró Blake, dando la razón a su amigo—, pero deberíamos decidir un lugar en el que vernos después, así sabremos que todos hemos conseguido escapar.

Pensé en el tal Daniel Hayland, el dueño de la casa. A él el marrón no se lo quitaría nadie de encima. Yo pensaba que me metía en problemas por suspender matemáticas o escaparme de casa, pero a este chico sus padres iban a matarlo.

—¿Qué tal el cementerio? —propuso la chica pelirroja después de que nadie hablara—. No está lejos y a estas horas nunca hay nadie.

La miré con perplejidad. Tenía que estar de coña. Perfecto, la película de terror continuaba.

—Me pregunto por qué... —murmuró Blake.

—No seas tonta, Kara —le reprochó Hunter, pero no lo hizo de forma borde. Su voz estaba matizada con la suavidad de una broma—. Que cada uno vuelva a su casa y punto.

La chica le propinó un pequeño codazo en las costillas, riéndose con él.

—Así le quitas la diversión a todo.

Blake, que parecía ser el que estaba más nervioso de todos, elevó las manos con exasperación y preguntó:

—Entonces ¿dónde demonios quedamos?

Un nuevo golpe en la puerta junto con otra llamada de la policía nos hizo volver a ponernos en marcha. Las luces de la cocina se apagaron, como si alguien hubiese cortado la electricidad. Los golpes en la puerta se hicieron más y más fuertes, empujándonos finalmente a salir de la casa.

Harry volvió a tomar mi mano en mitad del revuelo y, siguiendo en tropel a Hunter, que encabezaba la huida, corrimos a través de la puerta trasera que había en la cocina, sorteando en la oscuridad a las pocas personas que quedaban, demasiado borrachas para intentar huir. Escuché a Blake llamándome, pero Harry no me dejó detenerme.

Nos abrimos paso por el jardín al tiempo que escuchábamos a los policías forzar la puerta y entrar en la casa. Eso hizo que me preguntara cuántas veces habrían tenido que irrumpir en las fiestas de Daniel Hayland. Según mi experiencia, no podían entrar a la fuerza en ningún hogar.

Saltamos la valla del jardín y terminamos por correr hacia la carretera,

alejándonos cada vez más de los demás entre las otras casas del vecindario. Harry no me dejó parar a tomar aire hasta después de llevar diez minutos corriendo, aunque a mí personalmente me parecieron horas.

—Tenemos... Ir... Cementerio... —conseguí decir entre jadeos. Me doblé sobre el estómago y posé las manos sobre las rodillas.

Harry me observó con el rostro serio. No estaba encorvado como yo, pero su respiración también era agitada. Odiaba a las personas deportistas, pero simplemente por pura envidia.

—No iremos al cementerio —sentenció con rotundidad.

Fruncí el ceño y forcé mi postura para poder verle la cara.

—¿Perdón? Hemos quedado allí con todos, por si no lo recuerdas.

—No, una chica lo propuso y uno de tus hermanastros se negó —sentenció dando un paso hacia mí para tomar mi mano de nuevo—. Nos vamos a casa, donde sí que estaremos a salvo.

Me alejé de él antes de que pudiera agarrarme y lo fulminé con la mirada. ¿Y si al final sí había alguien que fuese al cementerio? No íbamos a abandonarlo. Además, tampoco perdíamos nada por comprobarlo.

—Les, venga... —comenzó a decir, pero lo interrumpí dándome la vuelta y rehaciendo el camino por el que habíamos venido—. ¿Qué estás haciendo?

—Si tú no me llevas, entonces tendré que ir yo sola.

Escuché cómo comenzaba a seguirme.

—No sabes dónde está.

Tenía razón.

—Entonces tendré que volver a la casa y esperar hasta que alguien llegue.

Muy bien, Les. Rápidos reflejos.

—No vas a hacer eso, la policía puede seguir allí.

Sonreí diabólicamente aunque él no lo advirtiese, pero elevé mi brazo y le hice una peineta, cosa que vio perfectamente. Lo escuché refunfuñar y soltar alguna palabra ininteligible. Sin borrar la sonrisa, conté lentamente los segundos y, al llegar a cinco, Harry me había alcanzado y suspiraba derrotado. Los chicos eran tan fáciles de manejar... Bueno, algunos.

—Está bien, te llevaré. Pero promete que no intentarás destruir una tumba o despertar a los muertos.

Le guiñé un ojo con diversión.

—No puedo prometer nada —dije como respuesta, y lo seguí a través de más casas, hacia el cementerio.

Caminamos durante largos minutos en la oscuridad de las calles, iluminadas por la tenue luz de las farolas. En una parte del camino la carretera derivaba hacia un sendero aún más lúgubre, el cual llevaba exactamente a nuestro destino. Estaba bordeado por césped y tenía zarzas a los lados, y nos alejaba definitivamente de la civilización. Empecé a pensar que había sido mala idea en el momento en el que una sombra se movió sigilosamente hacia nosotros, haciendo que me parase en seco y dejase de andar.

—¿Asustada, Caperucita?

Di un empujón a Hunter cuando se paró sonriendo a mi lado. Sí, me había asustado, pero no pensaba admitirlo.

—Pensé haber dejado las cosas claras con el temita de los apodos —contesté en su lugar. Crucé los brazos sobre el pecho y traté de frenar la velocidad de mi corazón, que había aumentado con el susto—. ¡Es Les!

Escuché cómo Harry se reía sin ningún disimulo a nuestro lado. Le envié miradas asesinas mientras mi cuerpo seguía tenso por la oscuridad y la reciente aparición de Hunter. Cualquiera lugar a su alrededor nunca era un buen lugar.

—¿Habéis visto a alguien más por el camino? —preguntó reanudando la marcha hacia el cementerio—. Vosotros sois los primeros con los que me tropiezo.

Harry negó con la cabeza, situándose a su lado. Yo los seguí unos pasos más atrás.

—Ídem. Probablemente se hayan ido a casa.

—¿Tal como tú querías hacer? —sugerí con una sonrisa malvada, andando más rápido para poder alcanzarlos—. Qué poco sentido de la aventura tienes, Barrie.

Soltó un bufido de exasperación. Se llevó las manos a la cabeza y miró al oscuro cielo como si estuviese implorando al dios de la noche.

—¡Es Harry! Maldición, Les, ¡es Harry!

Esta vez fue el turno de reír de Hunter.

—¿No te parece un poco repetitiva esta conversación?

Iba a contestarle con una frase cortante e hiriente cuando mi teléfono vibró

en el bolsillo. Lo había encendido durante la fiesta solo para ver las cinco llamadas perdidas de mi padre y luego se me olvidó apagarlo. Gruñí al pensar que sería él molestando de nuevo, y estaba decidida a apagarlo cuando el nombre de mi hermana brilló en la pantalla. Extrañada, acepté la llamada.

—¿Kenzie? pregunté como una idiota. ¿Quién más iba a ser?

—Hola, Les, ¿cómo estás?

La voz alegre de Kenzie contrastaba con el panorama en el que yo me encontraba: un sendero oscuro, acompañada de dos chicos camino de un cementerio.

—Estoy... —comencé a contestar, pero ella me interrumpió rápidamente.

—¿Qué estás haciendo ahora?

Vaya, menuda pregunta para un momento como ese.

—Pues estoy... estudiando matemáticas en casa.

Harry y Hunter se volvieron hacia mí con expresiones irónicas y burlonas. Les devolví la mirada, exasperada. ¿Qué esperaban? La verdad no iba a ser bien recibida.

Por supuesto, Kenzie no lo creyó.

—¿En serio? ¿Tú? ¿Un viernes por la noche?

Tosí intentando tapar la mentira, pero lo cierto era que tanto mi hermana como yo éramos las peores mentirosas del mundo.

—Es extraño, porque hace unos minutos me ha llamado papá —continuó Kenzie, y sabía que tenía una sonrisa de estúpida suficiencia en el rostro—. Me ha dicho que te has escapado de casa y no respondes al teléfono.

Me mordí el interior de la mejilla pensando en una respuesta que preocupara a mi hermana. Me gusta molestar a las personas, a ella especialmente, pero después de haber roto con Henry no quería que tuviese más disgustos. En el fondo, yo era una buena hermana menor. Muy en el fondo.

—Solo he ido a una fiesta, no es un gran problema —dije finalmente, suspirando.

Hunter me hizo un gesto para que apagara el teléfono y señaló hacia delante. Seguí el camino de sus ojos para encontrarme con los oscuros muros de piedra del cementerio a unos metros de distancia. ¿Ya habíamos llegado?

—Y si estás en una fiesta, ¿por qué no oigo ruido de fondo? —reclamó testaruda mi hermana.

Harry se adelantó unos pasos más rápido que nosotros para echar una ojeada a través de la verja de hierro del cementerio. La farola a su lado tintineó. Sentí que se me erizaba la piel del cuello por el miedo.

Odiaba los cementerios, específicamente de noche.

—¿Les? —insistió Kenzie.

—Salimos a tomar el aire.

Mientras ella volvía a replicarme, Hunter me repitió la señal de colgar el teléfono y susurró algo de entrar en el cementerio. Mi estómago dio un vuelco. Quizás podría fingir que tenía que hablar con mi hermana y así quedarme fuera... Pero entonces eché una ojeada a nuestro oscuro alrededor y decidí que eso tampoco era buena idea. ¿Por qué narices había insistido tanto a Harry en venir? No me gustaba dejar a nadie tirado, pero no había caído en la cuenta de lo espeluznante que podía resultar un cementerio.

—Oye, Kenz, tengo que colgar, otro día hablamos —comencé a despedirme, pero ella no me iba a poner las cosas fáciles.

—¡No se te ocurra colgarme, Leslie Sullivan! Tienes que llamar a papá. Está preocupado.

Gruñí deliberadamente.

—Como si llama a la policía, a los bomberos y al escuadrón de seguridad nacional. No voy a llamarlo.

—¡Les! —gritó ofendida mi hermana al otro lado de la línea.

Hunter también comenzaba a impacientarse a mi lado.

—Cuelga el teléfono de una vez, Leslie —exigió, ganándose una mirada de furia.

Mi hermana también lo escuchó.

—¿Estás con un chico, Les? —preguntó.

—Es Hunter, descuida.

Kenzie estalló en sonoras carcajadas mientras el aludido me miraba ofendido. ¿Qué se esperaba? Después de lo de los apodosos debería alegrarse de que no lo estuviese insultando.

Escuché cómo mi hermana comenzaba a decirme de nuevo que llamase a papá cuando Hunter, cansado de repetir me que terminara la llamada, me arrebató el teléfono de las manos y colgó.

—¡Oye! —me quejé tomándolo de nuevo—. ¡Era importante!

—Ya tendrás tiempo de hablar con tu hermana más tarde, ahora tenemos que entrar en el cementerio.

Espera, ¿a qué se refería con entrar en el cementerio? Si alguien más iba a venir, lo lógico sería que esperase fuera. Primero, porque tenía el presentimiento de que entrar en un cementerio de noche era ilegal, y segundo, porque ¿quién narices quiere entrar en un cementerio de noche?

Inconscientemente, negué con la cabeza. Mis entrañas se apretaron cuando mis ojos viajaron a la puerta que Harry había dejado entreabierta. Él ya había entrado mientras yo hablaba con mi hermana. Tragué saliva.

—¿No podemos esperar fuera?

Esa había sido mi idea inicial. Ni de coña había pensado que entraría allí. Una sonrisa burlona se formó en los labios de Hunter. Sabía lo que estaba pensando.

—No me digas que Leslie Sullivan tiene miedo de los cementerios.

Para mí esa pregunta fue igual a una apuesta. Fue igual a preguntarme si no tenía ovarios de entrar. Un golpe a mi ego y a mi orgullo, algo a lo que no pensaba doblegarme con facilidad. Tampoco tenía ganas de darle la razón a Hunter. Él no tenía por qué saber de mi miedo a los cementerios.

—Por supuesto que no —repliqué, y acto seguido comencé a caminar con decisión hacia la puerta.

Me siguió de cerca, todavía con una sonrisa burlona dibujada en su rostro. Sentía el corazón latiéndome a mil por hora. Llegué hasta la entrada del cementerio y eché una ojeada dentro, donde la luz de la luna y las estrellas bañaban el oscuro césped y las lápidas.

Dios mío, iba a vomitar. Hunter se apoyó a mi lado, en el muro. Echó una ojeada al interior del recinto y luego a mí. Parecía estar pasando un buen rato, como si en lugar de visitar tumbas estuviésemos de vacaciones en una isla tropical.

—¿Sabes? Si tienes miedo, siempre puedes llamar a tu padre y que venga a buscarte.

¿Y dejar que él se burlara de mí lo que quedaba de verano? Nunca. A decir verdad, tenía el presentimiento de que ninguno de los demás estaría allí, que Hunter lo sabía y solo quería hacérmelo pasar mal, como siempre. Pero echárselo en cara también significaría admitir que me daban miedo los

cementerios, y jamás admitiría una debilidad.

Haciendo de tripas corazón, abrí un poco más la puerta y metí un pie dentro del recinto. Sabiendo que iba a arrepentirme de aquello, me volví hacia Hunter y dije con voz firme:

—Vamos.

Capítulo 9

—Esto está oscuro. Realmente oscuro.

Gruñí hacia Hunter sin mirar en su dirección a medida que caminábamos a través de las tumbas en busca de nuestros amigos. O sus amigos. O mi amigo. Harry se había aventurado dentro del cementerio antes que nosotros, hacía unos diez minutos, y desde entonces no habíamos vuelto a verlo. ¿Era solo yo o aquello parecía cada vez más una película de terror?

Y, para colmo, tenía que soportar al peor de los *horigemes* tratando de darme miedo con sus comentarios burlones. Una de las veces incluso intentó asustarme: tomó mi brazo con fuerza y gritó «buuu» en mi oído. Lo peor es que funcionó y chillé. Sé que lo recordará siempre.

—¿Te gustan las historias de fantasmas, Caperucita? —continuó metiendo cizaña. Apreté los puños conteniéndome de darle un golpe—. ¿O quizás prefieras a los zombis?

La piel de la nuca se me erizó. Zombis. Cementerio. De noche. Paseé la mirada por las oscurecidas tumbas. Esperaba encontrarme cuerpos como cerebros en lugar de adolescentes humanos. El aire fresco de la noche despeinó mi cabello, apartándolo de la cara y enfriando mis mejillas. Podía escuchar el sonido de las hojas de los árboles rozando unas contra otras en una danza macabra para mis oídos, con el crujir de las ramas y el ulular de los búhos.

—¿Crees que el sonido de nuestros pasos despertará a los no muertos de su sueño? —prosiguió Hunter, incansable.

Aceleré el paso a través del cementerio, adelantándolo. Cuanto antes encontráramos a los demás, antes saldríamos de allí y antes me libraría de él. ¿Dónde demonios se había metido Harry?

Estoy pensando... Imagínate la mezcla de un zombi y un fantasma. Sería... ¡un *Jantazombi*! Flotaría sobre el suelo, cubierto con una sábana blanca ensangrentada y queriendo comer los sesos de chicas rubias y miedosas.

Frené en seco y me volví hacia él con la mandíbula apretada y los ojos llameantes. Aquel chico estaba colmando mi paciencia.

—¡Yo no soy miedosa!

Elevó los brazos y abrió las palmas en son de paz.

—Tranquila, Caperucita, no estaba hablando de ti —exclamó con fingida indignación—. O depende... Eres rubia natural, ¿verdad?

Entrecerré los ojos deseando poder mandar llamas a través de ellos hacia su persona.

—¿En serio, Hunter? ¿Caperucita? ¿No te cansas nunca de los apodosos?

Hastada de caminar por un cementerio en medio de la noche, agotada por la palabrería de Hunter y molesta porque nadie apareciese, me dejé caer apoyándome contra la pared de una cripta familiar. Hunter se situó enfrente. Lucía tan arrogante como siempre. Podía ver su sonrisilla burlona camuflada por las sombras de la noche.

—En realidad este es un apodo que me gusta especialmente. Te pega, ¿sabes?

Seguro.

—Piérdete. Es Les, ¡Les!

Resistí la tentación de poner los ojos en blanco cuando Hunter dio un paso hacia mí. Típico. ¿Era este el momento en el que intentaba provocar algo de tensión sexual entre nosotros? Quizás sería buena idea romper sus lamentables ilusiones de una patada.

—Y yo te dije que no voy a llamarte así —susurró acercándose un poco más—. No voy a llamarte como lo hacen todos los demás.

Esta vez sí que puse los ojos en blanco.

—Oh, claro, el gran Hunter quiere marcar la diferencia resoplé, y luego dirigí mi mirada directa en la oscuridad a sus ojos marrones—. Te lo diré simplemente porque me molesta: actúas como un idiota enamorado.

Su respuesta fue terminar de acercarse a mí. Apoyó un brazo a un lado de mi cabeza, de forma que su cuerpo se quedó danzando en el aire, desprendiendo una arrogancia que era innata en él.

Tragué saliva. No me iba a dejar intimidar por sus penosas artimañas.

—¿Un idiota enamorado? —repitió.

Diablos, él era difícil.

—Sí, actúas como si fueras un tonto que estuviese loco por mí, cuando no es así. Excepto la parte de tonto. Eres muy tonto.

Las comisuras de sus labios tiraron hacia arriba en una sonrisa mientras me observaba. Sus ojos se trabaron en los míos, firmes, creando una invisible conexión entre nosotros.

—¿Te has parado a pensar, Leslie Sullivan, que quizás sí que esté loco por ti?

Durante unos segundos, unos largos y demasiado intensos segundos, me tuvo. La forma en que me lo dijo, dejando de lado cualquier insinuación de burla, llegó a hacer que me creyera sus palabras. Pude sentir el aire paralizándose a nuestro alrededor, atrapada momentáneamente en la profundidad abrasadora de su mirada.

Pero la burbuja de estupidez estalló en cuanto recordé que Hunter era un fantástico mentiroso al que le encantaba meterse conmigo, y la realidad volvió tan rápidamente como se había ido.

Fantástico, Hunter. Casi haces que te crea. Casi. Lo aparté de un empujón y me alejé de él y de la cripta, adentrándome de nuevo entre las lápidas de piedra clavadas sobre el césped. Pero no había pasado ni un minuto cuando Hunter volvió a atacarme con sus bromas sobre fantasmas y zombis.

—¿Has oído eso?

Esta vez no tenía paciencia para aguantarlo.

—¿El qué? ¿Tu ego aplastando la gravedad de la Tierra? Constantemente.

Hunter aceleró el paso hasta alcanzarme. Tomó mi mano y frené para mirarlo con los ojos entrecerrados.

—Me estás tocando. ¿No recuerdas nuestro trato?

Sus ojos se movieron nerviosos detrás de mí. Lo siguiente que supe fue que mi cuerpo se había girado. Mi espalda chocó contra su pecho y su mano cubrió mi boca. Protesté como pude mientras él tiraba de mí hacia otra cripta

de piedra, alzada en medio de la oscuridad. Me aplastó contra la pared fría y luego sentí su aliento cerca de mi oído.

—Hay un vigilante. Guarda silencio.

Estaba bromeando. No habíamos visto a nadie. Si eso era una excusa para poder romper la tregua y tocarme, era demasiado mala.

Hasta que la luz de una linterna, procedente de un lateral de la tumba, iluminó el recoveco de césped donde segundos antes habíamos estado. Contuve la respiración, apretándome inconscientemente contra Hunter mientras la luz se movía más y más cerca. El suelo crujió bajo las pisadas fuertes de aquella figura a medida que se acercaba. Entonces la luz se desvió rápidamente en la dirección opuesta, perdiéndose en medio del cementerio junto con las pisadas del vigilante.

Escuché cómo mi respiración contenida se me escapaba de los pulmones. Habían estado a punto de atraparnos. Aquello había sido... ¡increíble! Demonios, nadie me dijo nunca que entrar en un cementerio de noche provocara algo más aparte de miedo.

El brazo de Hunter que rodeaba mi cintura me soltó al tiempo que su mano dejó libre mi boca. Me separé de él. Estaba apoyado en la pared de la cripta con el rostro compungido en una mezcla de alivio y preocupación. Para ser un chico problemas parecía preocuparlo demasiado meterse en problemas...

—Apuesto lo que quieras a que ha visto la verja abierta y ha decidido entrar a investigar —dijo finalmente, volviendo sus ojos hacia mí.

Una ráfaga de aire fresco volvió a filtrarse entre nosotros. Revolvió mi pelo y me obligó a llevarme las manos a los brazos para intentar calentarme. Maldije por no haberme puesto una camiseta de manga larga.

Hunter me miró con curiosidad, separándose de la pared.

—¿Tienes frío?

—No, si te parece tiemblo de calor.

Sus labios formaron otra de sus estúpidas sonrisas.

—Nena, sabía que conmigo estarías bien.

Fruncí el ceño y me giré dándole la espalda, continuando con los movimientos rápidos sobre mis brazos. Buf, los chicos tenían un serio problema con esa masculinidad de la que presumen.

De pronto algo pesado y suave se posó sobre mis hombros. Era Hunter

poniéndome su chaqueta.

—¿Qué haces? — pregunté, rechazándolo.

Me giré hacia Hunter apartando su chaqueta de mi cuerpo. Mientras lo hacía la tela me dio en el rostro, dejando que su aroma masculino se filtrara en el camino de mi respiración. Comprobé que me gustaba cómo olía.

—Vamos, Leslie, tienes frío y yo soy un caballero.

—Tú no eres un caballero —negué con la cabeza, rechazando de nuevo la oferta.

Dio un paso más hacia mí y volvió a pasarme su chaqueta por los hombros. La cerró con un fuerte apretón de manos para que no pudiera apartarla. Me sentí embutida dentro de aquella tela.

—Tienes razón, pero tú tienes frío y yo no. Además, si te pones enferma, tu padre se cabreará mucho conmigo.

Me mordí el interior de la mejilla, dudosa.

—Primero, yo no necesito a nadie cuidándome. Y, segundo, mi padre se cabrearía más con el hecho de que no me impidieras entrar en un cementerio de noche.

Su sonrisa se activó.

—Tienes razón —asintió sin alejarse de mí—. Pero tienes frío, así que deja de ser tan cabezota y ponte la chaqueta.

En eso tenía razón, y la tela era demasiado suave, así que mis manos simplemente se deslizaron solas por las mangas. El alivio por el calor que proporcionaba fue instantáneo.

—Casi nos atrapan, Caperucita —comentó Hunter paseando la mirada a nuestro alrededor.

Gemí sin poder creérmelo.

—¿Por qué Caperucita de nuevo?

Hunter me volvía loca. No lograba entender su comportamiento. Pasaba de meterse conmigo, a enfrentarme, a insinuarse, a llamarme por apodos. ¿Era esa su nueva forma de molestarme? Sus ojos dejaron de inspeccionar las tumbas para volverse a mí de nuevo, con aquella expresión divertida y burlona tan característica de él.

—Tú eres Caperucita y yo soy el lobo.

De acuerdo. No quería jugar a eso.

—¿Te recuerdo que al final del cuento el cazador mata al lobo? pregunté con el máximo sarcasmo.

Pero él aprovechó la ocasión para volver a acercarse demasiado.

—Casualmente, yo también soy el cazador.

Mala alusión a su nombre.

—¿Y qué vas a hacer, comerme? —pregunté con ironía.

Su rostro se acercó más al mío.

—Puede.

Dirigí la mirada a la forma en la que sus labios se movieron, explotando la «p» inicial. No pude evitar darme cuenta de que tenía una boca *sexy*, y era tan cierto que ni siquiera maldije por permitirme aquellos pensamientos. Hunter, que obviamente se dio cuenta de hacia dónde estaba mirando, estiró los labios mostrándome sus dientes. A este chico le encantaba sonreír.

Observé cómo su boca se abría, a punto de decir algo más, cuando una luz cegadora nos dio de pleno en el rostro, iluminándonos y dejándonos momentáneamente aturridos y sin capacidad para ver. Acto seguido, escuché a Hunter maldecir al tiempo que tomaba mi muñeca y me acercaba más a él.

Después de unos largos segundos, la luz finalmente se desplazó hacia un lateral, dejando que mis ojos se acostumbraran de nuevo a la oscuridad y pudieran apreciar la presencia que estaba frente a nosotros.

Y no, no era un zombi. Ni un *fantazombi*.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

El vigilante.

Hunter y yo estábamos en grandes problemas.

Maldición, ¡mi padre iba a volverse loco!

—Mi madre va a matarme.

Suspiré y negué con la cabeza hacia Harry. Era la séptima vez consecutiva que decía aquella frase. Francamente, si pensaba continuar usándola, debía advertirle de mis serios dilemas internos sobre empujarlo de la silla, lejos de mí.

Y al parecer no era la única.

—¿Acaso no puedes callarte? —refunfuñó Hunter, que movía la pierna como si le picase mucho—. Enviaremos una corona de flores a tu funeral.

Paseé mi mirada de uno a otro con burla. Estábamos sentados en una habitación de la comisaría de policía, esperando a que nuestros padres vinieran a recogernos e intentaran disuadir al vigilante del cementerio de presentar cargos por allanamiento y desorden público. Resultó que no solo nos había atrapado a Hunter y a mí, sino que a Harry también. En cuanto a los demás, no había ni rastro de ellos.

—Tengo hambre —murmuré paseando la mirada por la solitaria sala donde nos habían abandonado—. ¿Creéis que tendrán alguna máquina expendedora de comida por aquí?

Harry me miró como si me hubiese vuelto loca.

—¿Cómo puedes pensar en comer en estos momentos? ¡Vamos a tener antecedentes!

—No es culpa mía —me defendí. Crucé los brazos sobre el pecho y resbalé en la silla—. Es mi estómago quien gruñe famélico.

Pasaron otros largos segundos de silencio, con Hunter sin mediar palabra, clavando sus ojos pensativos en la pared, hasta que unos gritos comenzaron a resonar al otro lado de la puerta. Eran femeninos, adultos y de nadie de nuestra familia.

—¡Se va a enterar! ¡Un cementerio! ¿Cómo se atreve?

Observé a Harry tragar saliva con miedo. Pobre, en aquel momento me dio un poco de pena. Tenía razón, su madre parecía dar miedo.

—Señora, tranquilícese —decía un policía a su lado mientras la puerta comenzaba a abrirse.

—¡No me diga lo que tengo que hacer! —gritó en respuesta la madre de Harry mientras terminaba de abrir la puerta y dirigía los ojos velozmente hacia su hijo—. Considérate castigado de por vida.

Escuché cómo él hacía un ruido suave y disgustado en la garganta. Luego se levantó, siguiendo a su malhumorada madre. La puerta se cerró de nuevo tras ellos, pero los gritos y las reprimendas siguieron escuchándose.

Resoplé una vez que volvió el silencio. Hunter me observó con las cejas alzadas y media sonrisa contenida desde la silla, frente a mí.

—¿Qué? —le espeté.

—Vaya cara de miedo tienes —dijo, divertido.

Dios, Hunter era muy molesto. Todo, absolutamente todo lo que hacía, era

molesto. Como tomarme el pelo y meterse conmigo. O invadir mi espacio personal. O hacerme bromas de mal gusto. O decir que está loco por mí. O sonreírme como lo estaba haciendo en esos momentos...

Sacudí la cabeza y aparté mi mirada de la suya. Sentía las mejillas arder. Demonios, Les, ¿qué te pasa? No llevas ni cuarenta y ocho horas con él y ya te estás volviendo una tonta. Una sonrisa de un chico guapo y ya eres toda caramelo derretido.

—Estás muy mona cuando te sonrojas.

Giré el rostro hacia él con la misma rapidez con la que lo había apartado. ¿Él había dicho qué?

—Tranquilízate, Caperucita. —Se inclinó sobre la mesa, acercándose a mí e invadiendo mi espacio personal de esa forma que parecía gustarle tanto—. No le diré a nadie tu secreto.

En ese momento lo observé confusa, sin entender.

—¿Qué secreto?

Su sonrisa se ensanchó. Se acercó más a la mesa hasta que su rostro descansó a centímetros del mío. Desde aquella distancia podía distinguir el número de pestañas negras y rizadas de sus ojos.

—Que tú también estás loca por mí.

No lo había dicho. No-lo-había-dicho.

Me puse de pie tan rápido que la silla en la que estaba sentada cayó al suelo y dio un fuerte golpe. Sin tomarme la molestia de recogerla, caminé alrededor de la habitación hasta el extremo más alejado de Hunter. Estar cerca de él era todo un peligro.

—¿Huyendo asustada del lobo feroz, Caperucita? —se burló, recostándose en la silla y cruzando los brazos. Claramente disfrutaba del momento.

Gruñí y me llevé las manos a la cara, frotándome los ojos con los puños.

—Me irritas, Hunter.

Estaba a punto de añadir algo más cuando la puerta se abrió de nuevo y Anna Banana y mi padre entraron por ella. Justo detrás estaba Blake, con los labios apretados y expresión de circunstancias. Al menos en sus muñecas no había esposas, lo que significaba que no había sido descubierto en el cementerio. Mi padre se plantó delante de ambos con el rostro serio.

—Tenéis graves problemas.

No me imaginaba a mi padre siendo demasiado severo conmigo, pero decidí no hacer ningún comentario al respecto. Era mejor no jugársela más. En su lugar, salí de la habitación, tomando posición al lado de Blake e interrogándolo con la mirada. ¿Qué había sido de los demás? Anna nos observó con expresión derrotada. Ella parecía más triste que enfadada de tener que haber venido a buscarnos al cuartel.

—Fuisteis los únicos que entrasteis en el cementerio —me explicó en un susurro mientras mi padre procedía a reñir a Hunter—. Quise advertiros, pero vuestros teléfonos estaban desconectados.

Arrugué la nariz, hastiada. Mi padre continuaba regañando a Hunter. En cambio, a mí apenas me había dirigido dos palabras. Eso me sentó peor de lo que imaginé, pero al igual que hacía con muchas cosas que me disgustaban, me tragué mis sentimientos y decidí ignorarlos.

—Sí, el estúpido de tu hermano apagó el mío.

De algún modo Blake fue capaz de notar la incomodidad que había de mi parte hacia Hunter, más de la habitual, y se las ingenió para colocarse en medio de los dos en la parte trasera del coche, como si fuera un muro. Fue un verdadero alivio, ya que soportar a mi padre hablando de los peligros de entrar en un cementerio de noche fue demasiado ya.

No quería estar al lado de Hunter. Tampoco mirarlo. Resistí la extraña pero enorme tentación de hacerlo. Él había tenido razón: sentí cómo mi rostro se calentaba y se sonrojaba. Y eso nunca, jamás, me había pasado. Este tampoco era el momento de empezar a dejar que sucediera.

—Mañana mismo comienzas las clases de matemáticas —sentenció mi padre con voz firme mientras conducía de regreso a casa—. Ambos las empezaréis, como castigo.

Rechiné los dientes con fuerza. Definitivamente estaba atrapada con Hunter en esas clases. No había ni una remota posibilidad de convencer a mi padre de no darlas si estaba tan enfadado como parecía. Justamente cuando menos quería ver al más idiota de los *horrigemes*.

Miremos el lado positivo, al menos él no daba tanto miedo como la madre de Harry. Porque, de hecho, ni siquiera me había reñido.

—Y tú, Blake, suelta el maldito teléfono móvil.

—Pero ¡si yo no he hecho nada! —dijo indignado.

Me mordí la lengua para no hablar. Técnicamente, sí había hecho algo, como abandonarnos y no entrar en el cementerio. Miré la pantalla iluminada en sus manos. Me dio el tiempo justo a leer el último mensaje de una conversación que tenía con una tal Sam antes de que lo apagase. Mis ojos fueron rápidamente a los suyos cuando él descubrió lo que había visto.

«¿Te echo de menos?», articulé hacia él. Esa era la frase que había leído. Sus ojos rehusaron los míos, apartándose con un pequeño pero apreciable sonrojo. ¿Blake tenía novia?

Capítulo 10

—Por lo tanto, el seno de este triángulo lo calcularíamos...

Hunter me miró, expectante por mi respuesta. Una respuesta que, por supuesto, yo no era capaz de darle. Era domingo por la mañana y llevábamos más de una hora con el mismo ejercicio de matemáticas. Sentía que mi cerebro acusaba demasiado el esfuerzo. Se inclinó hacia delante, sobre el escritorio, apuntando con un lápiz al triángulo dibujado en mi cuaderno. Su brazo derecho rozó el mío.

—Vamos, Les, te lo acabo de explicar. Sabes la respuesta. Su fe en mí, después de aquella larga hora, era increíble. Apreté los labios en una fina línea y me recosté sobre la silla con actitud derrotada, apartando de ese modo mi brazo del suyo. Sentía que la piel me picaba allí donde nos habíamos rozado. Entonces Hunter tomó ese mismo brazo con la mano. Lo rodeó con los dedos y me obligó a volver cerca de la hoja de papel con los datos del problema.

—No voy a dejar que te des por vencida tan rápido —sentenció con tono serio—. Y tampoco que ningún alumno mío suspenda.

¿Tan rápido? ¿Y qué había de la hora anterior?

—Lamento decirte que entonces seré la que te hunda la carrera... No, espera, no lo lamento.

Sus ojos se posaron en los míos, taladrándome sin ningún ápice de diversión en ellos. Demonios, odiaba al Hunter bromista, pero el serio tampoco me gustaba.

—Tienes que aprobar la asignatura al volver de las vacaciones de verano —empezó a decir muy lentamente—. ¿O prefieres suspender?

Estúpido... Sabía perfectamente la respuesta. No quería, pero lo veía inevitable. Sin esperar a que contestara, con mi expresión hablando por mí, Hunter comenzó a explicar el ejercicio entero de nuevo, desde el inicio. Iba a acabar por volverme loca.

Estaba inclinado sobre el escritorio, moviendo su lápiz de arriba abajo del folio mientras yo simplemente asentía. Lo cierto es que tampoco estaba prestando mucha atención a las matemáticas.

Mis ojos se movieron automáticamente a sus labios. Sabía lo que estaba haciendo, sabía que estaba mal, pero de alguna forma no podía evitarlo. Aún tenía su chaqueta tirada sobre la cama, aquella que me había dado para taparme en el cementerio antes de que el guarda nos descubriera. Lentamente moví la mirada a lo largo de su cara, parándome en las largas pestañas negras que coronaban sus ojos, rizándose de una forma envidiable. Incluso yo tenía que admitir que Hunter era muy atractivo.

—¡Leslie!

Parpadeé con rapidez cuando Hunter me sorprendió. Se giró bruscamente hacia mí y casi pego un bote en la silla. Me llevé una mano al corazón y entrecerré los ojos, ofendida.

—¡Me has asustado! ¿Quieres que me dé un ataque? No, espera, no respondas a eso.

Su expresión vaciló solo un instante, luego sonrió, pero volvió rápidamente a su papel de profesor serio de matemáticas.

—Lo siento, quizá estabas demasiado ocupada comiéndome con la mirada para prestarme atención, pero esto es serio. O debería serlo para ti.

Venga, hombre, claro que era serio. ¡Hunter me había atrapado de pleno! Si no manejaba bien la situación, lo tendría tomándome el pelo todo lo que quedaba de verano, que era mucho. Y todo por pensar que era atractivo físicamente. Genial, Les. Te has lucido.

—No te estaba comiendo con la mirada.

Esa no era ni de lejos la contestación ingeniosa que había esperado decir. Los labios de Hunter se estiraron con una de sus famosas sonrisas socarronas. Quería patearle el culo cuando hacía eso.

—Vamos, Caperucita, no lo niegues —se burle') girando sobre la silla hacia mí. Posó las manos en sus rodillas y acercó su rostro al mío—. Me estabas mirando y pensando lo mucho que te gusto.

—O quizás lo malo que eres como profesor —dije a la defensiva.

La cabeza de Hunter avanzó hacia mí. No me gustaba que estuviese tan cerca.

—O tal vez cuánto querrías besarme.

Fruncí el ceño mientras pensaba que se estaba volviendo loco, o que la situación se estaba volviendo turbia. Todo mientras luchaba para que mis mejillas no revelasen que era cierto que me estaba fijando en su físico. Hunter no necesitaba que le subiera más la moral.

—Además —añadió—, no has negado estar observándome.

En un rápido y desesperado movimiento, tomé el libro de matemáticas en las manos y se lo estampé en el rostro antes de que terminara de acercarse a mí. Me levanté de un salto de la silla mientras él gruñía enfadado.

—¿A qué ha venido esto? —exigió, volviendo de nuevo a su tono serio y tirando el libro sobre el escritorio.

Con el cuaderno sujeto con fuerza en las manos, lo miré en silencio, al borde de un auténtico ataque de pánico. No tenía ni la menor idea de por qué había reaccionado así. Fue pura desesperación. Él simplemente estaba allí, demasiado cerca, aproximándose cada vez más, con sus brazos flexionados y la camiseta marcando sus músculos y... actué sin pensar, ¿de acuerdo? No era buena con ese tipo de cosas.

Claro que todo eso no podía decírselo a Hunter.

—Eres un pésimo profesor, te lo dije —murmuré tan claro como pude—. No pienso seguir con este estúpido castigo que me ha puesto mi padre por una tontería.

Sin más, salí de la habitación, mi habitación, dejando a Hunter en ella aunque me llamase enfadado. Corrí fuera del piso sin preocuparme de si mi padre me veía o no y me dirigí expresamente a buscar a Harry. Necesitaba desconectar, algo que me hiciera dejar de pensar en Hunter y los malditos detalles en los que no podía evitar fijarme.

Sabía qué me estaba sucediendo. Lo supe en el cementerio cuando él me dejó su chaqueta. Lo supe dentro de aquel armario en la fiesta. Lo supe cada

vez que me llamaba por algún apodo en lugar de Les. Lo supe desde el mismo momento en el que él abrió la puerta de su casa y me saludó con esa horrible y *sexy* sonrisa burlona suya.

Estaba empezando a sentirme atraída físicamente por Hunter, y eso no era precisamente lo que quería que pasara. Tenía que cortar esos sentimientos antes de que fueran demasiado serios.

¿Qué me estaba pasando? Es una pregunta seria. ¿Qué estaba ocurriendo dentro de mi cabeza? Hunter. Él. Todo el rato. Todo el tiempo. Constantemente. Invadiendo mi cerebro como un intruso que no quiere salir de él. Hacía una semana que me había mudado a casa de mi padre, una semana desde que mis hormonas se rebelaron contra mi mente y decidieron que Hunter les atraía físicamente. Y era tanto el esfuerzo que empleaba en cambiar eso que al final me descubría a mí misma pensando en él más tiempo del que me gustaría.

Incluso en aquel instante, tomando un helado con Harry en la terraza de la cafetería a la que habíamos ido juntos el primer día, era incapaz de mantener la cabeza lejos de él. De hecho, Harry me estaba hablando y yo no lo estaba escuchando.

—... y es por eso que me dan ganas de prender fuego a la casa.

Parpadeé rápidamente, captando las últimas palabras de mi amigo.

—Oye, sé que tu madre es inaguantable, pero no creo que debas quemar la casa.

Hundí la cucharilla de plástico dentro de la crema pastosa de mi helado de chocolate. Harry sonrió y recuperó la cuchara para probar un poco de mi helado. Sus ojos se achicaron cuando hizo eso.

—No pienso hacerlo. Solo estaba probándote. Pensaba que no me escuchabas.

Me mordí el interior de la mejilla para ocultar mi expresión de fastidio. Ese era el problema de los amigos como él, que intentan fijarse en todos los detalles posibles.

—No seas idiota, claro que te escucho.

—Ah, ¿sí? ¿Entonces qué opinas de lo de la biblioteca?

No tenía ni la más mínima idea de lo que estaba hablando. Elevé los hombros como si estuviese dudando qué contestar. Me decidí por una

respuesta neutra.

—Es genial.

—Ya, eso pensaba. Me parece fantástico que quieras colaborar durante todo el fin de semana en el proyecto benéfico, Les.

Mis ojos se ampliaron al tiempo que soltaba un enorme: «¿¡Qué!?!». Harry rio con ganas y se atragantó con la porción de helado que me había arrebatado. Cuando me miró, sus ojos lagrimeaban.

— Sabía que no estabas escuchándome —confirmó después de un largo rato de risas y tos—. Llevas todo el día en las nubes.

Más bien toda la semana, pero el día de hoy especialmente. No es que fuera mi culpa. Hunter había salido de la ducha sin camiseta por la mañana, cuando estaba medio dormida, y ver su torso húmedo y desnudo no ayudaba en nada a controlar mis fantasías.

Estaba obsesionándome, eso era todo. Se me había metido en la cabeza la idea de que Hunter podía gustarme y ahora era incapaz de sacarla de ahí. Ese es el problema de una idea, que, una vez que existe, se queda en tu cerebro y cuesta deshacerse de ella. Y Hunter dándome lecciones de matemáticas día sí, día también tampoco ayudaba.

Un golpe en el brazo consiguió sacarme de mis preocupaciones.

—¡Lo estás haciendo otra vez! —se quejó Harry como un niño pequeño—. ¿Quién quiere enemigos cuando tiene amigos como tú?

Le lancé una mirada enfadada sin ser capaz de darle la razón. No era culpa mía. ¡Era del imbécil, idiota, estúpido y sexy Hunter!

Maldición, ya lo estaba haciendo de nuevo.

—¿Les? ¿Harry?

Una voz cantarina y aguda habló detrás de mí, más animada de lo que una persona normal debería estar en ningún momento de su existencia. Lo sé, soy una amargada.

—Hola, Kara saludó Harry con una gran sonrisa que hacía juego con el tono de voz de la chica—. ¿Hunter?

Sentí la piel de mi cuello erizarse al escuchar el nombre. Hunter rio, demasiado cerca de mí, y mi estómago se hizo papilla.

—Acertaste —confirmó la voz de Hunter, y pasados unos segundos añadió—: ¿Comiendo un helado, Caperucita?

Tomando una larga bocanada de aire, dibujé en mi rostro una gran sonrisa y me giré hacia él.

—No sé, estoy pensando en que tal vez disfrute más estampándotelo en la cara.

Sin embargo, no pude llegar a terminar la frase, porque antes de acabarla, antes incluso de que nuestras miradas hicieran contacto, Hunter llevó sus dedos índice y anular a mis labios para callarme.

—Una señorita no debería decir esas cosas.

Dejé de respirar por unos segundos, notando plenamente el tacto de sus dedos sobre mis labios. Esperé a que los apartara para replicar, aunque ya habían dejado una huella cálida sobre mi piel.

—Una señorita debería poder decir lo que le dé la real gana.

Hunter amplió su sonrisa, como si mi respuesta hubiese sido satisfactoria para él.

—Venga, Hunter —interrumpió Kara antes de que las cosas se pusieran más feas—. Deja a Les en paz y cómprame el helado que me prometiste.

La miró y sonrió, y lo hizo de una manera totalmente natural, sin ningún deje de burla.

—Eres una mandona —sentenció con una mirada suave en sus ojos—, pero tienes razón, lo prometí.

Nos lanzó una última mirada a Harry y a mí, se despidió con un cabeceo y entró en el bar seguido muy de cerca por Kara, cuya melena rubia se balanceaba justo por encima de la altura de su cintura. Incluso la forma en la que caminaba me recordaba a un pajarito: ligero, juguetón e inocente.

Y no, no estaba sintiendo celos. Kara parecía una chica bastante simpática y Hunter... Hunter solo estaba convirtiéndose en una obsesión. Una obsesión pasajera.

—¿Crees que están saliendo juntos? —pregunté antes de que pudiera arrepentirme por decir aquello en voz alta.

Cuando Harry no contestó, me obligué a apartar la vista de la puerta por donde Hunter y Kara habían desaparecido y me volví hacia mi amigo. Su mirada gris estaba sobre mí, burlona.

—¿Qué? —inquirí, con más antipatía de lo que pretendía.

—Estás celosa... —sentenció.

Mis puños se apretaron y me alegré de no sostener el helado entre mis manos.

—No, claro que no. ¿Por qué iba a estarlo?

Unos pequeños hoyuelos aparecieron en las mejillas de Harry cuando su sonrisa se estiró más y más. Quise patearlo por debajo de la mesa.

—No puedo creer que hayas caído en el tópico.

Fruncí el ceño sin entender.

—¿El tópico?

—Sí, de enamorarte de tu hermanastro. —Negó con la cabeza y forzó una expresión de decepción—. Seriamente, Les, esperaba más de ti.

Entonces sí que le di una leve patada por debajo de la mesa.

—¡Oye! —se quejó, pero estaba riéndose.

—No me gusta mi hermanastro, idiota —me defendí, prácticamente gritando—. Y eres un capullo si realmente piensas eso.

Harry elevó las manos y me dirigió una mirada de paz.

—Tranquila, fiera. No hace falta que te pongas a la defensiva. Además, eso solo consigue demostrar mi punto: te gusta Hunter.

Harry realmente quería cabrearme.

—No, no es verdad.

—Sí, lo es. Y a juzgar por tu expresión, te gusta bastante.

—Harry...

Una cosa es que mi cuerpo quisiera enrollarse con él y otra muy distinta es que sintiera algo por él. Eso nunca pasaría.

—Apuesto a que babeas por su cuerpo y sueñas con él acostándose a tu lado todas las noches.

Oh, Dios mío. No había dicho eso. Sentí mi rostro volverse rojo y a él sonreír con más ganas.

—¿Sabes? Estoy pensándome seriamente el asesinato. ¿Cuántos años de prisión me pueden caer por ser menor de edad?

—Suficientes para no poder ver a tu amorcito durante una buena parte de tu vida.

Y eso fue lo que necesitaba para que tomara el helado con mis manos y se lo lanzara a la cara. Desafortunadamente, Harry se dio cuenta a tiempo y se agachó. Esquivó la crema helada y esta fue a parar a la espalda de un anciano

que estaba sentado detrás de él.

Abrí los ojos y me mordí el labio con fuerza al tiempo que sacudía la sustancia fría y pegajosa de mis dedos. El hombre se giró hacia nosotros con el semblante serio y enfadado.

—Perdón —susurré mientras Harry comenzaba a reír más y más—. Yo no...

—¡Malditos críos! —chilló el señor mientras se levantaba de la silla—. Veréis cuando...

No llegamos a escuchar la última parte de su amenaza porque nos levantamos de nuestras sillas y comenzamos a correr lejos del bar antes de que el señor pudiera amenazar con llamar a nuestros padres. ¿Cómo lo hacía para meterme siempre en problemas? Además, estaba empezando a notar que mi amigo Harry también tenía ese don. Dios los cría y ellos se juntan.

—Si quieres saber mi opinión, Hunter y tú haríais una buena pareja —comentó Harry una vez que llegamos a un parque y nos sentamos en un banco para recuperar el aliento.

Lo miré fijamente, con los ojos entrecerrados y la mandíbula apretada.

—Atrévete a repetir eso.

—¿Hunter y tú haríais buena pareja?

Le di un leve golpe en el brazo como advertencia.

—¿Quieres morir en manos de tu vecina? Sabes que no dudaré en hacerlo.

Después de eso ambos nos quedamos en silencio durante un largo rato, escuchando nuestras agitadas respiraciones tras huir corriendo del bar, hasta que Harry finalmente volvió a hablar. Su tono fue suave, como si estuviese probándome.

—Está bien si te gusta tu hermanastro, ¿sabes? No tienes por qué ocultarlo. Además, creo que a él también le gustas.

Me balanceé sobre el banco, moviendo las piernas arriba y abajo y mirando a cualquier lugar menos a mi amigo.

—Más bien parece que a Hunter le gusten todas —repliqué asqueada—. Gracias, pero prefiero no ser una de esas todas.

—¿Tú crees? Quizás esté más interesado en ti que en todas.

Quise reír ante su declaración.

—Claro, porque yo voy a ser esa chica especial que consigue cambiar al chico malo, ¿verdad? —Me volví hacia él y le sonreí con burla—. Además,

aunque tuvieses razón y él me gustara, somos hermanastros.

—No, le interesas porque lo aceptas tal como es —añadió rápidamente Harry, apartándose unos centímetros de mí, como si temiese que fuese a pegarle—. Os parecéis mucho, y que seáis hermanastros no importa porque no compartís ADN.

No contesté. Apoyé la cabeza sobre las rodillas y me quedé mirando hacia el infinito. No quería ser esa chica que se enamora de su hermanastro, del chico que siempre ha odiado. Quería ser yo misma, simplemente Les. Y también quería sacarme a Hunter de la cabeza.

Harry no insistió. Al cabo de un rato nos levantamos del banco y juntos caminamos de regreso a casa, la mayor parte del tiempo en silencio. Por mucho que lo intentara, Hunter seguía instalado en mi cabeza, pero en lugar de postrarse semidesnudo guiñándome un ojo, estaba abrazando a una chica pelirroja. A Kara.

¿Estaban saliendo? Daba esa impresión, yendo en una cita a por un helado y compartiendo millones de besos fríos. La sangre en mis venas aumentó de presión ante ese pensamiento porque, si estaba saliendo con Kara, ¿por qué narices me había besado el primer día que llegué? La teoría de que Hunter era un engreído mujeriego cobraba cada vez más sentido en mi cabeza. Por eso debía hacerlo desaparecer de mi mente de forma drástica.

—Nos vemos mañana, chica problemática —se despidió Harry en el descansillo, sacando las llaves.

—¿Chica problemática? —repetí divertida—. ¿Desde cuándo soy yo la problemática?

—Desde que por tu culpa un señor mayor quiso agarrarnos de la pechera.

Puse los ojos en blanco dramáticamente e hice un aspaviento ridículo con una mano.

—Si no te hubieses apartado de la trayectoria del helado, no habríamos tenido ese problema.

Harry rio y yo también. Negó con la cabeza e introdujo la llave en la cerradura, pero algo golpeó la puerta desde dentro cuando la abrió. Su madre.

—¿Mamá? —preguntó él, confuso—. ¿Qué haces?

Me llevé el puño a la boca para acallar una carcajada. Era obvio que nos estaba espiando.

—Hasta pronto, Barrie — me despedí antes de que comenzara a pedirle explicaciones a su madre, y me escabullí dentro de casa.

Capítulo 11

Acababa de presenciar una escena un tanto perturbadora. Estaba tirada en mi cuarto, a primera hora de la mañana, con la cabeza colgando hacia abajo en un lateral de la cama y la mirada fija en la ventana, concretamente en el piso iluminado al otro lado de la calle, cuando vi a un vecino bailando como un *stripper* en el centro de su salón.

Salí a la cocina a por agua y para evitar seguir contemplando semejante escena. Al pasar por la habitación de Blake, cuya puerta estaba entreabierta, lo escuché hablar por teléfono. Parecía una discusión acalorada.

—No, escúchame tú —decía entre gritos contenidos. —¡Te dije que no puedo hacer eso! ¡De verdad, Sam, no! —...

—Sí, me importas, pero esto es ridículo. Totalmente ridículo.

Decididamente era una acalorada discusión a la que Blake puso fin.

—¿Sabes qué? Olvídate de mí.

Y cuando dijo eso su voz destilaba enfado. De seguido se oyó un gruñido y un golpe parecido a un teléfono móvil estrellándose contra el suelo. Menudo temperamento. Continué mi camino hacia la cocina y tomé un gran vaso de agua, inmersa en mi mundo, hasta que alguien más entró en la estancia.

—Bonita camiseta, Caperucita.

Llevaba una simple camiseta blanca con las palabras *I love me* escritas en ella. Inspiré profundamente y me contuve mientras Hunter se acercaba a mí y tomaba un vaso de agua. Había decidido que una buena táctica para sacarlo de mi cabeza podría ser no hacerle demasiado caso cuando estuviese delante.

Quién sabe, tal vez funcionase.

Observé por el rabillo del ojo cómo tomaba el agua, con el cuello flexionado y el movimiento en su garganta al tragar. Me mordí el interior de la mejilla. No estaba haciendo un buen trabajo sacándomelo de la cabeza...

Piensa en algo malo de él, Leslie.

Eso no puede ser muy complicado, es un idiota.

Dame otro ejemplo.

Es *sexy*.

¡Eso no es malo, idiota!

Su pelo es un desastre.

Eso tampoco es malo; de hecho, te gusta...

¡Maldición!

—Sabía que eras un capullo, pero nunca imaginé que tanto —solté de pronto, haciendo que él dejase de beber agua para mirarme.

—¿De qué estás hablando?

Volví a morderme el interior de la mejilla, sin que eso hiciera que me callase.

—Me besaste.

—Vale... —dijo él, alargando la primera sílaba más de lo necesario mientras apoyaba un brazo sobre la encimera—. ¿He de entender entonces que soy un capullo por haberte besado? Porque si no recuerdo mal, tú me pegaste una patada en las pelotas justo después. Además, tampoco fue un gran beso.

Zas. Eso dolió. Lejos de dejarle ver cuánto me habría herido su comentario, contesté:

—Besar a otra chica cuando tienes novia. Eso es lo que te convierte en un capullo.

Hunter arqueó las cejas como si se hubiera perdido a lo largo de nuestra conversación. En mi interior algo me dijo que así era.

—¿Novia? preguntó.

Empezaba a pensar que había metido la pata. Sacar conclusiones precipitadas es una de mis grandes virtudes. Aun así, seguí adelante.

—Sí, tu novia, Kara.

No podía creer que estuviese diciéndole aquello... Uno, dos, tres, cuatro... A la cuenta de cinco, Hunter estaba riéndose a carcajadas frente a mí.

Riéndose de mí. Definitivamente había sacado conclusiones precipitadas.

Hunter se inclinó hacia delante. Su hombro rozó el mío cuando posó el vaso en la mesa.

—¿Qué te ha hecho pensar que Kara es mi novia? —inquirió mientras se alejaba de nuevo.

No me hacía falta mirarlo para saber que sus ojos relucían con burla. Su propia voz lo hacía.

—Bueno, el otro día fuisteis a tomar un helado —comencé, dudosa—. Juntos.

Sus cejas se alzaron. Estaba conteniendo una de sus sonrisas socarronas, seguramente esperando el tiempo suficiente para poder molestarme.

—¿Y...? —insistió.

¡Diablos! En buen momento fuiste a hablar, idiota. Además, ¿por qué narices tuve que decirle algo? No debía ser de mi incumbencia que Hunter tuviese novia o no. Sí, lo encontraba atractivo. Sí, últimamente pensaba mucho en él. Pero esa no era la cuestión.

—Ella es muy guapa— musité.

Esto no estaba yendo bien.

—Lo es —asintió, elevando lentamente las comisuras de los labios—. ¿Y?

—Parecía que estuvieseis en una cita.

Hunter terminó finalmente de sonreír. Sin embargo, esta vez no era una sonrisa de burla, más bien parecía una de satisfacción.

—No era una cita —dijo finalmente. Se inclinó hacia delante y alzó la mano hasta tomar un mechón de mi cabello—. Y no tengo novia.

Hizo el amago de acomodarme el pelo detrás de la oreja, pero yo me eché hacia atrás instintivamente. Su sonrisa se tensó unas milésimas de segundo, pero aun así se mantuvo impasible. Dejó caer la mano lejos de mi rostro y giró su cuerpo para alejarse.

—Por cierto, Les —añadió antes de irse—. Deberías saber que me encanta cuando te pones celosa.

Me quedé ahí, con el vaso de agua en la mano y sintiéndome como la mayor estúpida del mundo. Porque, además, no estaba celosa. Por supuesto que no lo estaba. Solo pensaba que era un completo idiota si teniendo novia intentaba ligar con otra chica.

Necesitaba hablar con alguien con urgencia, pero Nat últimamente apenas contestaba al teléfono y desahogarme con ella supondría contarle los perturbadores pensamientos que recientemente había desarrollado hacia Hunter, y que quería eliminar. Solo había una persona que supiera de ellos, o al menos lo sospechara...

Dejé el vaso sobre la encimera, al lado del que Hunter había usado, y crucé el pasillo a toda velocidad. Solo me paré cuando estuve delante de la puerta del piso de enfrente. Antes de que golpeará por octava vez consecutiva, finalmente se abrió.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Harry sin poder contener la sorpresa.

Alcé la mirada hacia él de manera casi lastimosa.

—¿Tú qué crees?

Harry se echó a un lado y me dejó espacio para entrar en su piso. No estaba preparada para el fuerte olor a lavanda que me invadió nada más puse un pie en el pasillo y que me hizo toser. No olía así la última vez que estuve ahí. Alguien en aquel hogar tenía un serio problema con los ambientadores.

—Venga, dime, ¿qué te ocurre?

Lo seguí a lo largo del pasillo decorado con flores secas. Era un tanto perturbador.

—Estoy buscando la manera de conseguir arsénico, pero he visto en Google que es ilegal.

Harry me miró con una mano en el pomo de una de las puertas y una sonrisa contenida.

—¿Que el arsénico es ilegal? ¿Un veneno? Nunca me lo habría imaginado.

Suspiré y entré con él a su habitación. A pesar de mi pésimo estado de ánimo, dejé que mis ojos vagaran por ella. Lo primero que noté fue que estaba ordenada. Incluso la cama y la colección de libros en una estantería. Envidiaba que pudiera hacer eso. Yo llevaba poco más de una semana en mi nuevo cuarto y ya había ropa esparcida por todos los lugares posibles del suelo.

—Si *madame* Bovary pudo conseguirlo, ¿por qué no iba a poder yo?

Me dejé caer sobre la silla de su escritorio, frente a la pantalla encendida de su ordenador. El se sentó sobre la cama.

—Porque ella es un personaje de ficción que vivió hace la tira de años.

Por eso precisamente. No sabía que fueras lectora...

—No lo soy, pero nos hicieron un examen de la novela en clase.

—¿Te examinaste sin leerla?

—¿Wikipedia? —alcé las cejas hacia él, mirándolo como si fuera lo más obvio del mundo.

Harry rio y yo abrí una ventana en el buscador de Internet en su ordenador. Escuché los muelles del colchón crujir mientras él se movía sobre su cama, más cerca de mí.

—¿De nuevo buscando dónde conseguir arsénico?

—No —contesté sin mucho ánimo.

—Me alegro.

—Busco lugares donde conseguir alcohol en esta ciudad siendo menor de edad.

Los muelles terminaron de crujir cuando Harry se levantó de la cama y giró la silla donde estaba sentada, alejándose de su ordenador. Protesté.

—¿Puedes dejar por un segundo de buscar tonterías y decirme qué diablos te pasa?

Me mordí la lengua bajando la mirada hacia mi regazo, enfadada conmigo misma por mi comportamiento. No me gustaba sentirme así. Me costaba sentir vergüenza, ni siquiera la tuve cuando Jordán y yo creamos un perfil falso de nuestro profesor de arte en una página de citas *online* y él nos descubrió. Gracias a nosotros, no obstante, consiguió un novio y miles de admiradores.

—Les... —insistió Harry.

Suspiré derrotada y dejé caer mi cabeza hacia atrás.

—Le he preguntado a Hunter si estaba saliendo con Kara.

—¿Y bien?

—Dice que no.

—Entonces genial, ¿no? —proclamó mi amigo, dando una palmada al aire —. Lo tienes entero para ti.

Gemí y negué con la cabeza. Decidí explicárselo de nuevo, esta vez más despacio.

—No lo entiendes. Le he preguntado a Hunter si tenía novia.

Sus cejas se alzaron mostrando su incompreensión.

—¿Y?

Hundí el rostro entre las manos y empecé a impacientarme.

—¡Pues que ahora sabe que me pasa algo con él!

—¡¿Y...?!

—¡Que no quiero que me guste! Lo que intento es sacármelo de la cabeza.

Me sentía frustrada. Ni siquiera sabía exactamente lo que quería. Los chicos, en lo que se refiere al terreno amoroso, nunca han sido algo que supiera manejar. Como amigos era todo genial, pero cuando me gustaban, siempre acababa fastidiándolo todo.

—Bueno, ya sabes lo que puedes hacer, lo que siempre se ha hecho: un clavo saca a otro clavo.

Lo miré enarcando las cejas.

—¿Perdón?

—Que te busques a otro chico que te haga olvidar a Hunter.

Entonces comprendí.

—Lo que faltaba...

Harry se sentó en la esquina de la cama y apoyó los codos sobre las rodillas. Una maraña de rizos se posicionó sobre su frente, tapando parte de sus ojos, que me miraban con una extraña mezcla de curiosidad y temor.

—¿Y ahora qué?

—Me estoy convirtiendo en una de esas chicas.

—¿Una de esas chicas?

No podía creerme que eso estuviese pasando de verdad.

—Sí, una de esas chicas que solo piensa en chicos y cuyos problemas giran siempre en torno a ellos. ¡Ni siquiera había tenido problemas antes!

Necesitaba buscar una nueva afición ya. Algo que me ayudara a centrarme y, por favor, que no fuesen más matemáticas. Mi amigo me miró no muy convencido.

—Lo siento, Les, pero me es muy difícil creer que tú no hayas tenido problemas antes.

Puse los ojos en blanco.

—Ya me entiendes, problemas que me importasen.

Harry se inclinó hacia delante, sus ojos brillaban con maldad.

—¿Acabas de admitir que te importa Hunter, entonces?

En ese momento quise marcharme de allí. En su lugar, me puse de pie de

un salto, derribando la silla detrás de mí. No podía seguir así. No podía continuar actuando como una chica estúpida colgada de un idiota. Además, el físico no lo es todo. Tenía que poner fin a eso ya.

—¿Adonde vas? —preguntó Harry inquieto—. Lo del alcohol era una broma, ¿no?

Sacudí el cabello y caminé con dignidad hacia la puerta.

—No, creo que al final me quedaré con el arsénico.

Capítulo 12

Los sábados por la mañana se hicieron para descansar, y quien no esté de acuerdo comete un grave error. Mi padre, por ejemplo, era una de esas muchas personas equivocadas con su forma de vivir y la manera como administraba sus días de descanso. A las diez de la mañana había entrado en mi habitación, en ese momento en el que estás despierta pero parte de tu cuerpo sigue en el mundo de los sueños, para obligarme a salir de ellos por completo y acompañarlo al supermercado a hacer la compra de la semana.

Anna, por otro lado, trabajaba los sábados por la mañana. Tenía un empleo bastante precario en una tienda de ropa, donde la explotaban todo lo que podían. Muchas veces llegaba a casa más tarde de lo que debería según su contrato y ni siquiera le pagaban las horas extras. Por suerte para ella, los gemelos habían conseguido una beca para la universidad. Blake gracias al fútbol y Hunter, por muy surrealista que parezca, por sus notas. Como profesor de matemáticas, por otro lado, era pésimo.

Me vestí con la misma ropa que había usado el día anterior, la que había dejado arrugada en el suelo y la silla. Me daba mucha pereza pensar qué ponerme. Incluso peinarme suponía una tarea muy complicada en aquel momento, así que lo resolví con una coleta alta. Me observé en el espejo antes de salir de la habitación. Mi hermana siempre me decía que incluso así de desarreglada estaba guapa.

—Y lo estás, bebezón— le dije a mi reflejo en el espejo, guiñándome un ojo con una sonrisa divertida.

Mi padre me esperaba en la sala con las llaves del coche en la mano y una actitud impaciente. Apenas me dio tiempo a lavarme los dientes y agarrar una barrita energética. Decía que si tardábamos más el súper se llenaría de gente y nos agobiaríamos.

No terminé de despertar del todo hasta que llegamos al supermercado y nos paseamos por la sección de congelados. No hay nada como un poco de frío para activar tus sentidos.

—¿Por qué a Hunter y a Blake no los has obligado a venir? —pregunté mientras tomaba dos cajas de *pizza* precocinada y las añadía al carrito.

Me parecía bastante injusto que ellos pudiesen dormir toda la mañana y yo no. Mi padre miró las dos cajas de *pizza*, tomó una y la devolvió a su sitio. Iba a quejarme cuando me respondió.

—Me apetecía pasar tiempo contigo.

Observé en silencio cómo echaba un paquete de guisantes congelados y otro de cebolla troceada al carrito. Su respuesta había provocado un calor agradable en mi interior, y me di por satisfecha. Aparté lejos los pensamientos negativos que intentaban arremolinarse a mi alrededor, diciendo que eso era lo que todos los padres contestaban para acallar a sus hijos. Quería disfrutar de la idea de que él quisiera pasar tiempo a solas conmigo.

Lo dejé en la zona de congelados, observando los helados, y me alejé para ir a por galletas y cereales. Estaba intentando decidirme si llevarme cinco o siete paquetes de galletas de chocolate (no podíamos prever si Blake volvería a tener un ataque de dulce), cuando una chica se situó a mi lado. Intentaba alcanzar una caja de cereales de una balda demasiado alta. Fueron sus intentos por conseguir tomarla lo que llamó mi atención.

—¿Kara? —pregunté.

La chica se volvió, con su melena atada en un moño pelirrojo deshecho. Al verme me reconoció enseguida y me sonrió, mostrando una hilera de dientes pequeños, justo como ella.

—¡Les! ¡Qué coincidencia!

Se puso de puntillas para darme un abrazo. Me quedé un poco cohibida, pero no la aparté. Desde que había descubierto que Hunter y ella no salían juntos, me caía un poco mejor. Tampoco la conocía suficiente como para hacernos, de pronto, buenas amigas.

—¿Haciendo la compra? —preguntó, pero continuó sin esperar respuesta —.Yo también, mis padres se han ido de viaje y me han dejado sola en casa. Necesito reserva de *pizza* y galletas.

Llevé los ojos a la caja de cereales que había intentado alcanzar y, poniéndome yo misma de puntillas, la agarré y se la pasé. Era de esa clase de cereales de colorines que manchaban la leche de un desagradable color gris. A mí nunca me gustaron.

—Gracias —dijo sin abandonar su sonrisa, y estrechó la caja de cartón contra su pecho—. Oye, ¿vas a venir esta noche a la salida?

Fruncí el ceño. No tenía ni idea de qué estaba hablando.

—¿La salida?

—Sí. Hunter, Blake, Ryder y yo hemos quedado para ir a una discoteca. Como mis padres no están en casa, esta es mi oportunidad para salir hasta la hora que me dé la gana. Creo que Hunter y Blake iban a quedarse en casa de Ryder...

Apreté los labios. Obviamente, yo no tenía ni idea. ¿Por qué iban Hunter y Blake a contarme sus planes e invitarme a ir con ellos? Era su hermanastra, no su amiga. Además, ya les había molestado bastante que apareciese en la fiesta de Daniel Hayland; estaba segura de que ir a una discoteca era otra de las cosas que no consideraban apropiadas para mí.

Idiotas.

—No tenía ni idea —confesé.

Por unos segundos Kara me miró con una expresión que no me gustó. Con tristeza. Rápidamente sacudió la cabeza y la substituyó por una sonrisa alegre y genuina.

—Pues ahora la tienes, así que, ¿por qué no te vienes? ¡Será divertido! Aunque... —De repente su sonrisa se desdibujó y bajó el tono de la voz a un susurro—. Debes tener más de veintiuno para entrar. Nosotros tenemos un carnet falso.

No me sorprendió nada saberlo. Todos en mi grupo de amigos habíamos conseguido una identidad falsa desde hacía tiempo para poder conseguir cerveza y entrar a los bares. La guardaba como oro en paño. Las veces que había entrado en discotecas para bailar me había divertido muchísimo, aunque ni mis padres ni mi hermana sabían de esas visitas.

—Yo también tengo —confesé, encogiéndome de hombros—. Pero no creo que mi padre me deje ir después de lo de la fiesta de Daniel Hayland...

Kara me miró pensativa. Deseé que pudiese leer mis pensamientos, en los que me moría de ganas de ir con ellos, aunque eso fastidiase a los gemelos. De hecho, que les fastidiase solo hacía las cosas mucho más divertidas.

—Tengo una idea —empezó a mascullar, más para ella que para mí—. Podemos decirle que te quedas conmigo, en mi casa. Mis padres no están, así que saldríamos igualmente.

—No sé... —dudé, y entonces vi el carrito de mi padre, con más cajas de *pizzas* congeladas de las que había cuando lo dejé, aproximarse hacia nosotras—. Aunque podríamos intentarlo, ¿no? Por ahí viene.



—No vas a ir.

—No te estoy pidiendo permiso.

—Leslie, he dicho que no.

—Y yo que me importa cero lo que opines.

Hunter se llevó las manos a la cabeza, molesto conmigo. Eso me gustaba, molestar a Hunter. Al menos era mucho mejor que esos días de locos durante la semana pasada, cuando no podía sacarlo de mi cabeza. Afortunadamente, una desesperante conversación con Harry me ayudó a hacerme cargo de la situación y resolver el problema: Hunter no estaba más en mi cabeza.

No ha sido creíble, ¿verdad? Lo sigue estando, pero he aprendido a lidiar con ello. Al saber que lo único que me gustaba de Hunter era su físico, el primer paso fue redirigir mi fijación hacia un cantante guaperas y famoso. Desde que empecé a compararlo con Jax W., el roquero adolescente, sobrevivir a su mirada oscura se me ha hecho más fácil.

Menos mal que Blake no tenía ese atributo.

—La última vez terminaste en un cementerio —continuó arremetiendo Hunter.

Saqué la cabeza de dentro del armario de mi habitación y lo observé sin contener mi indignación.

—¿Terminé? —repetí con voz cruda . — Si no recuerdo mal, tú estabas conmigo...

Hunter dio un paso más dentro de mi cuarto y yo escondí de nuevo la cabeza en el armario. Había hecho progresos sacándolo de mis pensamientos, pero eso no quería decir que no me pusiese nerviosa al estar a su lado.

—Mira, no tiene sentido que discutamos habló cerca de mí—. Tienes dieciséis años, no te van a dejar entrar en las discotecas.

Coloqué un mechón rebelde tras la oreja y agarré una falda blanca.

—Tranquilo, me dejarán.

—¿Cómo?

Observé a Hunter de reojo antes de guardar la falda de vuelta en el armario, esta vez lanzada en forma de bola. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, en actitud prepotente. Tan típico de él...

—Con una identificación falsa, idiota

—¿Dónde la has conseguido?

Sonreí por la sorpresa en su voz. Finalmente encontré el vestido negro que había estado buscando y saqué la cabeza del armario. Lancé la prenda sobre la cama.

—¿Dónde conseguisteis tú y Blake las vuestras? —Cuando no respondió, sonreí—. Lo sabía.

Puede que ellos ya tuvieran dieciocho, pero se necesitaban veintiún años para entrar en una discoteca. Lo que llevó a Hunter a hacerme el siguiente comentario.

—Sigues pareciendo una niña. No se lo van a creer.

—Tranquilo, eso tiene fácil solución —reí, dirigiendo los ojos hacia una balda llena de maquillaje.

No contento con mi respuesta, siguió presionando.

—¿Y cómo se supone que vas a escaparte? Porque está claro que tu padre no va a dejarte salir.

Resoplé hastiada. Sabía de sobra que Hunter no me quería en la discoteca. No es que no me molestara o no me importara. Es decir, ¿a quién le gusta ser rechazado? Pero sabía que todo era porque tanto él como Blake actuaban como protectores, con su anticuada idea de que había cosas que eran peligrosas para una chica, pero para ellos no. Además, no iba a pasar una

noche de sábado deprimiéndome agarrada a un bol de palomitas y viendo películas viejas con mi padre y Anna.

—Se supone que me quedo en casa de Kara.

Estaba segura de que, de haber estado comiendo, Hunter se hubiese atragantado.

—¿Kara? —repitió con voz ahogada.

Pasé a su lado para buscar unos zapatos de tacón. Sabía que había traído unos, pero no recordaba dónde los había puesto. El orden no era lo mío.

—Mi padre y yo nos encontramos con ella en el supermercado. ¿Cómo crees que me enteré de la salida de hoy, idiota?

Hunter parpadeó varias veces seguidas, aún procesando la información.

—¿Te quedas en casa de Kara?

Era duro de entenderas...

—Bueno, mi padre no iba a creerme si se lo decía yo después de lo del cementerio, y ya sabes que Kara tiene ese semblante de niña buena... Cuando le dijo a mi padre que íbamos a tener una noche de chicas, maquillarnos y beber margaritas falsos, le pareció perfecto.

—¿Te quedas con Kara?

Decidí no contestarle. Comenzaba a ponerse muy pesado, aunque en el fondo me agradaba proporcionarle aquella información. En su lugar, busqué una toalla y productos para el cabello, con la esperanza de que se diera por vencido tarde o temprano. Mejor temprano. Hasta que volvió a hablar de nuevo.

—De todos modos no puedes venir. Volví mis ojos hacia él, lanzándole rayos—. Dile a Kara que se cancela.

—Lo que usted mande, mi amo —me burlé, y fui yo quien cruzó los brazos sobre el regazo esta vez.

—Leslie, no vas a venir a la discoteca.

Resoplé con fuerza.

—Escucha atentamente, Hunter, porque solo te lo diré una vez: Kara me ha invitado y voy a ir a la discoteca. Fin.

—Se lo diré a tu padre.

¿Ahora era un soplón? Porque yo también podía jugar a ese juego.

—¿El qué? ¿Cómo Blake y tú vais a ir a una discoteca con vuestras

identificaciones falsas en lugar de a casa de Ryder?

Ellos también tenían una tapadera, pero Hunter no sospechaba que yo pudiese saberla. Su mandíbula se apretó, marcada por una corta barba oscura a lo largo de su perfil. Estaba segura de que sabía lo *sexy* que era eso.

¡Venga, Les! ¡Otra vez no! Te ha costado una semana superarlo y ni siquiera lo has conseguido del todo. No vuelvas a esa situación de nuevo, torpe. De acuerdo, te encanta. Quieres besarlo, pasar los dedos por esa barba y arrancarle la camiseta, pero ya está. Hormonas, asumid ya que eso no va a pasar.

Hunter suspiró y la fuerza de su mandíbula se aflojó.

—¿Por qué haces esto, Leslie?

—¿El qué? ¿Tratar de divertirme? —contesté a la defensiva, dando un paso hacia delante—. ¿Querer ir a bailar con chicos de mi edad?

—No son de tu edad, serán mayores.

Cinco años más, cinco años menos...

—Estaré con vosotros, no me iré con ningún extraño. No soy idiota.

Sus ojos se suavizaron, pero restos de tensión continuaron en su mirada antes de que me diese un último aviso.

—Estarás con nosotros todo el tiempo.

Capítulo 13

Escaparse de casa arreglada fue más complicado de lo que había pensado en un principio. Básicamente porque hacía sospechar a mi padre.

—¿Cómo es que necesitas ir vestida así para una noche en casa de una amiga? —preguntó al verme salir.

Bajé la mirada a mi vestido negro. No era el color que más me favorecía, pero siempre pensé que me hacía parecer más seria y mayor, y si quería entrar en la discoteca iba a necesitarlo.

—Es una noche temática —argumenté mientras me balanceaba sobre los tacones—. ¿No te hablé de los margaritas falsos, sin alcohol?

Mi padre continuó mirando el vestido, no muy convencido. No tenía sentido, ni siquiera estaba enseñando partes esenciales de mi cuerpo. Lo único de lo que podía quejarse era de sus medidas, pero tampoco era exageradamente corto. Había vestido prendas más atrevidas en otras ocasiones, cuando mi madre no se daba cuenta.

—¿Y por eso tienes también que maquillarte? —Insistió, aunque su tono sonaba menos firme—. Recuerda que sigues siendo una niña y vas vestida como una adulta.

Genial, esa era la idea.

—Cálmate, ¿quieres? —dije mientras fingía estar agobiada—. Es una noche de chicas, esto es lo que hacemos.

Afortunadamente, Anna llegó en mi ayuda.

—Déjala tranquila, no hay nada malo en que la niña se maquille. —Luego

se volvió hacia mí. Pasó un brazo por encima de mis hombros y me condujo a la salida, donde los *horigemes* estaban colocándose las chaquetas—. Blake y Hunter la llevarán a casa de Kara en coche.

Ninguno de los dos parecía contento por la situación, probablemente porque sabían que no iba a ir a ninguna noche de chicas. Mi padre suspiró derrotado, y después de murmurar algo ininteligible sobre la nula necesidad de usar maquillaje, desapareció camino a la cocina. Anna quitó el brazo de mis hombros y nos encaró con el rostro serio.

—Sea lo que sea lo que vayáis a hacer esta noche, no quiero tener que volver a recogeros de comisaría.

—Mamá, solo vamos a casa de Ryder.

—¿En serio, Blake? — Hasta yo me había dado cuenta de que ella sabía que eso era una tapadera, y no era mi madre. Anna alzó las cejas, recordándome a Hunter y su mirada de yo sé más que tú.

—También he tenido vuestra edad y he tratado de mentir a mis padres. Sé que no vais a casa de Ryder, y que Leslie no va a la de Kara. Tenéis dieciocho, no puedo controlar lo que hacéis en todo momento, menos ahora que vais a empezar la universidad, pero Leslie solo tiene dieciséis. Es vuestra obligación cuidar de ella, ¿entendido?

A pesar de estar totalmente en contra de que ellos tuvieran la obligación de cuidar de mí, tampoco iba a protestar por la sencilla razón de que ella sabía que mentíamos y aun así no nos retenía. Me sorprendió. ¿Qué clase de madre era?

Cuando ninguno de los tres dijo nada, ella continuó.

—Sé que si os prohíbo salir será peor, me mentiríais y lo haríais de todos modos. —Eso era cierto, ojalá mi madre pensara del mismo modo—. Pero si tenéis algún problema, el que sea, me llamáis inmediatamente, ¿de acuerdo? Prefiero perdonaros un castigo a que acabéis en una mala situación.

Hunter y Blake asintieron. Ninguno quería problemas, ya éramos bastante afortunados de que nos dejara irnos. Sin embargo, nos dio una última advertencia antes de salir de casa.

—Que a ninguno de los tres se le ocurra beber.

Continuaba sin entender por qué esa era la mayor preocupación de todo el mundo. En mi opinión, no hay nada malo en beber, siempre que no llegues a

perder el conocimiento. La gente hace muchas estupideces cuando está borracha. A mí me preocupaba más que alguien me atracase por la calle o que intentasen colar alguna sustancia en mi bebida.

Los gemelos no dijeron nada hasta que estuvimos dentro del coche familiar. Blake conducía.

—¿Crees que sabe que vamos a una discoteca?

—No creo —contestó Hunter desde el asiento del copiloto—. No sabe que tenemos identificaciones falsas. Creerá que vamos a alguna fiesta.

—Yo no estaría tan seguro...

Sonreí y me recosté en el asiento. Anna parecía mucho más inteligente de lo que pensé en un inicio, y eso me gustaba. Me estaba sorprendiendo su forma de educar. Estaba en lo cierto: si nos castigara sin salir acabaríamos escapando y sería peor, porque si algo malo ocurría, ella sería la última persona a quien llamaríamos. Ahora al menos sabíamos que podíamos contar con ella si cualquier cosa mala sucedía... Siempre y cuando no bebiésemos alcohol.

Blake condujo a una velocidad anormalmente lenta. Estaba segura de que aquello era ilegal, pero no dije nada. Al fin y al cabo, teníamos toda la noche. Cuando llegamos cerca de la discoteca donde habíamos quedado con Kara y Ryder, dejamos el coche en un gran descampado poco iluminado donde centenares de adolescentes estaban bebiendo, reclinados sobre sus propios vehículos en pequeños grupos, con las luces encendidas y la música sonando. Me extrañaba que la policía no hubiese pasado ya por allí.

No había hecho más que salir del coche cuando una silueta oscura se plantó delante de mí.

—Recuerda, no te alejes de nosotros —dijo Hunter con dureza, posando una mano en mi hombro.

Eché un vistazo alrededor y me alejé de él de una zancada para situarme cerca de Blake.

—Nunca acepté tu extraña y cavernícola exigencia.

Escuché cómo Blake rio a mi lado y moví un brazo hasta clavarle el codo en las costillas. Dejó de reírse. Hunter se acercó, esta vez sin tocarme.

—¿Estás llamándome cavernícola?

—O especie poco evolucionada.

—Solo estoy intentando cuidar de ti —susurró entre dientes, lo suficiente alto para que pudiera escucharlo—. No sé qué puede haber de malo en eso.

Apreté los labios y fruncí el ceño fingiendo concentración.

—Oh, no sé... ¿Tal vez que no lo necesite?

—Leslie...

Alguien gritó a lo lejos y acto seguido se escuchó el ruido de vidrios rompiéndose contra el suelo. Después llegaron los portazos de coches y más gente gritando en lo que parecía una pelea. Hunter me tomó del brazo y tiró de mí lejos del aparcamiento.

—Vayámonos antes de que se ponga peor —avisó con cierto tono de peligro en su voz—. Kara y Ryder ya están esperándonos.

No dije nada, pero me solté de él en cuanto abandonamos el aparcamiento. Los gritos continuaban escuchándose, y no me extrañaría que la policía no tardase en aparecer. Enseñar la falsa identificación a un portero de discoteca podía hacerlo, enseñársela a un policía era jugar demasiado con mi suerte.

La noche estaba concurrida. Había chicas con vestidos más cortos y ceñidos que el mío, con maquillaje colorido y cabello de peluquería. Se me encogió el estómago. Tal vez no me había preparado lo suficiente.

Cuando nos colocamos en la cola para entrar en la discoteca, empecé a ponerme realmente nerviosa. Miré a los porteros pidiendo las identificaciones. Aquello no iba a ser buena idea. Hunter tenía razón, incluso con el maquillaje, los zapatos altos y el vestido, seguía pareciendo una niña. Nadie se iba a creer que tenía veintiún años si me comparaban con las demás chicas de la fila. Me había colado anteriormente en alguna que otra discoteca con Nat y los demás, pero ninguna parecía tan larga e imponente como esta. Solo para empezar, tenía dos porteros.

Hunter se acercó por detrás. Juntó mi espalda a su pecho y posó sus manos a ambos lados de mi cadera. Podía sentir sus dedos prácticamente traspasando la fina tela del vestido.

—Relájate —susurró cerca de mi oído, soplando con su aliento mechones de mi cabello—. Son como los perros, pueden oler tu miedo.

Apreté los dientes y me volví hacia él, encarándolo firmemente. Con los tacones apenas era un poco más alto que yo.

—No tengo miedo.

Su sonrisa burlona hizo aparición, mostrándome sus dientes de forma seductora.

—No necesitas hacerte la fuerte conmigo, Caperucita.

—Estúpido. —Me aparté de él de un empujón y me deshice de su abrazo sobre mis caderas. Di un paso más hacia delante en la cola, acercándome cada vez más a los porteros. Tragué saliva.

No tenía miedo, Hunter era un idiota. Lo único que ocurría era que mi yo racional había decidido ponerse en funcionamiento y decirme que aquello era una terrible idea, nada más.

¿Miedo yo? Tonterías.

—Identificación, por favor.

Me tensé ante la voz del portero. ¿Cómo había avanzado la cola tan rápido?

Intentando no establecer contacto visual, comencé a revolver a toda prisa en mi bolso en busca de la identificación. Una vez que la encontré, se la entregué. Apreté con tanta fuerza que por poco no lo dejo agarrarla. Observé a Blake de reojo hacer lo mismo con el otro portero hasta que finalmente mi identificación me fue devuelta.

—Adelante —susurró el portero, abriendo la puerta para nosotros.

Dejé que mis piernas se movieran solas hacia la entrada, apenas sin poder creerlo. ¿Ya estaba? ¿Eso era todo? No hubo miradas de reojo ni preguntas incómodas sobre mi edad real, como había esperado. Veía demasiadas películas...

Seguí a Blake dentro del recinto. El choque de música a todo volumen y el calor me dio de pleno, apoderándose de mí nada más poner un pie en el local. Parpadeé varias veces y dejé que mis ojos se acostumbraran a la iluminación oscura y colorida que provenía de la pista de baile.

—¿Ves como no tenías por qué tener miedo? —chilló Hunter en mi oído, por encima de la música.

Le lancé una mirada asesina antes de caminar hacia una parte más céntrica del local, directa hacia la pista de baile. Hunter susurró algo al oído a Blake y después fue conmigo a la pista de baile mientras su hermano se dirigía a la barra. Esa era otra cosa que no entendía, por qué la gente cuando entra en una discoteca lo primero que hace es ir a por algo de beber. Generalmente no

tienes sed nada más entrar, sino cuando llevas ya unos minutos bailando.

Bailar, eso era lo que quería yo. Comencé a moverme al compás del nuevo *hit* musical que resonaba en la discoteca, editado por un DJ que también jugaba con la iluminación, y comencé a mover la cintura y a elevar los brazos. Hacía expresiones divertidas con el rostro al tiempo que me inventaba la letra. Daba igual, nadie me conocía y nadie podía escucharme.

Lo más importante era divertirme, algo que las dos chicas que tenía cerca parecían desconocer, ya que se dedicaban a balancear su cuerpo sugestivamente sin ni siquiera seguir el compás. Eso por no hablar de su acompañante, un chico que, simplemente, movía la cabeza hacia delante y hacia atrás.

Di una vuelta sobre mí misma, aún con los brazos en el aire, y cuando volví a mi posición original, Hunter estaba delante de mí, sonriendo. No era una sonrisa burlona. Tomó una de mis manos antes de que las bajara y volvió a hacerme girar. Lo hizo tan rápido que noté cómo mi pelo volaba en el aire y chocaba contra su rostro. Sin que eso pareciera importarle, dio un paso más hacia mí, dejándonos prácticamente pegados.

Había tanta gente en la pista que estaba recibiendo codazos y golpes de cadera por parte de las personas que bailaban al lado. Sin embargo, la cercanía no era igual con Hunter. Tampoco la forma en la que sus ojos se clavaban en los míos. Me mordí el interior de la mejilla y usé toda mi fuerza de voluntad para alejarme de él mientras bailaba, porque cada vez que él se acercaba a mí, algo en mi interior se revolvía y no me gustaba cómo me hacía sentir. De hecho, me aterraba.

Seguí bailando en una especie de juego entre moverme al son de la música y alejarme de Hunter, hasta que Blake apareció abriéndose paso entre la gente. Llevaba dos cervezas en la mano y Kara y Ryder iban detrás de él.

—¡Has venido! —chilló Kara adelantando a los chicos y abalanzándose sobre mí. Por un momento llegué a pensar que estos dos idiotas iban a dejarte en casa.

Sonreí devolviéndole el abrazo y comenzando a bailar con ella.

—Por un momento quisieron hacerlo. No iba a permitirlo.

Kara rio y ambas comenzamos a bailar como si fuésemos amigas de toda la vida. Ella era igual que yo, se dejaba llevar por la música, sin preocuparse

por lo que pensarán los demás. En más de una ocasión me pareció notar cómo cambiaba la letra de las canciones por un «lalala».

Durante la siguiente hora disfruté de la discoteca y el baile más de lo que había pensado que haría en un inicio. Era divertido porque, además, la gente no podía hablar. Algún chico intentó acercarse a nosotras, ya que Kara y yo habíamos formado una pequeña piña separadas de los chicos, pero Hunter aparecía a nuestro lado antes de que cualquiera pudiera ponernos una mano encima u ofrecernos bailar. Me preocupaba el hecho de no encontrarlo agobiante.

Estaba absorbida en mis propios pensamientos, observando cómo Hunter apartaba de nosotras al último par de chicos que se habían acercado balanceándose borrachos, cuando Kara entrelazó su brazo con el mío, dejando de bailar y tirando de mí fuera de la pista.

—Me muero de sed —comentó guiándome a través de la gente hacia la barra.

Conseguimos un hueco en la barra cuando una pareja se alejó y nos colamos en medio de la gente antes de que otra persona lo hiciera en nuestro lugar. Me senté en el taburete libre, sintiendo por primera vez lo doloridos que estaban mis pies. Me masajeeé el talón, encorvándome en el asiento. No volvería a usar zapatos de tacón en una buena temporada.

—¿Qué queréis, chicas?

Alcé los ojos hacia un guapo camarero al otro lado de la barra. No debía de ser mucho mayor que nosotras, probablemente veintiuno o veintidós. Tenía esa cara de chico malo, con barba de varios días. Llevaba una camiseta ceñida al cuerpo que dejaba ver sus musculosos brazos. Paseé la mirada hacia los otros camareros. Todos eran igual de atractivos. Empezaba a notar cuál era la condición para trabajar en aquella discoteca.

—Un *gin-tonic* —pedí regresando mi atención al chico, que me guiñó un ojo, asintiendo.

—Que sean dos —gritó Kara por encima de mi hombro—. Y también dos chupitos de vodka.

Reaccioné demasiado tarde a eso.

—Kara, no voy a beber un chupito —me negué rotundamente—. No pretendo emborracharme.

No tenía nada en contra del alcohol, estaba claro, pero beber por beber era una tontería. Había pedido el *gin-tonic* porque me gustaba, pero no quería beber mucho o se me subiría a la cabeza. Lo mismo ocurriría si me tomaba chupitos. Era demasiada cantidad de alcohol concentrada. Prefería reservarme eso para cuando me rompieran el corazón y necesitase una excusa para hacer tonterías.

—Si no te lo bebes tú, lo haré yo —dijo complacida—. Y no es una amenaza, yo sí que quiero emborracharme.

Gemí por lo bajo. El camarero volvió en ese momento con nuestras bebidas y dos vasos de chupito vacíos y congelados. Sirvió el vodka directamente de la botella delante de nosotras. Comencé a buscar en mi bolso para pagar por mi bebida, pero él negó.

—Ya están pagadas.

Kara y yo nos miramos sin comprender. Nosotras no habíamos pagado nada.

—Esos chicos de allí han decidido invitaros.

Seguimos la dirección de su dedo hacia el otro lado de la barra circular. Un chico rubio nos miraba con una sonrisa tímida. El otro, moreno, saludaba alegremente levantando el pulgar hacia nosotras.

Alcé las cejas anonadada.

—¿Barrie?

Capítulo 14

Devolví el saludo a Harry sin poder ocultar mi sorpresa. Le había hablado de la salida el día anterior, pero él no me había dicho nada sobre sus planes. Sabía que había quedado con sus amigos, pero no imaginaba que también iba a ir a una discoteca. Lo que significaba...

—Será listillo... —comencé a susurrar con indignación—. ¡Él también tiene una identificación falsa!

Kara me regañó para que bajase la voz y luego tomó uno de los chupitos. Lo alzó hacia Harry agradeciéndole con una sonrisa la invitación y lo bebió de un trago. Su cara se arrugó mientras el líquido pasaba a través de su garganta. Aquello debía de sentirse como llamas devorándote por dentro.

—No lo entiendes —protesté, esta vez un poco más bajo—. Ayer se pasó media hora echándome la bronca porque yo tenía una identificación falsa, y ahora resulta que él también tiene una.

Mi amiga rodó los ojos y tomó el otro chupito. No estaba segura de si debería dejar que se lo bebiera, pero tampoco iba a beberlo yo.

—Estaría burlándose de ti. Tiene pinta de ser el típico chico bueno que en realidad es un payaso.

Volví a mirar hacia Harry. Estaba hablando con su amigo y riéndose. Quizás Kara tenía razón. Al fin y al cabo, por su culpa un señor mayor había querido asesinarlos. Que yo hubiese sido quien le tiró el helado era un hecho aparte.

—Puaj, creo que voy a vomitarlo.

Me aparté de un salto de Kara, bajando del taburete mientras su rostro se arrugaba tras el segundo chupito. Se los había bebido demasiado rápido. Ella me miró y sonrió, tomando su vaso de *gin- tonic* y chocando contra el mío.

—Tranquila, Les. No voy a vomitar. De hecho, lo que quiero es hablar.

—¿Hablar? —Miré a nuestro alrededor. La gente bailaba cerca de la barra y la música estaba muy alta; hablar parecía lo último que se podía hacer allí—. ¿Ya te has emborrachado?

Kara rio más fuerte y empecé a preocuparme. ¿Podría ser una borrachera psicológica? Era imposible que el alcohol hiciese efecto tan rápido.

—No, tonta. —Se acercó más a mí para no tener que gritarme por encima de la música—. Pero me gustaría hablar contigo de Hunter.

Bebí un largo sorbo de mi *gin- tonic*. No iba a gustarme esa conversación.

—No te lo tomes a mal, Kara, pero nada que tenga que ver con ese imbécil, prepotente y cavernícola suena a buen tema para mí.

Kara se balanceó y un poco de su bebida se derramó sobre su mano. Realmente esperaba que fuese borrachera psicológica.

—Sí, seguro... Por la forma en que te mira y lo miras no parece eso.

Los ojos se me salieron de las órbitas.

—¿De qué estás hablando?

—Vamos, no te hagas la tonta, Leslie. A ti te gusta Hunter. Y está más que claro que a él le gustas tú.

Negué con la cabeza y me alejé un paso de ella, dando otro sorbo a mi bebida. Se supone que ella era su amiga especial. Por un momento incluso llegué a pensar que era su novia. ¿Qué hacía hablándome así de Hunter? Sin embargo, siguió insistiendo.

—Además, si esto te anima, te diré que besa muy bien.

Me atraganté con la bebida y la miré con horror. ¿Qué hacía diciéndome esas cosas? Entonces se echó a reír y tomó mi mano, entrelazando sus dedos con los míos. Estaba alucinando, no podía ser que el alcohol se le hubiese subido tan rápido a la cabeza. Aunque, pensándolo bien, Kara siempre me pareció un poco loca.

—Oye, no necesitaba saber esa información...

—Tranquila, hace mucho tiempo de ese beso. Unos dos años. No tienes nada de qué preocuparte, solo somos buenos amigos. Aunque estuvimos

saliendo juntos por un tiempo.

—Vale, Kara, cállate —le grité empezando a cabrearme—. Realmente no quiero hablar de esto.

Y pensar que la había comenzado a considerar una amiga... Tenía que empezar a ser más selectiva a la hora de escoger amistades. Kara dio una vuelta sobre sí misma al compás de la música y me obligó a girar a su lado. Un poco de su bebida cayó al suelo.

—Salimos juntos hará unos... ¿dos años te dije? Fue por la presión social. Ya sabes, éramos cercanos. Yo tengo cara de niña buena y él es el típico chico malo, de modo que todos pensaban que teníamos que salir juntos. —Alzó los ojos al techo y resopló, sonriendo cuando volvió a mirarme—. La televisión y las novelas románticas han hecho mucho daño a la sociedad.

Asentí sin saber muy bien qué decir, porque mis impulsos me decían que le metiera la bebida por la garganta, con vaso incluido. No era una experta en el asunto, pero me parecía que esa no era la manera correcta de tratar a potenciales amigos.

Aquella conversación era demasiado surrealista.

—¿Disfrutando de la bebida, señoritas?

Me volví para encontrarme con Harry. Llevaba una copa en la mano y sonreía amistosamente hacia nosotras. Parecía tan borracho como Kara empezaba a estarlo. Borrachos, Dios los cría y ellos se juntan.

—¿Barrie, verdad? —interrumpió Kara, acercando su mano libre hacia él—. Les y yo estábamos hablando de lo buena pareja que harían ella y Hunter.

Abrí la boca anonadada y un poco enfadada. Al menos ya había hablado con Harry de mi pequeño encaprichamiento, pero eso no se lo puedes soltar a una persona así sin más.

—En realidad es Harry —corrigió él, y se situó entre las dos—, pero continúa, parece una conversación interesante.

Kara sonrió y él le devolvió la sonrisa. No quería presenciar cómo dos jóvenes borrachos comenzaban a comerse la cara el uno al otro, sería demasiado asqueroso. Pero Kara no me dejó escapar.

—Les, es en serio, no hay nada entre Hunter y yo. No funcionó. Nos queremos, pero es prácticamente mi hermano. Salir con él fue un error. Y cuando nos besábamos... —Sacudió la cabeza con expresión desagradable—.

Ni siquiera quiero pensarlo de nuevo.

—Acabas de decirme que besa bien —le recordé.

Ella se llevó una mano a la cabeza, pensativa, y luego bebió hasta terminarse el *gin-tonic*.

—Una cosa no quita la otra. ¿Otra copa?

—Diría que ya has bebido suficiente —dijo una voz a nuestro lado.

Hunter, como si lo hubiésemos invocado. Tenía el don de la aparición. Me hice a un lado, separándome de él como llevaba haciendo toda la noche. Su brazo había rozado el mío y sentí calambres subir a lo largo de mi cuerpo. También sentí los ojos de Kara fijos en nosotros, con media sonrisa colgando en sus labios.

—Sí, papá, pero ya sabes que haré lo que me dé la gana —se burló ella, y luego se volvió hacia Harry. Lo tomó de la mano tal como había hecho previamente conmigo—. Venga, esta vez me toca a mí invitarte a un trago.

Los observé alejarse de vuelta a la barra. Ni siquiera me había dado cuenta de cómo nos habíamos alejado de ella mientras hablábamos.

—¿No deberíamos hacer algo? —Pregunté regresando la mirada hacia Hunter—. No me parece que le convenga beber más.

Pero los ojos de Hunter no estaban mirando a nuestros borrachos amigos, sino que estaban clavados en los míos. Serios. Demasiado serios.

—¿Dónde te habías metido? Te he estado buscando por toda la discoteca.

—Eh... —Aparté mi mirada de la suya durante unos segundos para recorrer el enorme y concurrido local—. ¿Tomando algo con Kara?

No entendía su enfado. Apenas me había alejado unos minutos con una amiga. Ni siquiera estaba sola. Y tampoco me había tomado los chupitos, solo parte del *gin-tonic*, bebida que, por cierto, Hunter me arrebató de las manos.

—Mi madre dijo que no bebiésemos —me regañó, impidiendo que la recuperara.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—Es solo una copa, no voy a emborracharme —protesté. Por eso no había tomado los chupitos.

Hunter continuó necio en su postura.

—Eres menor, no vas a beber.

—Mira quién habla. Tú has estado bebiendo cervezas toda la noche.

—Eran sin alcohol —argumentó con seriedad—. Me toca conducir.

No tenía nada que decir ante su comentario. Hunter lo notó y sonrió con prepotencia. Después, sin previo aviso, tomó mi mano y me guio de vuelta a la barra, abriéndose paso hasta donde Harry y Kara estaban bailando, para dejar la bebida junto a los nuevos chupitos que ambos habían pedido. Sin soltarme, Hunter los miró con la misma seriedad con la que me había mirado a mí.

—Creo que deberíais dejar de beber ya.

Kara lo empujó por el hombro. Cada segundo que pasaba parecía más borracha.

—Debería, pero no quiero.

—Kara...

El tono de Hunter sonó serio y grave, avisando de posibles problemas, pero ella lo ignoró.

—¿No puedes simplemente disfrutar de que Leslie no esté huyendo de ti e irte a besarla a algún otro lugar? —preguntó con indiferencia, tomando el chupito en sus manos y acercándolo a sus labios—. Ya he hecho de celestina por ti, no hace falta que me des las gracias.

Mi boca se abrió sola ante la sorpresa. Después Kara bebió de un trago el líquido del vaso. Acto seguido comenzó a toser, pero cuando cesó seguía sonriendo. Tomó a Harry de la mano y se lo llevó lejos de nosotros, a la pista de baile, antes de que ninguno pudiera decir nada.

Cuando me volví hacia Hunter estaba gruñendo y restregándose una mano por el cabello en señal de frustración. Suspiré, sabía cómo debía sentirse. Incluso yo estaba preocupada, y no era tan amiga de ninguno como él lo era de Kara.

—Estará bien —dije acercándome a su oído para no tener que gritarle—. Y Harry está con ella, no es ningún desconocido.

De pronto Hunter giró el rostro hacia mí y su nariz chocó contra la mía. Pude ver el desasosiego y un poco de furia en su mirada.

—¿Sabes lo que más me jode? Que tiene razón. Los borrachos siempre dicen la verdad.

—¿A qué te...? —comencé a preguntar, pero fui interrumpida a mitad de la frase.

Sin que pudiera verlo venir, Hunter acercó su rostro al mío y me besó. Me

quedé quieta en medio de la discoteca. mientras los labios de Hunter se apretaban contra los míos, frenéticos. Aquello no lo había esperado, y ahora me estaba besando profundamente, adentrándose en mi boca y quitándome el aliento con cada movimiento. Estaba tan sorprendida que apenas podía reaccionar, tanto para devolverle el beso como para apartarlo.

Y aun así era consciente de todo: de nuestros dedos entrelazados, de su mano apretando con fuerza la mía mientras la otra se deslizaba lentamente sobre mi cintura, eliminando cualquier posible espacio entre nuestros cuerpos, juntándonos por el ombligo. Mi cerebro estaba negándose a pensar, incluso a respirar.

Durante unos segundos, o al menos eso pareció, comencé a dejarme llevar. Ya tenía los ojos cerrados, me di cuenta cuando fui yo quien le devolvió el beso. Su mano apretó más fuerte la mía mientras la otra se deslizaba más arriba de mi cintura.

Hunter no me había dado ninguna señal, como ocurrió el primer día, cuando llegué a casa de mi padre, de modo que no pude apartarlo dándole una patada. Y aunque hubiese podido, tampoco sabía a ciencia cierta si lo hubiese hecho.

Odiaba a Hunter. No quería eso. Hunter y yo... Tenía que apartarme, debería apartarme, pero lo que estaba haciendo era acercarme más a él. En aquel momento, mientras su boca se movía de forma inquieta contra la mía, las mariposas en mi estómago bailaban felices, batiendo las alas y mandando vibraciones peligrosas a todo mi cuerpo. Y luego él mordió mi labio y yo simplemente...

Kara tenía razón: Hunter besaba muy bien.

Entonces un suspiro involuntario salió de mis labios y Hunter rompió el beso. Su frente se apoyó en la mía, manteniéndonos pegados con la mano en mi cintura. Podía notar su respiración agitada entremezclarse con la mía.

El ruido de fondo de la discoteca apareció nuevamente en mis oídos. Me di cuenta de cómo aquel beso me había dejado aislada del mundo. La presión se alojó dentro de mi estómago, sobrepasando a las mariposas y haciendo que me alejara de Hunter.

¿Qué había hecho?

La ansiedad comenzó a recorrer todo mi cuerpo de arriba abajo, y con un

brusco movimiento puse una distancia de medio metro entre nosotros, apartándome con una gran zancada. La mano que descansaba en mi cintura cayó. De nuevo, ¿qué había hecho?

Notaba el corazón palpitando con fuerza en el pecho, más fuerte incluso que el retumbar de la música en la sala. Mis ojos, abiertos de par en par, miraban fijamente los suyos. Mis labios picaban, vacíos tras la pérdida del contacto. Él pudo ver el horror en mi mirada y yo el arrepentimiento en la suya.

—Yo... Les, lo siento —comenzó a gritar, tratando de hacerse oír por encima de la música—. No sé en qué estaba pensando. Yo solo...

Me abalancé sobre él antes de que terminara de disculparse.

Lo sé, lo sé.

What the fuck, Les?

Solo era una chica confundida, ¿está bien? Y las chicas confundidas hacen locuras, como yo en aquellos momentos. Lancé los brazos alrededor de su cuello y lo besé con más ímpetu y energía que antes. Ya tendría tiempo de arrepentirme más tarde de ello. Quizás podría culpar al alcohol.

Lo que había descubierto con ese beso no era solo que Hunter besaba bien, sino que me gustaba ser besada por él. Me gustaba la forma en que sus labios se amoldaban a los míos, cómo sus brazos me rodeaban atrayéndome hacia él, cómo nuestras respiraciones se fundían en una sola y acompasada, cómo lograba evadirme del mundo y de los demás, vaciar mi cabeza de pensamientos. Era como emborracharse sin tener que sufrir los efectos de la resaca después.

Lo sé, no soy buena con las comparaciones. Lo cierto es que nunca me había pasado algo así, ni siquiera cuando las cosas se habían puesto interesantes entre Jordán y yo. Una vez pensé que disfrutaba besando a Jordán, pero eso era basura comparado con Hunter.

El tardó en devolverme el beso, sorprendido tanto como yo por mi repentina acción, pero cuando lo hizo no perdió ni un solo segundo en retomarlo donde lo habíamos dejado, mordiendo mi labio y guiando su mano por mi espalda.

Sabía que estaba haciendo algo malo, que debía apartarme si no quería volver de nuevo a esos estúpidos días en los que me comportaba como una

idiota, pero en aquel momento alejarme de él se me antojaba demasiado complicado.

El sonido alto de la música abarrotaba mis oídos. Podía percibir las luces fluorescentes de la discoteca aun con los ojos cerrados, y todo eso solo conseguía sumergirme más en la atmósfera de aturdimiento y locura en la que cada beso de Hunter me estaba ahogando.

Alguien me tocó el hombro.

Una vez...

Dos veces...

Tres veces...

Finalmente comencé a separarme lentamente de Hunter, rompiendo el beso y abriendo los ojos.

Bueno, hola, Blake.

—Lamento interrumpir este momento, pero Ryder ha encendido un cigarrillo y lo están echando a patadas de la discoteca.

Abrí la boca, confusa, sin saber qué decir. Hunter aún mantenía una mano sobre mi espalda y me negaba rotundamente a mirarlo. Ahora que Blake nos había separado y la neblina de aturdimiento se disipaba, estaba comenzando a analizar lo que había hecho. De nuevo.

Maldición.

Doble maldición.

¡Maldita sea!

—¡Tenemos que irnos! —Volvió a gritar Blake—. ¡Ryder ya está fuera!

La mano de mi espalda se alejó hasta finalmente desaparecer.

—Iré a buscar a Kara —escuché decir a Hunter, pero seguí negándome a mirarlo.

¿Qué demonios había hecho?

—Tengo que ir al baño —murmuré sin saber muy bien si alguno de los dos me había escuchado, y después de eso me escabullí entre la multitud.

Me llevé a unas cuantas personas por delante y logré atravesar la discoteca hasta el baño. Pisoteé a unas chicas borrachas y, antes de que se dieran cuenta, logré saltarme la fila y entrar la primera al servicio.

Aquello era una urgencia en toda regla. Necesitaba hablar con alguien, pero ahí no tenía amigos, y Kara y Harry estaban bajo los efectos del alcohol,

perdidos en la discoteca. Por primera vez experimentaba el sentimiento de desesperación por algo que yo había hecho.

Agarré mi teléfono móvil y marqué el número de mi hermana a toda a prisa. Ella contestó al tercer toque.

—¿Leslie? ¿A qué debo el honor de esta llamada?

—He besado a Hunter —solté antes de poder contenerme—. Estoy hecha polvo.

Se hizo un silencio de cinco misisipis al otro lado de la línea hasta que Kenzie finalmente contestó.

—¿Es el mismo *horrigeme* al que besaste hace cuatro años? Gruñí malhumorada. ¿Qué importancia tenía eso ahora? —¿No has escuchado acaso lo que te he dicho, Mackenzie? ¡Acabo de besarlo! ¡En medio de una discoteca! Y ni siquiera estaba borracha...

Gemí golpeando la cabeza contra la puerta del baño. ¿En qué estaba pensando cuando le devolví el beso? Oh, cierto, en realidad no estaba pensando.

—Bueno, me alegro de que no estés borracha, pero... Un momento, ¿dijiste discoteca? ¿Cómo has entrado? ¡Tienes dieciséis años!

Sentí la irritación en los ojos. Estaba alejándose del tema importante de la conversación.

—Un carnet de identidad falso, ¿con qué si no?

Escuché un suspiro y luego un sonido parecido a muchos papeles cayendo.

—Oye, Leslie, lo siento mucho pero no es un buen momento para hablar.

—Pero ¡es importante!

—Mañana te llamaré y me contarás todo una vez que estés más relajada, ¿de acuerdo? Y no te preocupes por Hunter, tú eres Les Sullivan, seguro que él acaba llorando antes que tú.

—Oye, que no beso tan mal —refunfuñé.

Se rio y no pudo desaprovechar la oportunidad.

—¿Y él besa bien?

No tienes ni idea...

—¿No dijiste que estabas ocupada? le recordé, eludiendo su pregunta.

Kenzie soltó un suspiro sin molestarse en esconder su malhumor.

—El estúpido de mi nuevo jefe me ha mandado un estúpido trabajo y

parece que pasaré la estúpida noche entera despierta. Creo que esa era su idea de todos modos... Estúpido James.

Estaba comenzando a reírme con tantos *estúpidos* hasta que capté el nombre en la conversación.

—¿James? ¿James tu exnovio es tu jefe?

Más y más gruñidos seguidos de unos cuantos insultos.

—Sí. James Smith, mi exnovio, es ahora mi estúpido nuevo jefe.

Capítulo 15

Presioné el botón de colgar y miré mi reflejo en el espejo. La línea negra de maquillaje de mis ojos se había corrido, mi pelo estaba notablemente revuelto y mis mejillas, sonrosadas. Al menos estaba segura de que me vería mejor que Kenzie. Me la imaginaba con una coleta alta, en pijama, tratando de resolver todo el papeleo que James le había mandado.

Tomé unas respiraciones profundas, me quité parte del maquillaje sobrante con agua, me arreglé el cabello con las manos y salí del baño.

—¡Por fin! —gritó una de las chicas de la cola, mirándome con enfado—. No eres la única que necesita usar el servicio, guapa.

Miré a la ultramaquillada y arreglada chica, balanceando las piernas sobre sus tacones. Le lancé mi mejor sonrisa falsa de disculpa.

—Lo siento, las pruebas de embarazo llevan tiempo.

Mientras pasaba, abrió la boca, pero no dijo nada. Mi demonio interior rugió satisfecho. Esas cosas siempre funcionaban.

Me sumergí de nuevo en la marea de gente que bailaba y golpeaba sus cuerpos unos contra otros, ya no solo en la pista, sino en cualquier lugar de la discoteca, incluida la barra. No me sorprendería encontrar a uno de esos *sexys* camareros haciendo de *strippers*.

Me dirigía hacia la salida —y no, no me había perdido—, cuando alguien me tomó del brazo, girándome bruscamente.

—¿Dónde te habías metido? —me dijo Hunter por encima de la música, y su rostro parecía enfadado.

—Estaba en el baño —contesté en un tono igual de brusco, tratando en vano de liberar mi brazo de él—. ¿Quieres hacer el favor de soltarme?

—No.

—¿Perdona?

No me dio tiempo a continuar con mi indignación antes de que Hunter me arrastrara a la fuerza, en la dirección contraria a la que yo estaba yendo... Es decir, a la salida.

Odiaba que me tratasen como un objeto, podía ir yo solita hacia la puerta sin su ayuda. Continué pataleando y chillando aun cuando estábamos cerca de la calle y el volumen de la música había bajado, pero, por más que luchara, Hunter no me soltaba. ¡Estúpido idiota! Mis gritos e insultos eran tan fuertes que consiguieron llamar la atención de los porteros cuando salimos. Uno de ellos puso una de sus grandes manos en el hombro de Hunter, invitándolo a parar.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó con voz que anunciaba problemas.

Paré en ese mismo momento de forcejear. Con suerte se llevarían a Hunter a comisaría, le caería una buena y yo podría reírme felizmente de él. Pero eso no es lo que sucedió.

—Lo siento, es mi hermana pequeña —dijo con toda la naturalidad con la que un buen chico lo diría—. Me la llevo de aquí porque es menor. No hay de qué.

Abrí la boca con indignación. ¡Ahora aquellos dos gorilas se acordarían de mi cara y no podría volver a entrar en esa discoteca!

—Mentira, no es mi hermano —protesté, pero entonces él me tomó de la cintura y me subió sobre uno de sus hombros como si fuese un saco de patatas. Me agarró de las piernas dejando que mi cuerpo colgara sobre su espalda y yo chillé—. Maldita sea, Hunter. ¡Bájame ahora mismo!

—Hermanastra, en realidad —escuché que decía a los porteros—. Y como le pase algo su padre me mata.

Iba a matarlo. Sobra decir que pataleé, chillé y le clavé las uñas en la espalda durante todo el trayecto al coche. Llamé la atención de los transeúntes, que parecían disfrutar de la función.

—Por fin llegáis —exclamó Blake con voz desesperada—. ¿Qué os ha llevado tanto tiempo?

Chillé cuando Hunter me movió para sujetarme mejor por las piernas. Desde mi incómoda posición solo podía ver los pies de Blake, y me dolía el estómago de tenerlo apoyado en el hombro del *horrigeme* más idiota.

—Leslie estaba en el baño —explicó Hunter—. ¿Puedes estarte quieta?

—¡No hasta que me bajes! —contesté al tiempo que le daba un golpe en la parte baja de la espalda.

Mi furia creció cuando lo escuché reír y noté que su cuerpo retumbaba bajo el mío. Blake suspiró.

—No es el momento de pelear, chicos. Tenemos un problema, Ryder ha desaparecido.

—¿Cómo que ha desaparecido? —se aventuró Hunter, su risa desapareciendo inmediatamente.

—Desaparecido como que me ha enviado un mensaje diciendo que se ha ido a otra fiesta y nos ha dejado tirados —explicó finalmente Blake. Parecía furioso.

Escuché pasos detrás de mí. No podía levantar la cabeza porque el cuello ya me dolía bastante de intentarlo. Además, empezaba a marearme por la sangre que bajaba hasta mi cerebro. Acabar emborrachándome, pero no a base de vodka.

—Menudos amigos tenéis. ¿Cuál es el plan, entonces?

Reconocí aquella voz ebria. Harry. Eso tenía que significar. ..

—Creo que voy a vomitar.

Un sonido parecido al de las arcadas acompañó la frase de Kara. Arrugé la nariz desde mi posición, pero no parecía que ella estuviese vomitando.

Buena la teníamos montada, con dos adolescentes borrachos, uno hasta arriba de hierba y desaparecido y tres desamparados sin casa para pasar la noche. Solo por aclarar las cosas, los desamparados éramos los *horrigemes* y yo.

—No podemos llevarte así a casa, tus padres te matarán —dijo Blake, como siempre la cabeza pensante del grupo.

—No te preocupes por ellos, se han ido de fin de semana respondió ella, alargando demasiado las vocales—. ¿Por qué crees que he decidido emborracharme hoy?

Hunter protestó, pero solo yo pude escucharlo.

—Sí, y no me parece que haya resultado una buena idea.

—Pues ya está, continuemos la fiesta en tu casa —apremió Harry, y literalmente escuché cómo daba palmadas . ¿Tienes más vodka allí?

—¡Podemos saquear la bodega de mi madre! —aceptó Kara, demasiado emocionada para ser real. ¡Hacía un minuto estaba a punto de vomitar!

Ambos borrachos comenzaron a animarse el uno al otro sobre la buena idea que habían tenido, y no pude evitar reír. A la mañana siguiente se encontrarían fatal, pero estaban sacando de quicio a Hunter y a Blake y eso era suficiente para mí. Era divertido verlos molestos.

Hacía unos minutos que había dejado de patalear. Tarde o temprano Hunter tendría que bajarme, ¿no? Pero no lo hacía. ¿Es que no estaba ni siquiera cansado de cargar conmigo?

—¡Oye! —me quejé, golpeándole la espalda y gritando—. ¡Bájame de una vez!

—No sé, estás demasiado bien así —se burló con cierto matiz seductor.

Su mano comenzó a subir por mi pierna y ahogué un grito. Esa noche rodarían cabezas.

—¡Te he dicho que me bajas! —Chillé con más fuerza, mientras Kara y Harry hablaban de todo lo que planeaban beber cuando llegasen a la casa—. ¡Bájame!

—Mejor cállate y déjanos pensar qué hacer.

Le pegué otro golpe en la espalda cuando me contestó. —¡Pues mejor lo piensas cuando me dejes en el suelo! ¡Bájame! ¡Bájame! ¡Bájame!

Por cada grito le daba un nuevo golpe, pero, a excepción de sus músculos tensándose, no notaba mayor cambio.

—Leslie...

Oh, sí, su voz amenazándome. Qué miedo.

—¡Bájame! ¡Bájame! ¡Bájame! ¡Bá...!

No pude terminar la última palabra porque mi cuerpo se movió fuera de su hombro, alargando la vocal en un chillido histérico... que fue callado por la boca de Hunter sobre la mía antes de que mis pies pudiesen tocar el suelo.

Abrí los ojos con sorpresa y traté de apartarlo de mí. ¿En serio, Hunter? ¿Otra vez? Sin embargo, Hunter volvió el beso más intenso, luchando contra mi boca y ganando. Cerré los ojos cuando la sangre bajó bruscamente de mi

cabeza. Los labios de Hunter atacaban los míos y yo comenzaba a marearme.

—¡Pillaos un motel! —gritó Harry con diversión.

Mis ojos se llenaron de estrellitas relucientes bajo los párpados y perdí el equilibrio. Hunter me sujetó por la cintura y me acercó a su cuerpo para que no terminara por comerme el suelo. Estaba demasiado mareada para pegarle, pero la venganza no tardaría en llegar.

—No me digas que tú también estás borracha —gimió Blake.

El pobre comenzaba a darme pena.

—No, solo mareada —contesté respirando pesadamente—. Creo que necesito sentarme.

—Es por el poder de mis besos, Caperucita —se burló Hunter.

En mi cabeza solo escuchaba las palabras muerte, Hunter, sangre y destrucción.

—Está bien —suspiró Blake, volviéndose hacia su hermano—. Ayúdala a entrar en el coche, iremos a casa de Kara.

Harry y Kara aplaudieron mientras Hunter abría la puerta trasera del vehículo para mí, sin dejar de sujetarme por la cintura. Solo se apartó cuando yo le di un codazo y terminé cayendo de cabeza sobre los asientos.

Con toda la dignidad que me quedaba me las apañé para disipar la neblina y sentarme junto a la ventanilla. Blake no tardó en tomar asiento a mi lado, seguido de Harry.

—Sabes la dirección, ¿verdad? —preguntó Kara a Hunter una vez que estuvo en el lugar del copiloto y él al volante.

—Claro.

Blake se aclaró la garganta a mi lado y yo dejé caer la cabeza sobre su hombro. Me mordí el labio inferior al notar que no era lo mismo que con Hunter. Y que en algún lugar dentro de mí deseaba que fuese Hunter.

—No habrá nada de alcohol, ¿estamos?

Incluso yo reí por esa frase. Iluso...

—Lo que tú digas, Blake —se burló Kara, y el coche arrancó.

—Buena nos esperaba esa noche.

Capítulo 16

Estábamos todos reunidos en la cocina de la casa de Kara mientras la discusión tenía lugar. Hunter y yo sentados en los taburetes de la barra americana, Harry y Kara bebiendo en el suelo a nuestros pies y Blake con los brazos cruzados sobre el pecho y expresión de pocos amigos. Nuestras voces se entrecruzaban una y otra vez.

—¡Baja la música!

—¡Pásame la botella!

—¡Dejad de beber!

—¿A eso lo llamas cantar?

—¿Alguna vez os habéis quedado parados mirando el culo de un perro?

Todos miramos hacia Harry, estupefactos. Incluso Kara y Blake cesaron su discusión sobre bajar la música.

—Perdona, pero qué... —fui capaz de preguntar.

Harry rio, dio una palmada al aire y sacudió la cabeza.

—Está bien, ahora que tengo vuestra atención, ¿quién me pasa la botella de tequila?

Blake se dejó caer en la silla y le acercó la botella. Sus nervios estaban a flor de piel. No me parecía correcto que después de haber bebido vodka fuesen a mezclarlo con tequila. Probablemente morirían intoxicados esa noche, pero las cosas estaban fuera de control.

Resulta que dos adolescentes borrachos no pueden ser controlados por tres que están sobrios. Aunque tampoco es que yo ayudase mucho.

—Leslie, deja de reírte y échanos una mano.

Puse los ojos en blanco y me bajé del taburete para tomar el teléfono de Kara y quitar la música. Ella y Harry estaban tan ocupados arrugando el rostro por los nuevos chupitos de tequila que ni siquiera lo notaron. Pero mis oídos sí.

—Deberíais uniros a la fiesta —comentó Harry balanceando la botella delante de nosotros—. Y volver a poner la música.

O quizás sí lo notaron. Entonces, sin que pudiera verlo venir, Blake se levantó de la silla, se acercó hasta nuestros amigos borrachos y se sentó a su lado en el suelo.

—¿Sabías qué? Estoy harto de todo esto —dijo con voz derrotada —, Kara, pásame un vaso.

Observé sin hablar cómo Blake dejaba de luchar y se unía al enemigo, tomando de un trago un sorprendente y gran chupito de tequila, sin sal, sin limón y sin toser.

—Vaya —susurré con merecida admiración, eso ha sido increíble.

Él me miró achicando los ojos por la picazón del alcohol y asintió. Aquello solo podía significar práctica. Al final no iba a ser tan buen chico como parecía. Claro que no lo era, hablamos de un *horrigeme*.

Una mano se posó en mi hombro, llamando mi atención y haciéndome girar el rostro. Hunter.

—Parece que tu hermano se ha unido a la fiesta, ¿eh?

Me sentí estúpida diciendo aquello, pero Hunter había estado extremadamente callado desde que habíamos llegado y de alguna manera eso me inquietaba, especialmente cuando notaba sus ojos taladrando mi nuca mientras nuestros amigos se emborrachaban y su hermano se volvía medio psicótico.

En lugar de contestar, me hizo un gesto con la cabeza y se levantó del taburete, indicándome que lo siguiera. Sopesé mis posibilidades: quedarme con el pronto trío de borrachos y reírme de ellos o seguir a Hunter y enfrentarme a ello. Decidí optar por la segunda opción. Si las cosas se ponían demasiado turbias, siempre podría empujarlo y huir haciendo la croqueta por el suelo.

Me puse de pie y lo seguí fuera de la cocina, mientras nuestros amigos

apenas se enteraron de que nos íbamos, demasiado enfrascados en el alcohol y Blake bebía tres chupitos seguidos sin morir. Hunter frenó frente a una puerta cerca de la escalera que subía al piso superior. La abrió, invitándome a entrar. Alargué el cuello para ver lo que parecía una simple habitación de invitados. Bien, yo no iba a hablar con él ahí dentro.

—El pasillo me parece una buena opción —comenté, aunque en realidad no sabía muy bien qué quería decirme.

Es decir, podía intuirlo, pero una cosa era percibir y otra saberlo seguro.

—No me hagas pedírtelo por favor, Leslie.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—Pues mira, eso no estaría nada mal. Al fin y al cabo, eres tú el que ha querido que te siguiera fuera de la cocina y...

Hunter me interrumpió al tomarme de la mano. Dejé de oponer resistencia física al darme cuenta de que no iba a servir de nada y permití que me arrastrara hacia el interior de la habitación. En el fondo, sabía que no tenía escapatoria. Después de aquel beso, necesitábamos hablar. Necesitábamos aclarar las cosas. Aunque no quisiera hacerlo. Aunque me aterrara hacerlo.

Cuando la puerta de la habitación se cerró con nosotros dentro y él me soltó, le propiné un buen pisotón.

—¡Ah! —se quejó, doblando la rodilla y saltando sobre una pierna—. ¿Por qué has hecho eso?

—¿Por qué tienes que comportarte como un maldito cavernícola? —le espeté—. Estamos en pleno siglo veintiuno. ¿Qué es eso de tomarme a la fuerza y arrastrarme dentro de tu caverna?

Tomó aire profundamente y espiró, haciéndose el exasperado. Esa debería ser yo, por su culpa. Estúpido Hunter.

—Tenemos que hablar —suspiró. Quería zanjar la discusión antes de que comenzara.

Di un paso para apartarme de él. Era difícil soportar la intensidad de su mirada, en especial cuando estaba enfadada. Todo el mundo sabe que los sentimientos fuertes, como el enfado, pueden ser confundidos y quizás acabes haciendo algo que en el fondo no querías hacer, o algo que tu mente racional te dice que no deberías hacer.

—Nos besamos, ¿vale? —prácticamente escupí las palabras, dirigiendo

los ojos hacia la pequeña ventana de la habitación de invitados—. Supéralo.

Cuando Hunter no contestó hice el amago de irme, pero entonces volvió a tomarme de la mano, obligándome a permanecer en el sitio, cerca de él. No iba a resultar fácil librarme de Hunter, menos aún con la maldita tentación de volver a besarlo corriendo por mis venas.

Era como comer un rico pastel de chocolate: una vez que tomas el primer mordisco y descubres que te gusta, no puedes evitar desear más. Yo quería más de ese pastel, lo anhelaba, pero sabía que no debía.

—Estoy cansado de este tira y afloja —me soltó de golpe. Sonaba herido—. Desde que has llegado ha habido... algo entre nosotros.

Era evidente que yo no había sido la única en notarlo. Miré la mano de Hunter. Sus dedos se cerraban alrededor de los míos. Fue mi turno de suspirar. Llegados a tal punto, tampoco valía la pena negar lo obvio.

—Tensión sexual, por supuesto —coincidí, y sacudí la cabeza—. Pero eso no significa nada.

Hunter hizo amago de sonreír, confundiéndome. A veces era complicado saber en qué estaba pensando.

—Creí que nunca lo admitirías —confesó, y se acercó más a mí—. Sin embargo, te equivocas. Sí significa algo.

Me alejé de él liberando nuestras manos. Bastante me molestaba ya el sentirme atraída por un *horrígeme* como para que él intentara confundirme.

—Claro. Significa que somos adolescentes cargados de hormonas. Y hermanastros.

Pronuncié aquella palabra como si fuese venenosa. Un escudo mágico que nos recordara a los dos lo que somos, lo que ya éramos y lo que nunca seríamos. Pero no funcionó.

Por muy asimilado que lo tuviésemos, lo cierto era que no dejaba de ser una mera clasificación. Biológicamente no estábamos emparentados. Si quisiéramos tener algo, ni siquiera sería ilegal. Y en cuanto a nuestra relación... Como Blake había dicho una vez, tampoco nos habíamos criado juntos. En definitiva, ninguno de los dos veíamos al otro como a un hermano.

Hunter dio un paso hacia el frente. Terminó de recuperar el espacio ganado entre los dos y llevó las manos a mi cintura. Mi cuerpo vibró ante su tacto.

—Quiero volver a besarte, Leslie.

Su voz fue apenas un susurro, pero consiguió calentar mi piel. Luego, lentamente, comenzó a inclinarse sobre mí. La tensión sexual entre ambos, como había dicho, era demasiado obvia. Y yo también estaba cansada de resistirme. Tomando una rápida, precipitada y probablemente mala decisión, posé las manos sobre sus hombros y lo frené antes de que pudiera besarme.

—Si vamos a hacer esto, primero quiero poner unas reglas. —Él alzó las cejas, balanceándose entre la confusión y la diversión. Tomé aire antes de seguir—. No saldremos juntos.

Hunter me soltó, mirándome con desconfianza desde un punto más alejado.

—A ver si estoy entendiendo bien... ¿Estás pidiéndome que seamos follamigos?

Arrugué la nariz. Nunca me gustó esa palabra.

—Tienes demasiadas expectativas —me burlé sin poder contener una sonrisa—. Lo que me lleva a la segunda regla: nadie puede saberlo.

Hunter cruzó los brazos con su mirada clavada en mí, pero no se negó.

—Vaya, te gustan las reglas, ¿eh?

No sabía cuánto.

—Y la más importante —continué sin contestarle—: no puedes enamorarte de mí.

Su sonrisa traviesa apareció finalmente.

—¿Qué te hace pensar que eso va a suceder? —preguntó con prepotencia, y acercó su nariz a la mía—. Más bien tendrías que asegurarte de no enamorarte tú de mí, Caperucita, o te rompería el corazón.

Puse los ojos en blanco. El chico tenía el ego muy subido, además de un extraño complejo de Grey.

—Son hormonas revolucionadas, Hunter. Sé controlarlas. Además, para que me enamore de ti primero necesitarías ser otra persona.

Inclinó la cabeza hacia la mía, sin dejar de mirarme.

—No podemos controlar de quién nos enamoramos —susurró.

Su aliento golpeó mis labios.

—Te equivocas. Sí podemos. Solo hay que pensarlo con ganas, buscar los puntos destacables de la otra persona y mirar fotos suyas en Google. Constantemente.

El rostro de Hunter se separó unos centímetros del mío, confuso.

—¿Mirar fotos en Google?

Ahugué una risa divertida.

—Así es como me enamoré de Jax W.

—¿El cantante?

—El cantante *sexy* —corregí.

Finalmente Hunter sonrió, negó con la cabeza para sí mismo y volvió a acercar su rostro al mío.

—Eso es obsesión, no te confundas.

—La gente suele llamarlo amor platónico.

—Obsesión —insistió, presionando su frente contra la mía—. El verdadero amor llega sin que te des cuenta.

Decidí no seguir contradiciéndole. En lugar de eso, junté mis labios con los suyos y lo besé. Porque finalmente admitía que me gustaba besar a Hunter.

Me gustaría decir que el despertar a la mañana siguiente fue tranquilo, pero eso sería una completa y total mentira. Al menos fue entretenido, no puedo negarlo.

Nunca consigo dormir hasta tarde cuando me quedo en una casa ajena, por lo que puedo afirmar que fui la primera en despertar. No porque yo quisiera, sin embargo, sino porque un incesante y molesto «piii» sonaba cada pocos segundos.

—¿Es que nadie piensa descolgar el maldito teléfono? —pregunté con voz enfadada, saliendo de la habitación de invitados, donde había pasado la noche, y atravesando el pasillo hasta la sala de estar.

Apenas pude creerlo cuando descubrí a Hunter y a Blake dormidos en los sofás, con la cabeza justo al lado del teléfono. ¿Cómo era posible que no se hubiesen despertado? Lo de Blake podía entenderlo, estaba durmiendo la mona. Después de la fiesta que se habían montado Kara, Harry y él anoche, me extrañaba que los vecinos no hubiesen llamado a la policía. Créeme, una persona no puede olvidar con facilidad el momento en el que su hermanastro se sube a la mesa de la cocina a bailar *La Macarena*. No puede. Aunque tenía vídeos en el móvil que lo demostraban, solo en caso de que él sí lo olvidase. Iba a disfrutar enseñándoselos...

Descolgué el teléfono con un suspiro observando el rostro dormido de Hunter. Estaba descansando en el sofá, usando la camiseta de Blake como

manta, ya que él la había desechado la noche anterior cuando fingió ser un guepardo (de lo que también tengo vídeos). Si estaba durmiendo en el salón no era solo culpa mía. Había decidido cuidar de su hermano después de que este acabase devolviendo sobre el fogón gran parte del alcohol que había ingerido. Puede que fuesen unos idiotas, pero eran unos idiotas que sabían cómo cuidar el uno del otro.

Alguien chilló al otro lado de la línea, lo que me hizo darme cuenta de que no había hablado aún.

—¡Kara! ¿Eres tú? ¿Estás bien? Tú padre y yo estamos muy preocupados, anoche no respondiste a nuestra llamada de emergencia.

Oh, vaya.

—Hola, señora —comencé a responder con el mejor tono de niña buena que tenía—. No soy Kara, sino Leslie, su amiga.

El largo silencio me hizo dudar seriamente de mi amiga, hasta que su madre finalmente volvió a hablar.

—Ah, sí, Kara me dijo que pasarías la noche en casa para hacerle compañía. Eso es muy agradable de tu parte, Leslie.

—Les, si no le importa —corregí con rapidez, sin poder evitarlo—. Lamentamos no haber contestado a la llamada anoche. Estábamos viendo películas de miedo en la habitación de Kara con el televisor a todo volumen.

A los padres nunca les gusta que sus hijos vean películas de terror, pero mejor eso a que sepan la verdad.

—¡Oye, Les!..., Les. ¿Está Kara despierta? ¿Podrías pasármela? Me gustaría hablar con ella un momento.

Maldición. No tenía ni idea de dónde se encontraba Kara en aquellos momentos. La última vez que la vi estaba conmigo tomando fotos a Blake mientras bailaba sobre la mesa.

Nunca dije que fuéramos las personas más recomendables para tener como amigos.

—Sigue durmiendo, anoche nos quedamos hasta tarde. De hecho, yo me he levantado por la llamada. Si quiere puedo despertarla, pero...

Dejé la frase en el aire. Esperaba que su madre supiese interpretarla mejor que mi cabeza.

—Sí, no quieres sufrir su ira por hacerla madrugar. —La escuché sonreír

al otro lado de la línea, sin poder creer que mi mentira hubiese colado con tanta facilidad—. No pasa nada, llamaré de nuevo más tarde, cuando sea una mejor hora para ella.

—Claro, y yo le diré que ha llamado.

—No desayunéis *pizza* fría, ¿de acuerdo? —avisó antes de colgar—. Deje galletas caseras en el horno.

Las galletas que Blake se comió después de devolver. Sí, las recordaba. Cuando terminó la llamada, volví a mirar hacia los chicos. Blake estaba roncando, pero era demasiado suave para que la madre de Kara lo hubiera percibido por el teléfono. Y Hunter...

—¿Sabes? Si no te conociera bien, diría que eres una adolescente responsable. Podrías ser actriz, tu actuación ha sido perfecta.

—Sí, está en mi lista de profesiones futuras, antes de tatuadora y justo después de estrella del fútbol.

Hunter se incorporó y se sentó en el sofá. Se apartó el pelo revuelto de los ojos con un ligero aspaviento. Tenía esa expresión mañanera de recién levantado que hacía a los hombres sumamente atractivos. No es que tuviera mucha experiencia al respecto, Jordán nunca se había quedado a dormir en casa.

—Esas son profesiones interesantes —asintió él mientras yo me acercaba—. ¿Tienes algún tatuaje? —Negué con la cabeza y dejé que tirara de mi muñeca para que me sentase en el sofá, a su lado.

— Mi madre sigue negándose, pero en menos de dos años tendré dieciocho y no necesitaré su consentimiento.

Su rostro se acercó al mío, y enredó los dedos en mi cabello despeinado.

—Eres una chica dura —susurró antes de posar sus labios sobre los míos por unos segundos—. Me gusta eso de ti.

Sonreí dubitativamente y me separé de él, levantándome del sofá. No estaba segura de que besos esporádicos recién levantados contasen como parte de nuestro acuerdo de amigos con derecho a roce. De hecho, dudaba de que fuésemos siquiera amigos, y no quería confundirlo. Ni confundirme.

—Tengo que buscar a Kara, su madre va a volver a llamar en un rato y no sé dónde está.

Hunter bostezó, levantando los brazos. Su camiseta se elevó, mostrando la

parte baja de su abdomen.

—¿Alguna pista de dónde empezar a buscar? —preguntó con los ojos entrecerrados, dándome el tiempo justo a apartar la mirada de su piel al descubierto.

—La última vez que la vi estaba besuqueándose con Harry en la escalera —respondí tras unos segundos de cavilación.

Alzó las cejas hacia arriba, abriendo mucho los ojos.

—¿Que Harry y Kara qué?

Me reí ante su expresión, divertida.

—Vamos, Hunter, no me digas que no lo viste venir —me burlé—. Estuvieron tonteando toda la noche.

—¡Borrachos! —me recordó, llevando poco a poco la mano a la boca—. Oh, diablos.

La burla desapareció de mi mirada para dar paso a la confusión. Hunter se dio la vuelta y corrió fuera del salón, directo a la escalera. Logré alcanzarlo en el piso de arriba, parado ante una puerta que abrió sin molestarse en llamar. Y, de alguna manera, lo que vi no me sorprendió.

Capítulo 17

—¡Fue solo sexo!

Crucé los brazos sobre el pecho y me apoyé en la pared de azulejos del baño mientras Kara trataba desesperadamente de peinarse el lío de cabellos rojizos de su cabeza. A juzgar por el modo en el que me estaba hablando, no parecía tan despreocupada sobre el asunto como me estaba queriendo hacer creer.

—Pero estabais borrachos —continué insistiendo sobre mi punto de vista—. ¿Y si ahora te quedas embarazada?

Ella bufó y dio más tirones sin éxito a su pelo. Tras una pausa, dijo:

—No soy tan estúpida, tomo la píldora. Y los dos somos responsables de nuestros actos, así que sigo sin ver el problema.

—¡Lo has visto dos veces en tu vida! —grité, enfatizando la última palabra—. Es prácticamente un desconocido para ti, ¿y si tiene alguna ETS?

Kara me lanzó una mirada enfadada a través de su reflejo en el espejo. Aunque quizás estuviese más dirigida a su indomable cabello.

—Primero, también usamos condón. Y segundo, no tan desconocido. Es tu amigo, y tú eres la hermanastra de uno de mis mejores amigos. Además, no parece mal tipo.

Resoplé y relajé la cabeza contra la pared. Estaba claro que ella no quería entrar en razón.

—Eso no es lo que... —comencé a murmurar más para mí misma que para ella, pero fui interrumpida cuando, dando un último tirón desesperado, Kara

terminó por romper el mango del peine—. Bueno, siempre puedes comprar uno nuevo.

Escuché cómo gruñía y luego lanzaba la parte del peine que aún sostenía contra el lavamanos. Se quitó como pudo el resto del pelo y ató sus rizos en una cola de caballo antes de volverse hacia mí y encararme.

—Entiéndelo, Les. Fue solo sexo. No hay nada de malo en ello. ¿O me vas a soltar el discursito de «tu virginidad es un tesoro que debes cuidar»? Porque te aviso que llegas muy tarde.

Bueno, eso no me lo esperaba.

—No iba a decirte eso...

—Mejor, porque no creo en ese tipo de cosas —asintió, girándose de nuevo al espejo y escrutando su rostro de cerca—. Es como si las chicas valiésemos menos por dejar de ser vírgenes, o como si nadie nos fuese a querer después de perderla. Sinceramente, yo me siento igual de importante, valiosa y fuerte con ella que sin ella. Además, he disfrutado mucho más después de perderla.

Se volvió hacia mí con una sonrisa traviesa que inevitablemente solo consiguió hacerme sentir incómoda. Y lamentablemente ella lo notó.

—¿Qué sucede? ¿Me dirás que tú y Hunter no lo hicisteis ayer, cuando os metisteis solos en una habitación?

Tragué saliva. Al parecer había alguien que se había dado cuenta...

—No surgió —contesté, mientras me encogía de hombros.

Lo cierto es que el alboroto de la cocina nos hizo regresar antes de que pudiera pasar algo, pero tampoco creía que fuera a suceder. Kara rio como si no se lo creyera.

—Vamos, si se ve a leguas que estáis locos el uno por el otro —se burló. Mantenía una sonrisa traviesa—. ¿Y la forma en que te besó en el aparcamiento? Hay tanta tensión sexual entre vosotros...

—¡No hay nada entre él y yo! —la interrumpí antes de que continuara por un camino por el que no quería seguir—, Y tampoco me acosté con él ni lo haré.

Sus cejas se elevaron, de nuevo sin creer mis palabras.

—¿Eres virgen, Les?

Oh, Dios mío. ¿Cómo había derivado la conversación de manera tan

desagradable?

—¿Qué tal estuvo el sexo con Harry? —pregunté en su lugar. Sabía que eso la fastidiaría.

Kara frunció el ceño.

—¡No me cambies de tema!

La venganza podía ser dulce a veces...

—No me digas que fue tan malo. —Me llevé una mano a la boca, tapándola mientras fingía sorpresa—. ¿O es que no lo recuerdas?

Me sacó la lengua y me dio un codazo al tiempo que yo estallaba en carcajadas.

—Claro que me acuerdo, tonta. Solo que... No sé, para estar borrachos estuvo bien. Él hizo esa cosa con...

—¡No! ¡Calla! ¡No quiero oírlo!

Kara me observó en silencio durante unos largos según dos, hasta que finalmente murmuró:

—Lo sabía, eres virgen.

Sí, lo era, pero no veía el problema. Aparté la mirada y abrí la puerta del baño.

—¿Lista para regresar a la cocina y comprobar si tu amante bandido sigue vivo o crees que Hunter ya lo habrá matado?

—Primero, él no es mi amante bandido —me corrigió mientras pasaba delante de mí e imitaba mi voz—, y segundo...

Hunter iba a estar muy ocupado ayudando a su hermano gemelo. Cuando él y yo abrimos la puerta de la habitación de Kara y nos la encontramos con Harry, desnudos en la cama, por un momento pensé que él iba a matar a mi amigo. Y no solo metafóricamente. Prácticamente tuve que interponerme entre ambos para que no le pegara un puñetazo, lo cual no fue muy agradable, ya que Harry se estaba tapando con tan solo una almohada.

Sin embargo, para suerte de mi amigo, Blake se había levantado con una terrible resaca y Hunter estuvo demasiado ocupado ayudándolo durante nuestra ausencia como para centrarse en asesinar a Harry.

Otro golpe de suerte, Ryder, el amigo desaparecido, dio señales de vida y se ofreció a llevarnos a casa como disculpa por habernos abandonado por una fiesta la noche anterior. Incluso a Harry, aunque la única razón por la que él

también viajó con nosotros fue porque Hunter no lo quería a solas en una casa con Kara. Por mucho que ella siguiese gritando que «fue solo sexo».

La madre de los *horrigemes* estaba a punto de salir cuando llegamos.

—Hola, chicos, ¿cómo es que llegáis juntos? —nos preguntó, mirándonos suspicaz.

—Ryder nos abandonó y nos quedamos en casa de Kara —confesó Hunter.

Lo miré como si se hubiese vuelto loco. Anna ajustó el bolso sobre su hombro y nos prestó más atención.

—Déjame que lo entienda... ¿Así que resulta que habéis ido a pasar una noche de sábado a casa de una amiga a ver películas?

Intercambiamos miradas traicioneras entre los tres, hasta que a Blake se le escapó un sonoro bostezo. Tenía surcos morados bajo los ojos, que estaban hinchados y cansados, poniendo en evidencia la noche en vela que se había pasado de juerga.

—Ahora lo entiendo mejor —sonrió divertida su madre, mirándonos con una sonrisa nostálgica—. Cómo me gustaría volver a tener diecisiete años.

Hunter y yo hablamos al mismo tiempo.

—Tengo dieciséis.

—Tengo dieciocho, mamá.

Ella hizo un ademán con la mano y comentó algo sobre mi padre esperándola para comer en un restaurante con nombre hípster. Luego se despidió con la mano y salió de la casa. Admiraba su compostura. A aquellas alturas a mi padre ya le habría dado un ataque.

Mientras Blake se alejaba para echar una cabezada, caminé detrás de Hunter hacia su habitación. Entré justo detrás de él y cerré la puerta tras de mí.

—¿Me sigues a la guarida del lobo, Caperucita? —se burló dejando su mochila en el suelo y girando para encararme—. Eres muy atrevida...

Puse los ojos en blanco sin poder ocultar el asomo de una sonrisa en mis labios. Lo cual odié, porque él seguía llamándome Caperucita. Parecía que, después de todo, iba a convertirse en mi apodo. De alguna forma ya lo estaba asumiendo.

—Te pasaste con Harry —dije directamente, tratando de no andarme con rodeos—. No debiste gritarle así solo porque se haya acostado con Kara.

El avanzó hacia mí y elevó una ceja inquisitivamente.

—¿Por qué? ¿Celosa?

Si hubiese estado un poco más cerca lo habría empujado.

—No. Asustada, idiota. Harry es mi amigo, y tú y tus asteroides podéis derribarlo de un puñetazo.

Vi el ego herido en su mirada. Eso le vendría bien.

—Oye, que es natural —dijo señalando su musculatura.

—Hunter...

Sus músculos se relajaron visiblemente, al igual que la expresión de prepotencia que siempre adornaba sus facciones. Suspirando, dio la vuelta sobre sí mismo y se sentó en la cama.

—Kara es mi amiga y no quiero que le hagan daño.

Me acerqué a él, buscando su mirada con la mía.

— Bueno, y Harry es el mío y tampoco quiero que le hagan daño... O que tú se lo hagas. Además, Kara es una chica fuerte.

Unos pasos más y me coloqué frente a él. Me sentía extraña al ser yo quien lo miraba desde la altura de mis tacones de fiesta. Fui la única de los tres lo suficientemente despreocupada como para no llevar ropa para cambiarme, y aún vestía la misma de la noche anterior. En aquellos momentos mataría por unas chanclas y un chándal.

Finalmente Hunter alzó la vista hacia mí. Escuché cómo el latido de mi corazón se paraba. Parecía increíblemente vulnerable. Rompí la conexión de sus ojos con los míos y me dejé caer en la cama a su lado. Nuestros muslos se tocaban.

—No, no lo es —murmuró, más para él mismo que para mí—. Solo lo aparenta, pero yo la conozco. Tiene sentimientos, y si alguien le hace daño, le dolerá, solo que no dejará que nadie más lo sepa. —Giró su rostro lentamente, volviendo a buscar mi mirada hasta finalmente encontrarla—. En eso sois iguales.

Olvida todo eso de Hunter vulnerable y buenos sentimientos hacia él. Sabía que no tardaría en meter la pata en la conversación.

—E ibas por buen camino hasta que lo estropeaste —exclamé, y ladeé el rostro en la dirección opuesta a él—. Primero, yo no soy una floja. Y, segundo, Kara es mayor, así que deja ya de actuar como un... estúpido amigo protector con ella.

Unos dedos atraparon mi mentón y me obligaron a encararlo de nuevo, pero lo hicieron tan despacio que no me molestó.

—Leslie, no he dicho eso —susurró Hunter, clavando la profundidad de sus ojos oscuros en los míos—. Eres fuerte, y eso es lo que me gusta de ti.

Alejé mi rostro de sus dedos. Sentía cómo la piel me picaba en aquella zona donde me había tocado. No me gustaba el giro que estaba dando la conversación.

—No puedes decir que soy fuerte y fácil de herir al mismo tiempo —negué. Me levanté de la cama, tratando de poner la mayor distancia posible entre ambos, mientras obviaba parte de la información que él me había confesado en aquella frase.

Sin embargo, Hunter también se puso de pie.

—Puedo decirlo, porque te conozco.

Me entraron ganas de reír, pero en su lugar di otro paso más hacia atrás. Todo se estaba volviendo repentinamente demasiado serio, y yo no estaba preparada para algo serio. No de nuevo. No con Hunter.

Él iba a ser como Jordán, estaba segura.

—Apenas me conoces, no puedes empezar a juzgarme así porque sí, porque te dé la gana, sin más, porque lo creas, porque tú...

—Te conozco, Leslie —me interrumpió antes de que la diarrea verbal comenzara a ser embarazosa—. He tenido tiempo para conocerte. Visitas de fin de semana, conversaciones con tu padre, la boda...

—¿Conversaciones con mi padre? —repetí. Aquello estaba empezando a írseme de las manos.

Hunter terminó de acortar el espacio que nos separaba mientras yo me quedaba quieta, con los pies clavados en el suelo, incapaz de moverme. Era como si una parte de mí deseara lo que estaba sucediendo, mientras que mi cerebro, por otro lado, estaba haciendo las maletas y huyendo a Jamaica de vacaciones.

—A veces le preguntaba por ti —confesó.

Pero aquello no tenía nada de simple.

—No tiene sentido —me obcequé, achicando los ojos, tratando de comprender lo que estaba pasando—. Tú siempre te burlabas de mí. Incluso el día de mi cumpleaños.

—¡Para que te fijaras en mí! —chilló finalmente, haciéndome callar —.Vamos, Leslie. Era un crío. ¿Y qué es lo que hacen siempre los niños para que la chica que les gusta se fije en ellos?

Oh. Dios. Mío.

—¿Qué estás insinuando?

Y el premio por la pregunta tonta del día va para... ¡Leslie Sullivan!

El rostro de Hunter bajó, apenas rozando su nariz contra la mía.

—Lo sabes perfectamente.

Tal vez fueran las emociones de la noche, residuos del *gin-tonic* de diez horas antes o los besos que él y yo habíamos compartido en el cuarto de invitados de la casa de Kara, porque durante unos segundos mis ojos se cerraron y me dejé llevar por su contacto. Su barba de dos días me rozó la mejilla cuando sus labios comenzaron a dirigirse a los míos, y la electrizante sensación fue tan potente que consiguió hacerme volar por encima de mi burbuja, justo lo suficiente para poder apartarme unos centímetros de él.

—Hunter, somos hermanastros —susurré, pero su boca volvió a perseguir la mía.

—Sabes que eso no es una disculpa.

Sentí mi respiración pesada, mis párpados querían volver a cerrarse mientras mi cuerpo era atraído hacia el suyo.

—Hunter...

Una de sus manos se enredó en mi cabello, jugando con un rizo rubio entre sus dedos. Su mirada sostuvo la mía con un ardor doloroso.

—Llevo demasiado tiempo loco por ti, Leslie Sullivan.

Mis piernas finalmente obedecieron y conseguí apartarme de Hunter, justo antes de que fuese demasiado tarde. Él abrió los ojos, que ya estaban cerrados, y me miró como si acabase de dispararle. Tragué saliva sintiendo los latidos de mi idiota corazón golpeando con fuerza en el pecho.

—Quedamos en que no iba a haber sentimientos —conseguí decir. Notaba cómo mi propia voz sonaba demasiado ronca—. Dijiste que no te enamorarías de mí.

En un parpadeo, el rostro de Hunter se recompuso.

—Y no lo he hecho —confesó, metiendo las manos en los bolsillos—. He dicho que estoy loco por ti, Leslie Sullivan.

Blake podría haber aparecido en ese mismo momento de la nada con una nueva botella de vodka y no me habría sentido más confusa de lo que ya estaba. No era posible que hubiese malentendido toda la conversación. Yo no era del tipo de chicas que se hacían ilusiones por una mirada. O, bueno, quizá sí que lo era.

—¿A qué ha venido todo el parloteo sobre tú preguntándole a mi padre por mí, entonces? ¿Y lo de cómo se comporta un niño cuando le gusta una chica?

Alcé la barbilla, segura de mí misma. No podía discutirme eso.

—Siempre has sido muy guapa —continuó Hunter, con una serenidad aplastante—. Antes, cuando nos veíamos más, me gustabas.

—¿Gustabas? —repetí, elevando la voz unos tonos más agudos ante la mención de un tiempo en pasado—. ¿Y qué hay con ese «llevo demasiado tiempo loco por ti»?

Hunter se encogió de hombros y algo parecido a rabia empezó a formarse en el fondo de mi estómago.

—Estás muy buena. Estoy seguro de que muchos chicos están locos por ti.

De la nada, Hunter había conseguido hacerme sentir como una completa estúpida. Una luz en mi cabeza brilló. Una Leslie inteligente. Una Leslie que había dejado aparcada lejos cada vez que Hunter había estado a mi lado. Una Leslie que no actuaba como una idiota ante el roce de sus labios. Una Leslie que jamás hubiera aceptado ser besada por él. Una Leslie que estaba a punto de vomitar rabia. Me las iba a pagar.

Capítulo 18

Todo iba bien.

Todo iba muy bien.

Hasta que Leslie me apartó antes de que lograra besarla, justo después de que hubiese reunido el valor suficiente para decirle lo que debería haberle confesado años atrás.

Todas las chicas son iguales. Tratas de mostrarles que las quieres y ellas te lo devuelven clavándote un puñal.

¿No fue acaso suficiente tener que escuchar la charla de «solo somos amigos con beneficios»? A ver, admitía que eso estaba bien. ¿Libertad para besarla sin que me diese un puñetazo? Aunque estamos hablando de Leslie Sullivan; ella era más del estilo de darme una patada en las pelotas.

Ese era el problema con Leslie Sullivan, la chica más bipolarmente inestable, guerrera, mandona, infantil y con carácter que había conocido nunca. Y estaba loco por ella.

Todo tiene una explicación, y comenzó la primera vez que ella me enseñó el dedo medio cuando me burlé de su vestido. Blake y yo nunca estuvimos del todo de acuerdo con que nuestra madre se casara con otro hombre, todavía menos con dos hermanastras en el paquete, pero Leslie resultó ser todo lo contrario a lo que esperaba. No solo no se quedaba callada cuando Blake o yo nos metíamos con ella, sino que trataba de devolvernos las bromas solo por pura diversión.

Y ahí estaba yo, diciéndole lo mucho que me gustaba y siendo rechazado

antes de poder besarla de nuevo. Pero ¿sabes cuál es el problema, Leslie? Que tengo tanto orgullo o más que tú, y dudo mucho que puedas ver el día en el que Hunter Harries sea ridiculizado por otra persona.

Estás muy buena dije como punto final a nuestra conversación, intentando parecer lo más relajado posible, como si el asunto no me interesara—. Estoy seguro de que muchos chicos están locos por ti.

Por un instante creí que me pegaría un tortazo y se iría dando un portazo, pero ese no era el estilo de Leslie Sullivan. En su lugar, se tomó unos segundos para digerir mis palabras, tomar el control de su furia y devolverme la mirada como si en lugar de llenarla de rabia mis palabras la hubiesen aliviado.

Llevaba demasiado tiempo fijándome en ella como para saber que no era así.

—Está bien, eso arregla el problema —comentó con aire relajado, no demasiado consciente de cómo apretaba los puños. Empezaba a preocuparme que te hubieses enamorado de mí, y entonces tendríamos que dejar lo que pasó ayer en casa de Kara.

Formé una sonrisa encandiladora en mi rostro, esa que la enfadaba tanto como la encantaba, aunque no quisiera admitirlo.

—Admítelo, Caperucita, te dolería más a ti que a mí no poder besarme.

Un pequeño tic nervioso apareció en su ojo derecho. Fue bastante buena intentando ocultarlo.

—Te sobrevolaras, Hunter.

Lanzándome una última mirada de rabia contenida, pasó a mi lado, directa hacia la puerta. Antes de que me viese venir la tomé del brazo y la giré hacia mí, besándola como había querido hacer instantes antes. Fue un beso corto, de apenas unos segundos, pero consiguió vaciarme los pulmones.

Mordí su labio inferior antes de dejarla finalmente ir, ganándome una última mirada seductora de sus ojos azules, mirada que seguramente ella no tenía ni idea de que me estaba dando.

—Mañana te pondré control de matemáticas —la avisé antes de que saliera de mi habitación, dejándome solo.

Sabía que ella sentía algo por mí. Podía verlo en cómo se quedaba mirándome callada y en cómo su piel se calentaba bajo la mía. Incluso en la

forma en que me había besado la noche anterior en la discoteca, en el aparcamiento, en la casa de Kara... Pero si Leslie no estaba dispuesta a admitirlo, yo tampoco lo haría.

Capítulo 19

—Eres asquerosamente mortificante, ¿lo sabías?

Sonreí con suficiencia, con los ojos clavados en el techo blanco de la habitación de Harry. Estaba tumbada en su cama, con los brazos doblados tras la cabeza, sobre la almohada, mientras disfrutaba plenamente del bochorno que le estaba causando.

—Fuiste tú el que se acostó con Kara, no yo —le recordé, soltando una risa cantarina cuando él refunfuñó por octava vez en la mañana.

De pronto algo me golpeó el brazo. Para ser exactos, el puño cerrado de Harry. No fue un golpe fuerte, pero me quejé más por el hecho de que me hubiese molestado.

—Esto es por dejarme solo con ella mientras tú ibas a enrollarte con Hunter.

Fue mi turno de gruñir y dejar de reír. El tema con Hunter estaba vetado. No quería oír hablar de él, ya tenía suficiente con verlo todos los días en casa. Y, lo que era peor, con tener a mi masoquista cabeza pensando en él constantemente. Era simplemente desquiciante. Todo él en general era desquiciante. Me molestaba, me hacía rabiarse, me decía que lo volvía loco y al momento que solo me quería para besarme. ¡Estúpido Hunter!

Una pelota de papel arrugado cayó de pleno en mi cara y atrapó mi atención.

—¡Tierra llamando a Leslie! me gritó Harry. Me incorporé en la cama para mirarlo—. ¿Has escuchado una palabra de lo que te he dicho?

Bienvenidos a la tierra de' los pensamientos de Leslie Sullivan, donde los insultos iban dirigidos a Hunter y los halagos a Jax W.

Apoyé la espalda en el cabecero de la cama. Luego le tiré la pelota en dirección a su cara, pero mi lamentable puntería hizo que le diese en el pelo y cayese al suelo. El, por supuesto, se rio de mí. Se recostó en la silla de oficina de su habitación, abriendo las piernas con pose despreocupada y esperando mi respuesta.

—Claro que sí —mentí descaradamente, clavando mis ojos en los suyos—. Pero no pienso hacer de celestina entre Kara y tú.

La sonrisa de Harry decayó.

—¿No lo harías por mí?

Mi boca se abrió sola en estado de *shock*. Solo había estado bromeando, pero... ¿qué?

—¿Quieres salir con Kara? —pregunté, repentinamente más interesada en la conversación.

El asintió enérgicamente.

—Por supuesto. Te lo acabo de decir. Planeo ir a la floristería más cercana a comprar el ramo de rosas más grande, ir hasta su casa con un radiocasete en la cabeza y pedirle matrimonio a ritmo de Taylor Swift. Pensé que estabas de acuerdo en que Hunter y tú fueseis los testigos en nuestra boda clandestina.

Mi atrofiada mente tardó unos segundos en detectar el sarcasmo en su voz. Cuando finalmente lo hizo, mi orgullo se sintió herido. Harry no había dicho nada sobre salir con Kara, solo se estaba burlando de mí. Y nadie se burlaba de mí sin pagar las consecuencias.

—¡Serás capullo!

—¡Sabía que no estabas escuchándome! —me interrumpió. Comenzó a reírse sin control y a patear el suelo, haciendo que la silla donde estaba sentado se moviese hacia los lados—. Deberías ver tu cara, Les.

No, Harry debería ver la suya después de que acabase con él. Antes de que le diese tiempo a apartarse, me lancé contra Harry y su silla. Su rostro se tornó en una mueca de miedo en los segundos posteriores a que mi cuerpo aterrizara forzosamente contra el suyo, desplazando la silla al menos un metro hacia atrás. Después estaba sentada en su regazo haciéndole cosquillas.

Y funcionó.

—¡No! ¡No! ¡Ah! ¿Qué haces? Para, ¡para!

Harry se retorció debajo de mí, riendo sin control y con el rostro cada vez más rojo. Trató de deshacerse de mí, pero lo tenía tan enganchado y acribillado que mi fuerza llegaba a superar la suya.

—¿Querías reírte de mí? —le pregunté con maldad, sin dejar de hacerle cosquillas—. Pues ríe ahora, ¡ríe!

Teniendo en cuenta lo mucho que se movía, nos veía a los dos en el suelo en un futuro próximo, pero me negaba a detenerme. Iba a hacerlo sufrir.

—¡Por el amor de Dios, Les! ¡Para!

—¡Sufre!

Y en ello estábamos, con Harry muriendo de la risa, cuando la puerta de su habitación se abrió de par en par. Dejé de hacerle cosquillas al percatarme de ello, pero Harry, que estaba de espaldas, no lo hizo. Cuando se vio libre de mí, aprovechó para tomar mis muñecas y sujetarme de forma que no pudiera seguir haciéndolo sufrir.

—Ahora me toca a mí —dijo, agotado y triunfante.

Debería añadir que la persona que abrió la puerta fue su madre. Y que, a juzgar por su cara, no le gustó nada lo que vio. No podía culparla, la situación podría perfectamente dar pie a malentendidos. Una chica de dieciséis años estaba sentada en el regazo de su hijo, agarrada por las muñecas y demasiado cerca de él. La frase de Harry tampoco ayudaba.

—Harry... —susurré, sin apartar los ojos de su madre. La mujer era como una serpiente, me tenía hipnotizada.

—¿Quién va a hacer sufrir a quién ahora? Voy a dejarte sin respiración.

Oh, vaya. Ese chico tenía un lado morboso que salía a la luz en los momentos menos apropiados.

—Harry... —insistí, tratando de zafarme de él, pero cuando no me soltó y yo me removí sobre él la situación solo se vio peor. Tu madre está aquí.

En el momento en el que dije las palabras mágicas finalmente me soltó. Pero estábamos hablando de Harry. No podía simplemente dejarme bajar de él y adecentarme como una persona normal mientras su cuerpo experimentaba el miedo al girarse y ver a su madre. No, por supuesto que no.

Harry tuvo que soltarme e incorporarse tan rápido que acabó lanzándome de espaldas al suelo.

El golpe que se llevó mi cabeza no fue bonito.

—Oh, Dios. Les, ¿estás bien?

Sí, claro. Tú lánzame primero al suelo y luego preocúpate de mi salud. ¿Qué clase de amigo eres, Barrie?

Y exactamente eso mismo le recriminé.

—Si exceptuamos que mi cabeza se ha abierto contra el suelo, sí. Estoy perfectamente.

Harry y su madre se arrodillaron a mi lado. Él me ayudó a sentarme. Fue al levantarme cuando sentí cómo mi cabeza comenzaba a palpar, especialmente en la coronilla. Llevé instintivamente mi mano hacia allí, molesta. Me mordí el interior de la mejilla cuando me di cuenta de que mis dedos tocaron algo húmedo.

—¿Se puede saber qué es esto? —le recriminó la mujer, poniéndose de pie—. ¡Sabes que no puedes traer chicas a tu habitación!

Miré a su madre anonadada. ¿Hola? ¡La chica en cuestión se está muriendo del dolor! No me parecía el momento adecuado para echarle la bronca a su hijo.

—Está sangrando —dijo Harry con un tono de voz unas octavas más agudo de lo normal—. Oh, Dios mío, Les, lo siento tanto...

Apreté los ojos y traté de calmar el enfado en mi interior. De repente toda esa situación me estaba abrumando. Inspiré profundamente y me apoyé en él para poder levantarme.

—No es nada, sobreviviré.

Pero cuando conseguí ponerme de pie todo dio vueltas a mi alrededor y necesité agarrarme a Harry para no caerme.

—Tienes que ir al médico —afirmó su madre, abandonando por unos momentos la posición de mamá enfadada—. Menos mal que tu hermano está aquí.

Entreabrí los ojos, que había vuelto a cerrar por el mareo. Harry me estaba mirando asqueado, pero eso era porque había tocado su camiseta con mi mano ensangrentada se la había ensuciado. Se lo merecía, era culpa suya que me hubiese abierto la cabeza.

—¿Mi hermano?

Puede que me hubiese dado un fuerte golpe en la cabeza, pero yo no

recordaba tener hermanos. Solo una hermana, con la que, por lo visto, cada día nos parecíamos más. Ella también se chocaba con todo cada dos por tres, aunque, a diferencia de mí, ella sí que se desmayaba al ver sangre. Lo que, por cierto, parecía que Harry estaba a punto de hacer. Eso, o vomitar.

—Voy a llamarlo, él podrá ocuparse.

No estaba segura de dejarla salir de la habitación y quedarme sola de nuevo con su hijo. A juzgar por el tono pálido y verdoso de su rostro, tal vez fuese él quien necesitase un médico.

—Oye, ¿estás bien? —le pregunté, recostándome contra la cama.

Harry apretó los labios.

—Creo que voy a vomitar.

¿Mucha resaca? —bromeé, pero al reír sentí otra punzada en la cabeza.

Sus ojos me miraron con culpabilidad. En aquel momento, con la luz del sol de la mañana posada en su rostro, parecían más verdes que nunca.

Lo siento de verdad, Les. No me di cuenta y te solté. Yo no...

—Oye, cálmate —lo interrumpí, cortando la incesante retahíla de disculpas—. No me estoy muriendo.

Volvieron a escucharse pasos acercándose y la madre de Harry apareció de nuevo en la habitación, seguida de mi supuesto hermano. Debería haber sabido que se estaba refiriendo a Hunter.

Sus ojos se clavaron directamente en los míos por unos segundos. Después se movieron lentamente hacia los restos de sangre en mis dedos, de nuevo a mi rostro y, finalmente, a Harry, cuya expresión de arrepentimiento no iba a traerle más que problemas. Y así se lo hizo ver Hunter.

—¿Qué hiciste, Sanders?

Seguí con la mirada la pequeña luz brillante que la doctora movía frente a mis ojos, de un lado a otro. Como continuase así durante más tiempo, acabaría por dejarme ciega. Afortunadamente, enseguida la apartó y la guardó en el bolsillo de su bata blanca.

Bueno, parece que solo ha sido el susto, pero no podemos descartar que la contusión tenga alguna consecuencia. Salté de la banqueta en cuanto dijo aquello. Quería quedarme solo con la primera parte. No me gustaba que las personas insinuasen que era débil, e intuía hacia dónde llevaba aquella conversación.

—Muchas gracias, tendré cuidado de no caerme de nuevo —aseguré, acercándome a Hunter, que esperaba en las sillas de la consulta del médico con los brazos cruzados y el semblante serio.

—Claro, porque pasarás el día tumbada y relajada, aunque evita dormirte durante las próximas horas —terminó la fatal frase caminando detrás de mí y garabateando algo seguramente ilegible en su libreta—. Si te sigue doliendo, puedes tomarte una pastilla, y si mañana continúa, deberías regresar a que te examine de nuevo.

Bufé. Exagerados. Ella misma lo había dicho, había sido una herida superficial. Ni siquiera había sangrado mucho, pero por alguna extraña razón la sangre vuelve loca a la gente. Adiós a mi plan de unirme hoy a una manifestación descontrolada —bromeé, aunque estaba algo molesta por el hecho de tener que quedarme en reposo.

Hunter me pasó la chaqueta, todavía serio.

—Leslie... —me regañó por lo bajo, pero yo no le hice caso.

—¿Volverás si te sigue doliendo? —preguntó la doctora, tratando de cerciorarse.

Asentí. No era ni mediodía y ya me sentía bastante cansada mentalmente. Suponía que era un efecto secundario de golpearte contra el suelo. Sin embargo, ella no pareció notar eso, porque, en lugar de dejarnos ir, continuó hablando.

—Ya que estás aquí y entera, podrías rellenar los datos que tu novio no ha sabido dar a la enfermera —comentó, señalando a Hunter con el bolígrafo—. Así te abrimos una ficha y no es necesario que los rellenes la próxima vez.

Miré intermitentemente de ella a Hunter. El no parecía interesado en corregirla.

—No es... —comencé a decir, pero la doctora me interrumpió.

—También podría interesarte el servicio de consulta joven. Aconseja sobre métodos anticonceptivos y responde cualquier duda de ámbito sexual que puedas tener. Además, es muy discreto.

Pude sentir mis mejillas calentándose. No creía que eso fuese bueno para mi reciente contusión. O tal vez solo estaba teniendo alucinaciones. Miré a Hunter para comprobarlo, pero cuando me di cuenta de cómo estaba tratando de contener la risa supe que no.

—Quizás otro día —zanjé la conversación antes de que fuese a más. Tiré de la manga de Hunter para que se levantara y me siguiera—. Muchas gracias por todo.

—¿Estás segura? —insistió ella—. Estar informado ayuda a prevenir...

¿Dónde me había llevado Hunter a que me mirasen?

—¡Muy segura!

Salí de la consulta antes de que a la doctora se le ocurriera decir algo más. Hunter no tardó en seguirme, sonriendo como un estúpido todo el camino hasta el coche. No me relajé hasta que estuve sentada en el asiento del copiloto y el vehículo se alejó del hospital.

Afortunadamente, él no hizo ningún comentario al respecto. En lugar de eso, decidió hablar sobre otro tema tabú.

—Sabía que no querías dar clases de matemáticas, pero me parece que dejar que tu amigo te abra la cabeza es demasiado. No soy tan mal profesor.

Lo miré con desdén. Sus ojos estaban puestos en la carretera, pero parecía de mejor humor que cuando apareció en la habitación de mi amigo. Por un momento pensé que me sacaría de quicio otra vez.

— Por última vez, Hunter, Harry no lo hizo queriendo. No entiendo por qué lo odias tanto.

—Primero se acuesta con Kara y luego hace que tú acabes en el médico. ¿Te parecen pocas razones?

¿Iba en serio?

—Bueno, desde que Kara no es tu novia y yo sigo viva, sí. Me parecen pocas razones.

Su humor se esfumó lentamente.

—Lo que sea.

Un tenso e incómodo silencio se formó después de esa contestación, y por mucho que quisiera estar tranquila y me gustase molestar a Hunter, tampoco soportaba estar rodeada de gente enfadada. Decidí romper el hielo con una pregunta que llevaba danzando en mi cabeza desde que lo vi aparecer en el cuarto de Harry.

—¿Qué hacías tú en su casa, por cierto?

Por un segundo pensé que no me contestaría.

—Te fui a buscar para la clase de matemáticas. No estabas por ningún

lado, por lo que supuse que no pasaba nada por buscarte en la casa del vecino.
Sonreí, burlándome.

—Acosador...

—De todos modos te has salido con la tuya —continuó, obviándome por completo—. Parece que hoy no habrá clase de matemáticas.

—Qué pena... Creo que lloraré y todo.

Lo miré de reojo. Sus ojos continuaban clavados en la carretera, pero ahora estaba sonriendo de nuevo. Sentí mi pecho calentarse e hincharse y aparté la mirada rápidamente. Toqué con miedo mis mejillas y las noté calientes.

—Tu padre debería estar en casa cuando lleguemos me informó Hunter mientras ponía el intermitente para cambiar de carril—. Lo llamé para preguntarle tu fecha de nacimiento y alguna otra cosa más del seguro. Parecía bastante preocupado.

Habla el que casi pega a Harry.

Frunció los labios con desdén.

—Se lo hubiese merecido.

La violencia no siempre es la solución. Debería aplicarme el cuento. Estuve sumida en mis pensamientos hasta que llegamos al *parking* subterráneo del edificio. Me di cuenta de que estaba bastante cansada. Ni siquiera me había percatado de cómo mi cabeza caía sola contra la ventanilla ni de cómo mis ojos se cerraban cada pocos segundos hasta que el motor del coche se apagó y tuve que espabilarme para salir de él.

—¿Quieres que regresemos a la consulta? —me preguntó Hunter con evidente preocupación al observar mis cansados pasos.

Sí, y que me dé una charla sobre el correcto uso de los preservativos.

—Estoy bien, solo necesito tumbarme.

Rechacé su oferta, atravesando el aparcamiento hasta la puerta del portal, y en un momento de lucidez añadí:

—Y chocolate. Montañas de chocolate.

Escuché que Hunter se reía detrás de mí. Mi estómago se revolvió. Esperaba no sentir náuseas por el golpe, ya había sido demasiado triste ver a Harry a punto de echar su primera papilla por haber visto sangre.

—¿No preferirías problemas de matemáticas?

Estaba a punto de sugerirle a Hunter que se fumara algo ilegal con sus problemas de las narices cuando se me cayó el alma a los pies, igual que el primer día que llegué allí.

El ascensor. Averiado. Todavía.

Sexto piso.

Un cubo de agua helada me hubiera sentado mejor.

Tiene que ser una maldita broma.

Para rematar mi estado de ánimo, la mano de Hunter se posó sobre mi hombro. ¿Pretendía darme ánimos?

—Yo lo llamo karma, por no querer estudiar matemáticas.

Me giré hacia él, de espaldas al ascensor del diablo.

—Realmente quieres que me enfade, ¿verdad?

Como toda respuesta, Hunter sonrió.

Idiota.

Hizo un ademán con la cabeza para que siguiéramos andando hacia la escalera. Podía escuchar cómo mi alegría se iba deshaciendo a cada paso que daba hasta desaparecer por completo. ¿Habría *dementores* cerca? Claro que sí, y se llamaban «ascensor averiado».

Hunter dudó unos segundos antes de comenzar a subir.

—¿Quieres que te ayude? No me importa, y el golpe que te has dado en la cabeza...

—Puedo yo sola —zanjé la discusión antes de que empezara—. Solo subiré despacio.

No necesitaba a nadie cuidando de mí cuando podía valerme perfectamente por mí misma. Sí, me había dado un golpe en la cabeza, pero había que subir hasta un sexto piso. ¿Cómo narices se suponía que él, una sola persona, iba a poder ayudarme? Hasta donde yo sabía, Hunter podía ser muchas cosas, pero mecánico de ascensores no.

—¿Segura? —volvió a preguntar cuando llegamos al primer piso—. Estás respirando muy fuerte.

Mi paciencia había desaparecido para entonces, igual que ocurría siempre que estaba cerca de él.

—¡Te dije que puedo! Si respiro fuerte es porque necesito más oxígeno.

Con un gran esfuerzo de mi parte, continué arrastrando mis pies escaleras

arriba, no viendo el momento de llegar finalmente al sexto piso. Estaba concentrada en mis pasos, a punto de alcanzar el tercer piso, cuando de pronto mis pies se elevaron solos del suelo, haciéndome dar un pequeño grito.

¿Estaba volando? No, Hunter me había agarrado por la cintura y lanzado sobre su hombro. Otra vez.

Le di un golpe flojo en la espalda mientras comenzábamos a movernos de nuevo.

—¿Es esta tu forma de tratar a las personas heridas? ¿O solo es un nuevo *hobby* que tienes conmigo?

Sentí en mi propio cuerpo la risa que vibró en su pecho.

—Sí, y se llama «convierte a tu hermanastra en un saco de patatas».

Me partía de risa.

—Me estoy clavando tu hombro en el ombligo —gruñí.

—¿Y?

—¡Que duele!

Paramos en el descansillo del cuarto piso y Hunter me bajó, dos escalones por encima de él. Su rostro estaba levemente colorado del esfuerzo y eso me hizo sentir culpable.

Solo trataba de ayudarme y, si podía, molestarme durante su buena acción del día.

Pero ayudarme, al fin y al cabo.

—Súbete a mi espalda —me pidió.

—A tu espalda —repetí, como si no hubiera comprendido bien lo que acababa de decirme.

Hunter se giró quedando de espaldas a mí y con sus pulgares flexionados me indicó de nuevo que me subiera sobre él.

—Son solo dos pisos más... —comencé a decir, pero él se giró y me lanzó una de esas miradas de «haz lo que yo digo o será peor».

Terminé por saltar sobre su espalda. Siendo sincera, tampoco tenía ganas de terminar el camino yo sola.

Con las piernas rodeando su cintura, Hunter aseguró mis brazos alrededor de su cuello y tiró de ellos hasta que nuestros cuerpos estuvieron rozándose. Mi cabeza estaba pegada a la suya y tuve que esconder mi rostro en su hombro cuando empezó a moverse para que no nos golpeáramos.

Nunca me había sentido tan cerca de Hunter como en ese momento. Ni siquiera cuando nos habíamos besado en la discoteca, o en casa de Kara. O cuando me aprisionó el primer día contra la pared. Ahora todo mi cuerpo estaba fusionado al suyo. Podía escuchar su respiración agitada por el esfuerzo y su aliento golpeando mis manos del mismo modo que el latido acelerado de su corazón.

Y de alguna forma todo eso se sentía bien, incluso con las náuseas revolviendo mi estómago.

—Ya hemos llegado.

Sin más aviso, Hunter tiró de mis manos fuera de su cuello, y en un improvisado movimiento que casi termina conmigo en el suelo y mi cabeza abierta de nuevo, giró mi cuerpo alrededor del suyo hasta sostenerme en su regazo. Instintivamente, volví a envolver los brazos alrededor de su cuello para no caerme.

Ahora me tenía agarrada en sus brazos como si todo se tratara de una película y sus ojos burlones y sonrientes estaban clavados en los míos. Su rostro comenzó a bajar hacia el mío, seguramente buscando un beso de recompensa por haberme cuidado.

Por un momento iba a dárselo. Al fin y al cabo, había planeado que se enamorara de mí. Sin embargo, no quería que fuese de ese modo. Era él quien estaba jugando en aquel momento, tratándome con una falsa dulzura de la que sabía que él carecía. Si le seguía el juego, solo conseguiría ser yo la que se enamorase de él.

¿Lo ves? Hasta decirlo suena mal.

¿Yo enamorada de Hunter? Qué asco. ¿Que si pensaba que Hunter era guapo? Claro, no lo iba a negar, igual que el hecho de que había química entre nosotros. Pero ¿enamorada? Nunca.

—Ya puedes bajarme —le espeté a tiempo, apartando mi rostro y mirando hacia la puerta como si esperara que esta se abriera.

No lo miré mientras me bajaba de sus brazos al suelo, pero cuando lo hice justo después, él estaba evitando mi mirada. Eso me hizo sentir inmediatamente mal, lo cual no tenía sentido porque a mí me gustaba molestar a Hunter.

Sin embargo, no tuve tiempo de pensar en ello porque la puerta del piso se

abrió y mi padre salió a nuestro encuentro. O más bien al mío.

—¡Leslie! —prácticamente chilló. Me envolvió en sus brazos antes de apartarse para comprobar que no me pasaba nada grave—. ¿Te duele algo? ¿Necesitas que vaya a la farmacia a por pastillas?

Tiré de mi brazo para apartarme un poco molesta por el repentino exceso de contacto físico. Además, me había golpeado la cabeza, no el brazo. No tenía por qué examinarme.

—Solo necesito descansar.

—Pero sin dormirte —me recordó la voz de Hunter—. Casi se queda traspuesta en el coche.

Mi padre asintió. Parecía aliviado ahora que me había visto. Se estaba comportando como el padre preocupado que siempre me faltó cuando era niña.

—Claro, ve a la cama, yo te prepararé algo de comer. —Quería decir que chocolate, pero estaba demasiado cansada. Luego se giró hacia Hunter—. Gracias por llevarla al médico, hijo.

Fruncí los labios angustiada cuando lo escuché llamarlo hijo, porque en cierto sentido Hunter lo era. Había vivido más tiempo con él que conmigo.

—No ha sido ninguna molestia.

Entramos en el piso y mi padre se fue rápidamente a la cocina en busca de algo que comer, dejándonos a Hunter y a mí solos en el descansillo. La tensión era palpable. Y era culpa mía.

—Hunter... —comencé, pero él ya se estaba alejando hacia su habitación.

Maldición, tendría que emplear medidas más drásticas. Por eso grité.

—¡Hunter!

A pesar de que me escuchó perfectamente, no se volvió, por lo que hice acopio de mi energía para seguirlo. Atrapé su muñeca justo antes de que alcanzara la puerta de su habitación. Su rostro se giró hacia el mío cuando notó el contacto.

Las náuseas en mi estómago volvieron de aquella horrible y despiadada forma que tanto odiaba. Tragué saliva y las aparté de mis pensamientos. Me centré en los ojos oscuros de Hunter y en lo que quería decirle. Una simple palabra, pero que para mí significaba mucho. Me puse de puntillas y llevé mis labios a su mejilla, dándole un pequeño beso antes de apartarme.

—Gracias.

Capítulo 20

Cerré la puerta de mi habitación y me apoyé en ella, golpeando en silencio la parte trasera de mi cabeza repetidas veces en la madera.

—¿Qué me estás haciendo, Leslie? —pregunté para mí mismo.

Mantuve los ojos cerrados y la imagen de ella dándome las gracias congelada en mi mente. Era tan fácil pasar de estar molesto con Leslie a... a ese estado de agonía en el que no podía dejar de pensar en sus ojos, en la forma en que parpadea rápidamente cuando algo la confunde, en cómo se le arruga la frente al enfadarse...

Luego dirán que las chicas no son complicadas, pero eso es porque no conocen a Leslie Sullivan. No tenía ni la más remota idea de qué quería de mí. Había veces en las que me dejaba bastante claro que solo podría aspirar a ser un rollo pasajero, como al rechazarme el beso después de subirla en la espalda hasta la puerta de casa. Pero luego estaban esas otras veces, cuando me daba las gracias, cuando nos besábamos... Esas veces en las que su cuerpo parecía decirme que...

Gruñí y abrí los ojos sin querer terminar ese pensamiento. Estuve tentado de pegarme un puñetazo a mí mismo solo por el rumbo que mi monólogo estaba tomando. Necesitaba centrarme y dejar de pensar en sus ojos y en ella dándome las gracias, por muy extraño que eso fuese.

Necesitaba sacármela de la cabeza antes de perderla por ella. Tomé un libro de la estantería y me dejé caer en la cama para leer un rato con el fin de aclarar la mente. Nunca fui un chico demasiado deportista, eso prefería

dejárselo a Blake. Lo cierto es que las personas se sorprendían cuando se enteraban de que era un genio de las matemáticas. No lo aparentaba.

Estaba a medio capítulo cuando llamaron a la puerta y abrieron sin esperar respuesta. Conocía la rutina lo suficiente para no tener que mirar antes de saber que se trataba de Blake. Su cuarto era el mío y viceversa.

—Ey, escuché lo del accidente de Les.

Me incorporé para poder conversar mejor y doblé la parte de arriba de la página. Así podría recordar dónde me había quedado cuando lo abriese de nuevo. Me senté confrontando a mi hermano.

—Sí, el idiota de Harry la dejó caer.

—Sí, eso escuché —se burló, cruzando los brazos sobre el pecho—. También que te comportaste como un cretino.

Alcé las cejas ante su sonrisa. Eso era una exageración, la madre de Harry no me dio tiempo.

—¿Quién dijo eso?

—Kara me llamó para asegurarse de que no te habían metido en la cárcel. La madre de Harry puede ser un poco... sobreprotectora.

Analiqué ¿espacio a mi hermano. Había algo que no me cuadraba en él. No solo no me estaba echando la bronca por mi reacción exagerada, su postura parecía forzada y la sonrisa de burla no era real. Algo iba mal.

Me acomodé mejor en mi sitio y puse las manos sobre las rodillas con fuerza, clamando atención.

—Está bien, Blake. ¿Qué es lo que pasa?

Su sonrisa flaqueó por unos segundos hasta que finalmente se apagó. No había nada que pudiéramos escondernos. Nos conocíamos muy bien, y no era porque existiese esa estupidez de telepatía entre gemelos.

—Es Sam —confesó finalmente, llevándose una mano al pelo y apartando la mirada—. Me está volviendo loco.

A pesar de todas las veces en las que él y Sam habían discutido y las tantas peleas que había visto entre ellos, aquella vez la expresión de Blake no denotaba nada bueno.

Palmeé el colchón a mi lado, invitándolo a sentarse, y añadí:

—Soy todo oídos, hermano.

Capítulo 21

Aquel día descubrí por mí misma que golpearte la cabeza contra el suelo da sueño. Después de comer un poco de chocolate al volver del médico, estuve luchando lo que quedaba de horas de sol por no dormirme. Sin embargo, llegada la noche, mi cuerpo acabó cediendo a los brazos de Morfeo.

A la mañana siguiente, regresaba a mi cuarto a paso ligero por el pasillo, sacudiendo mi pelo mojado de la ducha con una toalla, cuando algo captó mi atención. O más bien alguien.

—¿Qué haces aquí?

Retrocedí sobre mis pasos para poder volver a mirar dentro del salón, donde Harry me esperaba sentado tranquilamente en el sofá.

—Hola —me saludó tímidamente, levantando una mano—. ¿Qué tal te encuentras?

Entré en la sala, caminando muy despacio hacia mi amigo. En la casa solo se oían los ruidos de Anna en la cocina. A causa de las horas extras trabajadas y una demanda por parte de otro empleado, habían decidido darles días libres sueltos para evitar problemas y, de paso, no tener que pagarles.

—Hunter no está por aquí, ¿verdad? —adiviné, mirando precavida a nuestro alrededor.

Harry torció el gesto y negó con la cabeza.

—Salió hace diez minutos con Blake.

Una sonrisa burlona se filtró en mis labios.

—¿Qué? ¿Estuviste espiando detrás de la puerta a ver si se iba? —Cuando

no contestó, mi risa se convirtió en sonoras carcajadas—. Oh, Dios mío. Estuviste espiando.

Arrugó la boca en una fea mueca.

—Casi me parte la cara —se defendió—. La tiene tomada conmigo.

—Gallina —me burlé, dejándome caer a su lado en el sofá—. Pero no te preocupes, yo puedo defenderte.

De repente se escuchó un fuerte golpe procedente de la cocina y ambos saltamos en nuestros asientos. Acto seguido, una innumerable retahíla de palabrotas inundó el ambiente y los sonoros pasos de Anna emprendieron camino hacia el salón.

Cuando llegó a nosotros tenía el mango de una sartén rota en la mano.

—Si ves a tu padre, dile que salí a comprar comida después de que no fuese capaz de arreglar la maldita sartén.

Asentí sin saber muy bien qué otra cosa hacer. No tenía demasiada relación con Anna y, además, parecía muy enfadada. Como si quisiera confirmar mi suposición, elevó los brazos hacia el cielo y gritó:

—¡Una sola cosa le pido! ¡Una sola y no es capaz de hacerlo!

Ni Harry ni yo dijimos nada. Tampoco nos atrevimos a movernos hasta que escuchamos la puerta de casa cerrarse con un fuerte golpe. Una vez que nos quedamos solos nos miramos con los ojos muy abiertos y llenos de confusión, sintiendo el silencio pesando sobre nuestras cabezas.

—¿Se ha llevado el mango de la sartén? —preguntó Harry, aligerando la situación.

—Me espero cualquier cosa. —Me recosté sobre el sofá y solté un quejido cuando posé mi dolorida cabeza sobre él—. Esto es un recordatorio más de por qué nunca voy a casarme.

Mi amigo me dio un codazo el brazo. Cuando lo miré noté que estaba sonriendo.

—Las que decís eso siempre sois las primeras en casaros.

—Claro, y vestir de un pomposo rosa pastel mientras saludo a familiares que no he visto en mi vida, solo para que a los pocos años firme un papel de divorcio —contesté mordaz, sin un ápice de humor en mi voz—. Gracias, pero prefiero pasar de esos problemas.

El silencio volvió a instalarse sobre nosotros. El dolor de cabeza por el

golpe no ayudaba a mejorar mi estado de humor y una parte de mi cerebro continuaba instalada en el día anterior, en el momento exacto en el que había dado las gracias a Hunter y cómo él me había mirado. Me estaba volviendo loca.

—Esta tarde he quedado con mis amigos en el Daniel's —comenzó a hablar Harry al cabo de unos segundos de tensión—. ¿Te apetecería venir?

Parpadeé confundida. Solo Harry te invitaba a conocer a sus amigos después de haber sido borde con él. Era un gran amigo y yo una patada en el culo. Tal vez por eso congeniábamos. Y el plan era mejor que quedarme en casa todo el día y escuchar a mi padre y Anna Banana discutir.

O que ver a Hunter y seguir sin poder sacarlo de mi cabeza.

—¿Irá el rubito guapo que estaba contigo el otro día en la discoteca? —pregunté en lugar de responder.

Harry me miró confuso.

—¿Quién?

—Ya sabes, el chico rubio con el que estabas cuando nos invitaste a Kara y a mí a una bebida.

—¿Aiden?

Un bostezo me atravesó de forma impertinente. Estaba cansada, pero me había pasado el día entero en casa. Era verano, quería salir y tomar un poco el aire.

—Supongo. —Me reí, divertida por su expresión—. Tú eres su amigo, no yo.

Sacudió la cabeza, haciendo que sus rizos volasen alrededor de su cara, y asintió.

—Sí, claro. Todos estarán allí.

Entonces estaba hecho.

—¿A qué hora pasas a por mí, amigo?

Estaba montada en el coche de la madre de Harry, cotilleando los discos de música antigua que guardaba en la guantera, cuando mi teléfono vibró con un mensaje.

KARA: ¿Qué tal te encuentras? ¿Sobreviviste al golpe? ¿Hunter ha matado ya a Harry o aún sigue vivo?

Miré de refilón a mi amigo, quien conducía concentrado en la carretera,

ajeno a lo que estaba haciendo. Era curioso cómo Kara sacaba a Barrie a colación.

LES: Bien. Eso parece. Sigue vivito y coleando y me está llevando a Daniel's a tomar algo.

KARA: Oh, ese sitio está muy bien. ¡Nos vemos, Les!

Fruncí el ceño a mi teléfono móvil. ¿Nos vemos?

—¡Un aparcamiento! —gritó Harry, provocando que me sobresaltara—. No me puedo creer la suerte que hemos tenido.

Dejamos el coche aparcado en la acera frente al local. Daniel's resultó ser un pequeño comercio situado en la planta baja de un edificio de ladrillo en medio de la ciudad. Tenía luces led intermitentes, grandes cristaleras y mesas azules y blancas. Todo decorado estilo años sesenta. Nada más entrar me embriagó un rico aroma a gofres que abrió mi estómago como las puertas del cielo y despejó mi cabeza.

—Allí están los chicos. —Harry interrumpió mis hambrientos pensamientos, pasando un brazo por mi cintura y tirando de mí hacia una mesa donde cuatro chicos nos miraban demasiado expectantes—. Aiden también.

Me mordí el interior de la mejilla con nerviosismo. No podía haberse tomado aquello en serio.

—Oye, sabes que solo bromeaba con lo de tu amigo, ¿no?

Sus dedos se curvaron sobre mi espalda y estiró los labios en una divertida sonrisa.

—Lo había deducido. Estás demasiado loca por Hunter. —Quise responderle, pero ya habíamos llegado a la mesa—. ¡Hola, chicos! Os presento a Les.

Me volví hacia la mesa al tiempo que propinaba un disimulado pisotón a mi amigo. Elevé una mano en un tímido saludo. Me sentía observada con tantos ojos fijos en mí. Solo reconocía a Aiden, el rubio de la discoteca. Era el chico que se estaba comiendo un plato lleno de gofres. Yo también quería.

—¿Les? ¿La famosa Les?

Sonreí al chico que habló. Si empezaba llamándome solo «Les», ya me caía bien.

—Así que famosa, ¿eh? —Me volví feliz hacia mi amigo—. Ya sabía yo que me admirabas, Barrie.

Todos comenzaron a reír cuando me escucharon llamar lo Barrie. Uno de ellos estaba bebiendo un refresco gaseoso y se atragantó. Acabó expulsando el líquido por la nariz. Conocía esa sensación, y no era muy agradable.

Lo que sí resultó agradable fue pasar esa tarde con Harry, sus amigos y un gran plato de gofres. Eran simpáticos y todos parecían llevarse muy bien entre sí.

Estaba riéndome de una broma de Zack, esperando a que Harry contestara con algo ingenioso, cuando caí en la cuenta de que no nos prestaba atención. Para ser exactos, se había quedado petrificado, con el vaso de batido a medio camino hacia su boca y la mirada fija en la entrada del local.

Seguí el camino que recorrían sus ojos y mi corazón dio un salto. Hunter estaba allí, sentado de espaldas a nosotros. Bebía una cerveza y se reía despreocupadamente. Me quedé tan desconcertada de verlo que tardé unos segundos de más en darme cuenta de que había una chica con él. Y de que esa chica era Kara.

Me volví despacio hacia mi amigo, quien también me devolvió una mirada de confusión. Acto seguido, elevó los hombros en un tímido encogimiento y sonrió.

—Qué coincidencia, ¿eh? —comentó mientras el resto de los chicos en la mesa conversaba sin hacernos caso.

Coincidencia mis ovarios.

—Ahora vuelvo, tengo que... —Vamos, Les, piensa cualquier disculpa—. Saludar.

¿Por qué no podía mentir mejor? Satán me odiaba. Me incorporé del asiento y me dirigí hacia donde Hunter y Kara estaban sentados antes de que Harry pudiera detenerme. Me arriesgaba a que viniese conmigo, pero por alguna razón no lo creía capaz. Instinto de supervivencia, supongo. Lo que sí hizo fue no apartar los ojos de mí. Kara fue la primera en verme.

—¡Les! —me saludó con una fingida sorpresa—. Veo que ya estás mejor.

Kara se movió a un lado del asiento, dejándome espacio. Bordeé la mesa y me situé a su lado, frente a Hunter.

Su cara de sorpresa era todo un poema.

—¿Qué haces aquí? —me soltó de pronto, con cierto matiz de enfado en la voz—. Deberías estar en casa descansando.

Su tono era demasiado real para ser fingido. Sabía que había sido cosa de Kara.

—Solo me he caído, idiota respondí tajante—. No estoy convaleciente.

El médico dijo que tenías que descansar. De pronto se estaba incorporando, obligándome a mirar hacia arriba para poder verle la cara—. Vamos, te llevo a casa.

Su tono impertinente me molestó.

—¿Quién te crees que eres? ¿Mi guardián?

Una sonrisa traviesa se dibujó en su cara. Se inclinó sobre la mesa, bajando el rostro unos centímetros.

—Puedo serlo si así quieres...

La piel de los brazos y de la nuca se me erizó. Tragué saliva y aguanté su mirada con firmeza, aun cuando mi estómago se estaba retorciendo.

—Haznos un favor y piérdete un rato, Hunter.

La sonrisa en sus labios se ensanchó, como si mi respuesta le hubiese gustado. Solo consiguió confundirme más. Hunter me confundía y lo odiaba por eso.

—Voy a pagar —dijo al fin, y se levanté)—. Después te vienes conmigo. No me gustan esos chicos.

—¡No se te ocurra tocar a Harry! —le grité, pero ya se estaba alejando de nosotras.

Aproveché el momento para volverme hacia Kara y escanearla con la mirada. Ella se apartó unos centímetros de mí, escondiendo su cabello pelirrojo tras la oreja.

—¿Qué demonios te pasa a ti con Barrie? —le solté sin poder contenerme.

Sus labios se apretaron en una fina línea.

—Nada. ¿Por qué iba a pasarme algo con él?

Ella tampoco sabía mentir.

—Te digo que vamos a Daniel's y de pronto te presentas aquí con Hunter. ¿Coincidencia? Lo dudo. ¡Por lo menos podrías haberte traído a Blake! Él es más... agradable.

Los ojos de Kara abandonaron los míos, dirigiéndose fugazmente en la dirección donde quedaba la mesa de Harry y los chicos.

—Blake había quedado con Sam —comentó, revolviendo su refresco con

la pajita y clavando la vista en él—.Y no me pasa nada con Harry, ha sido realmente una coincidencia.

Sí, claro. Y yo era un condón de fresa.

—Kara...

—Solo nos acostamos, no es que vaya a obsesionarme con él —murmuró más en un susurro para sí misma que para mí.

Abrí la boca al darme cuenta de la verdad: sí que se estaba obsesionando con Barrie. Era agradable saber que no era la única loca en el mundo. Conocía ese sentimiento.

—Venga, nos vamos a casa.

Hunter regresó con su actitud de hombre de las cavernas, mirándome con los brazos cruzados y seriedad en el rostro. ¿Es que nunca se daba por vencido?

—Te veo esta noche, Hunter —comencé a despedirme de él, dispuesta a volver con mi amigo.

—Que te crees tú eso.

Me estaba levantando cuando su cuerpo se posicionó frente al mío, impidiéndome el paso.

—Mira que eres pesado —bufé con cansancio—. He dicho que no me voy a ir.

Los músculos de sus hombros se cuadraron. ¿Ahora se ponía en modo macho alfa? Intenté empujarlo a un lado y pasar, pero no se movió. Es más, retuvo mi brazo entre sus dedos cuando lo intenté, evitando que me alejara.

—No quieres hacer esto por las malas, Caperucita.

Su tono bailaba entre el cansancio y el jugueteo. Quizás, y solo quizás, parecía un poco preocupado. Una parte dentro de mí hizo saltar la alarma, negándose a aceptar eso último.

—¡No me llames Caperucita! —grité demasiado alto, atrayendo la atención de la pareja de la mesa de al lado—. No hay razón para que me vaya a casa.

Las cejas de Hunter se alzaron y formaron arrugas en su frente.

—¿No la hay?

Titubeé. En realidad sí la había. Mi padre y Anna me habían pedido que me quedara en casa todo el día, tal como la doctora había dicho. Así que,

técnicamente, no tenía permiso para ir de juerga por la ciudad, aunque juerga en este caso significase tomar unos cuantos gofres y socializar con un grupo reducido de adolescentes.

—No —respondí después de unos segundos.

—Entonces explícame cómo es que apenas estoy haciendo fuerza para mantenerte aquí. ¿Cómo es que puedo empujarte fuera sin problemas? ¿Cómo es que no estás gritándome o defendiéndote? Estás exhausta y ni siquiera lo notas.

Lo odiaba tanto cuando parecía tener la razón...

—No puedo estar cansada —me negué, ofuscada—He dormido más de ocho horas.

Hunter abrió la boca para contestar, pero Kara se adelantó, interponiéndose entre nosotros.

—No te preocupes, yo avisaré a Harry de que te has ido a casa.

Y entonces me abandonó, caminando animadamente hacia la mesa desde donde mi amigo nos miraba atónito. ¿Acababa de ser vendida por un chico? Nunca te fíes de las personas enamoradas. Nunca.

Pero era cierto que estaba cansada y cada pocos segundos notaba una pequeña palpitación en mi cabeza. Por eso acepté ser guiada por Hunter fuera del local hasta su coche.

Había aparcado algo más lejos que Harry, pero su mano en mi cintura hacía que caminase más ligera. También que mis dedos cosquilleasen, cosa que no me había pasado con mi amigo. ¿Por qué todo tenía que ser tan confuso con Hunter?

Condujo en silencio hasta casa y, por primera vez desde que me mudé, pude subir en ascensor. No entendía cómo para arreglar aquello habían necesitado dos semanas.

Me apoyé en la pared para descansar con la mala suerte de no calcular y darme contra la herida de la cabeza. Me había pasado lo mismo por la mañana en el sofá, pero aquella superficie estaba acolchada y no dolió tanto.

Al ver mi mueca de dolor, Hunter tiró de mí contra él, desplazándome en un solo movimiento y estrellando mi espalda contra su pecho. Su contacto repentino hizo acelerar tan rápido mi corazón que temí que él pudiera escucharlo. Fue por eso que me revolví contra su espalda.

—Suéltame —exigí cuando sus brazos continuaron envueltos alrededor de mi cintura.

—No —se negó.

El ascensor había llegado a nuestro piso. No tenía sentido que siguiera siendo tan pesado. Volví a revolverme en sus brazos, pero él no me dejó ir.

—¡Hunter! —me quejé.

Y entonces su rostro se acercó tan veloz que no pude apartarme sin que nuestras narices se rozaran. Sus ojos se encontraron con los míos. Serios, pero al mismo tiempo calmados de una extraña manera.

—Maldita sea, Les —susurró, y su aliento golpeó mis labios—. Me preocupo por ti. Solo por una vez, déjame cuidarte.

Esa vez no pude callar mi voz interior. Él se preocupaba por mí. En aquel momento, antes de que su boca aterrizara en la mía, estaba bastante segura de que él podía escuchar mi corazón palpitando. Lo sabía porque yo podía escuchar el suyo, y no sabía cómo tomármelo.

Capítulo 22

—No me lo puedo creer.

Ya somos dos, amigo.

—Pensé que este día no llegaría nunca.

—Estoy orgulloso de ti.

—Oh, venga. No te pongas sensiblero ahora, señor profesor.

Hunter me lanzó una mirada de cejas alzadas. Apartó el libro de matemáticas de su regazo y lo dejó caer al suelo de la terraza. El sol veraniego le daba de pleno en los ojos, y estos parecían más negros y profundos. Después de tantas clases particulares de matemáticas habíamos decidido subir a la azotea del edificio a estudiar. No estaba completamente segura de que estuviese permitido estar allí arriba, pero era mejor que quedarse en casa.

—Tienes razón —asintió Hunter, poniéndose de pie—. Te ha costado cuatro semanas poder resolver un simple problema. En realidad es patético.

—¡Oye! —Me puse también de pie de un salto, y lo golpeé en el brazo mientras él se reía—. Tal vez si tú fueses mejor profesor esto habría sucedido antes.

Cruzó los brazos sobre el pecho, todavía sin borrar la sonrisa burlona del rostro.

—Claro, échame ahora a mí las culpas de tus hormonas revolucionadas, Caperucita.

Solo decía eso porque cuando me hartaba de estudiar lo distraía de la lección besándolo. Algo bueno de nuestro acuerdo de amigos con derecho era

eso: podía desestresarme disfrutando de él.

—Seguimos con lo de Caperucita, ¿eh? —Fingí molestia, aunque lo cierto era que ya no me importaba—. Algún día te dignarás a llamarme Les.

—Puedes esperar sentada. Venga, te invito a un helado. Esta vez te lo has ganado.

Sonreí ampliamente y lo seguí hacia fuera de la azotea. A veces era muy fácil de convencer. Evitamos pasar por casa y fuimos directamente hacia el coche. Hunter y Blake tenían una copia de las llaves, lo que en ciertas ocasiones resultaba muy útil.

—¿Qué te parece si hoy conduzco yo? —le pregunté una vez llegamos al *parking*.

Hunter alzó las cejas reticente.

—¿Sabes conducir? No, espera, ¿tienes si quiera edad para conducir?

—No, ¿y?

—Que no puedes conducir un coche sin carnet.

Puse los ojos en blanco y bufé antes de abrir la puerta del copiloto y meterme en el interior del vehículo. Todavía estaba entusiasmada por haber podido resolver el ejercicio. Las matemáticas se me daban muy muy mal. No me gustaba hablar demasiado del tema, aunque ya lo tenía bastante asumido. Con mis notas era probable que no entrara en ninguna universidad y, aunque la idea de tener que estudiar durante más años no me llamaba nada la atención, sabía que a mis padres, y en general al resto de personas, les parecía de vital importancia. Además, odiaba lo tonta que me hacía sentir no ser capaz de resolver un problema.

—Como si fuese la primera vez que lo hago... —farfullé, con mi buen humor debilitándose.

—¿Qué...? —escuché que Hunter comenzaba a preguntar, pero la frase quedó inconclusa en el aire.

Se rio, negó con la cabeza y acabó entrando también en el coche. Estaba segura de que pensaba que se trataba de una broma.

—¿Realmente has conducido un coche antes? —preguntó al cabo de unos minutos.

Sabía que no me creía.

—Quería ir a una fiesta, pero Kenzie estaba en la universidad y mi madre

trabajando. Fue la mejor idea que se me ocurrió.

Hunter volvió a reír y a negar con la cabeza.

—No sé de qué me sorprendo. Eres increíble.

—Lo sé. —Por una vez, estaba de acuerdo con él en algo. Después de nuestra pequeña conversación, Hunter encendió la radio. Resultó que él era incapaz de no cantar, o al menos intentar cantar, cada una de las canciones que sonaban. Incluso si no se sabía la letra.

—Oye, me encanta esta canción —dijo de pronto, subiendo el volumen, para mi horror. No es que lo hiciese precisamente bien—. ¿No te animas, Les?

—Prefiero pasar.

Una cosa era cantar en medio de una discoteca, donde mi voz quedaba camuflada con la del resto de los jóvenes ebrios, y otra hacerlo en el coche con Hunter. Al menos aquella vez él se sabía toda la letra de la canción. Lo observé disimuladamente mientras cantaba. Ayudaba que para conducir necesitase mantener los ojos en la carretera.

Aunque estuviese destrozando la canción, había algo en ella que me hacía incapaz de parar de mirarlo. Estaba disfrutando mientras cantaba, gesticulando con el rostro y articulando cada palabra, prácticamente olvidándose de que yo estaba en el coche con él. Hasta que llegó al estribillo y se volvió hacia mí. Sus ojos me atraparon observándolo, y sus labios me sonrieron mientras cantaba.

I want to know what love is

I want you to show me

Mis músculos se quedaron paralizados, haciendo que fuese incapaz de apartar mi mirada de la suya.

I want to feel what love is

I know you can show me

Oh. Dios.

Respiración, vuelve a una velocidad normal, por favor.

¿Por qué narices estás hiperventilando, Les?

Finalmente conseguí apartar la mirada hacia la ventana, tan rápido que mi cabello voló fulminantemente a mi rostro. Hunter continuó cantando, pero no volví a mirarlo. Me mantuve impasible durante el resto del camino, callada, mirando mi reflejo transparente en la ventanilla del coche, con los ojos y los

labios entreabiertos.

¿Qué me estaba pasando?

Era solo una maldita canción.

Una maldita y estúpida canción.

Y además Hunter desafinaba.

Para terminar de rematarlo, él actuó completamente normal cuando llegamos a nuestro destino. No era idiota, sabía que se había dado cuenta de mi reacción. No soy buena escondiendo mis instintos primarios. Pero Hunter simplemente salió del coche y caminó hacia la heladería como si nada hubiese pasado, como si todo hubiese sido normal. Y eso no era normal. Una pregunta se formó en mi mente: ¿a qué estaba jugando Hunter?

Capítulo 23

Miré hacia el bote de tomate con resentimiento. Esta era una de esas situaciones en la vida en las que quieres patear la pared y pisotear el suelo para luego irte con la cabeza bien alta, tratando de conservar la mayor parte de dignidad posible.

—Déjame, yo lo alcanzo.

Haciendo alarde de sus diez centímetros de altura extra, Hunter se puso a mi lado y tomó el bote de tomate de la balda de arriba del supermercado. Todo esto mientras yo lo miraba con odio infinito. Soy una chica alta, por lo que generalmente no tengo esa clase de problemas. Estaba segura de que me había llevado a propósito a ese supermercado porque tenía unas baldas más altas de lo común.

Colocó el bote en el carrito de la compra y sacó la lista de papel de su bolsillo para echar otro vistazo. Blake nos había mandado al supermercado a hacer una compra de última hora.

—Leche, carne picada ya compramos, pasta... —Alzó los ojos unos segundos para mirarme interrogativo—. ¿Cómo es que aquí no hay apuntado un pastel?

—Pues porque Blake dijo que iría a una pastelería para encargarme uno con su nombre —contesté, aún medio enfurruñada por no haber podido alcanzar el bote de tomate—. Aunque, francamente, si vais a poner cuarenta y cinco velas en él, no creo que se aprecie. Y eso que Anna es un nombre corto.

Sus ojos se entrecerraron con diversión.

—Sí, porque Anna Banana sí que no entra.

Gruñí y pasé de largo a Hunter, comenzando a andar hacia el pasillo de la leche. Desde que el día anterior se me había escapado llamarla así en voz alta, no me lo había perdonado. No se había enfadado porque apodara así a su madre. Tampoco me había reñido como lo había hecho al principio de llegar allí, tal vez porque ahora la trataba con más respeto. Lo que hizo fue utilizarlo para burlarse a mi costa. Por un momento había temido que se lo fuese a decir a Anna, ahora que comenzaba a caerme bien...

Ella, no Hunter.

—Oh, vamos —me llamó mientras empujaba el carrito y corría detrás de mí—. No seas un bebé, tú fuiste quien empezó a llamarla así.

—En mi cabeza, idiota —me defendí—. No pretendía que tú me escuchases.

—Es difícil no hacerlo cuando te pasas media vida exponiendo tus pensamientos —contraatacó. Frenó delante de la zona de niños pequeños y tomó un sonajero—. Mira, esto es perfecto para ti.

—¡Deja de llamarme bebé! —le grité en un susurro, enfadada—. No te soporto cuando te pones así.

Él sonrió y yo bufé.

¿Quería jugar duro? Juguemos duro. Tomé un biberón de juguete y se lo lancé a la cara. Lo atrapó antes de que cayese al suelo.

—Esto te servirá mejor que un cubierto, idiota.

Hunter miró con curiosidad el biberón. Para mi sorpresa, se tomó un momento en leer las instrucciones.

—Aquí pone que es para mayores de un año —comentó en voz alta—. ¿No se supone que los biberones son talla única?

Estaba resistiendo el impulso de llevarme la mano a la cara y hacer un *facepalm* cuando una dependienta se paró delante de nosotros, sonriéndonos como si necesitásemos su ayuda.

—Los bebés más pequeños necesitan una tetina diferente —dijo con voz melosa, metiéndose en nuestra conversación.

Hunter balanceó el biberón entre sus manos, mirándolo todavía con confusión.

—¿Tetina? —repitió con el entrecejo fruncido. Estaba segura de no ser la

única persona pensando en lo graciosa que era esa palabra—. No tenía ni idea.

La dependienta rio y luego dijo:

—No se preocupe, muchos padres primerizos cometen ese error.

Parpadeé y me tomé unos segundos para analizar sus palabras, solamente porque no las creía reales. Tenía que haber escuchado mal. Pero, por si acaso lo dudaba, añadió:

—Puedo ayudarlos si quieren. Díganme, ¿cuántas semanas tiene su bebé?

De haber estado mirando hacia mí, la dependienta hubiese adivinado al segundo cómo de profundo había metido la pata. En cambio, sus ojos seguían en Hunter y el biberón. Él no resultó estar tan alterado como yo me sentía.

—No es necesario, pero muchas gracias —respondió con educación, y volvió a colocar el biberón en su sitio—. Nosotros...

—Si tienen cualquier problema, no duden en preguntar —lo interrumpió, con su estúpida y complaciente sonrisa todavía en la cara—. Mi hermano también ha sido padre joven y sé que no es fácil.

¿Sabes esos momentos en los que estás en un estado de *shock* tan profundo que no puedes ni siquiera hablar para defenderte? Bien, pues eso me pasó a mí. Y menos mal, porque de no ser así lo más probable es que hubiese acabado consiguiendo que despidiesen a la cotilla de la dependienta.

No reaccioné durante largos segundos, hasta que Hunter empujó el carrito con una mano mientras con la otra tiraba de mi muñeca, incitándome a seguir con la compra.

—¿Vas a continuar con esa cara de enfadada durante mucho tiempo más? —preguntó media hora después. Suspiró con cansancio—. No ha sido para tanto.

Claro que no. Solo insinuaron que éramos pareja y que teníamos un bebé. Juntos.

—No estoy enfadada —mentí.

Me paré delante del escaparate de una tienda de tatuajes. En el cristal que hacía de pared habían pegado fotos de las obras llevadas a cabo dentro. Hacía tiempo que había intentado convencer a mi madre para que me dejase hacerme uno, pero se negaba en redondo.

—¿Qué crees que diría mi padre si llegara a casa con un tatuaje en el

hombro?

Miré hacia Hunter esperando que el cambio de tema funcionase. Lo encontré mirándome con la cabeza ladeada y los labios apretados. La bolsa de la compra se le estaba escurriendo de los dedos y por un segundo temí que se cayera y el bote de tomate se rompiera. Después de un largo momento, y con los ojos aún fijos en mí, dijo:

—Ufff... Eso es *sexy*.

Sonreí sin siquiera proponérmelo. No estaba pensando en hacerme en serio un tatuaje en aquel momento, pero escucharlo decir que era *sexy* provocó una instantánea y extraña felicidad en mi interior. Sacudí la cabeza y borré la sonrisa de mi cara con el movimiento. El chocolate estaba comenzando a afectarme más de lo normal.

—¿Qué hay de ti? —quise saber—. ¿Te harías un tatuaje?

—Solo espera y verás.

Dicho eso entró en la tienda de tatuajes.

—Pero ¿qué...? —exclamé cuando se acercó al mostrador y comenzó a hablar con el dependiente—. Increíble.

Sin perder un segundo más, entré también en la tienda. Me quedé cerca de la puerta, observando las fotografías de muestra pegadas a la pared, hasta que escuché unas voces a mi lado.

—Voy a morirme. Es guapísimo.

—¿Y esos brazos? Tiene que hacer pesas.

—¿Qué tatuaje crees que se hará? Seguro que ya tiene unos cuantos...

—Pues yo no pienso quedarme parada sin saberlo. Es mejor averiguarlo.

¿Qué demonios... ?

Me volví sin ocultar mi descaro hacia el grupo de chicas que estaba mirando los *piercings* cuando entré en la tienda. Ahora miraban a Hunter, y poco les faltaba para que se les cayese la baba.

—¿Creéis que tendrá novia?

Novia no, pero tú tócalo y espera...

—Ya os lo dije, no voy a quedarme sin saberlo.

Una de las chicas comenzó a alejarse de sus amigas y a acercarse a Hunter, que miraba un libro con más dibujos de tatuajes y sus respectivos precios. Apreté los puños mientras la escena cobraba sentido ante mis ojos y la chica

se posicionaba frente a él. Tocó su hombro, deslizó los dedos por el largo de su brazo y batió las pestañas.

—¿Vas a hacerte un tatuaje? Si quieres yo podría ayudarte. Me llamo...

Había tenido suficiente por un día. Sin esperar a escuchar más, me abrí paso hacia ellos. Hunter fue el primero en verme, por encima de la coronilla de la chica.

—¿Y bien, guapo? —insistió con voz seductora—. ¿Qué dices?

Pero cualquier cosa que fuese a contestarle quedó silenciada cuando la aparté de un codazo y pasé mis brazos alrededor del cuello de Hunter, estampando mis labios en los suyos.

Esto está mejor. Apreté mi cuerpo contra el suyo y me elevé sobre la punta de los pies mientras Hunter me devolvía el beso con confusión, pero sin protestar. Abrí los ojos al tiempo que me separaba de él. Lo miré fijamente, sintiendo los latidos de mi pulso acelerado. Una vez que la adrenalina había sido descargada empezaba a darme cuenta de lo que acababa de hacer.

No me arrepentía, eso no. La cara de asco que puso la chica mereció la pena. Sin embargo, no podía dejar de preguntarme por qué lo había hecho. Y lo que era peor: una respuesta comenzaba a formarse, pero me negaba a aceptarla.

—Vaya, eso fue un poco asqueroso —escupió con repulsión la chica, directamente hacia mí—. ¿Tan desesperada estás?

¿Qué quería decir con eso?

—¿Disculpa? Repítelo si te atreves.

Hunter dejó con rapidez el libro en la mesa y me tomó por la cintura cuando inconscientemente me lancé contra la chica.

—Todos los buenos están pillados o son gais —suspiró patéticamente hacia sus amigas—. Ya os lo dije, chicas.

—¡Suéltame, Hunter! ¡Suéltame, que yo la mato!

Mientras él continuaba sujetándome con fuerza para que no fuera tras ella, el dependiente reapareció al escuchar los gritos. Hunter se disculpó y esperó a que ellas hubiesen desaparecido de nuestra vista para arrastrarme fuera de la tienda, hasta el aparcamiento.

Me detuvo al llegar al coche. Apoyé la espalda en el maletero mientras él continuaba sujetándome por los brazos. Supongo que por precaución para que

no saliera corriendo.

—¿Y bien? —soltó después de largos segundos de intensas y frías miradas—. ¿No tienes nada que decir?

Apreté los labios en una fina línea, tratando en vano de rehuir sus ojos.

—Insinuó que yo era una fresca.

Escuché cómo respiraba pesadamente. Sus dedos bajaron por mis brazos y se cerraron a la altura de mis muñecas. Su voz sonó forzosamente calmada.

—Leslie, te lanzaste sobre mí cuando ella me estaba hablando.

De nuevo, una vez que la adrenalina había desaparecido, empezaba a ver las cosas con más claridad. Lo cual quiere decir que empezaba a apreciar lo humillante de la situación. ..

—Tampoco vi que tú te quejaras... —intenté defenderme, ya a la desesperada.

Y finalmente, como si estuviera dándose por vencido, el rostro de Hunter se relajó y sonrió. A los dos segundos me encontraba aplastada entre él y el maletero del coche.

—¿Quieres que lo admita, entonces? —susurró, entremezclando su respiración con la mía—. Porque no es ningún problema.

Guardé silencio, así que Hunter continuó hablando.

—Me gustó que me besaras, Leslie.

Tragué saliva. Todo esto era culpa de las hormonas.

—Me gustó verte celosa, Leslie.

—Yo no...

—Ni lo intentes —me interrumpió. Soltó mi muñeca y en su lugar tomó mi barbilla—. Tan atrevida para unas cosas y tan niña para otras...

Yo misma rompí los pocos centímetros que nos separaban, sin ser capaz de resistir la electrizante tentación de sus labios a tan pocos centímetros de los míos. ¿Qué? Nunca negué la evidente atracción que existía entre ambos.

Hunter se separó, sonriendo, y sus dedos se deslizaron desde mi barbilla hacia mi pelo, perdiéndose en las puntas.

—No me gustó que dijera eso de ti —admitió, y luego se separó de mí—. Nadie puede meterse contigo, Les. No mientras yo esté delante.

Ya está.

Lo consiguió.

Mis ovarios explotaron.

Y ahí estaba yo, mortificada por mis propios pensamientos, cuando Hunter se llevó las manos a la cabeza y exclamó:

—¡No! Nos hemos dejado las bolsas con la comida en la tienda. Voy a por ellas, tú mejor espera aquí, Caperucita. Aunque después de lo de hoy, casi que te queda mejor el papel del lobo feroz.

Incapaz de sacar una buena contestación a esa frase, asentí y me metí dentro del coche a esperar. El amor nos vuelve idiotas. Porque sí, esa era exactamente la respuesta a por qué había actuado como una loca hacía un rato. Era el pensamiento que me negaba a aceptar, a decir en voz alta. Me había enamorado de Hunter, y ni siquiera sabía cómo había sucedido.

Capítulo 24

—Solo te pedí que revolvieras el tomate. Revolver el tomate. ¿Qué había de complicado en eso, Les?

Apreté los labios levemente afligida y miré a Blake con mi mejor cara de arrepentimiento mientras una gota grumosa y rojiza resbalaba desde mi cabello hacia el suelo.

—¿Revolver? —pregunté, intentando en vano quitar hierro al asunto—. ¿Tomate?

Hunter rio a mi lado, no ayudando en nada a la situación. Supongo que mi respuesta tampoco sirvió.

—¡Se ha quemado toda la salsa! —chilló Blake, más allá de la histeria—. ¡Nos hemos quedado sin comida!

—Sin olvidar el desastre en que se ha convertido la cocina —apuntó Hunter, siempre tan útil.

Le di un codazo y rio más fuerte. Si seguíamos por ese camino, Blake terminaría por tirarse de los pelos y quedarse calvo del estrés. Me aclaré la garganta. Yo nos había metido en ese lío, yo tenía que sacarnos de él.

—Aún tenemos dos horas antes de que vuelvan —recordé, y me moví para tomar la cuchara de madera del suelo—. Podemos limpiar y...

—No hay comida, se arruinó el cumpleaños —me interrumpió Blake, haciendo uso de su inexistente optimismo—. Simplemente deberíamos darlo por perdido y comprar un par de botellas de vino como regalo.

Intercambié una mirada de preocupación con Hunter. Finalmente pareció

entender la gravedad de la situación y se hizo cargo de ella.

—Mira, esto es lo que haremos. Es el cumpleaños de mamá, hace un día fantástico ahí fuera, el parque no queda lejos... Prepararemos unos sándwiches y nos iremos allí de picnic. Seguro que a ella le encanta.

Para ser una idea improvisada, lo cierto es que Hunter no pensaba tan mal.

—No tenemos pan... —dijo Blake, todavía deprimido.

—Compramos unos bocadillos en cualquier tienda.

—No tenemos mantel.

—Agarramos cualquier toalla.

—Pero la tarta...

—¡Basta, Blake! —estalló Hunter, perdiendo la paciencia con su hermano—. Es un maldito cumpleaños, no un concurso de ver quién prepara la mejor fiesta. Haznos un favor a todos, rompe con Sam de una vez y avísanos cuando vuelvas a ser persona.

La cocina fue envuelta por un silencio incómodo. Hunter y Blake se miraban fijamente a los ojos, sin apenas parpadear. Suponía que esa era su forma de pelear: echar un duelo de miradas frías. Odiaba esa clase de situaciones.

—Empezaré limpiando todo esto —comencé a hablar en un susurro, moviéndome por la cocina en busca de una servilleta tamaño industrial que limpiase la salsa de tomate.

—Ag...

No contaba con que la dichosa salsa me odiase tanto

Como yo a ella. Nuestra guerra comenzó cuando el día anterior no pude alcanzarla en la estantería y culminó en ese momento, cuando me hizo resbalar y caer de morros contra el suelo.

Si miraba el lado positivo de las cosas, al menos puso fin a la guerra de miradas entre los dos *horigemes*.

Hunter fue el primero en abalanzarse hacia mí. Me tomó de los hombros y me ayudó a levantarme. Sentí cómo se me aceleraba el pulso cuando se puso frente a mí, mirándome con esos ojos oscuros que me habían desvelado durante toda la noche.

—¿Estás bien?

Tragué saliva y asentí. Moví la cabeza para mirar a otra cosa que no fuese

su cara. Tras aceptar que me había enamorado de él —no solo gustar, no solo atracción física, sino enamorar—, tenía serios problemas para comportarme de forma natural a su lado. ¿Cómo de estúpido puede ser eso?

—¿Por qué siempre termino en el suelo? —me quejé. Solté su agarre y estiré la camiseta bañada en salsa de tomate.

Hunter rio y Blake suspiró. Paseó sus ojos por el desastre de cocina, donde tanto las paredes como el suelo como yo estábamos cubiertos de salsa de tomate. Volvió a suspirar y se alejó de nosotros.

—Está bien, vosotros dos limpiad este desastre. Iré a por unos bocadillos y algo que nos sirva de mantel. No sé por qué me hice ilusiones de que este año podría darle una sorpresa adecuada...

Esperamos en silencio hasta que escuchamos la puerta del piso cerrarse. Mi estómago se encogió. De nuevo, Hunter y yo volvíamos a estar solos en casa. No era la primera vez, pero sí desde que me había dado cuenta de mis verdaderos sentimientos.

No podía simplemente quedarme a su lado. Me volvía una estúpida cuando se trataba de mis sentimientos. No quería enamorarme, y menos cuando Hunter ya me había dicho que solo aceptaba nuestro acuerdo de más que amigos porque yo le gustaba físicamente.

¿Por qué narices tuve que salir con la ocurrencia de ser amigos con derechos? Eso fue lo que desencadenó los cambios químicos en mi cuerpo y cerebro que hicieron que me enamorara de él.

—¿Se puede saber cómo hiciste para... lograr esto?

Miré a Hunter, que hacía círculos con el dedo índice, señalando toda la cocina.

—Me olvidé de vigilar el tomate y la olla explotó —expliqué encogiéndome de hombros—. Las chicas Sullivan no valemos para eso de la cocina.

Sus ojos oscuros volvieron a taladrarme y me mordí el labio inferior para evitar que temblase. Diablos, necesitaba visitar a un psicólogo pronto o acabaría volviéndome loca por su culpa.

—¿Cómo pudo la olla...? No, ¿sabes qué? No me lo expliques, contigo todo es posible...

Sonreí por su expresión exasperada. Tomé un trapo húmedo y se lo lancé a

la cara. Lo atrapó a la primera.

—Guau, ¿estás seguro de que el jugador de fútbol es tu hermano? — bromeé, y tomé otro para mí—. Tienes buenos reflejos.

—Es genética, Caperucita.

Dicho eso me guiñó un ojo e inmediatamente se puso a limpiar. Sintiendo las mejillas arder de vergüenza, me encaré a la pared sucia de tomate y comencé a limpiar desesperadamente. Sin embargo, en mi cabeza no cesaban de pasar imágenes de cosas que preferiría estar haciendo en lugar de limpiar.

Por ejemplo, besar a Hunter.

Por ejemplo, quitarle la camiseta.

Por ejemplo, tocar sus abdominales.

Por ejemplo, visitar a un psicólogo ya porque esos pensamientos me devoraban.

¿Qué había pasado en mi cabeza para terminar desarrollando esos incómodos sentimientos hacia Hunter? Porque sabía que venían de mi cerebro. Ese dichoso órgano se había asociado con las hormonas, que despertaban sexualmente al verlo, y había decidido convertir los pensamientos pecaminosos en algo más. Algo que solo podía hacer daño.

Durante mi noche de insomnio pensando en Hunter llegado a enamorarme de él se me y cómo demonios había pasó por la cabeza que debería cortar todo el asunto de amigos con derechos cuanto antes o la cosa podría ir a peor. Pero luego recordé lo mucho que disfrutaba de nuestro acuerdo y que de todos modos en unas semanas él iría a la universidad y yo volvería a casa, por lo que se terminaría y no habría más Hunter en mi vida durante largo tiempo. Así que decidí que era mejor dejar las cosas como estaban. Al menos por el momento.

—Esto ya está —sonrió Hunter, mirando la cocina finalmente limpia con una gran sonrisa en la cara—. Ahora solo faltas tú.

Bajé los ojos hacia mi camiseta, todavía salpicada de salsa de tomate. Incluso mi pelo estaba pegajoso. Una ducha no me vendría nada mal.

Tomé un baño lo más rápido que pude, quitándome toda la suciedad mientras esperábamos a que Blake regresara de la compra. También había aprovechado para ir a buscar la tarta a la pastelería.

Estaba terminando de vestirme en mi habitación, intentando encontrar una

camiseta veraniega para el picnic en el parque, cuando alguien golpeó la puerta. Al girarme descubrí a Hunter apoyado contra el marco de la puerta, sonriendo como un idiota.

—¿Por qué, maldito cerebro, tuviste que enamorarte de él? ¿Por qué no pudiste elegir a otro? A Harry, por ejemplo.

—¿Qué haces aquí? —le chillé, tapándome el pecho con una camiseta.

Solo llevaba unos pantalones cortos y el sujetador. El pelo húmedo me mojaba los hombros y la espalda, y era perfectamente consciente de las gotas de agua deslizándose por mi piel desnuda.

—¿Tímida, Caperucita? —se burló, adentrándose en mi habitación.

Apreté la camiseta con más fuerza contra el pecho.

—Sal de mi habitación ahora, Hunter. Y deja de llamar me Caperucita, sabes que me molesta.

El continuó avanzando hasta llegar frente a mí. Curvé los dedos de los pies cuando su presencia invadió mi espacio privado. Me sentía en el principio de una película para adultos.

—No tienes nada que no haya visto antes —comentó. Sus ojos se posaron sobre mi camiseta durante demasiado tiempo—. ¿O quizás sí? ¿Quieres que lo comprobemos?

—¡Hunter! —le grité, resistiendo el impulso de empujarlo. Tenía que empezar a controlar mis niveles de violencia.

El rio y movió ambas manos en señal de rendimiento.

—Está bien, está bien. Solo quería decirte que Blake llamó. Ya está en el parque. Después de la que montaste en la cocina, decidió que era más seguro prepararlo todo sin ti.

Asentí.

—Si eso era todo, ya puedes irte.

No lo hizo. En su lugar, volvió a acercarse. Su olor se filtró en mis pulmones y mi cuerpo me traicionó, inclinándose unos centímetros hacia él.

—¿Te has dado cuenta de que estamos solos en casa, Caperucita?

Abrí la boca para volver a pedirle que se fuera, pero entonces Hunter se movió rápido, atrapando mi camiseta con una mano y tirando de ella fuera de las mías. Me quedé sin palabras de la conmoción, hasta que finalmente el vómito de insultos llegó a mi boca.

Y Hunter lo calló aplastándome contra la pared y besándome. Sus labios tiraron de los míos febrilmente, moviéndose feroces. Besaron, acariciaron y mordieron los míos, sacándome todos los pensamientos inútiles de la cabeza. Solo Hunter y la forma en la que mi respiración se aceleraba cada vez que me tocaba tenían lugar en aquel momento. Hunter y sus dedos subiendo a lo largo de mi cintura. Hunter y su cuerpo aplastando el mío.

Una de sus manos rozó uno de los tirantes de mi sujetador, lo que me provocó escalofríos. Y entonces me di cuenta de lo que estaba sucediendo. Sacando una fuerza de voluntad que no sabía que tenía, interpose mis manos entre ambos y lo aparté de mí.

—Para —intenté decirle, pero mi voz sonó apagada por la falta de oxígeno—. Para.

Me atreví a buscar sus ojos con los míos. Me miraban oscuros, y él tenía el rostro levemente enrojecido y respiraba agitadamente. Era bueno saber que no era la única en alterarse cuando nos besábamos. Sentía la sangre arder dentro de mis venas, y no precisamente de odio.

—¿Demasiado lejos? —preguntó.

—Demasiado lejos —asentí.

Cuantos más segundos pasaban, más me aliviaba el saber que era capaz de frenar una situación como esa. Mi cuerpo lo deseaba, pero mi mente racional me recordaba que no quería llegar tan lejos con un chico que no iba a ser nada más que una diversión pasajera. Un día, más pronto que tarde, todo esto terminaría.

El picnic en el parque, para alivio de Blake, resultó mejor de lo esperado. Al ser verano el clima era cálido y la luz del sol iluminaba todo de una forma asombrosa y sobrecogedora. El único problema fue que Hunter se confundió y puso cuarenta y seis velas en lugar de cuarenta y cinco, y Anna, que se empeñó en contarlas, se enfadó bastante con él. También se ganó una colleja por parte de su hermano, que seguía empeñado en que todo saliese perfecto.

—Yo tengo un último regalo —aventuró mi padre, dejando el plato de plástico sobre el improvisado mantel—. Es para todos.

—¿Nos vamos a Disneyland? —pregunté.

No lo creía posible, pero por intentarlo que no quedase. La ilusión es lo último que se pierde. Y el hambre. Mi padre sonrió y me guiñó un ojo.

Casi. Nos vamos de vacaciones a la playa. El fin de semana que viene.
Bueno, no era Disneyland pero tenía mar.

—¡Josh! —lo regañó Anna, con los ojos muy abiertos—. Sabes que tengo mucho trabajo pendiente que...

Capítulo 25

Cerré los ojos y me llevé las manos a las orejas. No quería volver a escucharlos pelear. Intuía que el viaje en el fondo era un recurso de mi padre para suavizar las cosas entre ellos, que no estaban demasiado bien. Sin dejar de taparme los oídos miré hacia los *horrigemes*. Ambos tenían el rostro serio y los labios apretados. Tampoco les gustaba aquella situación. Además, podía apostar que lo pasaban peor porque eran más cercanos a ambos. Aunque Anna fuese su madre biológica, ellos habían pasado buena parte de su vida con mi padre, más que yo misma, y se preocupaban.

Me sorprendí al comprobar que ya no me molestaba saber que ellos eran una familia, aunque nos incluyeran a Kenzie, a mamá y a mí en ella. Quizás porque durante las cuatro semanas que había pasado conviviendo con ellos, Anna y mi padre habían hecho todo lo posible para que me sintiera a gusto, como uno más. También pensé en Tom, mi padrastro. Él no tenía hijos, pero, de haberlos tenido, no me hubiese gustado que me odiasen solo porque él y mi madre se habían enamorado, y tampoco a ella.

—¿Quién quiere echar un partido? —pregunté tan alto como pude mientras me ponía en pie de un salto—. Escuché que jugabas al fútbol, pardillo.

Dije eso último mirando directamente a Blake, consciente de que mi padre y Anna habían dejado de pelear para mirarme. Llamar la atención nunca había sido algo que se me diese mal ni me molestase. Hunter me miró confuso.

—No tenemos balón.

Me di cuenta tarde de la evidencia. No lo había pensado bien, y eso que

Jordán también jugaba al fútbol y había ido una que otra vez a verlo algún partido.

—Podemos jugar con tu cabeza —apunté, señalando hacia él—. Supongo que con lo vacía que está no pesa mucho Blake y mi padre rieron por lo bajo y yo me sentí bastante mejor. De hecho, la tensión pareció aliviarse duran te unos segundos. A excepción de Hunter. El simplemente me miró como si le hubiera lanzado un bote de tomate a la cara. Porque sí, aún seguía con el trauma del bote de tomate.

Anna también se levantó del suelo y sacudió la tela de sus pantalones de vestir para evitar que restos de césped seco se quedasen en él.

—Se me hace tarde y tengo que volver ya al trabajo —anunció con un tono demasiado lánguido para tratarse de su cumpleaños—. Nos vemos esta noche, ¿vale?

Lancé una mirada de cejas enarcadas a mi padre y señalé con la cabeza hacia ella mientras se alejaba. Tuve que contar hasta cinco misisipis y susurrar que se moviera antes de que corriera detrás de ella para llevarla. A veces era tan lento de reflejos...

—Oh, no. Ahí está de nuevo.

Miré hacia Blake, quien a su vez observaba la pantalla de su teléfono móvil con aprensión. El nombre de Sam estaba escrito en él. Era una llamada entrante.

Hunter carraspeó.

—¿Vas a contestar?

Miré intermitentemente a uno y a otro. Unas horas antes Hunter le había gritado que terminara de una vez con la relación. Las cosas podían ponerse un poco tensas entre los hermanos. Blake se revolvió incómodo y finalmente terminó por levantarse también.

—Ahora vuelvo —anunció, y se fue lejos a hablar.

Mi teléfono móvil también sonó en ese momento.

—¿Es que nadie puede dejar los aparatos electrónicos de lado por un solo día?

Hunter se quejó mirándome desde el suelo. Estaba recostado en el césped, apoyado sobre los codos con las piernas estiradas. En aquel momento el sol le estaba cegando los ojos haciéndolo guiñar, pero al mismo tiempo provocaba

que le brillasen tan fuerte que mi corazón dio un salto.

Me regañé a mí misma y saqué el teléfono del bolsillo. Hunter era solo un juego pasajero. Yo también lo era para él, lo había dejado claro bastantes veces. Tenía que hacer algo para parar mi enfermizo enamoramiento por él. Y ese algo se presentó de forma deprimente como mensaje de texto en mi pantalla.

JORDAN: Hola, rubia. ¿Tan atareada en Washington que ya no me hablas? No te preocupes, no lo tendré en cuenta. De hecho, casualmente yo también estoy en Washington. Lo que me lleva a preguntar... ¿Te apetece quedar esta tarde?

—¿Leslie? —escuché que me llamaba Hunter después de que no apartara la mirada del teléfono por largos segundos.

No contesté. Seguía observando la pantalla con una mezcla de confusión e indecisión. ¿Qué estaba haciendo mi exnovio aquí?

—¿Leslie?

—Cállate —conseguí contestarle finalmente a Hunter, aunque mi cabeza seguía atascada en el mensaje de texto.

Pasaron cinco segundos antes de que sintiera el cuerpo de Hunter detrás del mío, cotilleando la pantalla. Ni siquiera hice amago de bloquearla. Había aprendido por las malas que cuando Hunter se empeñaba en algo no había forma de pararle los pies. Nos parecíamos demasiado.

—¿No te enseñaron a respetar la intimidad de los demás?

—Nadie me dice que me calle, Caperucita —se burló, y su pelo me hizo cosquillas en la mejilla—. ¿Qué modales son esos?

Tomé aire despacio. El mensaje de Jordán me había sentado como un jarro de agua fría. Apenas había pensado en él durante las vacaciones, y cuando lo había hecho había sido sin que me importase. Pero ahora estaba aquí. En la misma ciudad que yo.

Maldita sea, estamos hablando del único chico que me ha roto el corazón y está vivo para contarlo. Tenía todo el derecho a mostrarme arisca porque de repente apareciera aquí. Hasta que recordé que, técnicamente, Jordán y yo éramos amigos.

—¿Vas a quedar con él?

Salí de mi ensimismamiento al escuchar la pregunta de Hunter. Me di la

vuelta y ya no estaba sonriendo.

—No lo sé —contesté dudosa, acompañada de un encogimiento de hombros—. Supongo.

Hunter carraspeó, tomándose un tiempo para escoger cuidadosamente sus palabras.

—¿Es el mismo Jordán con el que saliste? —volvió a preguntar, y yo asentí.

—Somos amigos —intenté explicar, aunque sabía que sonaba raro—. Quiero decir, está en mi grupo de amigos. Nat, Zoé...

—Lo entiendo —me interrumpió, demasiado tranquilo—. Así que... ¿quedarás con él?

Alcé los ojos hacia los suyos y los encontré fijos en los míos. Quería decirle que no, que prefería pasar la tarde con él, aunque fuese para besarnos o incluso para estudiar matemáticas. Pero no podía, no sin delatarme delante de Hunter, sin hacerle saber lo que estaba sintiendo por él. Suspiré y comencé a teclear un mensaje de vuelta a Jordán.

—Eso parece.

En el último momento, en un instante de debilidad e inconsciencia, volví a mirar a Hunter y añadí:

—¿Vienes conmigo?

Capítulo 26

—Bueno, y... ¿cómo es Jordán?

En ese momento, revolví mi batido de chocolate con la pajita y miré hacia Hunter pensativa. Estábamos de nuevo en Daniel's, esta vez sin Kara, Harry y sus amigos. Había llamado a Jordán para poder quedar y propuso la idea de tomar algo. Como ese era el único lugar decente que conocía en Washington, decidí darle el nombre y esperarlo tomando un generoso batido. Tal vez el dulce relajase mis nervios.

—¿Leslie?

Parpadeé, dejé de revolver mi bebida y me erguí más en el asiento. Me había evadido del mundo pensando en Jordán mientras miraba a Hunter. Mi exnovio parecía demasiado interesado en verme hasta que lo avisé de que mi hermanastro estaría con nosotros.

—Pues... No sé. Alto, rubio, ojos azules...

Hunter se aclaró la garganta, haciéndome callar. Parecía un poco incómodo.

—Me refería a si es un idiota, no a si se trata de Edward Cullen —explicó pacientemente.

Me mordí el interior de la mejilla y bebí un sorbo de mi batido antes de contestar.

—Edward Cullen tiene los ojos dorados —lo corregí automáticamente—. Además, yo prefiero los morenos.

Apreté los dientes cuando Hunter sonrió sin siquiera tratar de ocultarlo,

haciéndome pensar de nuevo en lo que acababa de decir. Maldición, el chocolate me atontaba.

—Es divertido —dije finalmente, procurando no atragantarme con el batido a causa de su sonrisa de idiota—, pero a veces se pasa de pedante.

—¿Crees que podrías sintetizar un poco más? —ironizó.

Llevé los dedos a la frente y apreté como si estrujara literalmente mis sesos. Tanto tiempo sin pensar realmente en Jordán para echarlo a perder en apenas unas pocas horas.

—Es un prepotente. Sabe que tiene control sobre las personas y también cómo usarlo. Eso, junto con su actitud de chulito, es lo que le resta puntos. Y a veces es un poco niño.

El alzó las cejas, mirándome como si no fuese capaz de creerme.

—No entiendo cómo pudiste salir con él.

—Pues se parece a ti, mira por dónde —le solté sin poder contenerme.

Y era cierto, lamentablemente. Aunque Hunter tenía un punto de chico malo que lo hacía completamente diferente y desmesuradamente más atractivo que Jordán. Claro que quizás eso fuese cosa de mi reciente flechazo por él...

—¿A mí?

—¿Acaso no has oído la descripción que te he hecho? Prepotente, chulito, pijo...

—Yo no soy pijo —se defendió, perdiendo la sonrisa.

—Idiota —apunté, sin poder evitar que una pequeña carcajada se escapara de mi boca.

Hunter molesto era una de las cosas más graciosas del mundo. Hasta que me arrebató el vaso con el batido y bebió un gran sorbo sin que yo pudiese evitarlo. Estúpido Hunter. Estaba a punto de tomar mi bebida de vuelta cuando la puerta del local se abrió y mi mirada nerviosa voló instintivamente hacia ella. Mi pecho se expandió, tembloroso.

Jordán y todo su encanto atravesaron la entrada, luciendo impecable con su cabello rubio oscuro y su chaqueta de fútbol puesta incluso con el calor del verano. Su presencia, caprichosa e insolente, lo llenaba todo, como era costumbre. Incluso el grupo de chicas sentadas a la mesa de al lado dejaron de hablar para comérselo con la mirada. Parecía de película, solo faltaba la música lenta y *sexy* de fondo retumbando en mi cabeza. Y entonces los ojos

azules de Jordán se encontraron con los míos y...

Nada. No pasó absolutamente nada. Entreabrí la boca sin ser capaz de ocultar mi confusión y repentina alegría mientras elevaba mecánicamente el brazo para saludar con la mano. ¡No había sentido nada! Había estado nerviosa por cómo iba a ser volver a verlo después de esos días. Jordán había sido mi primer beso, mi primer novio, el primer chico que me hizo daño y por el cual creé un magnífico muñeco vudú. Pensaba que al volver a verlo una ola de sentimientos me sacudiría, pero... nada sucedió. Estaba tan contenta que podía ponerme a bailar. ¡Había superado a Jordán!

—Tienes razón, no se parece a Edward Cullen—susurró Hunter mientras Jordán se acercaba a nosotros con una sonrisa digna de anuncio de dentífrico—. Se suponía que era guapo.

Me resistí a suspirar yforcé la mirada hacia Jordán, quien finalmente había llegado a nuestro lado. Me levanté con los segundos contados antes de que me sacara de mi asiento y me envolviera entre sus brazos en un gran y fuerte abrazo.

—Vaya, rubia. —Rio contra mi oído, haciéndome cosquillas—. Las vacaciones te han sentado muy bien.

Me separé de él, repentinamente incómoda por su comentario y cercanía, embriagada por su aroma y sintiendo a Hunter observándonos desde la mesa.

—Anda, Romeo, para con el coqueteo —bromeé, dándole un pequeño golpe en el brazo y volviendo a mi silla.

Jordán se sentó a mi lado, con una sonrisa de oreja a oreja en el rostro. Paseó la mirada por la comida, parando unos segundos de más en mi batido de chocolate, hasta que Hunter se aclaró la garganta sonoramente, llamando nuestra atención.

—Ah, sí —comencé a decir atropelladamente—. Él es...

—Así que tú eres Hunter —me interrumpió mi amigo, asintiendo y levantando el brazo por encima de la mesa para estrecharle la mano.

Durante los más largos segundos de mi vida su brazo quedó colgando en el aire, sin que su mano fuera estrechada. Conté hasta cinco antes de que lentamente la bajara, todo ello bajo la atenta mirada de Hunter, que finalmente dijo:

—Así que tú eres Jordán.

IN-CO-MO-DI-DAD.

Moví una pierna por debajo de la mesa para darle una patada en la espinilla. Sus ojos se desviaron finalmente de Jordán a mí, entrecerrados con molestia por mi golpe. Cabecee con disimulo para regañarlo. Le había pedido que viniera conmigo como apoyo moral, no para que tratara con desprecio a mis amigos. Eso, en todo caso, solo podía hacerlo yo.

Además, estaba el hecho de que yo estaba oficialmente loca por Hunter. En todos los sentidos. No podía jugar con mis sentimientos y mi imaginación, haciéndome pensar que actuaba como un novio celoso cuando me había dicho con palabras claras que solo me quería como entretenimiento pasajero. Hablando en plata, dijo que era porque yo «estaba buena».

—¿Sabías que Nat ha aparecido en un anuncio de televisión? —comentó Jordán, y tiró de un mechón de mi cabello para que volviera a prestarle atención—. Ha conseguido escapar de la excursión que sus padres tenían programada gracias a eso.

Tomé otro sorbo de mi batido, que comenzaba a terminarse. Maldición.

—Hace mucho que no hablo con ella. He llegado a pensar que habían vuelto a quitarle el teléfono.

Me sentí un poco mal porque él supiera esa información y yo no. Había pasado los últimos días tan pendiente de Hunter, de las matemáticas y de Harry que apenas había hablado con mi amiga. Hice un apunte mental para rectificar mi comportamiento en cuanto perdiera de vista a Jordán.

Me aparté como pude unos centímetros de él. Sin que me diese cuenta se había colocado muslo contra muslo. También continuaba enredando sus dedos en mi pelo, lo cual me resultaba de lo más incómodo.

—Oye, Jordán, ¿te importaría parar? —le pedí lo más educadamente que pude, sacando el mechón de sus manos—. Sabes que no me gusta que juegues con mi pelo.

En lugar de avergonzarse, que hubiese sido lo más normal, su sonrisa de anuncio de dentífrico volvió a aparecer.

—Eso no lo decías antes, cuando estábamos solos.

Lo mataba en ese mismo momento. Aunque, desgraciadamente, no me hizo falta asesinarlo, ya que el ruido de cristal haciéndose añicos me distrajo.

—¡Oh, santa madre! —exclamé al volverme hacia el frente y ver el vaso

de mi batido de chocolate destrozado y convertido en pequeños fragmentos de cristal esparcidos por el suelo—. ¿Estás bien?

Hunter sacudió una mano llena de bebida. La única opción posible que se formaba en mi cabeza para lo ocurrido era que había tirado el vaso al suelo y al intentar agarrarlo se había ensuciado. Asintió sin mirarme y luego se volvió hacia Jordán para decir:

—Sí, solo se me fue la mano.

Sentí entonces cómo me acaloraba por dentro. El idiota de Hunter... ¡Estaba actuando como un maldito celoso! Pero no tenía derecho a estarlo. Nosotros no éramos nada. La única razón por la que se comportaba de esa manera era porque, como había dicho antes, era un maldito cavernícola celoso.

—Estaba hablando con el chocolate, no contigo, idiota —continué con fingido lamento—. ¡Mi batido!

Hunter se levantó abruptamente y me lanzó una mirada huraña.

—Ahora te traigo otro —murmuró antes de alejarse.

Observé cómo caminaba hacia la barra sin poder apartar los ojos de él. ¿Por qué narices tenía que ser tan atractivo cuando estaba enfadado?

—Podría apostar que tus ojos son más azules que nunca —susurró Jordán de pronto.

Se estaba acercando a mí de nuevo y me incomodaba con la intensidad de su mirada. Lamentándolo en el alma, me giré hacia él y coloqué una mano sobre su hombro, intentando crear un espacio entre ambos.

—Sí, es que he bebido mucha agua —murmuré de forma sarcástica.

Por el rabillo del ojo vi a Hunter observándonos desde la barra. Ya no podían ser imaginaciones mías. No parecía celoso. Estaba celoso. Mi imaginación no hacía más que confundirme. ¿Por qué no podía llevar escrito un letrero en el que me informara de su estado emocional hacia mí? ¡Todo sería mucho más sencillo!

Al final, quedar con Jordán había sido, definitivamente, una mala idea. No tan horrible como pensé en un inicio, pero sí mala. Insistente y pesado como llevaba siendo desde que apareció por la puerta del local, sentí su dedo índice trazar la forma de mi mandíbula.

Mi buen humor inicial desapareció al darme cuenta de que ya no sentía nada por él. Cinco minutos a su lado y entre lo molesto que estaba siendo, la

extraña actuación de Hunter y mis enredados sentimientos, terminé por apartarlo dándole un manotazo.

—¿Acaso la palabra «espacio personal» no tiene cabida en tu vocabulario? —le recriminé alzando la voz—. Deja de tocarme, tirarme del pelo o...

Pero no pude finalizar mi réplica porque, ni corto ni perezoso, Jordán me silenció juntando sus labios con los míos en un casto beso... que terminó con un señor tortazo en su cara, todo sea dicho.

Me puse de pie de un salto. Pisé la mezcla de cristales y batido que había en el suelo y me llevé por delante a un pobre camarero que estaba intentando limpiarlo. Sin embargo, mis ojos solo veían a Jordán. Y menos mal que era así, porque en aquellos momentos gritaban la palabra «muerte».

—Oye —tuvo el descaro de quejarse, con el ceño fruncido y una mano sobre la mejilla donde lo había abofeteado—, ¿por qué me has pegado?

—Oh, lo siento, tal vez debería dejar que me beses cuando te dé la gana —ironicé mientras intentaba conseguir que mi respiración se calmase—. No sé en qué estaba pensando cuando acepté quedar contigo, ¡siempre lo arruinas todo!

Notaba las miradas de las personas del local dirigiéndose atropelladamente hacia nosotros. Incluso el camarero tendido en el suelo había dejado de limpiar para mirarnos. ¿Y sabes qué? Me importaba una mierda.

Jordán se recostó en el asiento y sacó la mano de su rostro, donde una marca roja comenzaba a formarse.

—Oh, vamos, Les. No pretenderás volver con ese tema... Lo dejamos de mutuo acuerdo, no tienes por qué ponerte así.

Apreté los puños con fuerza. Jordán me conocía de sobra, sabía que estaba haciendo duros esfuerzos para no saltar sobre su cara y arañarlo. Quizás eso era lo que quería, que perdiera los estribos, pero no lo iba a conseguir. Tener exnovios para esto.

—Lo dejamos porque no quise acostarme contigo —escupí entre dientes, y bajé la voz para que los indeseados espectadores no pudiesen escucharme—. Tú quisiste dejarlo por eso, y ahora vienes aquí y tratas de besarme. Deberías estar feliz de que no te rompa un brazo, sabes perfectamente que puedo hacerlo.

Quizás fuera el recordatorio de la vergonzosa razón por la que rompimos, o que mi enfado y consternación comenzaron a ser demasiado obvios, o tal vez el hecho de que Hunter llegara y se colocara detrás de mí, imponente, pero el caso es que Jordán abandonó su pose brabucona y se sentó más erguido, mirándome fijamente.

—Vamos, Les. Ambos sabemos que fue una tontería. Ya lo hemos superado y somos amigos. No te pongas así.

Esta vez no tuve que ser yo quien contestara. Hunter tomó mi muñeca y me salvó de enfrentarme a Jordán, prácticamente escondiéndome tras él. Luego lo observó con algo parecido al desprecio y le dijo:

—Eres un capullo.

Acto seguido se giró y volvió a tirar de mí, arrastrándome lejos de la mesa, fuera de la cafetería. No opuse ningún tipo de resistencia. Jordán se levantó y comenzó a seguirnos, llamándome. Estaba a punto de alcanzarnos cuando íbamos a salir, pero entonces Hunter cerró la puerta de cristal con un rápido y fuerte movimiento y golpeó a Jordán de pleno en el rostro.

Contuve una risa malvada cuando lo observé caer al suelo redondo, noqueado por el golpe que había recibido. Se llevó una mano a la nariz, que comenzaba a sangrar. Mi última imagen de él antes de apartar la mirada fue verlo rodeado por las chicas de la mesa cercana a la puerta, tratando de socorrerlo. Idiota. Se lo merecía.

Hunter tiró de mí el resto del camino hasta el coche. Tenía que correr para poder seguirle el ritmo, y como seguía tomándome de la muñeca no podía soltarme ni ir más despacio. Esperé a estar dentro del vehículo para agradecerse.

—Sigo sin entender cómo pudiste salir con él —refunfuñó como toda respuesta, con los ojos clavados en la carretera—. Pensaba que eras algo más inteligente.

Aquello fue como un insulto hacia mi persona. De hecho, me sentí atacada.

—No tengo por qué darte explicaciones —repliqué. Crucé los brazos sobre el pecho, apretando el cinturón de seguridad—. Además, fuiste tú quien dijo que no podíamos controlar de quién nos enamorábamos.

Me mordí el labio inferior mientras lo observaba de reojo. Aquel día, cuando dijo aquello, no estaba para nada de acuerdo con él. En ese momento

quería poder seguir manteniendo mi opinión. ¿Qué había hecho yo mal en otra vida para enamorarme de Hunter?

En el ascensor, estar encerrada en tan pocos metros cuadrados con Hunter hizo que ese medio minuto se convirtiera en los segundos más largos de mi vida.

Fui directamente a mi habitación. Mi padre y Anna aún estaban en el trabajo y Blake parecía no haber vuelto a casa después del picnic. No quería pelear con Hunter, pero tenía la sensación de que siempre terminábamos así, y después de haber discutido con Jordán realmente no tenía ganas de hablar con nadie.

Pero Hunter me siguió hasta mi cuarto.

—¿Es cierto lo que le dijiste? —preguntó sin esperar a que yo tratase de echarlo.

—¿El qué exactamente? —quise saber. Sonaba cansada

Hunter abrió la boca, luego la cerró, me miró dubitativamente por unos segundos y finalmente volvió a abrirla.

—Que lo dejasteis porque no quisiste acostarte con él.

Abrí los ojos instintivamente, tomada por sorpresa. No pensé que fuera a decirme algo así. Acto seguido aparté mi mirada de la suya y me di la vuelta, caminando hacia la ventana. Odiaba hablar de aquellos temas. No me gustaba que los demás me viesen como una persona fácil de herir. A nadie le gusta parecer una muñeca rota.

—Debes pensar que soy idiota... —comencé a decir en apenas un susurro.

—Por salir con un imbécil como él, seguro —me interrumpió, caminando hacia mí—. No me parece una razón aceptable para dejar a alguien.

Nos miramos el uno al otro, con una sonrisa amigable que hizo que mi imaginación volara a ese lugar donde mis sentimientos hacia Hunter eran recíprocos. Sus manos posándose sobre mis antebrazos me sobresaltaron, pero de una manera positiva. Cada vez que él me tocaba, simplemente no quería que parase de hacerlo. Y como si mis sentimientos necesitasen más alteraciones y mi imaginación más carburante, Hunter bajó su rostro hacia mi cuello y susurró en mi oído:

—Si fueses mi novia, nunca te dejaría por algo así.

Capítulo 27

Leslie me volvía loco. ¿Cuántas veces había dicho aquello, incluso en voz alta? Pero era cierto. Me volvía loco, no solo en el sentido estricto de la palabra. A su lado me convertía en un tonto enamorado que haría cualquier cosa por no ver sufrir a la chica que le gusta. Incluso si esa chica es Les. Incluso si esa chica puede insertar su puño en tu cara.

Sabía que a su lado debía contenerme. Les era más niña de lo que pretendía mostrar al mundo. Por dentro era un corderito asustado que daba palos de ciego, intentando encontrar la dirección correcta para su vida. No era tan fuerte como aparentaba. Yo solo tenía un problema. Cuando se trataba de ella, en el momento en que empezaba, no podía parar.

—Si fueses mi novia— continué, posando los labios sobre la curva de su cuello. Dejé un diminuto beso en su piel—, te demostraría cada día lo mucho que vales.

Contenía el aliento y apenas podía escucharla cuando se acordaba de respirar. Estaba nerviosa. Lo notaba en su postura, en su reacción alterada cuando pasé los brazos alrededor de su cintura, atrayendo su espalda a mi pecho.

Regresé mis labios a su oído y volví a hablar.

—Si fueses mi novia, te besaría cada día.

— Hunter...

Besé debajo del lóbulo de su oreja.

—Si fueses mi novia, yo...

Me interrumpí. Ella no lo sabía. No entendía lo que me hacía. Cómo no podía sacarla de mi cabeza. Cómo era mirarla y olvidarme de todo lo demás. Cómo su forma de ser me hacía odiarla y quererla al mismo tiempo. Pero yo tampoco lo hacía. No entendía que estaba perdidamente enamorado de ella.

Leslie se giró en ese momento, librándose de mi abrazo. Me sorprendí al notar que sus ojos estaban brillantes, como si fuese a llorar, pero se hubiese parado a sí misma antes de hacerlo. Ella nunca demostraría debilidad, ni siquiera delante de mí. No había la suficiente confianza, y eso me mataba por dentro.

—Hunter, para —susurró, con voz estable y baja—. No sigas por ahí.

Alcé las cejas y retrocedí un paso, dejándole espacio.

—¿Por ahí dónde?

Fue su turno de alzar las cejas. Leslie era valiente a la hora de enfrentar situaciones incómodas.

—¿Si fueses mi novia? —me imitó. Tragó saliva espesamente y parpadeó—. Hablas como si estuvieses enamorado de mí.

Comprendí lo mucho que me había pasado. Cuando estás cerca de una persona triste sientes la necesidad de consolarla, pero si esa persona es Les... No pude contenerme a mí mismo, y ahora ella me estaba tanteando.

Todo lo que le había dicho, aquellas frases cursis, eran más una declaración que una forma banal de animarla. Estaba tan loco por Leslie Sullivan que ni siquiera era capaz de ocultarlo. Quería a Leslie. La quería como algo más que una amiga. Pero me gustaba hacer las cosas bien, no así. No cuando ni ella misma era capaz de admitir que también sentía algo por mí. Porque, seamos sinceros, podría admitir mis sentimientos en ese mismo momento y no me creería. Probablemente se alejaría de mí.

—¿Hunter? —insistió cuando yo no contesté.

Tomé aire. Lo que estaba a punto de decir en ese momento no le iba a gustar.

—Te lo dije una vez, Caperucita— comencé a contestar, y me acerqué tentativamente a ella—. Estoy loco por ti.

Sus mejillas se sonrojaron, una reacción totalmente inesperada para mí. Eso solo hizo que me acercara más a ella, hasta acorralarla contra la ventana. Mi cavernícola interior, como decía ella, pedía cubrir esas mejillas son-

rosadas a besos en aquel mismo instante. Leslie mantuvo la cabeza alta en todo instante, con sus ojos enganchados a los míos.

Porque piensas que estoy buena —dijo sin ningún tipo de duda en su voz, retándome con la mirada a dar el siguiente paso.

Coloqué los antebrazos contra el cálido cristal de la ventana, donde el sol de la tarde daba de pleno e iluminaba por detrás el cabello rubio dorado de Leslie, formando una aureola brillante frente a mí. Su pecho se apretaba contra el mío y nuestras piernas se enredaban, juntas. Su mirada azul no se alejaba en ningún momento de la mía, creando un insano cortocircuito que estaba calentándome a más no poder por dentro.

Bajé mi rostro hacia el suyo.

—No lo pienso, lo sé.

Sus labios se cerraron y pude apreciar la arruga en su mejilla cuando se mordió el interior de la boca. Mi mirada se enfocó por largos segundos en esa parte de su rostro. Quería enganchar mis dientes en su labio inferior y tirar de él hasta separarlos, que dejara de morder...

¿Qué demonios? Nada me impedía hacerlo.

Leslie exclamó con voz ahogada cuando me deshice en un rápido movimiento de la molesta distancia que nos separaba y apresé su labio con mis dientes. Sus manos se escurrieron entre nosotros y se pararon sobre mi pecho.

—Estoy loco por tus labios —susurré, y rocé mi nariz contra la suya—. Estoy loco por tu piel.

Leslie respiró, inundándome con su aroma. Sus manos bajaron con suavidad y se agarraron con los dedos a los bordes de mi camisa. La sujeté más fuerte contra mí.

—Hunter...

Mi nombre dicho por ella era más potente que el vodka más fuerte.

—Estoy loco por tus ojos —continué, besando la punta de su nariz y mirándola fijamente, —por tu pelo —llevé una de mis manos a las puntas de su melena mientras la otra seguía apresando su cintura. Sentí cómo ella se estremecía en mis brazos, —por tu sonrisa.

Así que, Leslie Sullivan, sí, estoy loco por tu cuerpo.

Supongo que en algún momento ambos perdimos la cordura porque ella me

devolvió un beso que no supe muy bien quién de los dos había empezado. Se aferró a mis abdominales, se sujetó a mis brazos, envolvió mi cuello y me abrazó como si dependiera de mi cuerpo. Se pegó a mí hasta que me harté de todo y la tomé en brazos. La apreté por los bolsillos traseros de sus pantalones y dejé que sus piernas rodearan mi cintura. Retrocedimos sin dejar de besarnos hasta terminar sobre su cama.

No pensé. No hablé. Solo actué. Hundí las manos profundamente dentro de su camiseta y apreté su espalda contra mí. Jugué con el cierre de su sujetador, dejando que su cabello suelto hiciese cosquillas en mi nariz con cada movimiento de su rostro sobre el mío.

Estaba en el cielo, con ella moviéndose sobre mí en cada beso y notando cómo sus manos comenzaban a retirar mi camiseta, cuando el más inoportuno de los hermanos gemelos del mundo decidió toser, apoyado en el marco de la puerta.

—¿Interrumpo?

Leslie dejó de besarme en el mismo momento en el que Blake habló. Sus manos abandonaron mi camiseta, que volvió a caer en su sitio, pero yo no liberé su espalda. Giré mi rostro para poder ver la cara estúpidamente sonriente de mi hermano a través de la cascada de pelo rubio de Leslie. Le lancé una mirada helada, pero eso solo incrementó su sonrisa.

—A ver, no me malinterpretéis, os aprecio mucho a ambos y no tengo nada contra vuestras esporádicas muestras de afecto, pero... ¿qué hubiera pasado si en lugar de ser yo, hubiese sido mamá o el padre de Les quien os hubiese pillado?

Maldición. Odiaba a Blake cuando tenía razón. Dejé que Leslie se zafase de mi regazo y reptase fuera de la cama. Su rostro estaba encendido, no sabía si por vergüenza o por nuestra intensa sesión de besos, y trataba de estirar su arrugada camiseta sin mirar hacia Blake. Notaba mi cara y cuerpo calientes, más de lo normal.

El idiota de mi hermano volvió a hablar.

—En fin, voy a hacer palomitas. ¿Alguien quiere venir al salón a ver una peli?

Tomé un cojín de la cama de Leslie y se lo lancé directo a la cara. Mi hermano lo atrapó al vuelo y me lo devolvió, riéndose una última vez antes de

dejarnos solos. Llevé las manos al rostro. No podía negar que la sesión de besos con Leslie me había encendido, y aquello me dolería después...

La miré, todavía sentado en la cama. Ella seguía de pie frente a mí, pero la seriedad no la había abandonado.

—Vete —dijo de pronto.

Parpadeé. No fue una petición, lo había dicho con demasiada seriedad.

—Leslie... —comencé a llamarla, pero de nuevo me interrumpió.

—No. Vete.

Podía entender que no le gustara ser descubierta por Blake, pero no terminaba de comprender por qué se había enfadado conmigo. Creía que la sesión de besos también le había gustado.

—Leslie— probé a llamarla de nuevo.

Su rostro se alzó hacia mí. Clavó sus ojos en los míos y las palabras salieron atropelladamente de su boca.

—Esto no... No puede seguir así, Hunter. Es mejor que... Déjalo. Da igual. De todos modos no hay nada, ¿no?

Y entonces fue ella quien salió del cuarto, dejándome consternado, sin darme tiempo a decir nada. A decirle que, al menos por mi parte, siempre había habido algo.

Capítulo 28

—Te doy cien dólares.

—No.

—Doscientos.

Suspiré y subí el volumen del televisor.

—He dicho que no.

—Doscientos y un vaso de chocolate —contraatacó, y me arrebató el mando a distancia para silenciar el televisor.

Me volví enfadada, con los brazos en jarras.

—Blake, si quieres intentarlo bien, al menos prueba con cerveza, no con chocolate.

—Pero si a ti te encanta el chocolate.

Suspiré, dándome por vencida, y me senté más erguida en el sofá, con las piernas cruzadas y la espalda contra el respaldo. Mantuve mi expresión lo más seria posible.

—He dicho que no y es que no. No voy a dar más clases particulares con Hunter, lo diga mi padre, lo diga tu madre o lo digas tú. Un no de Leslie Sullivan es un no rotundo.

—¿Y si lo ha dicho Hunter?

Resistí la tentación de volverme hacia él. Sabía que eso no era así. Después de la ardiente sesión de besos en mi habitación, había decidido que ya era hora de poner distancia entre nosotros sí o sí. Apenas habíamos hablado, y de alguna forma nuestra especie de tregua de silencio solo había

incrementado la tensión sexual existente entre ambos.

El mundo me odiaba. O nos odiaba, depende de cómo quieras verlo.

—No sabes de lo que estás hablando... —musité, sin querer iniciar una pelea con el único *horrigeme* que podía permitir tener cerca.

Blake no se daba por vencido con facilidad. Era testarudo cuando quería. Como su hermano.

—Mira, si es por haberos interrumpido el otro día... ¡Lo siento! Pero yo tenía razón, nuestros padres podían volver en cualquier momento y encontraros sabe Dios cómo. ¿Te imaginas la que podría armarse entonces?

No contesté. En su lugar, me quedé mirando la pantalla del televisor a pesar de que no sabía ni de qué iba el programa que estaban dando. Dos días. Llevaba dos días intentando hacer que mi cabeza olvidase a Hunter, y parecía imposible. La culpa la tenían las vacaciones y el estar lejos de mis amigos, o al menos eso había dicho Nat después de que hablase con ella por teléfono en mi empeño de no dejar que la distancia fastidiase nuestra amistad.

—Vamos, Les... No me hagas sentir peor de lo que ya me siento... Al menos intenta hablar con él.

Mordí el interior de la mejilla y maldije. Blake no tenía ni idea de lo que de verdad estaba ocurriendo. No sabía que, mientras que todo era un juego para su hermano, para mí se había hecho real. ¡Ni siquiera sabía por qué había desarrollado esos dichosos sentimientos hacia Hunter!

Me retaba y me sacaba de quicio, pero era un rival digno de enfrentar. A pesar de que conseguía sacarme de mis casillas, también me hacía reír. Y, lo más importante, aunque todo fuese un juego para él, me daba cuenta de que se preocupaba por mí de verdad. De que yo le importaba. Sacudí mis pensamientos y traté de cambiar de tema.

—Si es por la fiesta que Kara va a dar mañana, puedes estar tranquilo. No me hundiré en un vaso de vodka para tratar mi depresión por tener... lo que sea con Hunter.

Ya, no se me daba bien cambiar de tema. Hunter era un tema que, de una forma u otra, volvía a ser recurrente en mi cabeza.

—No es eso lo que me preocupa. Me preocupas tú. Y mi hermano. Ni siquiera habéis tenido una relación y esto parece la ruptura de una pareja consolidada.

Di que sí, tú mete el dedo en la llaga.

—Cállate, Blake.

—Me callaría si fueses a hablar con Hunter —me espetó sin preocuparse en guardar las formas.

—En serio —me volví finalmente hacia él y lo miré fijamente—. Cállate o te teñiré el pelo de blanco mientras duermes.

Me observó largo y tendido con los labios apretados.

—No serías capaz.

—Sí. Lo soy. Y ahora déjame.

Gruñendo, Blake se puso de pie y alzó las manos al cielo. —¡Dios! ¡Mujeres! No se puede hablar con ellas.

Imitándolo, me levanté y me llevé las manos a la cabeza gritando:

—¡Dios! ¡Hombres! No se les puede hacer comprender el significado de la palabra «no».

Volví a sentarme y, cuando Blake me miró resentido, sonreí y le saqué la lengua, pero mi humor desapareció tan pronto como vi a Hunter parado en la puerta del salón, mirándonos directamente. Sentí la sonrisa deshacerse de mis labios, que regresaron a una posición tensa, como habían estado desde nuestra especie de discusión dos días antes.

Blake se dio cuenta de que yo miraba más allá de él y se volvió para encontrar a su hermano en la puerta. Hunter le hizo una especie de señal, uno de esos meneos de cabeza que se hacen los chicos entre sí y que por lo visto dicen más cosas que una frase con palabras.

—Genial, me alegro de que al menos haya conseguido convencer a uno de vosotros —exclamó, y salió del salón, atreviéndose a dejarme sola con su hermano.

Salir corriendo no iba a servir de mucho esta vez. Si era sincera conmigo misma, debía aceptar que poner fin a mis sentimientos por Hunter dejando de hablarle no era la mejor solución. De hecho, ni siquiera era una solución. No servía absolutamente de nada, y ni siquiera era una actuación madura por mi parte.

Dejarle las cosas claras sería lo mejor. Sin embargo, ahí estaba, apretando con fuerza los labios por mi estúpido nerviosismo. Odiaba todo lo que tenía que ver con el amor, ese terreno resbaladizo que se me escapaba. Hunter se

sentó a mi lado. Sus ojos oscuros quedaron a la altura de los míos.

—Tenemos que hablar —dijo con sencillez. Como si fuera tan fácil.

Notaba mi cuerpo extrañando su cercanía. Ufff, quería besarlo de nuevo. Me picaban los labios de las ganas que tenía de envolver mis brazos alrededor de su cuello y volver a sentir el tacto de su boca. Pero también quería más que eso y sabía que él no iba a dármelo. En su lugar, saqué mi caparazón protector, tratando de aislar y callar la voz de mis sentimientos para enfrentarlo.

—No estamos yendo a ninguna parte, Hunter —murmuré, más débil de lo que había pretendido, pero suficiente para que pudiera escucharme—. Nosotros no...

Nosotros nunca seremos nada.

—Me dijiste que nada de sentimientos —arremetió, como si pudiera leerme el pensamiento—. Acordamos que era para divertirnos.

Sentí una pequeña punzada en mi interior, pero no aparté la mirada ni un solo segundo. Hacer esto no solo era incómodo, también dolía. Y sabía que no olvidaría nunca ese momento, porque si duele, se graba en tu mente para siempre. Así de masoca es la mente humana.

Esperé unos segundos más, por si añadía algo. Por si me complacía y decía que él tampoco estaba conforme con el juego, que también quería más. Incluso me conformaba con menos, con un simple gesto como tomarme de la mano o reconfortarme. Pero nada más pasó, lo que significaba que yo era la única idiota de los dos que había roto las reglas.

Era la única que se había enamorado penosamente del otro.

—No quiero seguir más con esto, Hunter. —Las palabras salieron débiles de mis labios, pero en mi cabeza rebotaban como si no pudiera terminar de creer que finalmente las estuviera diciendo—. Se acabó.

Blake tenía razón. Para no haber tenido una relación, aquello parecía una ruptura de verdad. De reojo vi su mano moverse y, por unos segundos, creí que finalmente iba a tomar la mía. Pero su mano se quedó ahí, en el aire, y volvió a bajar a su regazo.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué de pronto decides que no?

No sabría decir si estaba enfadado, molesto o irritado. No parecía ninguna de las tres cosas, y al mismo tiempo un poco de todo.

Nerviosa, contesté lo primero que se me vino a la cabeza.

—Porque somos hermanastros.

Porque me he enamorado de ti y no quiero que me rompas el corazón.

—Nunca pareció importarte —contraatacó.

Touché.

—Las cosas entre nuestros padres no están yendo bien —argumenté, en lo que me pareció una respuesta bastante consistente—. Si descubren que nosotros nos damos el lote, no creo que mejoren.

Eres el primer chico que realmente me gusta y no quiero que me hagas daño.

Sus ojos brillaron. No entendía por qué se empeñaba en o que no tenía futuro. Si tan interesado estaba en divertirse con una chica, podía buscar a alguien más.

—De nuevo, no creo que eso realmente te importe.

Me sentí un poco herida. Hacía un mes no me hubiese importado lo más mínimo. Hacía un mes me había enfadado muchísimo por su llamada de atención. En esos momentos, sin embargo, su madre y mi padre me importaban mucho más que antes. Quizás no lo hubiese demostrado abiertamente porque era bastante torpe a la hora de abrir mis sentimientos a los demás, pero los quería.

Tragué saliva, manteniendo la compostura sin dejar de mirarlo. Estar haciendo aquello me dolía y sentía un nudo en el estómago, un dolor extraño al respirar. Pero no podía dejarlo. No podía dar pie a que algo más siguiera ocurriendo entre Hunter y yo. No quería ser de esa clase de masoquistas que se hacían daño a sí mismas sin intentar siquiera olvidarse del chico.

—Tú no sabes lo que me importa. Quiero a mi padre y a tu madre.

Y a Blake. Y a ti. Déjame olvidarme de ti antes de que sea demasiado tarde.

Sus ojos siguieron penetrando en los míos, haciendo que mi alma se sintiese desnuda frente a él, pero el brillo en su mirada decía lo que luego dijeron sus palabras:

—Esto no ha terminado aquí.



—Pues, sinceramente, no te entiendo.

Entrecerré los ojos en dirección a Harry, pensando en si sería buena idea volver a intentar tirarle el helado a la cara. La última vez no salió muy bien, y en aquellos momentos no me apetecía escapar de un señor que me intentase echar la bronca. Aunque, pensándolo bien, estábamos sentados en la acera frente al portal de casa. No parecía haber ningún peligro allí.

—Tú entiendes muy pocas cosas —me quejé, y estiré las piernas. Mi pie chocó contra el suyo.

Harry puso los ojos en blanco y guardó su teléfono móvil en el bolsillo. Necesitaba helado y un amigo comprensivo a mi lado, solo que este último no parecía funcionar exactamente como había esperado.

—Lo que pasa es que no veo el problema.

—¡Que me gusta Hunter! —le chillé, echándome hacia delante y tirando parte del helado, que se había deshecho—. ¿Cómo es posible que no veas el problema en esta ecuación?

Yo hablando de problemas y ecuaciones. El verano me había sentado demasiado mal.

—Entonces solo tienes que decírselo.

Lo miré mientras valoraba si realmente se había vuelto loco. A veces tenía la sensación de que no me escuchaba y que vivía en su propio mundo feliz.

—¿Y qué tal pintarme la cara de colorines y subir una canción a YouTube pregonándole mi amor? —contraataqué de forma sarcástica—. Sería un suicidio en toda regla, sabes cómo es Hunter.

—En realidad no —negó él, apretando los labios y mirando mi tarrina de helado con ojos golosos—. Recuerda que intentó pegarme, y eso que apenas hemos hablado. ¿Me das un poco?

—Quiso pegarte —lo corregí, refunfuñando cuando tomó mi helado—. Hay una gran diferencia.

Doblé las piernas y hundí la barbilla entre las rodillas. Cuando llegué a principios de verano a aquella ciudad, me prometí a mí misma no enamorarme. Quizás fue porque ya sabía que algo pasaría con los *horrigemes*. Y fallé estrepitosamente, como en todo.

—Si se lo digo, solo el diablo sabe cómo reaccionará —me quejé, volviéndome hacia mi amigo, que continuaba tomando provecho de mi helado

—. Te lo vas a acabar, déjame un poco.

Harry apartó la tarrina de su cara hacia el otro lado, sin dejar que yo lo tomara de vuelta. Supe que quería hacerme reír cuando me guiñó un ojo y movió la cabeza negando, haciendo que sus rizos bailasen de un lado a otro.

—Ya tomaste mucho.

—Harry... —le advertí tentativa, aunque en realidad me estaba riendo.

—En realidad lo hago por tu bien. Si comes mucho, te pondrás gorda, y nadie quiere eso.

Me abalancé sobre él sin perder el tiempo, tratando de recuperar el dulce.

—Si me pongo gorda, serán kilos de belleza helada, así que merecerá la pena.

—Y azúcar —se burló él cuando finalmente tomé la tarrina.

Le saqué la lengua mientras me acomodaba la camiseta con la mano y sostenía el helado con la otra.

—Por cierto, te iba a preguntar, respecto a la fiesta que Kara organiza mañana...

Harry siguió hablando, pero mi cerebro medio colapso cuando me di cuenta de que, metros más adelante, Blake y Hunter avanzaban directos hacia donde estábamos, dispuestos a volver a casa.

Claro, Leslie, porque el mejor lugar para huir de tus hermanastros y no verles la cara es sentarte frente al portal de casa. Felicidades por tu ingenio.

La mirada de Hunter se encontró con la mía y una conversación silenciosa pasó de sus ojos a los míos. No necesitaba más señales que una mirada suya para saber que quería continuar con la conversación que habíamos dejado a medias por la mañana.

El pánico me inundó como un tsunami. Harry sacudió una mano delante de mi cara para llamar mi atención.

—¿Leslie? ¿Les?

Por el rabillo del ojo miré a Hunter. Acababa de volverse para decirle algo a Blake...

—Perdóname por esto —susurré.

Y antes de que mi amigo pudiese decir nada, estampé mis labios contra los suyos.

Capítulo 29

Nunca pensé que diría esto, por múltiples y diversas razones, pero besar a Harry fue raro. Me arrepentí en el mismo momento en el que nuestros labios chocaron, por eso no intenté más que un casto roce. Además, él no se movió, tomado por sorpresa y prácticamente sin saber cómo reaccionar.

Entendedme, no quería la saliva de mi amigo en mi boca, solo con pensarlo me estremecía, pero necesitaba alejar a Hunter de mí, y dado que yo no tenía la suficiente fuerza de voluntad para hacerlo, tal vez si lo espantaba, él haría el trabajo sucio. Pero no resultó tal como esperaba.

—¿Qué estás...?

Mi pregunta, prácticamente chillido, quedó cortada cuando el aire salió de mis pulmones por los brazos de Hunter aplastando mi abdomen. Antes de que pudiera intentar volver a preguntar, me dio la vuelta y me cargó como si yo fuese un saco de patatas sobre sus hombros.

—¡Hunter! —gritó Blake.

—¡Les! —gritó Harry.

—¡Bájame, pedazo de energúmeno! —grité yo.

Traté de dar un puñetazo en su espalda. Mi cabello caía y la sangre comenzaba a bajar a mi cabeza. Eso, más lo que me estaba revolviendo, acabaría por conseguir que me marease.

—¡Blake! —lo llamé, reclamando algo de ayuda mientras no dejaba de patalear y dar puñetazos en la espalda de Hunter—. ¡Haz algo!

En su defensa diré que al menos lo intentó.

—Hunter, así no se solucionan las cosas.

El chico se giró y yo tuve que colocar las manos sobre su espalda para poder inclinarme y mirar también a Blake.

—¿Se te ocurre una idea mejor? —Quise asesinarlo cuando vi que se quedaba callado—. Eso pensaba.

Acto seguido comenzó a caminar hacia el interior del portal, conmigo todavía sobre los hombros. El hueso de su clavícula se estaba clavando en mi estómago y comenzaba a hacerme daño. Además, me costaba respirar.

—¡Bájame! —grité entre bocanadas de aire y más golpes—. ¡Bájame o me pongo a gritar!

—No tengo problemas en callarte la boca —murmuró él, aunque apenas pude escucharlo.

Sin poder creérmelo, observé cómo Hunter me llevaba dentro del portal y cómo Harry y Blake se quedaban fuera, sin hacer nada por evitarlo. Pensé que, como última esperanza, los vecinos escucharían el eco de mis protestas y saldrían a ver qué estaba pasando... Pero no ocurrió. Además, Hunter usó el ascensor, que parecía estar arreglado solo cuando yo no lo necesitaba.

—¿Quieres hacer el favor de bajarme? —traté de pedir, con lo que me pareció un tono bastante calmado dada la situación, una vez dentro del ascensor—. No puedo respirar, tu hombro se clava en mi estómago.

—Entonces deja de hablar gruñó él.

Refunfuñé algo incoherente porque realmente no podía hacer mucho, así que me limité a colocar los codos contra su espalda y adoptar una pose aburrida mientras me seguía transportando hacia nuestro piso, o al menos eso pensaba yo. Pronto me di cuenta de que pasábamos de largo.

—¿Dónde me llevas? Por si no te has dado cuenta, nos hemos pasado el sexto piso.

Hunter intentó acomodarme un poco mejor en su hombro, pero solo consiguió taladrar mi estómago y necesité toser un poco para estabilizar el nivel de aire en mis pulmones. Eso debió de dejarle claro que la posición no era nada cómoda para mí, porque con otro movimiento me bajó de su hombro y me sujetó acunándome entre sus brazos.

Lo que fuese menos dejarme sobre suelo firme, por lo visto.

—Vamos a la azotea —gruñó, y comencé a notar en sus facciones el

esfuerzo que estaba haciendo por cargarme—. Así podremos hablar tranquilos.

Me removí, pero él apretó las manos sobre mi cintura y mis piernas, acercándose más a él.

—Puedo moverme por mí misma, ¿sabes? —apunté, ya cansada de aquel juego—. Además, no voy a salir corriendo, si es lo que tanto temes.

Sus ojos bajaron a los míos al tiempo que las puertas del ascensor volvían a abrirse y Hunter finalmente me dejó en el suelo. Hice equilibrios hasta estabilizarme de nuevo y salí al rellano con él. La tentación de irme corriendo era muy fuerte, pero ya que se había tomado las molestias de hacer un intento de secuestro, como mínimo lo escucharía. Siempre podía darle una patada y salir corriendo.

Subimos unos pocos peldaños más, en silencio. Él iba primero y abrió la puerta de la azotea para que yo pasara. Lo miré sin saber muy bien si lo hacía para asegurarse de que entraba y no lo dejaba allí encerrado o por educación.

Me dirigí al borde del edificio, donde solía sentarme cuando subíamos a dar las clases de matemáticas allí arriba y quería distraerme. Me senté sobre el alféizar con las piernas hacia dentro y me enfrenté a Hunter. Vi la tensión en sus músculos faciales. A él no le gustaba que me sentara allí. Tenía muy poca fe en mi equilibrio y siempre decía que podía caerme.

Tal vez por eso fuese tan divertido. Sin embargo, en aquel momento no dijo nada. Se limitó a acercarse a mí y encararme. Cuando pensé que todo el asunto de secuestrarme había sido para nada, él finalmente habló, mirándome fijamente.

—Dilo.

Parpadeé confundida, me esperaba otra cosa. ¿Me había perdido algo?

—¿El qué?

—Dime que prefieres a Harry antes que a mí.

Empezaba a comprender por dónde iban los tiros, pero igualmente volví a repetir:

—¿Qué?

Alguien le había dado con un palo en la cabeza. Quizás Blake lo había envenenado. Aunque parezca bueno, no es una mosquita muerta. Podía esperarme cualquier cosa de ellos.

—Di que no quieres volver a besarme.

Alejé mi cuerpo de él, echándome hacia atrás, lo que fue una mala idea, ya que estaba sentada en el borde y sentí un repentino vértigo al colgarme en el aire. Hunter lo notó y me tomó de los antebrazos, juntándonos. Eso tampoco fue buena idea.

—Dilo —repitió, y yo tragué saliva abruptamente. Mis ojos se deslizaron fugazmente hacia sus labios.

Volví a parpadear, esta vez para poder fijar mi mirada a la suya. Sus ojos también habían bajado a mis labios.

—Leslie...

Carraspeé. No es una acción especialmente *sexy*, pero ayuda a aclarar las ideas.

—No tengo nada que decir —contesté después de un rato, más a la defensiva de lo que pretendía.

—¿Por qué no lo admites de una vez, Les?

Pasé por alto el hecho de que me había llamado Les y no Leslie, lo cual era bastante extraño, aunque no fuera la primera vez, y mantuve la cabeza en alto, fijando nuestras miradas. Notaba cada uno de sus dedos posados en mis antebrazos, picando sobre mi piel, llamándome para que los tocara.

No tengo nada que admitir.

—Cabezota...

Aquello salió en una especie de susurro arrastrado por la risa, pero lo más alarmante fue que comenzó a acercar su rostro hacia el mío y que por el empuje de sus manos en mis brazos yo también me estaba acercando a él.

Sabía que si lo besaba no podría negarlo por más tiempo. Salté de la azotea hacia delante, librándome de sus brazos y tratando de marcar una distancia de seguridad entre los dos. No entendía por qué Hunter me estaba retando así.

Quizás yo le gustase también, era una posibilidad. Al fin y al cabo, el roce hace el cariño. Pero entonces él, con toda la seguridad que tenía siempre, ¿por qué no me había dicho nada?

—Leslie...

Sacudí la cabeza. No estaba siguiendo el camino adecuado para alejarlo.

—Déjame en paz, Hunter —le advertí, y le apunté con el dedo índice—.

Dije que se acabó, ¿por qué te cuesta tanto entenderlo?

Deseaba escuchar un «porque no quiero que se acabe», un «porque tú a mí también me gustas», pero nada de eso salió de la boca de Hunter. Lo que dijo, en cambio, me dejó helada.

—¡Porque quiero que admitas que te gusto! —me gritó, y un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Me quedé plantada en el sitio, con la boca abierta, mientras él me miraba ofuscado.

¿Cómo se había dado cuenta? ¿Tan obvia había sido? Me había llevado arriba a la azotea para abordarme, pero bien podría haber utilizado cualquier otro momento. Me había crispado los nervios para hacerme confesar. Todo al estilo Hunter.

Apreté los puños y mordí con fuerza cuando él se acercó un poco más a mí.

—Te gusto, Leslie Sullivan. No trates de negarlo.

Y por mucho que me molestase, aquella era una de esas veces en las que no sabía qué contestar. Odiaba esos momentos, pero mi mente se había quedado en blanco por la presión. Quería salir con una respuesta ingeniosa, pero sabía que no vendría a mi cabeza hasta minutos después, una vez que la conversación hubiese terminado. Hunter se acercó un paso más.

—Dilo, Leslie. Dime que te gusto.

Tragué saliva, tratando de obligar a mis articulaciones a responder. No había razón alguna para que lo admitiera, excepto para terminar de una vez por todas con todo ese asunto.

Otro paso más y Hunter estuvo frente a mí.

—Dime que... —comenzó a decir, pero esta vez no lo dejé acabar.

De perdidos al río. De cabeza y a gritos.

—¡Está bien! ¡Me gustas!

Hunter abrió los ojos, quizás porque en el fondo no se esperaba mi confesión, quizás porque lo asusté al gritarle a la cara. Entonces algo se apoderó de mí, como si fuese una niña pequeña pidiendo un caramelo, y no hice más que repetirlo.

—¡Me gustas! ¡Me gustas! ¡Me gustas! ¡Me gustas! ¡Me gustas!

Sentí mi pecho hincharse y deshincharse muy rápidamente. En algún

recodo interior de mi imaginación me había dejado llevar y había llegado a pensar que si Hunter actuaba así, era porque también sentía algo por mí. Pero, entonces, ¿por qué se quedaba mirándome mientras le confesaba mis sentimientos a gritos? ¿Por qué no decía nada?

Porque es Hunter Harries y probablemente nunca cambiará. Sabía cómo era él desde siempre. No exactamente un mujeriego, pero sí un idiota. Uno de esos chicos, como Jordán, que se dedicaban a gastar bromas y a fastidiar a los demás. Uno de esos chicos que en realidad no se tomarían nada en serio. No me tomaría en serio a mí, y por eso detestaba haberme enamorado de él.

—Me gustas... —susurré por última vez, después de un largo silencio.

Y el silencio continuó. Asustada, comprendí que la ansiedad que estaba notando por dentro era el preludio que anunciaba el llanto. No iba a dejar que me viese llorar. Me di la vuelta y salí corriendo. Sí, hui como una cobarde. Pero prefería que pensara que soy débil a llorar delante de él y demostrárselo.

Capítulo 30

—No —dijo Blake a mi espalda—. Tú sí que no.

Y acto seguido me quitó la botella de vodka de la mano.

—¡Oye! ¡Eso era mío!

Me giré en la silla de la cocina de casa de Kara. Me miraba con el ceño fruncido y una expresión de amigo sobreprotector que no me gustaba nada. Blake, como *horrigeme* que era, no podía comportarse como el más sensato de los dos.

—Técnicamente es de la madre de Kara, porque es su despensa la que has asaltado.

Hice un mohín con la boca y murmuré algo sobre Kara dándome total libertad para invadir la licorería privada de su madre. De todos modos, lo hacía por mi propio bien.

No había hablado con Hunter desde que salí huyendo de la azotea después de confesarle lo que sentía por él. De hecho, no lo vi porque agarré mis cosas y me fui a dormir a casa de Kara. Y ahora, al día siguiente, en la fiesta, sabía que iba a verlo. Es decir, ya había un puñado de personas que no conocía revoloteando por el salón y la cocina, tomando cervezas y jugueteando con el equipo de sonido, pero aun así sabía que vería a Hunter. Y no tenía idea de qué podría pasar.

No es que no soñara con que se lanzara sobre mí cual el cavernícola que era para besarme y decirme que yo también le gustaba, pero... hablamos de Hunter. Tuvo tiempo de hacerlo cuando le grité a los cuatro vientos lo que sen-

tía. Y esa vergonzosa acción es lo que me llevó a agarrar la botella de vodka.

—¿Por qué no usas un vaso como mínimo? —me reprochó Blake, intentando alejar la botella de mí mientras yo me levantaba y luchaba por arrebátarsela.

—Esto lo hace más dramático. Quiero dramatismo. ¡Déjame ahogar mi pena en alcohol, Blake!

El negó y subió la botella más arriba, sobre su cabeza, donde yo no alcanzaba.

—Esto no tiene sentido —protesté—. ¡Ni siquiera he empezado a beber!

—Mejor —razonó él, siguiendo con su actitud sensata—. Eres menor y, como tú misma has dicho, en estado de depresión. Además, el alcohol no arregla ningún problema, en todo caso solo los empeora.

—Yo no dije depresión —farfullé.

Se llevó una mano a la barbilla, como si estuviera pensativo. Seguía manteniendo el vodka lejos de mí.

—No, pero usaste las palabras dramático, dramatismo, pena y alcohol. No sé a ti, pero eso a mí me suena a depresión y mala combinación.

Di una patada al suelo, levemente cabreada.

—¡Devuélveme la botella, Blaidioto!

—¿Qué?

No pude evitarlo, y me eché a reír. No pretendí que aquello saliera así. El pareció relajarse un poco más frente a mí.

—Quería insultarte, pero la lengua se me trabó.

Alzó las cejas, aunque también parecía estar a punto de reír.

—¿Blai...? ¿Qué demonios querías llamarme, Les?

Apreté los labios, conteniendo una sonrisa.

—Blake, idiota y... ¿o?

—A ver si lo entiendo... ¿Querías usar Blake, mi nombre, como insulto?

La risa finalmente terminó de escapar.

—Sí.

El negó, y durante unos segundos conseguí relajarme. Pero ver a Blake me recordaba a su hermano, quien también estaría en la fiesta, y mi depresión regresó. Sí, he dicho depresión.

—Ya, Blake, devuélveme la botella —pedí.

—¡No! —se negó, y volvió a sujetarla sobre nuestras cabezas.

Me vi forzada a usar mi arma final. Una chica tiene que hacer lo que tiene que hacer, así que le hice cosquillas, obligándolo a doblarse y por ende a bajar los brazos.

—Mío —dije cuando el vodka estuvo a mi altura.

Luego me reí diabólicamente, tomé la botella de sus manos y eché a correr lejos de él antes de que me atrapara. Hasta que me choqué de pleno contra Harry a la entrada de la cocina. Mi amigo gritó, yo grité, y ambos terminamos en el suelo.

—¡El vodka! —exclamé alarmada. Me levanté de encima de él, que había terminado aplastado bajo mi peso.

—¿Vodka? —repitió Harry, girando en el suelo para poder levantarse.

Me puse de pie rápidamente y me encontré con el inevitable desastre frente a mí.

—¡Se rompió!

—¿Cómo se pudo haber roto una botella de vodka? —preguntó él extrañado—. Esas botellas son muy resistentes.

Me volví con los brazos en jarras y molesta por mi reciente pérdida.

—¿Cómo no has podido pararme cuando iba lanzada contra ti? —repliqué—. Eres más flojo de lo que parece.

—Y tú más pesada.

—Idiota.

—Boba.

—Escarola.

El negó con la cabeza ante mi pésimo insulto.

—Tener amigos para esto...

Sonreí y le pasé un brazo sobre los hombros, con cuidado de no pisar los trozos de cristal empapados en vodka.

—Yo también te aprecio, Barrie.

El lanzó un lamento, pero sabía que en el fondo lo divertía. De no ser así, no estaría sonriendo.

—Venga, vayamos a por un trapo para limpiar este desastre antes de que Kara se entere y nos la carguemos.

Asentí y ambos nos dirigimos a la cocina a por unos cuantos trapos de tela

y bayetas húmedas para limpiar lo mejor posible el estropicio antes de que los demás invitados lo pisotearan. Por suerte Kara estaba sentada en el sofá hablando con unas chicas y no se percató de nosotros.

—Oye, Harry... —comencé a decirle una vez que todo estuvo limpio, mientras tiraba el último trapo con cristales rotos al cubo de la basura—. Creo que te debo una disculpa.

Me mordí el interior de la mejilla y lo miré levemente azorada. No había tenido un comportamiento muy maduro el otro día. El solo sonrió.

—¿Disculpate? ¿Por besarme? Nena, eso estuvo genial.

Abrí los ojos, alarmada por varias razones. Uno, me llamó nena. Nadie me llama nena. Dos, dijo que fue genial. No me gustaba cómo sonaba. Tres...

—¡No me gustas! —exclamé, y me llevé una mano al corazón—. ¡Fue para huir de Hunter! Por favor, no me digas que ahora yo te gusto a ti...

Entonces mi amigo comenzó a reír con descaro. Incluso se agarró el estómago con los brazos, doblándose por la mitad mientras lo hacía.

—Tendrías que haber visto tu cara —consiguió decir entre carcajadas después de un buen rato en el que me dejó luciendo una preciosa cara de póker—. Por favor, mujer, que tampoco sería el fin del mundo.

Iba a matarlo...

—Tienes cinco segundo para huir... —comencé.

Harry intentó dejar de reír, pero no lo consiguió.

—Cuatro... —continué.

—Era solo una broma, Les. Tú también me aprecias, ¿recuerdas?

Intensifiqué mi mirada sobre él.

—Tres...

—Vamos, si a mí me gusta Kara.

Bueno, eso era nueva información. Ahora solo necesitaba hacer que ella confesara para que todos fuesen felices y comiesen perdices.

—Dos...

Finalmente Harry retrocedió un paso, comenzando a asustarse.

—No puedes ir en serio.

—Uno...

Llevado por el instinto de cordura y un poco del de supervivencia, se dio la vuelta y empezó a correr. Ahí fue mi turno de reír.

—Me pregunto qué pensó que ibas a hacerle... —dijo alguien a mi lado.

Oh, oh. El momento que tanto había temido por fin llegó y, muy lentamente, me giré para encontrar a Hunter parado junto a mí. Mis ojos lo recorrieron desde la punta de los pies hasta el último mechón de la cabeza. Iba vestido con unos pantalones vaqueros oscuros. La pernera estaba algo rota en esa parte donde roza contra el suelo y la zapatilla. Su camisa era oscura, con el último y el primer botón desabrochados, lo que dejaba entrever un cinturón blanco de tela y el inicio de su pecho.

Yo había tocado ese pecho. Y luego su rostro... Estaba enfocado directamente hacia el mío, sereno. Tragué saliva. Esta vez no iba a salir corriendo. No había conseguido tomar mi ración de vodka, pero me enfrentaría a lo que fuera. Estaba preparada para cualquier cosa. Contuve el aliento, pues parecía que me había vuelto repentinamente muda, y observé cómo Hunter abría la boca para comenzar a hablar.

—Leslie, yo...

—¡Eres un cerdo!

Me sobresalté cuando, seguido de tal grito, escuché un fuerte «¡pum!». Sin olvidarme de la presencia de Hunter a mi lado, porque, francamente, me era algo difícil de obviar, comencé a buscar entre la gente el origen del insulto.

La música se cortó cuando otro golpe más resonó, y entonces pude escuchar claramente los gritos y sonidos de una pelea cuerpo a cuerpo. Sin embargo, no podía ver nada, ya que los invitados se habían reunido en torno al lugar donde la acción estaba sucediendo.

Yo también fui, junto a Hunter, pero por otras razones. Aquel grito inicial me pareció...

—¡Te voy a romper esos dientes de gilipollas que tanto te empeñas en lucir y te los haré comer uno a uno!

Y de nuevo otro fuerte «¡pum!». Solo que esta vez no hubo lugar a dudas. Aquel grito de guerra, definitivamente, pertenecía a Blake.

Capítulo 31

Ya lo había dicho antes. Blake parece muy modosito, pero un *horrigeme* siempre es un *horrigeme*. Incluso si te hace pensar que él es el sensato.

—Maldición...

Observé de reojo cómo Hunter se movía hacia la acción, porque en realidad no podía apartar la mirada de la pelea. En alguna otra ocasión me habría unido a la parte de la muchedumbre que animaba con sus gritos, pero Blake me importaba y parecía llevar las de perder.

Ahugué un grito cuando el chico rubio le insertó una patada a traición en la espinilla. Madre santa, ni siquiera sabían pelear, pero eso parecía doler. Gran parte de las personas de la fiesta se habían reunido en torno a ellos. Estaba rodeada por gente que me empujaba y se ponía de puntillas para ver mejor. Se escuchaban gritos de ánimo, abucheos, alguno preocupado porque se le había derramado el alcohol y, a lo lejos, a Kara tratando en vano de llamar la atención e imponer orden.

No fue hasta que Hunter se puso en medio e hizo un placaje al rubio que la cosa comenzó a mejorar. El chico se revolvió, pero ya estaba algo cansado por la lucha y Hunter pudo con él. Un par de amigos salieron, pero en lugar de ayudarlo, lo miraron con mala cara y terminaron por llevárselo a rastras del lugar. Supongo que nadie quería pelear.

Cuando la multitud se dispersó lo suficiente para que pudiera moverme sin pisar espaldas, me abrí paso hasta llegar a Blake.

—Tu instinto de supervivencia pende de un hilo —murmuré al observar su

cara hinchada y la sangre en su nariz—. Ese tipo era más grande que tú.

Me lanzó una mirada cansada y acto seguido se desplomó en el suelo, de forma que tuve que agacharme para poder escuchar.

—No estoy para bromas, Les.

Blake el serio volvía de nuevo. Pues lo siento, amigo, pero no puedes iniciar una pelea en una fiesta y luego dártelas de tranquilo.

—¿Quién era ese chico? —pregunté, aprovechando que Hunter estaba hablando con Kara.

—Te dije que no quiero hablar de eso, Les.

Hice un mohín con la boca. Esa no era la respuesta que quería.

—Pero hizo que te enfadaras, y generalmente cuesta mucho hacerte enfadar. ¿Por qué te has peleado?

Respiró profundamente antes de volverse hacia mí con los músculos del rostro apretados.

—Si sigues por ese camino, conseguirás verme enfadado de nuevo.

Me dejé caer en el suelo, lo cual no fue precisamente una buena idea, ya que estaba pegajoso por las bebidas derramadas y las pisadas de los invitados. Hombres. Son todos unos idiotas.

—Kara está desalojando a la gente. Es hora de que nos vayamos también a casa.

Aquella era una de las pocas veces en mi vida en las que estaba de acuerdo con Hunter. Me incorporé, sintiendo mis manos pegajosas y sin querer tocar más parte del suelo, no fuese que hubiese cristales. Hunter tomó mi brazo como refuerzo, aunque realmente no hizo falta. Mi estómago dio un vuelco y dudaba que tuviese algo que ver con la pelea.

—Yo me quedo con Kara —argumenté mientras Hunter me soltaba y ayudaba a un herido Blake a incorporarse—. Así la ayudo un poco a limpiar esto.

Ambos asintieron. Aquel parecía el día en el que Hunter y yo íbamos a estar de acuerdo en todo. Quizás si estiraba un poco más mi suerte...

—¿Llevaríais a Harry a casa? Creo que vino en metro. O bus.

Blake asintió, pero la acción lo obligó a hacer una mueca dolorosa. Había recibido una buena paliza, aunque el otro chico también se llevó sus golpes. Me iba a quedar con la duda de qué demonios había pasado entre ellos,

maldita sea. Por otro lado, Hunter gruñó.

—Entonces puede volver en metro o bus sin problemas.

Me mordí el interior de la mejilla tratando de no reír, porque era culpa mía. Hunter iba a odiar a mi amigo de por vida.

—Pero vais al mismo sitio —insistí—. ¿Qué problema hay?

Sus ojos se achicaron sobre mí y mordí la mejilla con más fuerza.

—Lo sabes perfectamente, Les.

Alcé las cejas con sorpresa, sin hacer caso a su tono duro.

—¿Me has llamado Les?

No era la primera vez que lo hacía, pero no dejaba de sorprenderme. Él había dicho una vez que no quería llamarme de la misma forma que lo hacían todos los demás.

Hablando del rey de Roma, Harry apareció junto a nosotros.

—Me voy a casa, mi madre va a venir a por mí —explicó con un tono que dejaba entrever lo poco que le gustaba tener a su madre como taxista—. ¿Qué vas a hacer tú?

Lancé una mirada a nuestro alrededor en busca de Kara. Estaba recogiendo unas botellas de cerveza del suelo.

—Me quedaré a ayudar. Además, Kara es una de esas personas que se despierta de buen humor por las mañanas. Y hace galletas.

Harry rio y luego me dio un abrazo rápido de despedida. Parecía que iba a darme un beso en la mejilla, pero se paró a medio camino cuando Hunter se aclaró la garganta misteriosamente. Era un maldito cobarde.

Cuando mi amigo se fue, Hunter se volvió hacia su hermano, posando una mano en su hombro.

—¿Todo bien?

Blake parecía medio ido, como si tuviera la mente en otra parte, así que me sorprendió gratamente que fuera capaz de contestar.

—Mañana voy a hablar con Sam. Esto no puede continuar así.

Sam. Demonios, tenía que conocer a Sam. Intuía que tenía algo que ver con todo el asunto de la pelea.

—Me parece bien —asintió Hunter, y le dio una palmada en los hombros que provocó una mueca de dolor.

Intentando suavizar las cosas, froté el brazo de Blake con cuidado de no

dañarlo más.

—Hasta mañana, *horrigeme*.

Me regaló media sonrisa y fue caminando hacia la salida de la casa, sin preocuparse de chocarse con las últimas personas que quedaban rezagadas. Personas borrachas, claro.

Hunter se acercó mientras observaba a Blake, sobresaltándome cuando juntó su cabeza a la mía y llevó sus labios a mi oído. Aunque susurró, entendí sus palabras perfectamente.

—Esto no ha terminado. Tengo que hablar contigo, Les. Les. Otra vez me llamaba Les.

Giró el rostro lo suficiente para poder besarme, pero sin hacerlo. Yo tampoco. Su cercanía me confundió, pero no lo suficiente. Su mano se posó en mi cintura, como si no quisiera soltarme aunque acababa de despedirse. Parpadeé abrumada y lo miré a los ojos. Los encontré porque ellos también buscaban los míos.

Tragué saliva cuando Hunter se apartó. Mi corazón martilleaba veloz y sonoramente. Algo se revolvía dentro de mí, inquietándome. Una idea. ¿Y si había estado equivocada? ¿Y si Hunter realmente no estaba jugando conmigo? No me iba a arriesgar a dar otro paso más. Él tuvo su oportunidad de hacer algo cuando le grité lo que sentía, pero se quedó callado. Claro, que también estamos hablando de un *horrigeme*, y los *horrigemes* son idiotas. Comenzó a alejarse, y me iba a quedar con la duda hasta que volviese a verlo. Hasta que hablase conmigo. Actué antes de pensar. Reflexionar es para cobardes. Y sensatos. Lo que sea, no era ninguna de las dos cosas.

—Hunter. —Se frenó cuando escuchó mi voz, volviéndose para mirarme —. No me llames Les.

Tardó unos segundos, pero sonrió. Y yo sonreí. Y algo en mi interior explotó. Dios mío. Le gustaba. Yo le gustaba a Hunter.

Capítulo 32

Yo le gustaba a Hunter. Estaba segura. No al cien por cien, pero casi. Tal vez al ochenta por ciento. Ochenta y cinco... No, noventa. Decididamente, estaba segura al noventa por ciento. Hunter Harries estaba loco por mí. Por mí como persona, que es lo más importante. Me sentía flotando en una nube de azúcar y piruletas. Y debería tener otras preocupaciones, como el hecho de que Kara pretendiese pasarse por la tienda a por más alcohol para rellenar la despensa vacía de su madre, pero me era imposible sacar al imbécil de Hunter de mi cabeza. Incluso la charla sin sentido de mi amiga quedaba en segundo plano mientras caminábamos por la calle en busca de una licorería que pareciese poco fiable y aceptase carnets de identidad falsos.

Estaba tan perdida dentro de mi cabeza, donde la imagen de Hunter sin camiseta se paseaba de un lado a otro, que no me di cuenta de que alguien me saludaba hasta que su perro se tiró sobre mí. Kara se sobresaltó y yo bajé la mirada hacia mis pantalones, donde un pequeño foxterrier se encaramaba saltando y ladrando. Tardé unos segundos en reconocer el collar azul y la correa que colgaba hacia el suelo, hasta el momento en que escuché el fuerte grito de la dueña llamándolo.

—¡Pizza! ¡Pizza, ven aquí!

Alcé los ojos a tiempo de ver a la chica morena que corría directamente hacia nosotras. Parecía cansada, pero a pesar de eso sonreía. Dios Santo, mi prima Lily se pasaba la vida sonriendo.

—¿Puedes creer que se ha soltado de un tirón y ha huido hacia ti? —

exclamó la recién llegada, recuperando el aliento cada pocas palabras—. ¡Si solo te vio un día!

Me agaché para quedar a la altura del pequeño perro y lo acaricié, también comenzando a reír.

—Es que te caí muy bien, ¿verdad, Pizza? —le pregunté al animal, y él intentó lamarme la cara como muestra de aprecio. Luego me volví a su dueña—. ¿Cómo es que estás aquí?

—Mis padres decidieron hacer una excursión para celebrar mi partida a la universidad y Washington era una parada obligatoria —explicó mientras yo acariciaba y jugueteaba con su perro—. Hola, soy Lily.

Volví un instante la cabeza hacia Kara, quien estrechaba su mano. Con todo el asunto de Pizza me había olvidado de hacer las presentaciones.

—Es mi prima —aclaré, incorporándome para estar a su altura—. Y él es Pizza.

El perro se revolvió junto a mis piernas, intentando subirse. Lily aprovechó para tomar la correa de vuelta. Kara observó al animal con curiosidad.

—¿Tu perro se llama Pizza?

Mi prima se encogió de hombros, pero no parecía ofendida.

—¿Qué mejor nombre para tu mejor amigo canino que tu comida favorita? Aunque eso me hace tener ganas constantes de comer *pizza*...

Kara asintió despacio, no demasiado convencida. A veces Lily podía asustar a las personas. Carecía de filtro, pero eso era más bien un problema de todas las chicas Sullivan.

—¿También eres prima de Hunter y Blake? —se interesó Kara, manteniendo un ojo en Pizza. Empezaba a creer que le tenía miedo, ya que no paraba quieto.

—¿Quiénes? —preguntó Lily sin comprender. Luego se volvió hacia mí—. Espera, esos son los... ¿*horrigemes*?

Asentí orgullosa. Mi mote tenía que perdurar y extenderse por el mundo.

—No, no, ella es hija de mi tío, el hermano de mi madre —expliqué intentando no hacerme un lío con el parentesco—. Además, los *horrigemes* y yo no compartimos ni un ápice de y no compartimos apellido, técnicamente no somos casi ni familia.

Un brillo extraño en los ojos de Kara me envió malas vibraciones.

—Claro, o eso es lo que te dices a ti misma para no sentirte mal por beneficiarte a Hunter.

—¿Beneficiarme?

—Sí. Daros el lote. Morrearos. Besaros. Magrearos. ¿Cómo lo llamas en tu ciudad?

Crucé los brazos sobre el pecho, dispuesta a contraatacar.

—Al menos yo no me acosté con Harry.

—Y bien que lo disfruté.

Vi ahí mi oportunidad.

—¿Repetirías?

Kara apenas se tomó un segundo para contestar.

—Claro que sí, si tuviese la oportunidad. Sería estúpida de no hacerlo.

Lo admitió. Fue demasiado fácil.

—Porque Harry es guapo... —comenté, intentando sonsacarle más información.

—Guapo, simpático, amable...

Lily miraba de una a otra, girando la cabeza al ritmo de la conversación como si estuviera viendo un partido de tenis.

—A Kara le gusta un amigo mío —expliqué, y me agaché para tomar a Pizza en mis brazos y que así dejara de morderme la pernera del pantalón—. Mira, yo creo que esta cosita quiere quedarse conmigo.

La mirada de mi prima se endureció.

—Es mío.

—Aún podría llevármelo, ¿qué te parece? —bromeé, pero a juzgar por su expresión se lo tomó con más seriedad.

—Cállate, *muggle* —me espetó. Tomó a Pizza de mis brazos y achicó los ojos hacia mí—. Ya te lo dije una vez: cómprate una tortuga.

Sin embargo, a pesar de su actitud hosca, me percaté de que las comisuras de sus labios tiraban hacia arriba en una sonrisa. Como dije, Lily siempre estaba sonriendo. Incluso si se enfadaba. Esa chica tenía un problema. Pero era un problema contagioso y no pude evitar reír también.

—Tengo que irme, mis padres se preguntarán dónde nos hemos metido. — Dio un beso en la cabeza a Pizza y lo posó en el suelo, esta vez sujetando la

correa con fuerza—. Espero verte pronto, Les. Encantada de conocerte, Kara.

Alzó el brazo y choqué la mano con mi prima antes de que se alejara de nosotras. Tiró con fuerza de Pizza, quien peleaba por volver a mi lado. Echaría de menos a ese animal. ¿Por qué la idiota de mi hermana tenía que tener miedo de los perros?

Regresé mi mirada a Kara, que observaba a mi prima marcharse, dispuesta a continuar con nuestra discusión sobre Harry. Tenía un montón de razones e ideas para hacer que esos dos volvieran a beneficiarse mutuamente, pero no solo por una noche. Aunque probablemente debería alejar a Hunter de aquellos planes.

Y entonces lo vi. Los vi. Aunque estaba de perfil, mirando hacia su acompañante, lo reconocí perfectamente. A unos metros de nosotras estaba Blake. Caminaba apresuradamente hacia la calle transversal. Podía apreciar a través del gentío cómo gesticulaba ávidamente, clara señal de que estaba alterado, probablemente enfadado. El chico a su lado también parecía enfadado.

Qué extraño. Pensé que hoy iba a quedar con Sam. Ayer dijo que...

Abrí los ojos cuando me di cuenta. Intenté seguir con la mirada a Blake y a su acompañante, pero estos terminaron de cruzar y se perdieron en el interior de la siguiente calle. Una bombilla se encendió en mi cabeza. Envió lejos la imagen de Hunter sin camiseta, que fue reemplazada por algo que no me había planteado.

Sam. Sam era nombre de mujer... y de hombre. ¿Blake era gay?

Capítulo 33

De nuevo mi cabeza volvía a estar inmersa en sus propios pensamientos, pero esta vez el de Hunter sin camiseta había sido momentáneamente relevado de sus funciones. Blake y Sam ocupaban un lugar mayor. Podría haberle preguntado a Kara por Sam, pero si mis suposiciones eran correctas, prefería que fueran aclaradas por Blake. No es que tuviese algún tipo de reticencia contra sus gustos, pero si Blake era gay... ¿por qué narices me besó en mi doceavo cumpleaños? ¿Era alguna clase de experimento? Si te gustan los chicos, seas hombre o mujer, te gustan desde que naces. Lo mismo si te gustan las mujeres. No es algo pasajero o una moda. ¿Estaba probando conmigo su sexualidad? O quizás fuese bisexual. Adolescencia, época de la experimentación.

Necesitaba acorralarlo y obligarlo a darme unas cuantas explicaciones. ¿El problema? Un viaje familiar a la playa podría no ser el más indicado de los momentos. La rodilla de Hunter chocó contra la mía cuando mi padre dio un giro brusco de volante, justo a tiempo de no confundirse en el desvío. Salí de mis cavilaciones mientras Anna y él comenzaban de nuevo a discutir y observé la cara de preocupación de Hunter a mi lado.

Me gustaban sus facciones preocupadas. Se endurecían porque apretaba la mandíbula, como cuando estaba enfadado. Solo me gustaba más sin camiseta... y su imagen semidesnuda volvió a reaparecer en mi cabeza. Se había ido, pero, eh, dije momentáneamente.

—Bueno, chicos, ¿qué os parece si volvemos a repasar las reglas?

Tomé aire y cambié la mirada a la ventanilla, observando cómo adelantábamos a coches más rezagados. Mi padre odiaba discutir y había decidido que bombardearnos con instrucciones podría hacer más llevadero el viaje. Además de que a Anna le encantaba dar órdenes.

—Usar crema protectora cada poco tiempo, de factor cincuenta si hace falta —comenzó ella, apuntándose sin dudar a la llamada de las reglas.

—Yo tengo mis propias reglas —murmuré más para mí que para ellos, aunque Hunter me escuchó perfectamente—. Tostarme al sol, apuntarme a alguna fiesta y mandaros a todos a...

—Freír patatas me interrumpió en un susurro, haciéndome reír.

Pues sí, me estaba escuchando. Me volví hacia él.

—¿En serio, Hunter? ¿Freír patatas?

Se encogió de hombros. También sonreía.

—Tengo hambre.

Ambos nos miramos y un hormigueo apareció en mi estómago. Blake me lanzó su teléfono móvil desde el otro lado del coche, haciéndome volver a la Tierra. Al devolvérselo, su mirada me regañaba. Cuando los ojos de Hunter me atrapaban, me evadía del mundo. Tenían ese poder. Y sospechaba que a él le pasaba lo mismo. Noventa y cinco por ciento segura de que yo también le gustaba.

—Si pensáis salir o ir a alguna fiesta primero nos avisáis, pedís permiso y accedéis a llamarnos cada hora —continuó Anna. Me recordó lo horrible que podía ser tener dieciséis años e ir de vacaciones con los padres.

Por suerte o desgracia, no era la única con ese pensamiento.

—Pero mamá... —comenzó a contraatacar Blake.

—No hay peros que valgan.

Intenté no reír muy fuerte cuando observé a través del espejo retrovisor que mi padre también contenía la risa.

—En nada nos iremos a la universidad —insistió Blake, impasible—. No puedes pretender seguir controlándonos entonces.

—¿Para qué te crees que existen los teléfonos móviles, Internet y el hecho de que estés en una residencia estudiantil? —inquirió su madre, mordaz—. Pero gracias por recordarme que aún es verano, vives bajo mi techo y, por tanto, tengo todo el derecho a controlarte.

Blake farfulló una retahíla de quejas por lo bajo pero apenas pude escucharlo. Hunter se inclinó hacia mí y el olor a la loción de después del afeitado consiguió marearme. Apreté los labios mientras él me susurraba:

—Lo que pasa es que está enfadada porque el otro día volvió de casa de Kara borracho y ahora no se fía de nosotros.

—Borracho, cuando sabéis que os dejo total libertad siempre que no bebáis alcohol. —Anna, que había escuchado a Hunter, alzó la voz—. Eso es abusar de mi confianza. ¡Y encima con aspecto de haber pasado por una pelea!

—Pero, ma...

—¡Cállate! —le gritó Anna. Se volvió en el asiento delantero hacia él y le lanzó una mirada que hubiese hecho encoger de miedo al más valiente de los héroes—. ¡Contenta me tienes, Blake Nathaniel Harries!

Supongo que aquel no era ni por asomo el mejor momento, pero no pude evitarlo.

—¿Nathaniel?

Llevé una mano a la boca inmediatamente después de repetir el nombre. Trataba de no reírme. No era demasiado fan de los segundos nombres y prácticamente todas las personas que conocía tenían como mínimo dos. Me alegraba de ser Leslie a secas, e incluso así me esforzaba por acortarlo.

—Leslie...

Mi padre pronunció mi nombre en voz baja en señal de aviso, como si temiera que la pelea fuese a más. Sin embargo, tan loco como está el mundo, mi risa pareció calmar a Anna. Anna Banana.

—Lo sé, Les —admitió ella. Se recostó en el asiento y por unos segundos se olvidó de ser una madre perversa y gritona—. Es un nombre anticuado, pero su padre se empeñó.

Asentí porque no podía decir mucho más. No sabía demasiado del padre de los gemelos, solo que vivía en otro país, por Europa, y que los llamaba y les mandaba dinero de vez en cuando. En su lugar, aproveché el momento y, con una sonrisa malvada, me volví hacia Hunter.

—¿Tú tienes un segundo nombre?

Su respuesta fue demasiado rápida.

—¿Lo tienes tú?

Mis labios se extendieron y mi sonrisa creció. Sí que tenía un segundo

nombre.

—No, pero por los pelos. —Fue mi padre quien con testó, atento a la conversación, pero sin apartar los ojos de la carretera—. Conseguí convencer a su madre, ya me la jugó con Kenzie.

Mi padre tenía cosas buenas, como el hecho de que tampoco soportaba los segundos nombres. Decidida, continué presionando en el tema.

—Así que ¿Hunter...?

—Hunter —bramó él, y dijo su nombre como si se tratara de un punto al final de una frase—. Es todo lo que necesitas saber.

Abrí la boca fingiendo estar ofendida. Su madre rio. Esperaba escuchar algún nombre anticuado, como Frederick o Albert.

—Como su padre se empeñó en poner a Blake el nombre de su padre, yo decidí que Hunter tuviera el del mío.

—Mamá...

Eché un vistazo a Hunter. En aquel momento decidí que había sacado el mal genio y la mirada aterradora de su madre al enfadarse. Pero, francamente, no me importaba. Su mirada se encontró con la mía, el mundo desapareció de nuevo durante unos segundos y cuando la irritación pareció retroceder, él suspiró.

—Es Thomas.

Sonreí. No estaba mal. Al menos me gustaba más que Nathaniel. El me devolvió la sonrisa.

Noventa y ocho por ciento segura de que él sentía lo mismo por mí.

—¡Hemos llegado!

Dejé de sonreír hacia Hunter cuando mi padre paró el motor del coche y miré por la ventana. Desde mi lado se podía ver una carretera asfaltada, césped y... la playa. En ese momento me di cuenta de que tenía calor. Me volví para el lado de Blake. La entrada de un gran hotel estaba frente a nosotros.

—Todos abajo.

Salí animadamente del vehículo y seguí a mi padre y a Anna dentro del hotel. Pocas veces había ido de vacaciones y estado en hoteles, pero hasta que no entré por la puerta del moderno y amplio vestíbulo la excitación no llegó a mí. ¿Qué persona no se veía animada ante la perspectiva de vacaciones en la playa? Y ver el pecho desnudo de Hunter, claro.

Mientras mi padre era atendido por el recepcionista paseé la mirada por las personas que merodeaban por el vestíbulo. Un chico algo mayor que yo, con un bronceado que tiraba peligrosamente al rojo cangrejo y chanclas de dedo, me saludó y me guiñó un ojo. Parpadeé y aparté la mirada rápidamente.

—¿Por qué nosotros tenemos que compartir habitación pero Les puede tener una sola para ella? —escuché que decía Blake.

Porque cuatro habitaciones eran muy caras, y ella no va a dormir con vosotros justificó mi padre, tomando una tarjeta—. Vayamos a por las maletas.

Y no quiero que llevéis ninguna chica a vuestro cuarto —agregó su madre, de nuevo usando un tono serio y mordaz—. Estás muy quejica últimamente, Blake.

Escuché cómo el chico murmuraba algo sobre «Leslie también puede llevarse chicos a la habitación», pero por mi mente pasó una broma privada. ¿Y si Blake en lugar de chicas llevaba chicos? De camino a buscar las maletas pasé al lado del chico con la piel quemada por el sol y él volvió a guiñarme un ojo.

—Menuda preciosidad —murmuró cuando yo pasé, por lo que me vi obligada a girarme y enseñarle el dedo medio.

Pero mi acción fue en vano. Hunter caminaba justo detrás de mí y, accidentalmente, se chocó contra él y lo tiró al suelo.

—Perdona, no te vi —gruñó sin pararse a ayudarlo.

Sonreí, comenzando a sentirme como mi prima Lily, siempre feliz. Cien por cien segura de que yo le gustaba a Hunter.

Capítulo 34

—¿Me echas crema en la espalda?

Lo sé. Mis tácticas de coqueteo son muy básicas. En mi defensa diré que no se puede ser buena en todo. Sin embargo, algo tan explotado y directo como pedir crema funcionó con Hunter.

—Túmbate en la toalla.

Lancé una mirada furtiva a Blake, que nos observaba en silencio sin perderse detalle. Me guiñó un ojo, claramente sabiendo lo que estaba intentando hacer, y luego simuló que leía un libro. Lo envidiaba porque había sido el único de los tres que había podido encontrar una tumbona vacía en la playa.

El primer día, cuando llegamos, dejamos las cosas en el hotel y saltamos a la playa. Anna y mi padre vinieron con nosotros, pero luego fueron ellos los que se quemaron y decidieron que ese segundo día lo pasarían dentro del hotel, que también tenía piscina y algo más de sombra. Yo tuve suerte de no quemarme, pero aun así continuaba luchando por conseguir un poco de bronceado. Hunter y Blake parecían estar acaparando los rayos de sol.

Me tumbé boca abajo en la toalla y rápidamente me arrepentí de haber usado aquella táctica. En mi cabeza parecía fantástica, pero me di cuenta tarde de que quedaba indefensa y con poca ropa, sin poder ver qué iba a hacer Hunter. Me gustaba, sí, pero un *horrigeme* siempre sería un *horrigeme*. Podías esperar cualquier cosa de ellos.

—¿Qué estás haciendo?

Me alarmé más de lo necesario cuando Hunter se puso sobre mí. Flexionó las piernas y clavó las rodillas en la arena, a ambos lados de mi espalda. Su trasero apenas descansaba en mi espalda, con cuidado de no aplastarme. Se rio cuando alcé la cabeza y leyó mi expresión de ansiedad.

—Tranquila, Caperucita. Solo estoy buscando una posición cómoda.

Blake se aclaró la garganta, como si pretendiera recordarnos que seguía allí, y yo hice lo que pude por relajarme y volver a apoyar la cabeza en mis brazos.

Hasta que Hunter desabrochó el nudo del sujetador de mi bikini.

—¿Y ahora qué se supone que... ?

—Tranquila, Caperucita —volvió a repetir, esta vez con un deje de malicia—. Es para esparcir la crema mejor.

¿Qué iba a ser lo siguiente? ¿Es para comerte mejor?

De pronto la idea no se me antojó tan macabra como al principio. Cuando las manos de Hunter comenzaron a esparcir la refrescante crema, incluso con los granos de arena arañando mi piel, las ganas de ser devorada por él aumentaron de forma significativa. Quizás necesitase una ducha fría.

—Creo que ya está —murmuré pasados unos minutos. Notaba que a sus manos les costaba más trabajo deslizarse.

Subió los dedos trazando los laterales de mi columna vertebral y apretó mis costillas con la presión justa hasta llegar a mis hombros. La tela de su traje de baño se juntaba con el mío y con mi baja espalda, y aun así aguantaba sin sentarse sobre mí. Tenía que estar haciéndose daño en las rodillas.

—Casi.

Apreté los labios y cerré los ojos, concentrándome en mis respiraciones, en las manos de Hunter en mis hombros, apretando, moviéndose...

Tenía que parar aquello ya. Una playa no es el mejor sitio.

—Hunter —comencé, pero mi voz sonó amortiguada por diversas razones, así que tuve que probar de nuevo—. Hunter, ya es suficiente.

Sus manos dieron un último apretón en mis hombros antes de soltarlos. Esperé a que atara el sujetador de mi bikini y me incorporé después de que él se quitara de encima. Hunter me observó sentado en la arena con interés, sonriendo. Luego tiró de un mechón de mi pelo y una goma elástica cayó de él.

—Me encanta cómo te queda el cabello revuelto.

Inspira, espira.

—Id a meteros mano a otra parte.

Hunter se puso serio y se apartó de mí para encararse a su hermano, que finalmente había dejado de fingir que leía.

—Oye, corta ya con la actitud de niño malcriado, Blake —lo regañó—. Está bien, lo entiendo. Lo dejaste con Sam, te pegaron una paliza —que encima empezaste tú—, pero nosotros no tenemos la culpa.

Quería preguntar si Sam era chico o chica, una duda que me corroía desde que vi a Blake paseando con aquel chico moreno, pero decidí que aquel no era el momento. Del mismo modo que aún no había tenido una conversación con Hunter, porque para eso necesitábamos estar solos, no iba a preguntar a Blake. Especialmente porque necesitaba aclarar la noche de mi doceavo cumpleaños y mi beso con él.

Mis mejillas se encendieron al recordarlo. Era tan fácil estar con ellos que muchas veces me olvidaba de eso, de que Blake había sido mi primer beso. Pero no un primer beso cualquiera, fue la vez que descubrí que me gustaba besar, porque él besaba bien. Y ahora a quien besaba era a su hermano.

Me sacudí con un repentino escalofrío que cesó la guerra de miradas entre Blake y Hunter, que me observaron con curiosidad. Ya, mejor no explicarles lo que pasaba por mi cabeza.

Dios mío, había besado a ambos chicos. A dos hermanos. Gemelos. ¿Qué era lo siguiente? Sacudí la cabeza. El calor de la playa estaba sentándome mal. Demasiado mal.

—Voy al hotel a comer algo —murmuré, sin tener ganas de quedarme allí más tiempo.

Hunter me miró extrañado y consultó su reloj.

—¿Tan pronto? Apenas es media tarde.

Sí, porque de pronto la idea de estar a solas con dos chicos a quienes había besado se me antojaba escandalosa. Algo de chocolate seguro que ayudaba.

—Espera, tengo una idea mejor. —Hunter me paró en medio de mi huida—. Tienes la piel ardiendo.

Eso solo era un mero eufemismo.

—Más razón para que me vaya, no quiero quemarme.

Pero, lejos de contentarse, como sabía que no iba a hacer, Hunter no me dejó salirme con la mía. Lo que no sabía, claro, era que iba a usar su nuevo *hobby* de «carguemos a Les como un saco de patatas» para detenerme.

—¡Hunter! —grité en el mismo momento en el que mis pies se despegaron del suelo y fui lanzada sobre su hombro—. Hunter, ¿qué se supone que estás haciendo?

—Cargarte sobre mi hombro.

—¿Otra vez? —Le di un pequeño golpe en la espalda y mentí—. Sabes que no me gusta.

Las personas que había a nuestro alrededor nos miraron como a un par de bobos que armaban un espectáculo de gritos en la playa, aunque, a juzgar por sus miradas, muchos lo encontraban entrañable. El verano es peor que la primavera para las hormonas. Pude atisbar a una mujer de la edad de Anna mirándonos y sonriendo complacida.

Mi mano descansó sobre su espalda. Él también tenía la piel caliente, además de sudorosa y con arena. Y de pronto la idea de haber besado a Blake se esfumó, dejando paso de nuevo al Hunter semidesnudo que botaba de lado a lado en mi cabeza. Con la diferencia de que ahora también podía tocarlo.

—Me estás llevando al agua, ¿verdad? —adiviné cuando comenzó a andar, alejándose de Blake.

—Siempre me ha gustado tu inteligencia. Ciento diez por ciento segura.

Capítulo 35

Clavé la cucharilla de plástico en la tarrina de helado de chocolate con decisión. El helado aún estaba duro, lo cual era digno de apreciar dado el calor que hacía en aquel lugar incluso a las ocho de la noche. Unos segundos más y conseguiría llevarme la cucharilla a la boca. Unos segundos más y el dulce helado sería mío. Unos segundos más y...

—Menudo bombón.

El helado nunca me supo tan amargo. Me volví con cara de indiferencia hacia el chico parado frente a mí. Lo reconocí enseguida, era el mismo que me había llamado preciosidad cuando habíamos llegado al hotel, el místico Pervertido que había tratado de ligar conmigo, solo que ahora no disponía de ningún Hunter para que lo derribara y tirara al suelo. Daba igual, me valía conmigo misma.

Había huido a la playa a comprarme un helado y ver el anochecer. Necesitaba escapar un rato de las discusiones familiares que mi padre y Anna continuaban manteniendo. También quería un rato solo para mí. Estaba apoyada contra una roca, en la arena, mirando las olas romper, hasta que ese ejemplar de *Homo sapiens* decidió acercarse a molestar.

—¿Te apetece dar un paseo, rubia?

Aguanté las ganas de tirarle el helado a la cara. No quería desperdiciar mi dulce en él. Sin embargo, odiaba cuando me llamaban rubia, tal como hacía Jordán. Era una característica de mi pelo, sí, pero lo hacían sonar de una forma demasiado despectiva, como si ser rubia me hiciera por defecto tonta y

atractiva. Un juguete.

—Estoy ocupada.

Con mi momento a solas interrumpido y parte de mi cuerpo quemado por el sol, no tenía ganas de discutir con un niño desbocado que no entendía una negativa. Sin embargo, él parecía ser uno de esos tipos a los que les cuesta darse por vencidos.

—Permíteme acompañarte. Las cosas se hacen más rápido entre dos.

Alcé las cejas ante la clara insinuación sexual en su tono.

—Me parece que no. Me valgo sola para comer mi helado.

Volví a hundir la cucharilla y me la llevé a la boca, como si quisiera marcar mi punto, pero de alguna forma eso fue peor. Él me miró los labios fijamente, soltó una especie de gruñido y comentó:

—Me encantan las rubias salvajes.

Estaba empezando a reconsiderar lanzarle el helado y comprar otro hasta que decidí cambiar de táctica y seguirle un poco el juego.

—Así que te gustan salvajes, ¿eh?

Creyendo que había caído en su charla banal y machista, el chico se emocionó y se acercó un poco más a mí. Mordí el interior de mi mejilla y resistí el impulso de alejarme.

—Cuanto más salvajes, mejor.

Era asqueroso, pero me controlé a mí misma y dije:

—Entonces, ¿qué harías si te diera una patada en los huevos?

Esperando otra frase de mi parte, tardó demasiado en comprender lo que había dicho. Justo suficiente para que yo hiciera exactamente eso: darle una patada en los huevos. Fui buena y me controlé. Le aticé lo justo para que le causara dolor, pero no fuera demasiado. Sin embargo, aparte de ser cargante, el chico también era un quejica, porque se lanzó al suelo y comenzó a gimotear, llevándose las manos hacia el foco del dolor.

Incluso Hunter había reaccionado mejor cuando le hice eso por intentar besarme. Sonreí. Oh, recuerdos. Benditos recuerdos.

—Ya veo la respuesta, llorar como un bebé.

Tomé otra cucharada de mi helado y saboreé el chocolate frío. Después me dispuse a alejarme victoriosa de su lado. Unos ojos oscuros se clavaron en los míos mientras lo hacía.

—Estaba observando por si tenía que ir en tu ayuda, pero me ha quedado más que claro que puedes defenderte perfectamente tú sola.

Me acerqué con paso altanero hacia Blake. Haber vencido a un chico insolente me había subido la moral por las nubes.

—Esto es para la próxima vez que Hunter y tú pretendáis cuidarme en una fiesta —le advertí cuando llegué a su lado, y agité la cucharilla de plástico frente a su cara—. Puedo con todo lo que se me venga encima.

Blake rio y sacudió la cabeza.

—Con todo, menos con Hunter.

Oh, golpe bajo, querido Blake.

—Así que... ¿cómo van las cosas con mi hermano?

Me sentí insegura. Blake había sido mi primer beso, y aunque parecía encantado con la idea de Hunter y yo, tampoco podía estar plenamente segura. Supongo que, de todos modos, ya era tarde para pensar que no quería ser quien se metiera en medio de dos hermanos, ¿verdad? Aun así dije:

—¿Cómo crees que van?

Blake volvió a reír y entrelazó su brazo con el mío. Me hizo caminar más lejos de las rocas.

—No sé. Tú eres la que parece estar a punto de tirarse a su cuello cada vez que lo miras.

Gemí, era demasiado obvia. Tomé otra gran cucharada de helado mientras una idea horrible se cruzaba por mi cabeza.

—¿Crees que vuestra madre y mi padre sospechan algo?

Me miró de refilón, todavía sin perder la sonrisa.

—¿De qué? ¿De cómo deseas meterte en las sábanas de mi...? ¡Ay! ¡Para! ¡Vale, no me pegues! ¡Ya lo entiendo!

Mi helado cayó al suelo cuando lo atacé. Después crucé los brazos sobre el pecho con indignación y clavé la mirada en él. La playa y el calor estaban alterando demasiado mis hormonas.

—Deberías callarte porque tienes muchas cosas que explicarme.

Blake dejó de andar y me observó con curiosidad.

—¿Yo tengo cosas que explicarte?

—Sí. Y muchas.

—¿Como qué?

—¡Como por qué me besaste en mi doceavo cumpleaños si eres gay!

Bueno, adiós al tacto. Al menos estábamos solos. Se quedó quieto, más que antes. Parpadeó un par de veces y me miró fijamente mientras mis palabras resonaban en nuestros oídos hasta que se perdieron con el sonido de las olas rompiendo. Finalmente, comenzó a reír.

—¿Qué? ¿Gay? ¿De dónde has sacado eso, Les?

La táctica del despiste no funcionaba conmigo, Blake.

—Desde que te vi el día siguiente a que dijeras que ibas a llamar a Sam paseándote con un guaperas moreno.

Fue mi turno de observarlo fijamente, sin perderme ninguno de sus movimientos. Su risa se aflojó cuando se dio cuenta de que iba en serio, de que lo había descubierto. Su expresión pasó a una más preocupada, hasta que terminó por decir:

—Sam es nombre de chico y de chica.

Gracias, gran y sabio Blake. Tus aclaraciones son muy valiosas. Ahora que le había descubierto que lo sabía todo no iba a perder el tiempo yéndome por las ramas.

—Mira, tu sexualidad es asunto tuyo, pero desde que me di cuenta no he podido dejar de darle vueltas a por qué diablos me besaste en mi doceavo cumpleaños. ¡Estuve colada por ti durante un año entero!

Blake no pudo resistirse a hacer la broma.

—Sí, pero ahora lo estás por Hunter.

Y yo no pude resistirme a pegarle un pequeño empujón. Gajes del enfado, supongo.

—¡Céntrate, idiota! ¡Lo que quiero son explicaciones!

—Bueno...

Ladeé la cabeza y moví un pie con impaciencia. Una vez que se lo había preguntado, quería la respuesta de inmediato. La paciencia era para los gatos.

—¿Estabas intentando averiguar algo? —insistí—. ¿Al menos te gustaba?

Blake suspiró y, de pronto, temí lo peor. No exactamente lo peor, pero sí algo no esperado. Y habló.

—Les, para. No fui yo.

Tragué saliva. Exactamente eso me estaba esperando. Aun así no podía creerlo.

—¿Qué? Claro que fuiste tú.

Como si yo fuese una niña pequeña, Blake habló mirándome directamente a los ojos y pronunciando despacio cada palabra.

—No, no fui yo. Fue Hunter.

Blake...

Y la frase que estaba temiendo llegó.

—Fue Hunter quien te besó el día de tu cumpleaños.



Fue Hunter. Hunter fue quien me besó en mi doceavo cumpleaños. No fue Blake, sino Hunter. Me habían tenido engañada todo ese tiempo. Estuve un año entero mandándome mensajes de texto con Blake para que todo fuera una trampa.

—Voy a pegarte, Blake.

El chico, que había esperado con una tensión evidente en el rostro por mi reacción, se sobresaltó y dio un paso alejándose de mí. Por supuesto, creía en mi palabra de arrancarle los pelos uno a uno —aunque técnicamente eso solo lo había dicho en mi cabeza—, pero tampoco iba a irse sin tratar de calmarme. Blake era así.

Ya, bueno. Y Blake también te mintió haciéndote creer durante cuatro años que él te había dado tu primer beso. Y Hunter... Ya tendría tiempo de pensar en Hunter.

—Les, cálmate.

—Sí, y luego pídemle que no te entierre vivo —le espeté. Apreté los puños con la rabia creciendo cada vez más en mi interior—. ¡Dime que me estás tomando el pelo, Blake!

No contestó, pero puso cara de circunstancias, y eso fue peor. Puse las manos sobre su pecho para empujarlo con fuerza y logré que se desplazase un metro hacia atrás.

—Hunter me pidió que no te dijera nada —comenzó a explicar en rápidos tartamudeos ante mi mirada furiosa—. Él no quería que te enfadaras. Me lo contó todo nada más te fuiste a dormir esa noche.

Me sentí avergonzada además de enfadada. ¿Cómo pude dejar que me engañaran durante tanto tiempo?

—¿Por qué? —le grité con un nuevo empujón y permitiéndome ser dramática—. ¿Qué pasó por tu cabeza para...?

Ni siquiera podía terminar la pregunta, porque tenía demasiadas. ¿Hunter fue el que me besó? ¿Luego se lo contó a Blake? ¿Por qué Blake le siguió el juego? ¿Por qué no pudieron simplemente decírmelo? Apreté los labios sin dar un brazo a torcer. Se habían burlado de mí descaradamente.

—Pero ¿qué problema había en decírmelo, Blake? —le recriminé junto con otro amago de empujarlo, esta vez sin fuerza—. ¿Por qué tuvisteis que ocultármelo?

—Creo que le gustabas ya desde entonces.

Vacilé. Por mucho que me gustara esa respuesta, seguía enfadada. Enfadada y avergonzada. Cuando no le grité de vuelta se animó a continuar.

—No lo creo, lo sé —se corrigió a sí mismo—. Me pidió seguir con la farsa por eso.

Me costaba trabajo mantenerme serena. Estaba rabiosa, pero no tanto como dolida. Sí, dolida. Esa era la mejor palabra para describir cómo me sentía.

Hay ocasiones en las que alguien te hace daño y terminas descargando tu rabia contra él. Sin embargo, luego están esas otras ocasiones en las que es más difícil desahogarse. Esas en las que el daño es diferente, más profundo.

—Me siento como si os hubieseis estado riendo a mi costa todo este tiempo, Blake —confesé, y escuché mi voz lejana—. Incluso hablábamos por teléfono.

—Pero como amigos. Y en parte Hunter me obligaba, para que no sospechases.

Golpe bajo a mi autoestima. Tomé aire con lentitud.

—Les, lo siento. Ninguno queríamos hacerte daño. No queríamos reírnos de ti. Solo intentaba hacerle un favor a mi hermano. Por primera vez parecía interesado en una chica y no solo en ser el centro de atención constante. Y tú... Bueno, tú me caías bien. Me caes bien. Por eso no te dijimos nada, ni él ni yo. Hunter sabía que si te enterabas te enfadarías y...

—Y ninguno de los dos quería eso —terminé la frase por él—. ¿Entonces

por qué me lo cuentas ahora?

Buena pregunta.

—Porque después de cuatro años todo esto ha llegado muy lejos. Fue una tontería... Vamos, éramos todos unos críos. Además, ahora mismo está más que claro que te gusta mi hermano.

—No me nombres de nuevo a tu hermano —gruñí. Aún no sabía qué iba a hacer con Hunter.

Blake tenía razón. Fue una tontería de niños. Pero entonces ¿por qué me molestaba tanto? ¿Por qué me dolía?

—Siempre asumiste que fui yo. Y le dije a Hunter que si un día preguntabas, te iba a contar la verdad.

¿Por qué no me di cuenta desde un principio, si siempre había podido diferenciarlos? Porque, en el fondo, puede que ya lo supiera y, como una idiota, prefiriera dejarme llevar por el camino fácil. Porque tratar con Blake siempre fue más fácil que con Hunter. Porque Hunter era todo un reto, un reto que siempre me asustó.

—Pero llevaba puesta la misma camiseta —musité mientras la ira se aflojaba en mi interior.

—¿Qué camiseta?

Recordaba demasiado bien ese día como para no poder contestar.

—Una verde con dibujos gastados.

El se quedó pensativo durante unos minutos hasta que finalmente dijo:

—Mi madre solía comprarnos la misma ropa y lo odiábamos. Hunter la utilizaba para dormir, yo para salir.

Cerré fuertemente los ojos y los volví a abrir. La rabia comenzaba finalmente a desvanecerse, dejando más cabida a la vergüenza.

—¿Entonces fuiste tú quien me estuvo defendiendo de tu hermano aquel día? —Blake asintió—. Pero ¿no fuiste tú quien me besó?

Negó, y yo traté de relajarme respirando. Quería a Blake y prefería no pegarle más. Necesitaba aprender a controlar mi ira. Así que me di la vuelta y comencé a alejarme de él.

—Les, ¿adónde vas?

Me volví para contestarle y no preocuparlo. Conociendo a Blake, si desaparecía, y además enfadada, era capaz de poner un equipo de búsqueda

activo solo para mí.

—A mi habitación. Yo... necesito estar sola.

—Vamos, Les. Espera. Habla conmigo.

Este chico no había tenido demasiado trato femenino a lo largo de su vida.

—Solo necesito un poco de tiempo para asimilarlo, de verdad.

Y me hizo caso.

Cerré la puerta de la habitación del hotel y me lancé sobre la cama. Aparté mi teléfono móvil de la corriente eléctrica. Aún no había terminado de cargar la batería, pero apenas le di importancia. Por mí como si el aparato moría después de ser utilizado.

Había pasado todo el camino hasta la habitación con el eco de las palabras de Blake rebotando en mi cabeza. Había tropezado con mi padre y Anna y apenas les musité que me iba a dormir. Por primera vez desde que llegué allí me sentía realmente sola.

Había terminado de fastidiar las cosas con Jordán y no había vuelto a hablar con mis amigos del instituto desde entonces. No sabía siquiera si él les había dicho algo para ponerlos en mi contra. Podría llamar a Kara o a Harry, pero, aunque me cayesen bien, no los conocía de tanto tiempo.

La única persona a la que podía llamar, la única que seguía siendo mi mejor amiga incluso si le chillaba, ignoraba o pasaba semanas sin hablarle, era mi hermana. Contestó al cuarto tono, justo cuando pensé que iba a ir directa al contestador.

—¿Dígame?

Vale. Esa no era mi hermana. Fruncí el ceño molesta. No podía haber cambiado de número.

—¿Kenzie? —probé, sintiéndome tonta.

Hubo un pequeño segundo de duda al otro lado de la línea antes de que hablara de nuevo.

—¿Desde cuándo tu hermana tiene voz de camionero? —comenzó a reírse el chico, y mi ceño se frunció más—. ¿Cómo van las cosas, Leslie?

Decidí arriesgarme.

—¿James?

—¿Qué pasa? ¿Ya no me sueltas eso de «es Les, idiota, no Leslie»?

Gruñí. Definitivamente era James, y no tenía humor para aguantarlo.

—¿Dónde está mi hermana? —me quejé.

—En el servicio. No, de hecho ya no. Está volviendo. Y se ha dado cuenta de que estoy hablando por su teléfono móvil. No me gusta la cara que está poniendo... —Si pretendía hacerme reír, no iba a conseguirlo, pero había estado tan atontada con lo que acababa de decirme Blake que tardé unos segundos en analizar que estaba hablando con James Smith.

—Oye, ¿y qué haces tú con mi hermana? —Si una persona pudiese fruncir el ceño tanto como para provocarle un cráter en la cara, esa sería yo—. ¿No eras su jefe?

—Oh, no. Aborten misión. ¡Aborten misión! Tu hermana está a punto de...

La frase quedó inconclusa. Queja. Pausa. Golpe. Sonidos extraños y finalmente...

—¡No me llames nena! —exclamó Kenzie.

No pude evitar darme cuenta de que sonaba exactamente igual a cuando yo le decía a Hunter que no me llamase Leslie.

Un nudo se creó en mi estómago al recordar a Hunter.

—No me creo que estés llamando —me saludó con voz airada y libre de preocupaciones—. ¿Qué tal las vacaciones en la playa?

Y cualquier pregunta que fuese a hacerle sobre su vida quedó olvidada en un vacío latente. Hunter. Blake. Me mintieron. Me hicieron sentirme enfadada, avergonzada, torpe e idiota. Me hicieron sentir débil. Y con una voz que sonó extraña para mis oídos, le dije a mi hermana:

—Fue Hunter quien me besó.



No lloré. Era fuerte como un roble y dura como la piedra. Además de que no iba a llorar por algo como esa mentira. ¿Me dolió? Sí. ¿Tenía ganas de partirlas la cara a ambos *horrigemes*? Sí. Pero, de nuevo, era fuerte como un roble y dura como la piedra. No iba a dejar que las puñaladas de la vida, las cosas que me hicieran daño, me derribaran y echaran abajo. Valía más que eso.

Lo que sí hice fue quedarme dormida una vez que terminé de hablar con mi

hermana. Me había tumbado en la cama, todavía con el vestido puesto, sin poder dejar de dar vueltas al hecho de que ambos gemelos me habían mentido. Sin terminar de entender por qué habían aguantado esa mentira durante tanto tiempo. Sin poder entender por qué yo no lo había deducido antes.

Me di cuenta de que me había dormido cuando al abrir los ojos todo estaba oscuro. Desorientada, busqué por teléfono. En la pantalla se reflejaron dos cosas: que eran las doce de la noche y que Hunter me había llamado varias veces. Unos golpes en la puerta me sobresaltaron. Mi teléfono vibró en mis manos.

HUNTER: Estoy fuera de tu habitación. Ábreme, por favor.

Mi estómago se hundió. Otro nuevo mensaje.

HUNTER: Si estás dormida, por favor, habla conmigo mañana. Blake me ha dicho que lo sabes.

Y otro.

HUNTER: Lo siento.

Salté de la cama hacia la puerta cuando leí ese último mensaje. Hora de enfrentarse a Hunter.

Capítulo 36

LESLIE. Cuatro años atrás...

Odiaba a Hunter Harries. Lo odiaba. ¿Qué digo odiar? Esa palabra se queda corta para una persona tan idiota, insensible, egocéntrica, vanidosa y gilipollas como él. Deseaba tener allí mi kit de primeros auxilios para afeitarse el pelo mientras dormía y echar pegamento en sus calzoncillos.

—¡Odio a tu hermano!

Blake dejó de ver la televisión para mirarme a mí, expectante. Aunque lo llamase *horrigeme*, él me caía mejor. Había sido obligada a pasar el fin de semana de mi doceavo cumpleaños en casa de mi padre y Anna, después de casi cinco años de ausencia paterna, porque al hombre le había dado una crisis de edad. Y por si eso fuera poco, el estúpido de Hunter se pasó la cena metiéndose conmigo. Intenté rebatirle y me salió bastante bien, pero una chica también tiene su autoestima, y a nadie le gusta ser llamada rubia sin cerebro. Especialmente si no lo es.

—Hunter es el ser más despreciable que he tenido la mala suerte de conocer —continué despotricando contra su hermano.

De pronto Blake se rio. Yo también lo hubiese hecho de no estar tan enfadada.

—¿Y has conocido a muchos o a pocos? —preguntó Blake con sarcasmo.

Entrecerré los ojos hacia él. La única luz que había en la habitación era la del televisor, y por unos segundos me pareció ver a Hunter en lugar de a

Blake. Eran gemelos, podías confundirlos con facilidad, y aunque yo era una experta diferenciándolos, también podía ver a Hunter en Blake. Pero no era solo eso. Era aquella sensación...

Sacudí la cabeza. No podía ser. Primero, porque él llevaba puesta la misma camiseta verde que llevó durante la cena. Segundo, si fuese Hunter, ya se habría burlado de mí por haberlo confundido con su hermano. Riéndose, como había hecho durante toda la noche.

Estúpido *horrigeme*.

—Los suficientes —contesté después de un rato—. En realidad, unos cuantos.

Se rio, y entonces me di cuenta de por qué me había alertado.

—Oye, ¿te pasa algo en la voz? Estás un poco ronco.

Se aclaró la garganta y sonó bastante mal. Incluso se llevó una mano a ella con un gesto de dolor.

—Creo que he pillado frío esta noche. Esa bola de helado fue demasiado.

Sonrió y no pude evitar hacerlo yo también. Sus ojos negros resplandecían en la oscuridad. Era una pena que los gemelos fuesen tan idiotas, porque tenía que admitir que eran bastante guapos. Como Hunter. Todo lo que tenía de imbécil lo tenía de atractivo.

—Oye, respecto a mi hermano... Él no lo hace adrede.

—Claro. Solo insulta y desprecia a las personas porque es simpático y agradable como una mariposa.

Esta vez no sonrió. Lástima, porque empezaba a darme cuenta de que me gustaba su sonrisa.

—Estoy hablando en serio, Leslie. A veces se pasa y no se da cuenta. Estoy seguro de que lo siente mucho.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté con sarcasmo—. ¿Te lo ha dicho él?

Blake se quedó callado. Lo había dicho para intentar hacerme sentir mejor, y eso era dulce por su parte. Se disculpaba por su hermano, el engendro de persona a la que no me imaginaba haciendo algo que no fuese mandar al infierno.

—Igualmente, feliz cumpleaños, Leslie.

Volví a mirarlo, esta vez más calmada. Al fin y al cabo, no podía dejar que Hunter me amargara lo poco que quedaba dei día de mi cumpleaños.

Especialmente desde que tenía teléfono móvil nuevo. Por eso me relajé, respiré calmadamente y me senté en el sofá mientras le sonreía agradecida.

—Gracias. Pero es Les, y lo sabes.

Lo miré durante largo tiempo. Notaba cómo el silencio se expandía entre nosotros, a excepción del ruido del televisor, pero no aparté los ojos. Tampoco dejé de sonreír. Seguía teniendo esa rara sensación. Ese magnetismo idiota que también me hacía mirar detalladamente a su hermano. Al menos con Blake podía relajarme. Él no era un imbécil. O no tanto.

Blake abrió varias veces la boca como si pretendiese decir algo, pero no lo hizo. Hasta que finalmente decidió hacerlo.

—¿Puedo besarte?

¡Oh, no! Eso fue directo. Mi estómago se revolvió y me habría caído si no hubiera estado sentada. ¿Él había dicho qué? Había visto muchos besos en las películas románticas, y siempre se referían a ellos como algo especial. Pero ¿qué narices tenían de especial? Solo veía babas. Mucha saliva, labios, lenguas y más saliva.

Reconociendo inmediatamente mi sobresalto, Blake batió las manos delante de su cara y comenzó a retractarse con temor.

—No quise decirlo así. No tienes que hacerlo. Era solo... Solo una pregunta. Yo no... Tú no...

Saliva, labios, lenguas y más saliva.

Blake descruzó las piernas y comenzó a moverse.

—Mejor olvídalo, no debí decir nada... Voy a...

Saliva, labios, lenguas y más saliva.

—Está bien —lo interrumpí, y me sorprendí más a mí misma que a él—. Puedes besarme.

Durante otros largos segundos ninguno se movió, solo nos quedamos mirándonos el uno al otro. Luego él asintió y volvió a recolocarse en el sofá, esta vez frente a mí. Estaba nerviosa, pero traté con todas mis fuerzas de que no se notase. Sentí un escalofrío. Eran gemelos, me recordé. Entonces, ¿eso explicaba que con Blake también notase esa especie de magnetismo?

Blake posó una mano en mi hombro, acercándose a mí. *Saliva, labios, lenguas y más saliva.* Quizás fuera una mala idea. Definitivamente era una mala idea. Todo era culpa de los calambres en mi cuerpo. Tenía que parar

aquello, aún estaba a tiempo. Solo tenía que abrir la boca y decir que... Decir nada, porque Blake terminó de acercarse a mí y juntó nuestros labios antes de que pudiera terminar de poner en orden mis pensamientos. O, siendo sinceros, antes de que el temor se apoderara de mí y huyera lejos de él. Ese día descubrí que Blake Harries besaba bien. Cuatro años después, descubrí que en realidad no tenía ni idea de cómo besaba Blake, pero sí de cómo besaba Hunter.



HUNTER. Cuatro años atrás...

Estaba enfadado con el mundo. No exactamente con el mundo. Estaba enfadado con Leslie Sullivan. No exactamente con Leslie Sullivan. Estaba enfadado conmigo mismo. Pero estaba enfadado conmigo mismo por culpa de Leslie Sullivan, lo que en el fondo se traduce en estar enfadado con ella. Esa niña... Esa estúpida, rubia y atrevida niña...

—¡Odio a tu hermano!

Pestañeeé y aparté los ojos de la pantalla del televisor, aunque realmente no estaba viendo nada. Allí parada, en la entrada del salón, estaba el origen de mi mal humor: Leslie Sullivan. ¿Lo más increíble? Me estaba hablando. A mí. Lo que no entendía... ¿Odiaba a Blake?

Hunter es el ser más despreciable que he tenido la mala suerte de conocer.

No pude evitar reír. La muy idiota... Siempre pavoneándose de cómo podía diferenciarnos y acababa de meter la pata de una forma descomunal: confundiéndome con mi hermano gemelo. Decidí aprovechar la oportunidad y me cambié de posición en el sofá para verla mejor.

—¿Y has conocido a muchos o a pocos? —pregunté fingiendo curiosidad.

Leslie entrecerró los ojos en mi dirección. Por un segundo pensé que se había dado cuenta de que yo era Hunter y no Blake, pero entonces terminó de acercarse a mí y contestó a mi pregunta.

—Los suficientes —dejó un instante de duda para cambiar de opinión—. En realidad, unos cuantos.

Me reí de nuevo y eso hizo que me doliera la garganta. Lo cierto era que la

chica tenía chispa. Y era por esa razón que, desde el primer momento en que la había visto aparecer por la puerta del piso ese fin de semana, no podía dejar de pensar en ella... Y lo canalizaba metiéndome más con ella. No lo controlaba, e incluso Blake se dio cuenta de que algo ocurría.

Pero ¡era culpa suya! Conocía a Leslie Sullivan desde hacía mucho tiempo, desde que era una niña pequeña.

Ahora lo seguía siendo, pero... Pero no tan niña. Ya era una adolescente, y que me petrificasen si mis ojos no eran capaces de apreciarlo.

—Oye, ¿te pasa algo en la voz? —preguntó, sacándome de mi ensueño—. Estás un poco ronco.

Me aclaré la garganta y el dolor me obligó a llevarme una mano a ella.

—Creo que he pillado frío esta noche. Esa bola de helado fue demasiado.

Sonreí para quitar peso al asunto y ella lo hizo también. Observé sus ojos azules. Siempre me gustó el color azul, era mi favorito. Además, ella tenía los ojos grandes. En aquellos momentos me odiaba por haberla molestado el día de su cumpleaños. Tenía que disculparme, pero si le decía que yo era Hunter, probablemente me arrease un guantazo antes de dejarme abrir la boca. Con Leslie Sullivan era mejor no arriesgarse.

—Oye, respecto a mi hermano... —comencé a disculparme. Hablé sobre mí como si fuese Blake—. Él no lo hace adrede.

—Claro. Solo insulta y desprecia a las personas porque es simpático y agradable como una mariposa.

Maldición. Estaba realmente enfadada.

—Estoy hablando en serio, Leslie. A veces se pasa y no se da cuenta. Estoy seguro de que lo siente mucho.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó de forma sarcástica—. ¿Te lo ha dicho él?

Porque yo soy Hunter, tonta. En su lugar decidí decirle lo que aún no le había dicho en todo el día:

—Igualmente, feliz cumpleaños, Leslie.

Eso pareció relajarla. No iba a aceptar mis disculpas, pero sí mi felicitación.

—Gracias. Pero es Les, y lo sabes.

Blake sí que la llamaba Les, pero yo no quería hacerlo. Eso sería llamarla igual que todos los demás. Sería ser uno más. Me quedé observándola

atentamente, mirando desde la cercanía esos ojos azules enormes, iluminados por la luz proveniente del televisor. Ese rostro angelical que en realidad escondía el peor de los tormentos. Porque Leslie Sullivan era mi tormento personal. Me quedé embobado mirándola. Tanto que apenas me escuché a mí mismo decir:

—¿Puedo besarte?

Tan rápido como lo dije me arrepentí. Vi el espanto reflejado en su mirada. No, Hunter. Ella es casi dos años menor que tú. ¿En qué estabas pensando, estúpido?

—No quise decirlo así —comencé a rectificar sin mucho éxito. Me moví del sofá y pensé en que Blake iba a matarme cuando se enterase—. No tienes que hacerlo. Era solo... Solo una pregunta. Yo no... Tú no... Mejor olvídalo, no debí decir nada... Voy a...

Hasta que ella me interrumpió.

—Está bien. Puedes besarme.

No me moví durante lo que parecieron largos segundos. Quizás había escuchado mal. Pero no era así. Leslie Sullivan había aceptado que la besara. Corrección. Técnicamente había aceptado que Blake la besara. Un poco tarde para confesarle que en realidad yo era Hunter, ¿verdad?

Guiado por una fuerza mayor, puse una mano sobre su hombro. Nunca antes había tocado a Leslie, excepto las fugaces ocasiones en las que iba a gastarle una broma, y las yemas de mis dedos acariciaron su ropa. Sentía mi lengua seca. Necesitaba tragar saliva, pero era incapaz de hacerlo. De la misma forma que era incapaz de apartar mis ojos de los suyos. Podía notar su nerviosismo. «Al diablo, Hunter —me dije—. Hazlo ya.» Y entonces, por primera vez, besé a Leslie Sullivan.

Capítulo 37

Abrí la puerta de la habitación del hotel a tiempo de ver la espalda de Hunter alejándose de mí, pero el sonido lo hizo parar y girarse. Pude apreciar el arrepentimiento en su mirada en el mismo momento en el que sus ojos hicieron contacto con los míos. Me sentí mal. Era estúpido. Él fue quien me mintió o, en su caso, engañó. Él fue quien no me dijo nada sobre el beso, y no por falta de oportunidades. Ni siquiera había tenido la ocasión de gritarle como hice con Blake, pero me sentía mal. Porque verlo sufrir me hacía sufrir a mí también. Maldición. El amor a veces duele tanto... Hunter se acercó despacio hacia mí.

—Lo siento.

Era una disculpa. Lo creí. Dos palabras, pero mi fe en ellas era ciega. No solo porque quería creerlo, sino porque pude leerlo en sus ojos. Me aparté a un lado e hice una señal con la cabeza para indicarle que pasara dentro. Esperé hasta que lo hizo para cerrar la puerta. Cuando me volví lo encontré sentado a los pies de la cama. Fue una imagen un tanto contradictoria para mí. Por un lado, estaba todavía enfadada porque me hubiese mentido y, por otro, me ponía nerviosa verlo ahí parado, en una cama, en una habitación de hotel donde estábamos solos.

Seguro que no pensaste en esto cuando decidisteis que yo dormiría sola, Anna. Avancé unos pasos para acercarme a él. Mantenía los ojos en el suelo, lo que era una idiotez porque no fui yo la que mintió, así que meforcé a mirarlo antes de hablar. Él también estaba observando la moqueta.

—Así que fuiste tú quien me besó en mi cumpleaños.

Hunter alzó el rostro hacia mí, sorprendido. Tal vez no se esperaba que abordara el tema tan rápido. Bueno, tener tacto nunca fue lo mío. Era más de decir las cosas de forma directa. Una vez superado el *shock* inicial, recuperó la capacidad motriz y asintió. Carraspeó y volvió a repetir:

—Lo siento.

Lo había creído la primera vez. Lo cierto es que estaba bastante sorprendida conmigo misma acerca de cómo estaba manteniendo la calma. Supongo que el haberme desahogado con Blake y Kenzie y haber tenido un tiempo para pensar en ello me ayudó a estar más tranquila en el momento clave con Hunter. Y también supongo que mis sentimientos hacia él actuaban de manera traicionera.

—¿Por qué no me dijiste nada? —pregunté, y me senté a su lado en la cama. Imaginaba la razón, pero necesitaba escuchársela decir a él.

—Te hubieses enfadado.

El roce de su pierna contra la mía me hizo tardar en contestar. Necesité que mi cerebro procesara doblemente la información antes de hablar.

—Sí, a los doce años —le di la razón a medias. Giré el rostro hacia él y busqué su mirada con la mía. Era difícil lograrlo en la penumbra de la habitación—. Me hubiese enfadado mucho.

Hunter seguía de perfil, pero la leve claridad de la noche que se filtraba por las ventanas me ayudó a apreciar la forma en que sus labios se curvaron hacia arriba, doblegándose a una sonrisa incapaz de contener.

—No te enfades ahora...

—No. Ahora estoy más relajada.

Finalmente se volvió, mantenía la sonrisa, pero endulzada con un toque de sorpresa.

—¿Por qué?

En lugar de contestar decidí hacerle pensar más.

—¿Por qué me besaste tú el día de mi doceavo cumpleaños?

—Porque me gustabas respondió tan rápido que no pudo haber sido una mentira.

—Vamos, Hunter —me burlé. Choqué mi hombro contra el suyo al tiempo que intentaba simular templanza—. Eso ya lo supuse yo. Esfuérzate más.

Su sonrisa se amplió y se removió en la cama. Giró más su cuerpo hacia el mío, con lo que quedamos frente a frente. Sus ojos inmovilizaron los míos.

—Porque me fijé en ti. Me volvías loco. Me gustaba tu carácter y cómo me hablabas sin miedo.

—¿Y ahora? —presioné, inclinándome un poco hacia delante—. ¿Te vuelvo loca ahora?

Estaba coqueteando, y él también lo había notado. Se acercó más a mí, sin apartar su mirada de la mía. Alzó la mano derecha y tomó un mechón de mi cabello. Lo retorció entre sus dedos y rozó mi mejilla.

En esos momentos ansié tanto una caricia que pensé volverme loca. Deseé con tantas fuerzas besarlo que faltó poco para que lo hiciera.

—Sabes que sí —asintió. Soltó el mechón y rompió la conexión de nuestras miradas—. Me gustas, Caperucita.

Sentí sus ojos moviéndose fuera de los míos como si se rompiera el hilo invisible que nos unía, y no me gustó. Por eso alcé la mano y con ella lo tomé del mentón. Lo

a volverse y a devolverme esa mirada oscura que conseguía hacer que mis piernas temblasen.

—¿Qué más, Hunter?

Aparté la mano de su cara, pero él la paró a medio camino, entrelazando sus dedos con los míos y posándolos sobre las sábanas de la cama, entre los dos.

—No solo me gustas y no solo me vuelves loco. Me importas, Leslie Sullivan. Me importas porque... porque creo que te quiero.

Mi corazón se sobresaltó, pero al mismo tiempo las comisuras de mis labios se elevaron hacia arriba.

—Lo sabía —susurré.

Hunter alzó las cejas y su pecho se elevó con una profunda respiración, más relajado.

—¿Significa eso que me perdonas?

Apreté los labios fingiendo duda, pero ¿a quién quería engañar?

—La verdad es que sí estoy enfadada contigo, si es lo que quieres saber —admití, sin ser clara en mi respuesta—. Pero no me va a durar mucho el enfado.

—¿Por qué?

—Por lo mismo, Hunter. Porque también me gustas.

Me moví sobre la cama para quedar más cerca de él. Elevé nuestras manos y las puse sobre nuestras piernas, que ahora se tocaban.

—Porque también me vuelves loca.

Acerqué mi rostro hacia el suyo y rocé la punta de su nariz. Inevitablemente, no podía dejar de sonreír.

—Porque también me importas.

Vacilé, rozando sus labios con los míos y volviendo a separarme. No demasiado, solo lo justo para poder observar la respuesta en sus ojos.

Pero la respuesta vino también de sus labios.

—Porque me quieres —aventuró.

—Porque te quiero —confirmé.

Y nuestros labios se juntaron en el primer beso. El primero real. El primero en el que ambos mostramos abiertamente lo que sentíamos. El primero en el que sentí cómo él podía tocar mi alma. Y mientras me dejaba caer tumbada en la cama con los labios de Hunter sobre los míos, pensé:

«Si así se siente el amor, tal vez no sea tan malo».



—¿Seguro que estás bien?

Asentí enérgicamente hacia Anna, quien por fin se levantaba de mi cama y caminaba hacia la puerta de la habitación del hotel.

—Totalmente. Blake solo exageró las cosas.

Exageró y ocultó cosas. Puesto que me marché corriendo y me encerré en el cuarto durante toda la noche, Blake les dijo a su madre y a mi padre que él había hecho algo horrible, que me había ofendido, enfadado y que no le iba a perdonar en la vida. Melodramático...

—¿Entonces hablarás con él? —insistió Anna, quien no había tenido mejor idea que ir a las ocho de la mañana a despertarme para tratar de arreglar la situación—. Me dejó bastante preocupada...

—Hablaré con él, de verdad.

Venga... Vete... Sin terminar de estar convencida del todo, Anna acabó por asentir, tratando de creer en mi promesa, y finalmente salió de la habitación. Me dejé caer hacia atrás en la cama, desplomándome contra el colchón y clavando mis ojos vacíos y nerviosos en el techo. Solté un gruñido gutural y exclamé:

—Se ha ido. Ya puedes salir.

Me incorporé de la cama al tiempo que Hunter asomaba la cabeza por la puerta que daba al baño de la habitación y miraba con sospechas a todas partes del cuarto.

Cuando Anna había llamado a la puerta —y menos mal que había llamado—, tuvo el tiempo justo de tirarse fuera de la cama y esconderse en el aseo. No hubiese sido el fin del mundo, ya que ambos estábamos totalmente vestidos y, de hecho, nada había pasado, pero...

—¡Te dije que te largaras a tu habitación! —le grité, y me acerqué a él mientras lo señalaba con el dedo.

Hunter estaba sonriendo.

—¡Y yo te dije que quería dormir contigo! —me imitó, elevando la voz.

Terminó de romper la distancia que nos separaba, pasó las manos por mis hombros y me acercó a él. Posó sus labios vacilantes sobre los míos durante unos breves segundos. Lo aparté de un empujón.

—Y mira para lo que ha servido —farfullé medio molesta—. ¡Casi nos atrapan!

El volvió a acercarme, pero lo alejé y caminé hasta sentarme a los pies de la cama, donde la noche anterior habíamos conversado, arreglado las cosas y besado.

—Exacto, casi —puntualizó, sacándome de mis casillas—. Pero no lo hicieron.

¿Por qué tenía que ser yo la única con cabeza en esta relación?

Oh, Dios mío. ¡Dije relación!

—Pero imagina si lo hubiesen hecho —argumenté, acallando mi interior, que gritaba de felicidad—. ¿Qué le dirías a tu madre?

Se sentó a mi lado. Vestía una sonrisa traviesa.

—¿No es lo que parece?

Resistí la tentación de pegarme con la mano en la frente.

—Oh, Dios, Hunter. Eres idiota.

—Pero te encanto —arremetió con maestría, y ensanchó la sonrisa.

Coloqué mi dedo índice en su hombro y empujé con fuerza. Su piel se hundió bajo la presión.

—No juegues a eso conmigo.

—¿O qué? ¿Me quemaré?

Unos golpes en la puerta me impidieron contestar. Por un momento me olvidé de respirar. Pensaba que podría ser Anna de nuevo, o mi padre tal vez, y lo que podría pasar si encontrasen a Hunter conmigo. Entonces la inconfundible voz de Blake habló desde el otro lado.

—¿Les? Les, ¿estás despierta? ¿Podemos hablar?

Demasiados sustos para una sola mañana. Me volví a dejar caer en la cama, resoplando, y Hunter se levantó a abrir. Alcé la cabeza para ver a un muy escéptico y adormilado Blake parpadeando confuso cuando la puerta se abrió. Todavía llevaba el pijama.

—Vaya, hola —saludó, sin apartar los ojos de Hunter.

—Hola a ti también, hermano.

Finalmente Blake sonrió y entró en la habitación. Apoyé los codos sobre el colchón para ayudarme a incorporarme y volver a quedar sentada. Hunter regresó a su sitio a mi lado bajo la atenta mirada de su gemelo.

—Cuando Hunter no vino a dormir a la habitación, no sé por qué, tuve el presentimiento de que estaría aquí.

Ja. Ja. Ja.

—Muy listo, Blake —comenté sarcásticamente.

Cruzó los brazos, simuló molestia y se quedó parado de pie frente a nosotros. Desde esa distancia podía ver las bolsas oscurecidas bajo sus ojos y no pude evitar sentirme mal. Probablemente no había dormido nada en toda la noche por culpa de los remordimientos. De todos modos, él solito se lo buscó. Podría haberme dicho la verdad cuatro años atrás y nada de esto hubiese pasado.

—A ver, mi otra opción era que anduviese deprimido por la playa como alma en pena —declaró, ganándose un gesto de indignación de su hermano.

—Blake, te das cuenta de que te estás describiendo a ti mismo, ¿no? Tu otra opción para mí debería haber sido que secuestrara a Caperucita y no la

soltara hasta que me perdonase.

—Sigues con eso de Caperucita... —musité, pero ellos apenas me escucharon.

Blake continuó con su charla banal, relajó los brazos y se rascó la barbilla, pensativo.

—Creía que el cazador era el bueno de la historia.

Hunter elevó la barbilla simulando orgullo. Hombres...

—Yo soy el cazador y el lobo al mismo tiempo. Puedo permitirme el beneficio de ser el malo también.

—Necesitas que alguien te baje los humos... —dijo su hermano.

—En realidad, el cazador no estaba en la historia original —comenté, y esa vez sí me gané su atención—. Solo eran la niña y el lobo y... Bueno, el lobo no era un lobo...

—¿Por qué siento que estás a punto de arruinar mi infancia? —gimió Blake.

—Deja que el niño siga en su cuento de hadas —advirtió Hunter, pasándome un brazo por los hombros—. Es muy pequeño para crecer.

Blake nos observó. Miró atentamente cómo Hunter besaba mi frente y me echaba contra él. Apretó su mano en mi hombro y acabé reclinándome contra su pecho.

—Deduzco que en estos momentos no quieres matar a Hunter —comentó despacio, con precaución.

Torcí el gesto y me mordí el interior de la mejilla.

—No te creas. Depende del humor en el que me pilles. No hizo caso a mi chiste.

—Así que... —continuó, alargando las vocales—. ¿Estoy perdonado?

Me aparté de Hunter y me acomodé mejor para poder mirarlos a ambos con la mayor severidad posible.

—No. Eso significa que me tenéis que consentir hasta que os perdone. Ambos.

—¿Consentir? —repitió Hunter con cierto aire de diversión malvada, acercando su rostro hacia el mío—. ¿Con sentir de qué forma?

Blake hizo un sonido parecido a una arcada y una tos seca. Luego nos miró con desagrado.

—No me digáis que vais a ser de esos.

—Oh, ten muy claro que vamos a ser de esos —asintió Hunter. Me atrajo hacia él y pasó los brazos alrededor de mi cintura—. Vamos a ser asquerosamente de esos.

—Quizás yo no quiera ser de esos que se pasan de empalagosos —contraataqué.

En mi mente estaba empezando a crearse una vivida imagen de Hunter y yo abrazados, tomados de la mano, diciéndonos motes cursis y actuando como un par de idiotas delante de personas desconocidas. No tenía muy claro que yo valiese para eso. Mis pensamientos fueron interrumpidos por Hunter acercándose más a mí.

—¿Segura? —susurró, forzando una voz ronca y juguetona—. No parecías pensar lo mismo anoche.

Abrí la boca alarmada.

—¡Hunter!

—¡No quiero saber nada! —gritó Blake, tapándose los oídos—. ¡No quiero ser cómplice de nada!

—Pero ¡no hicimos nada!

—¡No quiero saber!

—Pero...

Hunter reía al ver nuestras reacciones, por eso mi siguiente impulso fue pegarle fuerte en el brazo. Odiaba y amaba cómo disfrutaba burlándose de nosotros. Estúpido Hunter. Siempre iba a ser el estúpido Hunter. Cuando Blake se relajó y su hermano dejó de reír, volvió a ponerse serio y abordó un tema que habíamos dejado a medias la noche anterior, en la playa.

—Oye, Les... Lo siento, pero tengo que preguntar. ¿Por qué pensaste que era gay?

Hunter y yo hablamos al mismo tiempo.

—¿No eres gay?

—¿Eres gay? ¿Y Sam?

Blake carraspeó, pidiéndonos silencio. Su cuello había comenzado a adquirir un leve tono rojo. Nunca me había percatado hasta entonces de que en realidad Blake era bastante tímido. Hicieron falta unos largos segundos hasta que me miró y dijo:

—Sam es una chica.

—¿Una chica? —repetí, por si acaso no había escuchado bien.

—Sí. Mi nov... Mi exnovia. Así que no, no soy gay.

Supongo que no pude disimular bien mi cara de decepción. Últimamente estaba fallando demasiado con mi instinto.

—Vaya... ¿Bisexual tampoco?

Blake alzó los brazos en un malhumorado aspaviento.

—No, lamento defraudarte con mi orientación sexual, Leslie —se burló, haciéndome reír—. Para la próxima avísame con tiempo y trataré de mentirte.

Hunter soltó una carcajada a mi lado.

—No es eso, tonto... ¿Y el chico moreno con el que te vi caminar el otro día?

No pensaba quedarme con las dudas.

—¿Chico moreno?

—Sí. Era algo más alto que tú, con el pelo larguito, guapo, fuerte...

Sentí cómo Hunter se removía a mi lado. Tuve un pequeño escalofrío involuntario cuando sus labios rozaron mi oreja.

—¿Me estás describiendo a mí, Caperucita?

Como toda respuesta incrusté mi codo entre sus costillas y continué hablando con Blake.

—Fue justo el día después de la fiesta de Kara —expliqué, e hice aspavientos innecesarios con las manos—. Dijiste que hablarías con Sam y... luego te vi hablando con ese chico.

—Ese chico era Brandon.

Hunter hizo de traductor para mí.

—Brandon es el hermano de Sam y, probablemente, lo único bueno de esa chica.

Intentando disimular que no había escuchado aquel comentario, Blake se esforzó por no mirar a su gemelo y seguir enfocado en su explicación.

—Vino a hablar conmigo porque su hermana no quería dejarme en persona.

—Ni por mensaje, llamada, papelito, correo electrónico... —comenzó a enumerar Hunter, ganándose una mirada envenenada de su hermano—. ¿Qué? ¿No fue así como te dejó las otras veces?

Espera, ¿qué?

—¿Te ha dejado más veces?

—Han estado saliendo y rompiendo durante todo el último año —explicó Hunter, esta vez sin humor—. A veces pienso que mi hermano de enamoradizo es idiota.

—Pero esta vez es definitiva —sentenció Blake, y parecía realmente decidido—. No volveré con ella.

A mi lado, su hermano resopló, incrédulo. Me pregunté cuánto de Sam habría tenido que soportar.

—¿Qué hay de diferente en esta?

La respuesta de Blake fue tajante y fría, tanto que pude sentir su dolor.

—Haberme engañado con McCormick.

Un extenso y pesado silencio se instauró entre nosotros, dándome de esa forma tiempo a pensar en sus palabras.

—¿El chico con el que te pegaste en la fiesta? —adiviné, y tanto Blake como Hunter asintieron.

Hunter se incorporó y caminó hacia su hermano, quien parecía medio ido, sumido en sus pensamientos. Posó una mano sobre su hombro y sonrió.

—No sé, Blake —comenzó a decir, usando un tono que indicaba que estaba jugando con él—. Yo hasta que no lo vea con mis propios ojos, no lo creeré.

Los rasgos de Blake se endurecieron, pero no parecía enfadado. Parecía determinado.

—Pues créetelo. ¡Como que hoy ligaré con una chica!

Di que sí, Casanova.

—Pareces muy decidido —observé, cavilando si aquello iba a ser divertido o no.

Por otro lado, Blake ya había decidido lo que iba a hacer, y parecía difícil hacerlo cambiar de opinión. De todos modos, ¿no dicen que un clavo saca a otro clavo? Haciendo alarde de unas energías que ni siquiera sospechaba que él tenía guardadas, movió los brazos a ambos lados de la cabeza, tratando de motivarnos.

—¡Vamos! ¡Es nuestro último día de vacaciones antes de volver a Washington! ¡Nuestro último día sin que nuestros padres estén encima de nosotros todo el tiempo!

Miré a Hunter. Él ya me estaba mirando a mí. Blake tenía razón. Era nuestro último día juntos antes de volver al piso. Antes de tener que disimular que no había nada más que odio entre nosotros. Y ambos tuvimos la misma idea: era mejor disfrutarlo.

Capítulo 38

—No puedo evitarlo —gimió Hunter, entrecerrando los ojos—. Me da pena.

Me mordí el interior de la mejilla, nerviosa.

—Te entiendo. A mí también.

Ambos arrugamos la cara cuando la chica que estaba hablando con Blake puso una mala expresión y se giró bruscamente. Al menos esta había tenido la decencia de no darle un tortazo. Estábamos sentados en el suelo cerca de la piscina del hotel, a petición de Blake, donde él había dicho que tendría más oportunidades de conocer a una chica. ¿El problema? Su desesperación podía olerse a kilómetros, y a nadie le gusta ser la chica de despecho. Ni siquiera si sabes que no vas a volver a ver a la otra persona. Pero no era solo eso...

—La verdad es que daba pena tratando de ligar...

No podía estar más de acuerdo con él.

—¿Y cómo narices empezó a salir con Sam?

Sinceramente, no podía imaginarme a Blake acercándose a una chica y pidiéndole salir. No después de presenciar la catástrofe que estaba teniendo lugar ante mis ojos, en la piscina, donde estaba a punto de ser brutalmente rechazado por la quinta chica.

—Fue ella quien se encargó de todo —explicó Hunter—. Es animadora y Blake jugador de fútbol. Sam solo quería tener su película adolescente perfecta.

—¿Y Blake se dejó? —pregunté, sorprendida—. Pensé que era más

inteligente.

Justo en ese momento el aludido estaba tocando con el dedo índice el hombro de una chica morena sentada en la piscina con quien parecía su madre.

Desde luego, ni elegirlas sabe.

—No lo creo. Solo vio que una chica guapa estaba interesada en él.

Bufé y un par de mechones de mi cabello volaron fuera de mi rostro.

—Todos sois iguales.

Chocó su rodilla contra la mía, iniciando un discreto coqueteo apenas apreciable para quien pudiera vernos, pero capaz de captar mi atención. Al final terminó por atrapar mi pierna con la suya mientras sus dedos rozaban los míos.

—No puedo seguir viendo esto —exclamó Hunter de pronto. Me sobresaltó cuando se puso de pie—. ¿Por qué no vamos a dar una vuelta?

Lancé una mirada hacia donde había visto a Blake la última vez, pero ya no estaba allí.

—Me parece una idea genial.

Me incorporé y seguí a Hunter a través de las tumbonas y toallas. El sí tenía localizado a Blake, y lo interrumpió justo a tiempo de evitar que tratase de entablar conversación

—Nosotros vamos a dar una vuelta —le avisó, rascándose la cabeza—. ¿Seguro que quieres seguir intentándolo? Mi otra opción es irme con la parejita feliz —repuso el otro, fingiendo que eso le molestaba—. Gracias, pero prefiero seguir recibiendo tortazos.

Ladeé el rostro. Eso tampoco me parecía una buena opción.

—Avísame si ligas —bromeó Hunter, y le dio unas palmadas en la espalda—. Cuelga un calcetín en el pomo de la puerta.

—Te traeré chocolate —me despedí, lanzándole un beso.

Comencé a alejarme con Hunter cuando tuve una repentina idea.

—Espera un segundo —le pedí, y salí corriendo antes de que pudiese decir nada.

Atravesé un tramo de tumbonas hasta llegar donde estaban sentadas un grupo de chicas, cerca de las toallas para los huéspedes. Bien, Leslie Sullivan. Hora de demostrar que podrías ser actriz. Di un pequeño giro y me agaché a por una toalla con una sonrisa enorme y aire soñador. Eso consiguió que

ganase la atención de algunas de las chicas.

—Dios mío, es tan guapo... —suspiré en alto, y acto seguido las miré. Me encontré con algunos ojos curiosos. Apreté los labios y, como si estuviera contándoles un secreto vergonzoso, añadí—: Voy a llevarle una toalla, a ver si consigo que me haga caso.

Consciente de que ellas, además de sorprendidas, estaban interesadas en qué estaba diciendo, me levanté con una toalla en las manos y corrí hacia Blake. Afortunadamente él no se había movido y Hunter tuvo la precaución de no acercarse a su hermano.

Blake sonrió cuando me acerqué trotando a él.

—¿Ya estás de vuelta? —bromeó—. ¿Tan rápido ha sido el paseo?

Con una expresión de dulzura que no concordaba con mis palabras, le espeté:

—Te estoy salvando el culo, ligón de pacotilla.

Después puse la toalla en sus brazos y le di un rápido beso en la mejilla. Tal como esperaba, Blake me miró confundido. Esperé los segundos justos antes de darme la vuelta y salir corriendo con la cabeza baja, simulando tener vergüenza. Lo único que había hecho era llamar la atención de esas chicas sobre él, pero no eran idiotas. Si Blake no aprovechaba la situación, dudosamente tendría éxito.

Fui directamente hacia la salida de la piscina e interiormente hice la señal de victoria al percatarme de que dos de las chicas estaban observando a Blake con interés. Esperaba haberle facilitado las cosas. Hunter se reunió conmigo en la salida, mirándome receloso.

—¿Debería estar molesto?

—Sabes que no —respondí guiñándole un ojo, y luego guie mi mirada hacia la piscina—. Mira lo que he conseguido.

Él también miró. Una de las chicas se estaba acercando a Blake.

—Tal vez no puedas entrar hoy en la habitación —bromeé, dándole un golpe de cadera.

Su respuesta, coqueta y juguetona, ya me la esperaba. Tal vez eso no sea un problema.

Lo aparté tratando de no ruborizarme. No quería que fuésemos descubiertos por nuestros padres. En un principio ellos estaban intentando

disfrutar de la playa, pero nunca se sabía.

—Ya sabes mi respuesta. Tu madre no te encontró hoy de milagro. Además, ahora que sé que estás loco por mí, preferiría que mi padre no te matase en un plazo menor a veinticuatro horas.

No se contuvo de hacer una broma de ello.

—¿Veinticuatro horas? Puedo hacerte tocar el cielo con menos tiempo que ese, Caperucita.

Y, por supuesto, tuve que devolvérsela.

—Claro. Eres de los que dura menos de cinco minutos.

Observé complacida cómo Hunter tardaba en captar la broma, pero más aún cuando lo hizo y su rostro dibujó una expresión de horror. Algunos hombres no aguantaban una broma contra su hombría.

—Venga, vayámonos —exclamé antes de que se iniciara una guerra. Tomé su muñeca y lo saqué fuera del recinto—. Tengo ganas de subir esa montaña.

El día después a que llegásemos al hotel, mientras esperaba a que los *horigemes* terminasen de desayunar, me había entretenido mirando los folletos de actividades varias que ofrecía el hotel. Una de ellos era seguir el sendero de una montaña caminando. Además de gratuita, el camino estaba marcado con flechas para que los turistas no se perdieran y se podían sacar buenas fotos.

No me gustaba demasiado caminar, menos con calor, pero lo cierto es que disfruté subiendo aquella montaña. No voy a decir que logré un contacto con la naturaleza, de la cual había estado aislada durante mis semanas viviendo en medio de una ciudad y su contaminación. Seamos realistas, esos temas me importaban, pero no lo suficiente. Lo que sí disfruté fue la subida a la montaña con la mano de Hunter en la mía.

Era raro y al mismo tiempo placentero. Poder sostener su mano estando rodeados de gente. Caminar pegados. Hacer bromas íntimas que solo nosotros entendíamos. Pedir a extraños, también turistas, que nos sacasen fotos con el teléfono móvil. Poder besarlos sin preocuparme de ser descubiertos por nuestros padres.

Continuaba existiendo ese halo de peligro. ¿Y si les daba por abandonar la playa y subir la montaña? Pero, de alguna forma, tanto Hunter como yo habíamos decidido no pensar en ello. Acabábamos de confesarnos y pronto

volveríamos a casa. Solo queríamos disfrutar de nuestro último momento de libertad.



—¿Qué vamos a hacer cuando regresemos a Washington?

Hunter, que estaba sentado sobre una roca, dejó de mirar en la pantalla de su teléfono las fotos que nos habíamos tomado juntos. Nuestra mañana solos había sido maravillosa. No quería estropear aquellas horas evadiéndonos del mundo, pero la realidad era que el mundo seguía ahí fuera y que, aunque no quisiéramos regresar a él, teníamos que hacerlo.

—Ven, siéntate a mi lado. —Guardó el teléfono en el bolsillo y esperó hasta que yo estuve sentada junto a él para tomar mis manos entre las suyas—. ¿Qué quieres hacer tú?

Prender fuego a los libros de matemáticas y lograr que Kara y Harry salieran juntos, pero esa no era la respuesta que él quería.

—¿Ocultárselo a nuestros padres? —dije finalmente, a modo de pregunta. La seriedad en la mirada de Hunter me había puesto nerviosa—. Ellos no pueden enterarse de... esto.

Asintió. Una de sus manos soltó las mías para dirigirla a mi rostro.

—¿Tienes miedo de lo que dirán?

Dejé que sus dedos trazaran la línea de mi pómulos. Recorrieron mi mejilla de arriba abajo mientras mis ojos se perdían en los suyos, oscuros.

—Es solo que... es difícil. Hemos estado en una especie de tira y afloja todo el verano y lo cierto es que nunca me importó. No pensé en ellos dos, pero ahora...

—Ahora ya no es un juego —completó—. Aunque, en realidad, tú nunca fuiste un juego para mí.

Mi corazón. Iba a explotar. Y derretirse. Y comenzar una carrera. Y morir. Todo al mismo tiempo. ¿Cómo era eso posible?

—No creo que nos prohíban estar juntos —murmuré, y el mero hecho de decirlo en voz alta me pareció estúpido—. No son tontos, saben que somos sus hijos pero no sus esclavos. Además, tampoco es ilegal que estemos juntos. Y

ni siquiera vivimos...

Hunter me interrumpió antes de que la verborrea de palabras terminase mal.

—Te preocupan ellos. Como a mí.

Exactamente.

—Han estado peleando mucho estos últimos días. —Me aparté de él y acuné los brazos sobre mi regazo—. Si se enteran de esto... Podríamos ser los causantes de que rompan su relación.

Ambos nos quedamos en silencio, meditando lo que acababa de decir. Eran cosas serias. Nosotros apenas éramos un par de jóvenes que volverían a su casa y seguirían estudiando cuando terminase el verano. Un par de personas con toda una vida por delante. Nuestros padres, en cambio, llevaban mucho tiempo juntos. Ambos habían salido de una relación y rehecho de nuevo sus vidas. Maldición, habíamos actuado egoístamente sin pensar en las consecuencias, y estas podían ser más serias de lo que me gustaría.

—No quiero destrozar a tu familia —susurré.

El brazo de Hunter se puso sobre mis hombros sin previo aviso y me atrajo hacia él en un abrazo. Sabía que estaba mostrándole mi debilidad, pero de alguna forma ya no me importaba. De alguna forma, confiaba en él. Por eso dejé que me apretara con fuerza y apartara mi cabello del rostro.

—Nuestra familia, Caperucita —susurró contra mi coronilla—. Tú eres igual de importante que todos.

Apreté con fuerza los párpados, con mi interior llenándose de una sensación cálida al escuchar sus palabras. Era agradable de escuchar. Me aparté de Hunter, rompiendo el abrazo para poder mirarlo a los ojos.

—No quiero ser culpable de que se separen. —Consciente de que la situación se estaba poniendo un poco tensa y pesada, intenté forzar una sonrisa—. Ya sabes, tu madre me cae bien.

Sus manos volvieron a mi rostro, acercándolo al suyo para poder juntar nuestros labios en un efímero beso.

—Eso no pasará —susurró cuando nos separamos. El leve viento de la montaña sacudía las puntas de su cabello corto, llevándolo hasta mi cara y haciéndome cosquillas—. No diremos nada. Seremos tan buenos ocultándolo como hemos sido hasta ahora.

Era otra opción. Al fin y al cabo, éramos buenos en eso. Anna y mi padre, hasta donde sabíamos, no sospechaban nada.

—Me encanta poder estar así. Contigo. —El murmullo de Hunter pareció estar dirigido más a él mismo que a mí, pero igualmente pude escucharlo—. Siempre estuve loco por ti, Caperucita.

Mi sonrisa finalmente fue verdadera.

—Lo sé.

—Mentirosa. —Se rio, pellizcándose el puente de la nariz. Al final resultaría que sí acabaríamos siendo de esos, como Blake temía—. Pero yo sí sabía que tú estabas loca por mí.

Coloqué una mano en su hombro y me alejé de él mientras le sacaba la lengua.

—Eres un fanfarrón.

—Y tú muy mala dominando las expresiones faciales —contraatacó, recuperando repentinamente el humor—. Prácticamente puedo leer tus pensamientos solo con mirarte a la cara.

Crucé los brazos sobre el pecho y alcé la barbilla, probándolo.

—Ah, ¿sí? ¿Qué estoy pensando ahora, entonces?

Odiaba cuando ponía aquella sonrisa sádica y resabida.

—Quieres que te bese.

Maldición...

—No —lo contradije. Mantuve la barbilla en alto—. Pensaba en chocolate.

Su brazo se movió hacia mi cintura. Me tomó por un lateral y, en un visto y no visto, me obligó a alzarme, guiando mi cuerpo hasta que terminé sentada sobre él. Entrelacé los brazos alrededor de su cuello.

—Pensabas en un beso mío.

Lo cierto era que en aquellos momentos solo podía pensar en sus manos. Una subía por mi pierna. La otra acercaba mi cuerpo al suyo.

—¿Solo uno? pregunté dubitativa, arrugando la frente—. Te dije que no podías leer mi mente.

—De acuerdo, entonces en mis besos, Caperucita.

Y no perdió más el tiempo con tonterías. Juntó sus labios a los míos en un suave beso.

Me gustaba ese lado de Hunter. El lado cursi y gentil que mostraba conmigo y que a Blake, por lo visto, desagradaba. Durante lo que llevábamos de verano había conseguido ver en él la fuerza de las hormonas. Me había besado con la pasión del momento varias veces, algunas puede que sin pensar. Eso mismo había hecho yo con él. Pero esta vez era distinto. Era mejor.

No había nada que pudiera compararse a un beso dado con el corazón.

—¿Seguirás llamándome Caperucita? —pregunté cuando encontré un momento para respirar entre beso y beso, todavía sobre sus rodillas.

—Sí —asintió, moviendo las piernas y haciéndome pegar un bote para acomodarme mejor—. Porque te gusta. Además, tú me lo pediste. Me dijiste que no te llamase Les.

—Y tú no querías llamarme como todos lo hacían —recordé.

Ahora podía admitir que me gustó escuchar aquello. Sin embargo, no lo hice, ya que sus manos comenzaron a moverse hasta quedar en mi trasero, sosteniéndome y acomodándose mejor en sus rodillas.

—Bueno, al menos ya puedo decir que este culo es mío —comentó de la nada.

Me reí. Hunter era ridículo, pero lo era de una forma que me gustaba.

—No. Te equivocas. En realidad es mío.

Sí. Me gustaba discutirle. Era divertido llevarle la contraria.

—Tú eres mía, así que tu culo también es mío —insistió con petulancia.

—Oh, claro que sí, señor Grey —me burlé—. Vuelve a decir que soy tuya y te meto el dedo en el ojo.

Su rostro se acercó al mío, burlón, tentador.

—Eres mía —susurró, haciendo chocar nuestras narices en un agradable roce—. Eres completamente mía.

Mis piernas temblaron, pero no iba a dejar que lo notara. Una chica necesita hacerse valer, incluso si es bromeando. Esperé el tiempo justo a que Hunter bajara los párpados y sus labios rozaran los míos para revolverme en sus brazos y escapar fuera de ellos, poniéndome de pie frente a él.

—Te dije lo que haría. —Sonreí ante su desconcierto, que rápidamente fue sustituido por otra sonrisa—. Más te vale correr.

—No te tengo miedo, Caperucita.

—Yo tampoco te tengo miedo —mis labios se ensancharon más—,

Cazador.

Y acto seguido me lancé contra él.

Capítulo 39

Me estiré en el suelo caliente de la azotea y lancé el cuaderno de matemáticas hacia arriba, al aire. Mala idea, porque después tuve que rodar a un lado antes de que la espiral se clavara en mi ojo al caer.

—Oficialmente me he convertido en una experta de las matemáticas.

Hunter rio, tumbándose a mi lado en el suelo. Él fue más precavido y dejó el libro en lugar de lanzarlo. Estábamos estudiando matemáticas en la azotea, que parecía haberse convertido en nuestro nuevo rincón favorito. Era bastante práctico estudiar allí, porque el único ruido que escuchabas era el murmullo de la ciudad. Las vacaciones familiares no habían servido de mucho y Anna y mi padre continuaban peleando constantemente.

—No cantes victoria tan pronto, Caperucita. Solo te han salido bien cuatro ejercicios de ocho.

Abrí ampliamente los ojos y me apoyé sobre el codo para poder mirarlo.

—Sí, pero eso ya es la mitad. ¡Un aprobado! Con un cinco sobre diez ya sería feliz.

El rostro de Hunter se endureció, mostrándome que no estaba de acuerdo.

—No puedes presentarte a un examen con solo un cincuenta por ciento de la materia asegurada. Tienes que llevarlo de sobresaliente para sacar un bien.

Volví a rodar de costado. Esta vez caí sobre mi espalda y gruñí.

—Odio cuando te pones en plan cerebrita.

No solo eso. En realidad, me intentaba convencer a mí misma, porque sabía que si tenía la más mínima posibilidad de aprobar, sería con poca nota.

No solo las matemáticas no eran para mí. Estudiar en general no lo era. Me sentía como una idiota cada vez que suspendía, cada vez que me daba cuenta de que era menos que los demás.

Escuché una carcajada, ruido y, poco tiempo después, Hunter también rodó hasta colocarse sobre mí.

—Te encanta cuando me pongo en plan cerebritito.

Apartó con una mano el pelo revuelto sobre mi cara y bajó el rostro hacia el mío para besarme. Cuando se dio cuenta de que no le estaba devolviendo el beso se alejó unos centímetros. Flexionó el brazo y apoyó la cabeza sobre la mano para mirarme.

—¿Tienes miedo de suspender? —preguntó, como si fuese capaz de leerme el pensamiento.

Yo, Leslie Sullivan, jamás admitiría que algo me daba miedo. Porque, como a todas las personas, había miles de cosas que me asustaban. Por ejemplo, me asustaba enamorarme, pero lo había hecho. Me había enamorado de Hunter. Y me asustaba suspender, pero no por las repercusiones, sino por lo que eso significaba: que era tonta.

Sin querer responder a su pregunta, terminé por encogerme de hombros, dándole un sí camuflado. Su mirada se suavizó y sus labios se curvaron en una sonrisa triste.

—Sabes que no pasa nada si suspendes, ¿verdad? Es mejor si apruebas, obviamente, pero tampoco sería el fin del mundo. Solo se trata de una asignatura.

Gemí y aparté los ojos de él. Nunca había hablado con nadie del miedo que había detrás de un suspenso.

—Pero todos mis amigos han aprobado —murmuré al final, cuando Hunter no añadió nada—. ¿Qué diría de mí ser la única incapaz de aprobar matemáticas?

Que soy idiota. Me sobresalté al sentir el tacto de sus dedos sobre mi mejilla, y mis ojos corrieron de vuelta en busca de los suyos. La oscuridad de su mirada nunca me había parecido tan cálida.

—Tus notas no te definen como persona. Lo sabes, ¿verdad? Que no se te den bien las matemáticas no significa que seas tonta, y por nada del mundo deberías sentirte así.

Tardé un rato, pero al final asentí. Todavía seguía sintiendo ese peso que trae consigo una derrota, pero las palabras de Hunter habían logrado un pequeño cambio. Siempre me habían reñido por suspender, por haber cometido semejante fracaso, como si yo no me esforzara lo suficiente. Podía suspender matemáticas de nuevo, pero él tenía razón. Eso no cambiaría quien soy, ni mis amigos ni mi familia me dejarían de querer, ni valdría menos como persona.

—Además —añadió Hunter, y su rostro bajó de nuevo hacia el mío—, no puedes ser perfecta en todo.

Sonreí contra sus labios mientras volvían a encontrarse, y esta vez sí le devolví el beso. En ese momento, atrapé su espalda entre mis brazos, acercándolo más a mí. Podía sentir cada parte de su cuerpo tal como estábamos. Su pecho subía y bajaba, sus piernas estaban dobladas a ambos lados de las mías, sus brazos se colocaban a cada lado de mi cara... Lo único malo de la posición era que con su peso encima me costaba respirar.

—Vas a conseguir aplastarme —jadeé en medio de un beso, tratando con fuerza de respirar.

—Perdón, no me di cuenta.

Sin dejar de sonreír, Hunter se apartó de mí. Se sentó con las piernas dobladas y recuperó el libro que había dejado en el suelo.

—Así que... —Comenzó a pasar páginas y páginas con simulado interés—. ¿Por dónde íbamos?

Idiota...

—¿Sabes? Creo que prefiero que sigas aplastándome.

Sabiendo que eso funcionaría y que él solo estaba jugando conmigo, me incorporé únicamente para después lanzarme sobre él. Me senté en su regazo y regresé a nuestra habitual sesión de besos en la azotea.

Puede que no apruebe matemáticas —aunque Hunter realmente estaba decidido a ello—, pero me llevaría a casa un recuerdo bastante vivido de la forma en que su cuerpo y sus labios se amoldaban a los míos.

—Vosotros dos sois las personas más estúpidamente empalagosas que conozco.

Interrumpí mi beso con Hunter para reírme. No necesitaba girarme para saber que se trataba de Blake. Además, él era el único que sabía que nosotros

veníamos a la azotea a estudiar.

—E irresponsables —añadió cuando ninguno de nosotros dijo nada—. ¿Y si en lugar de ser yo quien viene aquí arriba a buscaros son nuestros padres? ¿O un vecino?

Emitiendo un sonoro suspiro, me levanté de encima de Hunter y estiré las piernas. El cuaderno de matemáticas seguía en el suelo, junto al libro, y no tenía ninguna intención de recogerlos. Con suerte, aunque poco probable, por la noche llovería y se autodestruirían.

—Harry no contaría nada —me burlé, y comencé a caminar hacia él—. Además, ahora debe de estar muy ocupado besándose con Kara.

Después de aquella noche en casa de Kara, los dos se habían vuelto bastante cercanos. De hecho, durante las vacaciones familiares no nos echaron para nada en falta. Lo sé porque al regresar Kara me llamó por teléfono para contarme lo bien que besaba Harry. Por eso y por las sesiones empalagosas de besos que habíamos presenciado en una de nuestras salidas.

Blake hizo un gesto de desagrado bastante impropio de él. Me esperaba más eso de Hunter.

—No me recuerdes que soy el único soltero, Les...

Le di unas palmaditas de ánimo en la espalda mientras su hermano recogía los libros del suelo. Mi sueño de perderlos no iba a cumplirse.

—Tranquilo, Blake —lo consolé—. Estar soltero no es malo. Y, quién sabe, puede que pronto conozcas a alguien.

—Pero esta vez intenta que no sea una animadora —le recriminó Hunter, llegando a nuestro lado—. Puede que Sam estuviese buena, pero era muy suelta...

—¡Hunter! —lo reñí, y le di un golpe en el hombro.

El sonrió ampliamente. Luego me rodeó por detrás. Acercó los libros a mi pecho y me estrechó contra él.

—¿Muy celosa, Caperucita?

Le di un codazo entre las costillas y me alejé de su lado, juntándome más a Blake, quien observaba la escena con una mezcla extraña de diversión y consternación.

—Solo tienes permitido decir que yo estoy buena —le avisé mientras me señalaba con el dedo índice. Traté de poner mi mejor cara de seriedad—.

¿Cómo te sentirías si yo dijese que Harry está bueno?

—Con miedo, porque Kara probablemente te arrancaría los ojos y te prohibiría volver a verlo.

Bufé y pronuncié unos sonidos incoherentes. Primero, porque Kara nunca haría tal cosa. No llevaba ni una semana saliendo con Harry y ya me había obligado a mirarle el trasero un día que caminaba delante de nosotras para que le diese mi opinión. ¿Dónde se habían escondido las personas normales en aquella ciudad? ¡Harry era mi amigo!

—Chicos, parad un segundo, por favor —pidió Blake, devolviéndonos a la realidad con un tono sosegado que no me gustó nada—. No vine aquí para veros pelear... o daros el lote.

—Pues hasta ahora no llevas un buen camino —se burló Hunter, y recibió una mala mirada de su hermano.

Blake carraspeó. Luego se tomó unos segundos de silencio, suficientes para conseguir que mi estómago se revolviere. Siempre había sido el más serio de los *horigemes*, pero aquel era su tono de malas noticias.

—Josh y mamá me han pedido que os busque. Quieren hablar con nosotros.

Mi cabeza se volvió rápida hacia Hunter. Todas las risas y el coqueteo se fugaron de mi cabeza y fueron reemplazados con temores.

Esperanzada, y viendo la mirada pesarosa que ambos hermanos compartieron, pregunté por una de mis sospechas.

—¿Crees que saben...? —Tragué saliva. Era difícil de decir—. ¿Crees que saben lo nuestro?

Entonces Blake negó, totalmente convencido. Mi pecho se aprisionó más aún.

No. Eso no.

—No creo que tengan la menor idea —contestó finalmente Blake, lo que me puso la piel de gallina—. Pero me parece que los tres sabemos de qué se trata.

Y, lamentablemente, cuando bajamos al piso y nos sentamos con ellos en el salón, los temores de Blake, los que también compartía con Hunter y conmigo, resultaron ser ciertos.

Capítulo 40

—Así que se separan.

Harry pasó un brazo sobre mis hombros y me acercó a él mientras Kara se sentaba junto a Blake y Hunter en los sofás del salón. Daniel, el amigo de los gemelos que no había visto desde la última fiesta, también había venido.

—Por mí realmente no tienes que preocuparte —le dije en un susurro. Me apoyé contra él sin apartar la mirada de los gemelos—, pero creo que Hunter y Blake lo están pasando peor. Mi padre ha sido prácticamente un padre para ellos. En cambio, para mí Anna... Anna ha sido una mujer que me ha caído muy bien.

Como si me hubiese escuchado, aunque era bastante improbable por los metros de distancia que había entre nosotros, Hunter elevó el rostro y me miró. Cuando nuestros ojos coincidieron, forzó una sonrisa, pero fue de tristeza. El día anterior nuestros padres nos habían dado la noticia del divorcio y los dos gemelos habían estado decaídos desde entonces.

En cierto modo estábamos ya preparados para ello. Sabíamos que podía suceder. Anna y mi padre habían pasado una mala temporada. En apenas mes y medio que había estado con ellos, los había visto pasar de ser una pareja empalagosa y que se quería a no poder soportarse.

Hablé con mi padre después de saber que se divorciaban y le pregunté si era por mi culpa. Al fin y al cabo, mi llegada había sido al mismo tiempo la peor fase de su relación, pero él me juró que no tenía nada que ver. Llevaban bastante tiempo con problemas, solo que antes habían sido mejores ocultándoselo a los gemelos.

Sin embargo, la separación de mi padre y Anna no era lo que más me afectaba, por egoísta que pareciera.

—Te echaré de menos —murmuró Harry. Apretó su mano sobre mi hombro, casi abrazándome—. No puedo creerme que te vayas a ir ya.

Dejé caer la cabeza sobre su hombro y volví a mirar por la ventana. Que Anna y mi padre se separasen significaba que ya no iban a vivir más juntos y, por tanto, yo tampoco con ellos. Él se iba a ir a casa de un amigo mientras buscaba un lugar donde quedarse y yo regresaría en un par de días con mi madre y Tom, que habían decidido acortar su luna de miel después de la llamada de mi padre contándoles lo sucedido.

Era triste pensarlo, pero en realidad aquella reunión de amigos era una fiesta de despedida para mí, porque no sabía cuándo podría volver a verlos.

—Siempre puedes ir a visitarme a mi casa —ofrecí. Realmente lo decía en serio—. Serías perfecto para sustituir a Jordán como compañero de bromas.

Al menos Jordán no era algo de lo que tuviera que preocuparme más. Nat me había escrito un mensaje para contarme que él se había puesto en contacto con el grupo y que les había dicho lo que había pasado. Solo que Jordán mintió. Se inventó su propia versión de los hechos, y cuando yo les dije lo que realmente había sucedido, mi exnovio se quedó sin amigos. Especialmente porque al fin le revelé a Nat la razón por la que él y yo rompimos, y gilipollas fue lo más fino que lo llamó.

—Oye, ¿ese hombre está haciendo *twerking*?

Parpadeé rápidamente al ser interrumpida por Harry, que miraba con desconcierto por la ventana. Seguí el camino que trazaban sus ojos y en ese momento me di cuenta de que la ventana del salón daba al mismo edificio que la ventana de mi habitación. Me llevé una mano a la boca para sofocar la risa.

—Probablemente. Es el loco del edificio de al lado. Cuando tenía doce años lo vi bailando como un Papá Noel loco con mi hermana.

Harry se volvió con preocupación hacia mí.

—¿Tu hermana conoce a ese tipo? ¿Y ha bailado con él? Me reí más fuerte. Su cara era todo un poema.

—¡No! Quería decir que mi hermana y yo, juntas, vimos cómo él...

No pude terminar la explicación de uno de los momentos más extraños, y al mismo tiempo divertidos, vividos en el salón de esa casa porque Blake se

acercó a nosotros. Me tocó el hombro para que me volviera hacia él.

—Hunter ha salido, decía que estaba agobiado —me explicó, mirándome con cara de circunstancias—. Creo que deberías ir tras él.

Asentí, sin preguntarle siquiera dónde había ido, porque eso ya lo suponía. Le lancé una mirada de despedida a Harry y salí rápidamente del salón. Me topé con Anna en el pasillo, que se acercaba con una bandeja de refrescos.

—Oh. ¿Vas a salir, Les?

Por primera vez desde que nos habían dado la noticia, sentí pena por ella. Inicialmente la había sentido por los gemelos, porque nuestros padres habían parecido serenos y fuertes cuando nos lo contaron. Pero ahora, observándola sola en el piso, sin mi padre a su lado, podía apreciar las ojeras bajo sus ojos rojos, el pañuelo de papel mojado sobresaliendo del bolsillo de sus vaqueros y su aspecto desarreglado. Pero lo superaría. Siempre lo superan, como mi madre.

—Vuelvo enseguida —le aseguré. No quería decirle que uno de sus hijos había salido en busca de soledad—. No te preocupes.

Asintió y siguió su camino hacia el salón. Por mi parte, yo salí del piso, tomé el ascensor y me dirigí directamente hacia la azotea. Tal como esperaba, Hunter estaba allí.

Eran las seis de la tarde de un día de verano, pero el viento que llegaba a lo alto del edificio hizo que me estremeciera. Subir con un fino vestido de tirantes no fue buena idea. Hunter, por otro lado, no parecía tener frío con su camiseta de manga corta. Estaba apoyado contra la barandilla, con una pierna doblada, y miraba hacia la calle.

Recordé la expresión de su cara cuando nos dieron la noticia, porque no había podido evitar mirarlo en ese momento. Al igual que él, yo también sabía lo que era que tus padres se separasen, ya que, aunque de más pequeña, también lo había vivido. Pero aquello era diferente. Josh, mi padre, no era el suyo. Era su padrastro. Y simplemente no era justo.

Cuando tus padres se separan lo acabas aceptando porque sabes por experiencias ajenas que eso sucede, pero cuando ya han vuelto a rehacer su vida, a ser felices, a crear una nueva familia... No es igual. Ya ha pasado una vez y te haces a la idea de que será así para siempre. No estás mentalmente preparado para un nuevo divorcio.

Si mi madre y Tom se separasen, no sabría qué hacer. Solo había vivido tres años con Tom. Los gemelos habían estado con mi padre durante mucho más.

Me acerqué a Hunter, despacio para no sobresaltarlo, y me apoyé a su lado en la barandilla.

—Hace frío —comenté, solo por iniciar una conversación.

La respuesta de Hunter me tomó desprevenida. Antes de que pudiera verlo venir, se volvió hacia mí y me agarró de los hombros, girándome. Lo siguiente que supe era que Hunter me estaba abrazando. Había pasado sus brazos alrededor de mis hombros y me estrechaba contra él con fuerza. Había escondido la cabeza en el hueco de mi cuello.

Tardé unos segundos de más en reaccionar. Sabía que estaba dolido y se veía que la noticia de la separación no le había sentado nada bien, pero él siempre solía mantener esa actitud de despreocupación y madurez... A veces simplemente olvidaba que solo éramos unos chavales y que no siempre podíamos manejar lo que se nos venía encima.

A veces olvidaba que también Hunter podía ser débil. Y que ser débil no era un problema ni un fallo, sino un mecanismo de defensa. Una forma de decir que necesitábamos a alguien. Que no podíamos solos.

Usé los brazos para rodear la cintura de Hunter, como si pudiera usar mi propia burbuja protectora como un hechizo que lo hiciera sentir mejor. Como si la cercanía de mi cuerpo pudiera calmar su mente.

Permanecimos abrazados durante largo tiempo. El frío desapareció a pesar de que el aire seguía allí, revolviendo mi cabello y mezclándolo con el de Hunter. Mis brazos dolían de apretarlos contra su cuerpo, pero no podía separarme de él.

«Podréis venir a visitarme siempre que queráis», había dicho mi padre después de anunciar que se mudaría a casa de su amigo. En los ojos de los gemelos vi que ellos irían, y que seguramente nada podría detenerlos. Yo estaba acostumbrada a no verlo. Ellos no.

Finalmente, cuando empezaba a darme por vencida en cuanto a mantener mis brazos en alto, Hunter movió la cabeza fuera de mi cuello y comenzó a separarse de mí. Lo observé atentamente, en busca de señales de lágrimas, pero sabía que no había llorado.

Sus ojos buscaron también los míos, levemente avergonzados. Carraspeó antes de hablar.

—Siento este numerito.

Mi estómago empequeñeció cuando escuché su voz ronca y arrastrada. Odiaba verlo así.

—No es nada —le aseguré, y tomé su mano con la mía—. ¿Te encuentras ya mejor?

Se encogió de hombros e intentó sonreírme.

—Lo superaré.

Claro que lo haría. Era Hunter Harries, y tendría a Blake Harries junto a él para hacerlo más llevadero.

—Ya sabes que al final, aunque no lo parezca, todo esto siempre tiene solución.

Con su mano libre tocó mi cara. Rozó mis mejillas con los dedos, como tanto le gustaba hacer. Sus ojos seguían tristes.

—No es solo eso, Leslie... —susurró, y supe cuando me llamó por mi nombre que esa conversación era seria—. Te vas a ir en dos días. A tu casa.

Todo mi interior se sacudió. Tuve que tomarme un momento para controlar mis respiraciones. No es que no hubiese pensado en ello antes. No es que eso no fuese lo que egoístamente más me había dolido de todo. Y, tal como mi mente se contestaba a sí misma para tranquilizarse, le di la misma respuesta a Hunter.

—Bueno, sabíamos que un momento así llegaría. En un mes tú te vas a ir a la universidad, y yo iba a volver de todos modos al terminar el verano.

Silencio. Pesado, estúpido y horrible silencio. La mano de Hunter cayó de mi mejilla, pero sus dedos se entrelazaron con los míos con más fuerza.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

Cerré los ojos. Sabía lo que quería decir. Nunca habíamos hablado de ello, pero siempre había estado bailando por mi cabeza. En realidad, intuía que había estado bailando en la de ambos.

—Te quiero, Hunter —susurré, y me acerqué lo más que pude a él. Choqué la puntera de mis zapatos contra los suyos—. Lo sabes, ¿verdad?

Asintió. Mantener su mirada me costaba, a pesar de que él estaba sonriendo. O al menos lo intentaba. Por mí.

—Pero... —me animó a continuar.

Tomé aire.

—Pero no soy buena en las relaciones a distancia.

Silencio.

—Yo tampoco.

Me mordí el interior de la mejilla, aunque en realidad quería morderlo todo. Quería destrozarme mis labios, mis dientes, mi carne. Provocarme un dolor que fuese palpable y que pudiese curarse con medicina. Uno que alejase mi mente de la realidad.

Sentí que me escocían los ojos, pero si Hunter no iba a llorar, yo tampoco lo haría. Mantuve la mirada alta y también traté de sonreír. Pregunté:

—¿Qué vamos a hacer, entonces?

El contacto visual se rompió y Hunter deslizó sus brazos hacia mí. Me abrazó. Acunó mi cabeza contra su pecho y volvió a acariciar mi mejilla, como si eso lo tranquilizase. Bajó su rostro y besó mi coronilla.

—Te quiero, Leslie Sullivan. Lo sabes, ¿verdad?

No dudé de ello ni un solo segundo.

—Lo sé.

Epílogo

—Me he metido en una casa de locos, Hunter. No vas a creerte esto.

Me recliné en la silla del escritorio de mi nueva habitación. El cuarto era mucho más pequeño que el que tenía en Washington, pero este gozaba de la ventaja de encontrarse en Nueva York. No me arrepentiría jamás de haber escogido estudiar en esa universidad.

—Pero al menos encontraste un lugar donde quedarte, ¡y justo después de que te echaran!

Mi hermano puso mala cara desde su nueva habitación, a unas cuantas horas de donde yo me encontraba. De todos modos no lo culpaba. Había tenido la peor primera semana de universidad que pudiera desearle.

Resultó que su compañero de habitación en la residencia, un estudiante de segundo año que había decidido seguir viviendo dentro del campus universitario, era en realidad un camello. Se ganaba la vida vendiendo droga a otros estudiantes, especialmente en época de exámenes. El problema vino cuando hubo una inspección inesperada y encontraron bolsitas de plástico con sustancias ilícitas escondidas en la habitación. Y la habitación era tanto de Blake como del camello, así que mi hermano fue expulsado de la residencia y se quedó en la calle.

—En buen momento le dije a Sophia que sí...

—No seas tan dramático, Blake. No puede ser para tanto. En realidad, si lo ves desde otro punto de vista, has tenido mucha suerte: una chica guapa te ha invitado a compartir piso con ella y con otra chica igualmente guapa hasta

que encuentres algo mejor.

Por primera vez en nuestra conversación, Blake dejó de quejarse para reírse. Aunque estuvo mezclado con un gesto de desesperación. Se le iba a caer el pelo si seguía estresándose de esa manera tan tonta.

—Hunter, tú no sabes si son guapas o no.

—¿Lo son?

Me reí cuando aprecié en la pantalla del ordenador cómo mi hermano enrojecía, hasta que finalmente se decidió a contestar:

—Lo son.

Me lo esperaba, y le vendría bien para olvidarse de Sam.

—Y ninguna de ellas es animadora, ¿verdad? —pregunté tanteando. Sabía que no quería a otra como Sam.

—No, no lo son, pero...

—¡Pues entonces alégrate! —lo interrumpí, elevando las manos y prácticamente gritando.

Blake me gritó también.

¡Es que está loca, Hunter! ¡Esa chica está loca!

—¿Quién, Sophia? Bueno, debe estarlo si te ha invitado a compartir piso con ella y solo te conoce de una clase a la que vais juntos.

—No, ella no. La otra chica. Su compañera.

Era tan fácil reírme de Blake cuando se frustraba y sacaba las cosas de quicio... Estábamos hablando de chicas universitarias de menos de veinte años. A menos que vieses fantasmas, mi hermano debería poder lidiar con ellas perfectamente.

—A ver, explícame. ¿Por qué está loca?

—Ayer por la noche, después de que Sophia me ofreciera quedarme con ellas y me diese las llaves del piso, Lily me confundió con un ladrón y me atizó con una enciclopedia en la cabeza.

No quería reírme, pero era tan complicado... Especialmente viendo los ojos abiertos y enloquecidos de mi hermano. Mi teléfono móvil vibró al lado del teclado del ordenador, distrayéndome de la conversación con Blake. Era muy fácil distraerse cuando la persona que reclamaba mi atención era Leslie Sullivan.

—¿Hunter? —me llamó mi hermano al notar que ya no lo escuchaba—.

¿Me has escuchado?

—¿Qué? No, perdona.

Agarré mi teléfono móvil, esta vez tratando de prestar más atención a lo que me decía mi hermano. Pero no funcionó.

CAPERUCITA: ¿Quién ha tenido un profesor particular genial? Exacto, yo. ¿Y quién ha aprobado el examen de matemáticas? Exacto, yo. ¿Y a quién le valió con saberse solo la mitad del temario y no ir preparada de sobresaliente? Exacto, a mí.

Sonreí con los ojos fijos en la pantalla. Sabía que iba a conseguirlo. Como buen profesor de matemáticas, había continuado dándole clases a distancia hasta el final del verano gracias a las videollamadas.

—¿Hunter! me gritó Blake desde la pantalla del ordenador, perdiendo los estribos.

—Un segundo...

HUNTER: Felicidades, Caperucita. ¿Acabas de decir que soy genial? Sabía que lo pensabas.

Hablar con ella por mensajes no era lo mismo que tenerla junto a mí. No habían pasado ni dos meses y sentía que cada vez la echaba más de menos. Quizá ya no estuviésemos saliendo juntos, pero la amistad que habíamos formado no decaería tan rápido. Estaba intentando convencerla para que viniera de visita a Nueva York. Y, a decir verdad, no parecía que fuese a oponer mucha resistencia...

—Ahora, ¿qué decías?

Blake me miraba enfadado, pero sabía que se moría de ganas de desahogarse conmigo y no me iba a dejar de hablar ni a terminar con la conexión.

Acerté.

—Todas las chicas Sullivan están locas, Hunter.

—¿Todas?

—Sabía que no me estabas escuchando.

Mi teléfono vibró de nuevo. Bip, bip, bip...

—Bueno, ahora lo hago.

Más o menos...

—Lily, mi otra compañera de piso. ¡Resulta que es prima de Leslie!

—Qué pequeño es el mundo.

Estaba realmente sorprendido de recibir esa informa respuesta lo suficientemente convincente para seguir con su serie de quejas sobre su nueva vida. Me divertía pensar que alguien hubiese confundido a Blake con un ladrón. ¿Qué le habría hecho a la pobre chica para que pensara eso?

Mientras él continuaba hablándome, volví mis ojos a la pantalla del teléfono móvil.

CAPERUCITA: Y yo sabía que inflaría tu ego por las nubes. Pero sí, un profesor particular genial. Aunque debo recordarte que te dije que aprobaría y lo conseguí. Yo tenía razón. Admítelo.

HUNTER: Ay. Eso ha deshinchado un poco mi ego, gracias. Aun así te daré la razón por una vez.

Al final Leslie Sullivan había tenido razón en muchas cosas. Como, por ejemplo, en que sería ella quien me rompería el corazón a mí. Pero no cambiaría ese dolor por nada del mundo, porque si no existiera, significaría que nunca la habría querido. Enamorarme de ella era lo mejor que me había pasado.

Bip, bip, bip...

CAPERUCITA: Te echo de menos, Cazador.



Capítulo Extra

Durante mucho tiempo pensé que jamás volvería a decir esto, pero estaba harta de James Smith. ¿Qué digo harta? ¡Hasta las narices! ¡Hasta el mismísimo! Cuando descubrí que él, mi exnovio, sería mi nuevo jefe, tendría que haber supuesto que no sería un camino de rosas, pero de ahí a comportarse como un idiota al que le hiciese gracia mandarme trabajo extra había un gran salto.

Estaba tecleando furiosamente las notas de la última reunión en el teclado del viejo ordenador, haciendo tanto ruido como me era posible para desahogar la rabia, que no lo vi venir. O, más bien, no le vi venir.

Una sombra apareció a mi derecha y pausadamente fue inclinándose sobre mí. Me puse tensa y dejé de teclear al tiempo que una mano considerablemente más grande que la mía se posaba al lado del teclado, sobre el escritorio. Giré el rostro hacia la figura con lentitud, aunque ya sabía lo que iba a encontrarme.

—¿Demasiado atareada?

La sonrisa genuina y traviesa de James se extendía por toda su cara. Sus ojos brillaban con maldad. Quise agarrar uno de los lápices que había sobre el escritorio y clavárselo en su estúpida mano. ¡Por supuesto que estaba atareada! Él mismo se había encargado de que fuera así.

—¿Tú qué crees? —respondí en su lugar, con un tono de voz ácido.

Estábamos solos en la oficina. El resto de compañeros se había ido, aprovechando que era la hora de almorzar. Sin embargo tuve que conformarme con un insulso sándwich comprado en la máquina. Lo había comido mientras

disfrutaba de la grata compañía de Frankie, el viejo ordenador de oficina. Todo por la montaña de papeleo que James me había mandado esa semana.

Dejé de mirarlo cuando noté cómo su sonrisa crecía. Estúpido idiota. Volví a teclear con más furia que antes, mirando las notas garabateadas a sucio en el folio que descansaba junto a la mano de James. Efectivamente, no se había movido.

—Irías más rápido si alguien te lo dictara —comentó al cabo de unos segundos en los que solo se escuchó el martillar de mi dedos—. Yo mismo puedo ofrecerme voluntario.

Sí, claro. Ni loca aceptaría su ayuda, no después de que esta situación fuese culpa suya. Giré el rostro hacia él. Tenía los dientes apretados con furia, o al menos la que me permitía la noche de insomnio que había tenido.

—¿Tienes algo importante que decirme o solo has venido aquí a molestar?

Su sonrisa se tambaleó un poco, hasta finalmente desaparecer. Noté cómo se inclinaba un poco más sobre mí y todos mis sentidos se pusieron alerta. No porque despreciase su cercanía, sino todo lo contrario. Y ese era el problema: cuanto más cerca estaba de James Smith, más le quería.

—Oye... Si es mucho trabajo, solo tienes que decirlo, puedo hablar con Mara para que te eche un cable.

Sabía que su intención era buena. Después de haber salido con él en el pasado, lo conocía lo suficiente como para descifrar cuándo hablaba en serio y cuándo no. Sin embargo, la idea de dejar que Mara me ayudara con el trabajo era todavía más horrible que la de no poder con él. Prefería pasarme la semana entera en vela antes que aceptar su ayuda.

Además, tenía la mala costumbre de soltar un comentario sobre lo guapo que era James o las múltiples formas en las que se lo llevaría a la cama cada vez que podía.

—No pasa nada —me negué—. Elliot va a ayudarme.

Un pequeño brillo atravesó los ojos de James. Su mano desapareció de encima del escritorio al tiempo que alejaba el cuerpo de mí.

—¿Elliot? ¿Elliot Bell?

—¿Qué otro Elliot conoces que trabaje aquí?

Aquello era estúpido. Obviamente se trataba de Elliot. De todos los compañeros de trabajo, él era quien mejor me caía, y había tenido la

amabilidad de prestarme su ayuda al verme tan atareada. Lo había rechazado, pero me dejó saber que si necesitaba cualquier cosa podía seguir contando con él. Era un chico muy majo.

—¿Desde cuándo sois tan amigos? —preguntó.

Le lancé una mirada de incredulidad.

—¿Desde que trabajamos juntos? Además, ¿qué te importa?

Mientras decía aquello hice un aspaviento con la mano, pero un objeto se interpuso en el camino: el vaso de papel donde descansaba el café de la máquina. Lo había dejado allí con la esperanza de que dejara de quemar en algún momento, pero ahora el líquido marrón acuoso descansaba por parte del escritorio, del suelo y...

—¡Ay! ¡Quema! ¡Quema mucho!

James gritó mientras se sacudía, saltando de una pierna a otra y sacudiendo los brazos como si así pudiese enviar aire frío a la zona afectada.

Aunque la situación me hacía algo de gracia, intenté no reírme. Si nos poníamos serios, acababa de tirarle café hirviendo encima a mi jefe. Eso no me dejaba en buen lugar para nada. Observé la zona donde lo había mojado, justo a la altura de su cadera, en la parte derecha. Llega a caer un poco más a la izquierda y...

—¿Te parece este el momento idóneo para disfrutar de las vistas, Mackenzie?

Saqué los ojos de su entrepierna, sintiendo cómo mi rostro se acaloraba, y los subí rápidamente hacia los de James. Había dejado de dar saltos y ahora me miraba con renovada picardía. Era la clase de persona que aprovecharía una situación así para hacer bromas, ya fuese ahora o en la posteridad.

—Deja... Deja que busque algo para secar esto...

Con el rostro rojo, me agaché a buscar pañuelos en el bolso. Revolví con ímpetu entre todas las cosas que guardaba dentro hasta que los encontré. Cuando saqué la cara del bolso, la entrepierna de James volvía estar de nuevo ante mis ojos.

Escuché cómo carraspeaba y rápidamente saqué uno de los pañuelos y se lo pasé para que se secara. Entretanto me dedicué a limpiar el pequeño charco que se había formado en el escritorio y también el del suelo. Después agarré el papel mojado y el vaso y los llevé a la papelería más cercana, junto a la

impresora, cerca de la puerta del ascensor. James me siguió.

—¿Tirarme el café encima es una nueva táctica de ligue para poder verme el paquete? —preguntó con descaro—. ¿O simplemente una forma de hacérselas pagar a tu jefe por mandarte demasiado trabajo?

Dejé caer la basura en el cubo y me volví hacia él.

—Pues mira, ahora que lo dices... —Mi voz perdió parte de su fuerza cuando, al terminar de girarme, me encontré con el rostro de James más cerca de lo que había esperado. Tragué saliva antes de continuar—. Creo que te has pasado un poco mandándome tanto trabajo.

No hice amago de apartarme, aunque una parte de mi mente pedía hacerlo. Otra, un poco menos inteligente, me mantenía allí donde estaba. Incluso hacía fuerza para que me inclinara hacia él.

—Te mando tanto trabajo porque sé que puedes manejarlo —confesó—. Tienes que confiar un poco más en ti misma.

Los ojos de James recorrieron mi rostro, como una caricia silenciosa. Tenía los labios entreabiertos. Volví a tragar saliva y me incliné lo suficiente para sentir su respiración. En aquellos momentos no tenía ganas de clavar un lápiz en su mano. Tenía ganas de besarlo, y no era la primera vez que eso pasaba.

—Confío en mí.

La mirada de James bajó a mi boca y sentí una repentina oleada de emoción.

—Mientes —susurró, formando una pequeña sonrisa triste—. Te estás mordiendo el labio, sé que mientes.

Dejé ir mi labio inferior cuando lo dijo y sus ojos volvieron a los míos. Me incliné un poco más hacia él y... El sonido de la puerta del ascensor abriéndose hizo que nos separásemos de golpe. Sin querer, di una patada a la papelera y la derribé, tirando gran parte de su contenido al suelo. Mientras me agachaba para recogerlo, Elliot, Mara y varios compañeros más entraron en la sala. Regresaban de su salida para comer, dispuestos a continuar con su trabajo.

—Hola, jefe —escuché la voz de Mara saludando alegremente a James—. ¿Qué tal la comida?

Miré hacia James, cuya postura delataba que se estaba decidiendo entre

agacharse y ayudarme a recoger o contestar a Mara. Pero Elliot fue más resolutivo y se agachó.

—Menudo desastre, ¿eh? —bromeó, agarrando el vaso de papel que había echado minutos antes.

Forcé una sonrisa y asentí. De reojo vi a James hablando con Mara. Elliot tenía razón. Volver a tener sentimientos por tu exnovio era un desastre.

Agradecimientos

¡Eh, soy Les! Si habéis llegado hasta esta parte del libro, al final, quiero daros las gracias por gastar una parte valiosa de vuestro tiempo en mí. Es decir, sé que merezco la pena, pero oye, daros las gracias nunca está de más.

A todos los lectores de Wattpad que me acompañasteis capítulo a capítulo, con paciencia, pero mordiéndoo las uñas. Sé que os saqué mucho de quicio, pero supisteis quererme y yo a vosotros.

Al equipo de Plataforma Neo, por hacerme más real de lo que nunca fui y darme la posibilidad de llegar a más personas. Me habéis tratado con mucho cariño.

A la familia y los amigos de Andrea, cuyo apoyo ha sido tan grande que ni siquiera tiene palabras para agradecerlos. Se pone un poco ñoña y me pide que os diga que os quiere mucho.

A todos vosotros, por darme esta oportunidad.

Gracias.

Atte. Les

Tu opinión es importante.
Por favor, haznos llegar tus comentarios a través
de nuestra web y nuestras redes sociales:

www.plataformaneo.com

www.facebook.com/plataformaneo

@plataformeo

Plataforma Editorial planta un árbol
por cada título publicado.





ANDREA HERRERO (más conocida en la red como Andrea Smith) nació en 1993 en un pueblecito de Cantábrica. Graduada en Educación Primaria, es una amante del café. Siempre fue una aficionada a la lectura y a la escritura, hecho que la llevó a empezar a publicar sus novelas en la plataforma *online* en la que ahora cuenta con una gran comunidad de lectores. En 2017 publicó con Plataforma Neo su primera obra en papel, *Mi plan D*.